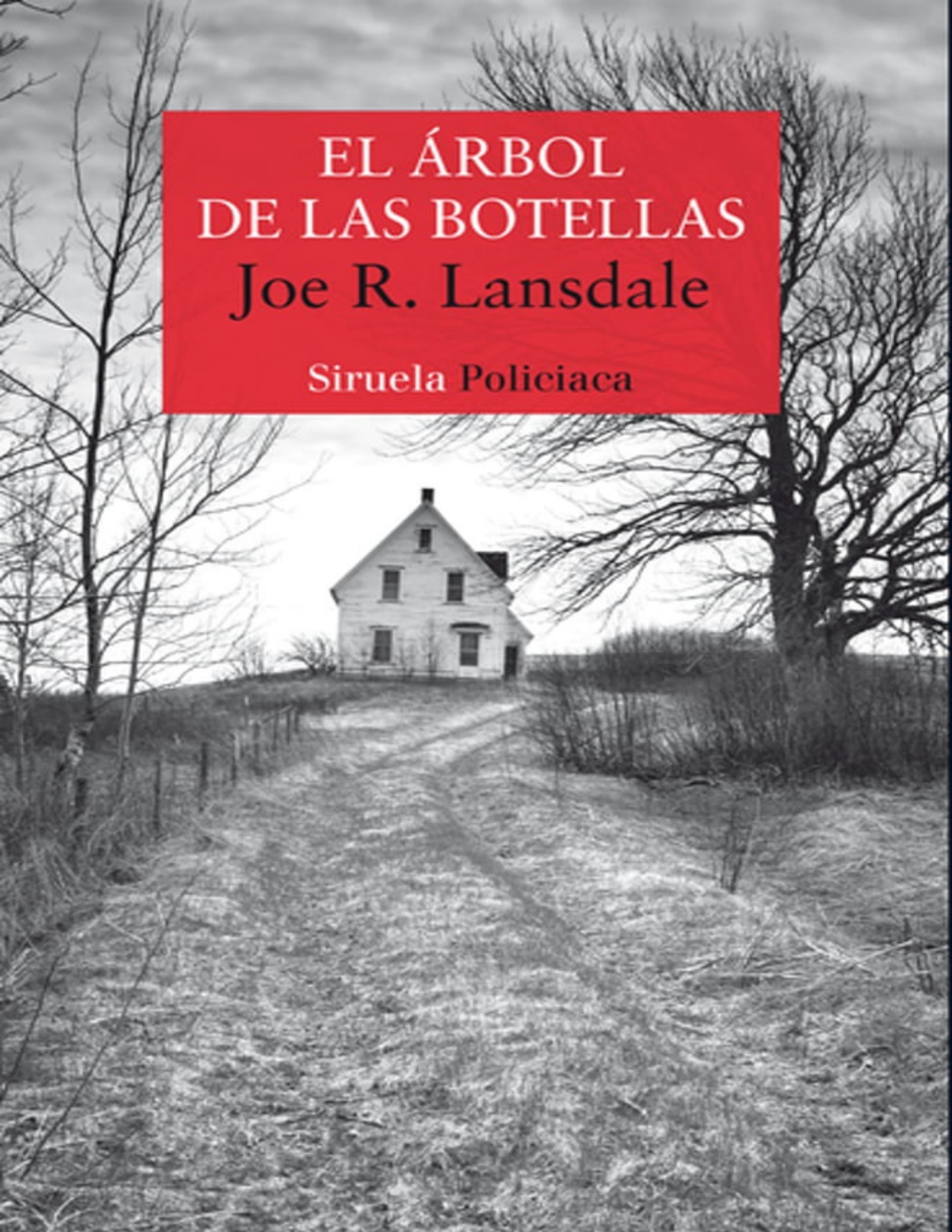


EL ÁRBOL
DE LAS BOTELLAS
Joe R. Lansdale

Siruela Policiaca




EL ÁRBOL DE LAS BOTELLAS

JOE R. LANSDALE

Joe R. Lansdale

El árbol de las botellas

Traducción del inglés de
Miguel Ros González

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Título original: *Mucho mojo*

Edición en formato digital: mayo de 2019

En cubierta: Fotografía de © iStock.com/Jewelsy

© Joe R. Lansdale, 1994

© De la traducción, Miguel Ros González, 2019

© Ediciones Siruela, S. A., 2019

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17860-54-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

EL ÁRBOL DE LAS BOTELLAS

Todos los personajes de esta obra son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

*Este libro está dedicado con amor, respeto
y la mayor devoción a la persona más importante de mi vida: mi mujer,
Karen.*

Quiero expresar mi agradecimiento a las personas que han contribuido a que este proyecto salga adelante: Barbara Puechner, Andrew Vachss, Neal Barrett hijo, David Webb y, por supuesto, Jeff Banks. También me gustaría saludar a mis antiguos colegas del campo de rosas, Sam Griffith y Larry Walters, y dar las gracias a mi «tía» Ardath y a mi profesor de kárate, Richard Metteauer.

«Es irrelevante contra quién compites; tu rival siempre eres tú».

Nakamura

1

Corría el tórrido mes de julio y estaba clavando esquejes, sin pensar lo más mínimo en la muerte.

Todos los demás trabajos del campo de rosas —hacer injertos, cavar— son duros, pero si hay una tarea que encarguen en el mismísimo infierno a los pecadores, esa es clavar esquejes.

La faena se hace en plena canícula y funciona de la siguiente manera: te dan un manojo de esquejes, lo coges, lanzas un suspiro y te giras, mirando en toda su extensión el campo, que se prolonga desde tu posición hasta algún punto al este de China; luego te atas los machos, agachas el lomo y empiezas a clavar los esquejes en hileras, muy pegados, uno detrás de otro. No te levantas a menos que no quede más remedio, porque si no nunca acabas. Sigues clavando, avanzando con el lomo agachado por la hilera polvorienta, confiando en que acabe en algún momento, por más que parezca interminable. Y, por supuesto, el sol del este de Texas, que a las diez y media de la mañana es como una ampolla infectada de la que supura pus, tampoco ayuda.

Así pues, estaba yo jugando con mis esquejes, pensando en lo de siempre, té helado y mujeres despampanantes y fogosas, cuando el capataz se acercó y me dio una palmadita en el hombro.

Pensé que sería la pausa para el agua, pero cuando levanté la cabeza señaló hacia el fondo del campo con el pulgar.

—Hap, ha venido Leonard —dijo.

—Pero si no puede trabajar —respondí—. A no ser que sepa clavar esquejes con el bastón.

—Solo quiere hablar contigo —dijo el capataz, antes de alejarse.

Clavé el último esqueje del manojo y, tras desperezarme, enfilé la larga

senda polvorienta, pasando junto a los lomos agachados y sudorosos de los demás jornaleros.

Leonard estaba en el otro extremo del campo, apoyado en su bastón. Desde allí, parecía un monigote hecho de limpiapipas y ropa de muñeca. Su cara de ciruela negra estaba vuelta hacia mí, y una ola de calor pareció escapar de ella y vibrar bajo la intensa luz, levantando un remolino de polvo que al cabo de unos segundos se posó con suavidad.

Cuando Leonard vio que estaba mirando hacia él, levantó la mano cual estornino que alza el vuelo.

Vernon Lacy, el jefe del campo, al que yo apodaba cariñosamente «Viejo Cabronazo» aunque tenía mi edad, ataviado con una camisa blanca almidonada, unos pantalones a juego y un salacot blanco, también me vio volver. Se acercó a Leonard, me miró y, con un gesto deliberadamente pausado, hizo una marca en su pequeño cuaderno. Para descontarme ese tiempo, huelga decirlo.

Cuando llegué al final de la hilera, lo que me llevó algo menos de tiempo que atravesar Egipto a lomos de un camello muerto, me había puesto perdido de polvo y estaba agotado. Leonard esbozó una sonrisa:

—Era para preguntarte si me dejas cincuenta centavos —dijo.

—Si me has hecho venir desde allí por cincuenta centavos, te voy a meter ese bastón por el ojete.

—Pues entonces voy a ponerme vaselina, ¿vale?

Lacy me miró:

—Esto te lo descuento del sueldo, Collins.

—Vete a tomar por culo —le solté.

Lacy tragó saliva y se alejó sin mirar atrás.

—¡Qué labia! —dijo Leonard.

—La diplomacia es mi fuerte. Ahora dime que no has venido a por cincuenta centavos.

—No he venido a por cincuenta centavos.

Leonard seguía sonriendo, pero una de las comisuras de sus labios empezó a curvarse ligeramente, como un bote en el que empieza a entrar agua y está a punto de hundirse.

—¿Qué ha pasado, macho?

—Mi tío Chester —dijo Leonard—. Ha muerto.

Seguí al viejo Buick de Leonard con mi camioneta e hicimos una parada técnica para comprar cerveza y hielo. Al llegar a casa de Leonard, llenamos una nevera con los cubitos y las latas y la sacamos al porche delantero.

Leonard, como yo, no tenía aire acondicionado, y el porche era el lugar más fresco que había, a no ser que nos acercásemos al arroyo y nos tumbáramos en el agua.

Nos acomodamos en el desvencijado balancín del porche y colocamos la nevera entre ambos. Mientras Leonard le daba impulso con la pierna buena, yo abrí un par de latas.

—¿Ha sido hoy? —pregunté.

—Lo han encontrado hoy. Llevaba muerto dos o tres días. De un infarto. Lo han llevado al tanatorio de LaBorde, hinchado como un globo.

Leonard le dio un sorbo a su cerveza y observó la cerca de alambre de espino al otro lado de la carretera.

—¿Ves a ese ruiseñor en el poste de la cerca, Hap?

—Sí, ¿por? ¿Es que estaba intentando llamar mi atención?

—Está bien gordo. Se ven muy pocos así de gordos.

—Es un asunto al que no dejo de darle vueltas, Leonard. ¿Cómo es que los ruiseñores no suelen ponerse gordos? Hasta he pensado en escribir un artículo.

—Es el pájaro favorito de mi tío. A mí siempre me han parecido feos, pero para él eran lo más majestuoso del mundo. De pequeño me llamaba «ruiseño ruiseñor», porque siempre estaba sonriendo y burlándome de todo quisque. Cuando veo uno, me acuerdo de él. Qué cursilada, ¿no?

No respondí. Me concentré en los listones de madera del extremo del porche, donde un tábano achicharrado se tambaleaba sobre unas patas repletas de enfermedades, intentando alcanzar la pequeña sombra que ofrecía la pérgola del porche. El tábano flaqueó y se detuvo en seco. Supuse que habría sido un infarto.

—Mañana quiero ir al entierro del tío Chester —dijo Leonard—. Pero, no sé, la verdad es que se me hace raro. Lo más probable es que él no quisiera que fuese.

—Por lo que me has contado de tu tío Chester, aunque renegó de ti al

enterarse de que eras maricón...

—Gay. Ahora se dice gay, Hap. Los heteros no os enteráis. Cuando vamos como una cuba, nos llamamos bujarras o bujarrones.

—Es igual. El caso es que estoy seguro de que Chester era buena gente, a su manera. Tú lo apreciabas, así que da igual lo que quisiera él. Lo importante es lo que tú quieres. Él está muerto, ya no decide. Si te apetece ir al entierro y despedirte de él por los buenos momentos que pasasteis juntos, no lo dudes.

—Ven conmigo.

—Macho, yo lo siento por tu tío Chester, por lo que significaba para ti, pero no lo conozco de nada. La cuestión es que su muerte ha supuesto que tú hayas venido al campo de rosas así de triste, y que yo le haya dicho a mi jefe lo que le he dicho, con lo que, probablemente, ya no tengo trabajo. Tu tío me ha jodido el sueldo, ¿por qué coño iba a ir a su entierro?

—Porque te lo he pedido, porque eres mi amigo y porque estoy muy sensible y no quieres que sufra. —Y eso era verdad.

No me hacía demasiada gracia, pero accedí. Ir a un entierro parecía bastante inofensivo.

2

El entierro era el día siguiente a las tres de la tarde, así que aquella mañana nos montamos en el coche de Leonard y fuimos al J. C. Penney's de LaBorde.

Teníamos que comprarnos un traje, pues hacía años que ni Leonard ni yo nos habíamos puesto uno. Mi último traje tenía el cuello nehru y un símbolo de la paz del tamaño del tapacubos de un Cadillac Eldorado, colgado de una cadena un poco más fina que la que se necesitaría para remolcar un camión cisterna.

El último traje de Leonard estaba diseñado por el Ejército.

En Penney's los trajes ya no se vendían con chaleco y pantalones, al menos con unos decentes, y la ropa estaba más cara de lo que recordaba. Se me ocurrió que quizá deberíamos pasar por un Kmart para ver si tenían algo de raso verde con lo que poder tapizar una silla cuando nos cansáramos de usarlo.

Acabé comprándome un traje azul oscuro con corbata a juego y camisa azul claro, y zapatos, cinturón y calcetines negros. Cuando me probé el conjunto y me miré al espejo, sentí que tenía pinta de tonto. Parecía un pitbull bípedo de luto.

Leonard se compró un traje verde oscuro de corte vaquero, una camisa de color amarillo canario y una corbata a rayas naranjas, verdes y amarillas. También se hizo con unos zapatos negros de punta fina con cremalleras en los laterales, un modelo que, ingenuo de mí, creía que habían dejado de fabricar más o menos en la misma época en que los Dave Clark Five dejaron de grabar discos.

—Vas a enterrar a tu tío Chester —le dije—, no a llevártelo de crucero por el Caribe. Si apareces con esa pinta, no descarto que salga del ataúd y te

cubra con la mortaja.

—Los celos están muy feos, Hap.

—Me has calado. Ojalá yo también pudiera parecer un choque frontal entre Dolly Parton y Peter Max.

Volvimos a ponernos nuestra ropa y pagué por los dos, porque era el único que estaba trabajando en aquella época, aunque de forma esporádica, y porque Leonard siempre me recordaba que se había quedado con la pata chula por mi culpa. De buenas a primeras, decía: «Sabes que se me ha quedado la pata chula por tu culpa», cogía algo que quería comprarse y yo lo pagaba, porque llevaba razón. De no ser por él, mi entierro habría precedido al del tío Chester.

El funeral se celebraba en una pequeña parroquia a las afueras de LaBorde. Volvimos a casa para hacer tiempo y, cuando llegó la hora, nos pusimos los trajes y montamos en la chatarra sin aire acondicionado que Leonard tenía por coche.

Al llegar a la iglesia baptista en la que se celebraba el funeral, nuestros trajes nuevos estaban empapados en sudor y, por culpa del viento tórrido, parecía que me había peinado con una desbrozadora para tractor. A juzgar por mi aspecto, se diría que me había metido en una pelea y había perdido.

Bajé del coche y Leonard se me acercó:

—No le has quitado la puta etiqueta.

Levanté el brazo y, en efecto, ahí estaba la etiqueta, colgando de la manga de la chaqueta. Me sentí como Minnie Pearl. Leonard se sacó una navaja del bolsillo y, una vez cortada, entramos en la iglesia.

Desfilamos junto al ataúd abierto. Como era natural, el tío Chester no había dejado pasar la oportunidad de ser el invitado de honor. El cabrón era feo de cojones, y me imaginé que en vida no habría sido mucho más guapo. No era muy alto, pero sí corpulento, y llevar unos días muerto cuando lo encontraron tampoco ayudaba. El maquillador solo había logrado que se pareciera a la mofletuda Muñeca Repollo.

Después de los elogios y las oraciones y los cantos y la gente abalanzándose sobre el ataúd y llorando, ya fuesen lágrimas sinceras o no, nos dirigimos a un pequeño cementerio en el bosque. El ataúd viajaba en un antiguo coche fúnebre negro con una pegatina en el parachoques trasero que rezaba «Bingo para Dios».

La ceremonia continuó bajo una carpa a rayas, azotada por el viento cálido, al lado de la tumba abierta. Un cierto halo trágico, teatral, lo envolvía todo. El único que parecía sinceramente apenado era Leonard. Guardaba silencio y, aunque era demasiado machito para llorar en público, yo lo tenía calado. Veía sus manos temblar, las comisuras de los labios curvadas, los ojos hinchados.

—No es mal sitio para que te entierren —le susurré a Leonard.

—Cuando estás muerto, estás muerto —respondió él—. Me lo dijiste tú, precisamente. Al morir perdemos el apego por las cosas que nos rodean.

—Es verdad. Que le den al tío Chester, vamos a hablar de moda. Te habrás percatado de que eres el único con pinta de negro bujarra y estilo Roy Rogers.

La comparación le arrancó una sonrisa.

Durante el clásico maratón de loas al tío Chester por parte del pastor, me pasé un buen rato mirando a una mujer negra, preciosa, que teníamos al lado, con un vestido corto y ceñido. Ella, como Leonard, era de las pocas personas que no estaban ensayando para el Óscar. No parecía particularmente triste, pero se mostraba solemne. De cuando en cuando se giraba para mirar a Leonard, aunque no sabría decir si él se percataba. Un heterosexual se habría dado cuenta sin más de si la mujer mostraba o no una actitud receptiva. La polla de un heterosexual percibe a las mujeres hermosas, independientemente de la formación cultural y social de su dueño, y siempre apunta al norte verdadero. O, bien pensado, a lo mejor es al sur.

Cuando el pastor concluyó la plegaria, algo más larga que los tomos completos de la *Enciclopedia Británica*, hizo una señal para que bajasen el ataúd.

Un tipo larguirucho, que tenía la mano apoyada en la máquina en cuestión, accionó la palanca y el ataúd empezó a descender, tambaleándose y reajustándose por sí solo. Uno de los presentes soltó un sollozo y volvió a guardar silencio. Una mujer que tenía enfrente, con un sombrero que llevaba de todo salvo unas cuantas piezas de fruta fresca y una tira de alambre de espino, se estremeció, incapaz de contener un gemido, y agitó un pañuelo.

Al cabo de unos segundos, solo quedaban los sepultureros llenando de tierra la tumba.

Hubo apretones de manos y conversaciones, y la mayoría de los presentes se acercaron a hablar con Leonard para decirle cuánto lo sentían,

aprovechando para mirarme de refilón, con recelo, porque era blanco, o quizá porque daban por sentado que era el amante de Leonard. Había que joderse; como si no tuvieran bastante con un pariente o un conocido maricón; encima parecía que le iban los blanquitos.

Nos invitaron, aunque no con demasiado entusiasmo, a una reunión de amigos y familiares, pero Leonard declinó, y el personal se fue dispersando. La hermosa mujer de negro se acercó y, tras esbozar una sonrisa, estrechó la mano de Leonard y le dio el pésame.

—Soy Florida Grange. Era la abogada de su tío, señor Pine —dijo—. Y supongo que sigo siéndolo. Está usted en el testamento. Podemos leerlo si se pasa por mi despacho mañana. Tome mi tarjeta. Y esta es la llave de su casa. Le ha dejado eso y algo de dinero.

Leonard cogió la llave y la tarjeta y se quedó como un pasmarote.

—Hola, señorita Grange, yo soy Hap Collins.

—Hola —respondió, estrechándome la mano.

—¿Conocía bien a mi tío? —preguntó Leonard.

—No. La verdad es que no —respondió Florida Grange.

A continuación se marchó, y nosotros hicimos lo propio.

3

La casa del tío Chester estaba en una parte de LaBorde que unos llamaban la «zona negra» de la ciudad, otros, «ciudad negrata», y todos los demás, la «zona este».

Era una zona venida a menos, que diez años atrás estaba bastante bien porque lindaba con la parte blanca de la ciudad; hasta que la comunidad blanca se desplazó aún más al oeste y las calles quedaron abandonadas, pues el mantenimiento se trasladó adonde estaban el auténtico dinero y el poder, entre la opulencia lechosa.

Enfilamos Comanche Street y nos comimos unos baches para los que hacía falta paracaídas; Leonard giró y entramos en un camino de gravilla, donde yacían desperdigados los periódicos de varios días.

La casa tenía una planta, pero era grande y en su momento debió de estar bien, aunque parecía venida a menos, con la pintura desconchada y un tejado arreglado de aquella manera, con chapa barata y alquitrán. Los parches de metal atrapaban los rayos del sol y los reflejaban en los ladrillos desmenuzados de la chimenea y en las ramas de un enorme roble, que colgaba sobre un lateral del tejado, raspándolo, y ofrecía al jardín un paraguas de sombra. La parte inferior de la casa también estaba rodeada de chapa, tras la que había una cámara de aire.

Al otro lado de la casa, clavado en el suelo, vi un poste de tres metros cubierto de glicinia, del que despuntaban largos clavos. De estos colgaban los cuellos de varias botellas de cerveza y refrescos, probablemente reventadas de un disparo, o a garrotazos, o a pedradas. Había una pila de vidrio en el suelo, junto al poste, como restos de bisutería.

Había visto algo parecido en el jardín de un viejo carpintero negro. Entonces no supe lo que era, y ahora tampoco. Solo se me ocurriría definirlo

como un árbol de las botellas.

Delante del porche, de forma alargada, había varios setos descuidados, ya silvestres, con un corte estilo afro. Entre ellos, unos peldaños de piedra, ligeramente inclinados, subían al entablado grisáceo del porche, donde había dos hombres y un chaval negros.

Antes de bajar del coche, pregunté:

—¿Son parientes?

—No que yo sepa, no los reconozco —respondió Leonard.

Salimos del coche y nos dirigimos hacia el porche. El chico nos miró, pero los hombres no parecieron percatarse. Se quitó una banda elástica del brazo, la tiró al suelo y empezó a frotarse. El chaval parecía confuso, pero a gusto, como si acabara de despertarse de un sueño prolongado y relajante.

Uno de los hombres negros, un tipo alto y cuadrado, que llevaba una camiseta y unos pantalones de vestir, con una cresta mohicana y una aguja hipodérmica en la mano, le dijo al chico: «Que sepas que hay más golosinas como esta, si puedes pagarlas».

El chaval bajó los peldaños, pasó entre Leonard y yo, y siguió hasta la calle. El Mohicano tiró la aguja al suelo, junto a la banda elástica y otro par de agujas.

El otro negro llevaba un gorro de ducha azul claro, una camiseta naranja y unos vaqueros, y era más grande que una carroza del Desfile de las Rosas. Nos miró desde lo alto del porche como si el mero gesto le cansara, y le dijo a Leonard:

—Hay que joderse; que me maten si no eres clavado a la puta ave del paraíso.

—Posada en su palo —apuntó el Mohicano—. ¿Quién te viste, hermano? ¿Y tú qué, blanquito? ¿Vas a dar un sermón o algo?

—Soy vendedor de seguros —respondí—. ¿Queréis uno? Me da en la nariz que lo vais a necesitar más pronto que tarde.

El Mohicano me sonrió, tomándome por un gracioso.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Leonard.

—Estamos en el puto porche, y punto —respondió la Carroza—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Esta es mi casa.

—Ah —dijo el Mohicano—, que eres familia del viejales chalado, ¿no?

—Te corrijo: soy el sobrino de Chester Pine.

—Bueno, bueno, estábamos haciendo negocios y ya está —dijo el Mohicano—. No os pongáis gallitos, anda.

—Esto no es vuestra oficina —dijo Leonard.

El Mohicano sonrió.

—Llevas razón, pero, ahora que lo dices, estábamos pensando en convertirlo en una especie de ampliación. —Se acercó al borde del porche y señaló la casa de al lado—. Vivimos ahí. Esa es la sede central, capitán Arcoíris.

Miré hacia la casa grande y ruinososa de la parcela contigua. Varios jóvenes negros salieron al porche y se nos quedaron mirando.

—Lo que le habéis dado al chaval no era una vacuna para el sarampión, ¿verdad? —dijo Leonard—. ¿Cuántos años tenía? ¿Doce?

—Ni puta idea —respondió la Carroza—. Aquí no repartimos regalos de cumpleaños. Tú piensa que somos médicos *free lance*.

—Yo pienso que sois gilipollas *free lance* —dijo Leonard.

—Vete a la mierda —soltó la Carroza.

—Bienhechores —intervino el Mohicano—, como en las pelis. Eso es lo que sois, ¿verdad, capullos?

Leonard miró detenidamente al Mohicano.

—Largaos de mi casa cagando leches. Si no, vuestros amiguitos van a tener que buscarte en el ojete de tu compadre. Eso si consiguen sacar lo que quede de él de ese gorro de ducha que me lleva.

—Vete a la mierda —respondió la Carroza.

—El caso es que estaba preguntándome lo del gorro —intervine—. ¿Te has dejado el grifo abierto? ¿Has salido a por una toalla?

—Vete a la mierda —repitió la Carroza.

—Se te ha gastado la ración diaria de palabras —dije—, ¿ahora cómo vas a suplicarnos piedad?

—Cuidadito —intervino el Mohicano—, que la conversación podría pasar a mayores...

—No me des una alegría tan pronto —dijo Leonard.

Acto seguido le propinó al Mohicano un bastonazo en la entrepierna y, tras

agarrarlo de una rodilla con la empuñadura, pegó un tirón y lo bajó del porche.

Leonard se apartó y el Mohicano se dio de bruces contra el suelo. A juzgar por el sonido, debió de dolerle.

Me tocaba. Mientras la Carroza bajaba del porche para meterse en la pelea, le solté una patada lateral en la pierna de apoyo, en plena rótula, y él también se comió el suelo. Cuando se disponía a levantarse, le di otra patada en la garganta, esta vez moderando bastante la fuerza.

Se puso bocarriba y se llevó las manos al cuello, gorgoteando. El gorro de ducha ni se inmutó. Nunca me había percatado de lo ceñidos que están los cabronazos. O a lo mejor eran solo los de color azul claro.

El Mohicano se había levantado y Leonard, tras soltar el bastón, le estaba zurrando a base de bien, zurdazos, derechazos y rodillazos, sin dejarlo caer. El cuerpo del Mohicano iba de un lado a otro del jardín, como si tuviera un palo saltarín metido por el culo.

—Para ya, Leonard —le dije—, que se te van a hinchar los nudillos.

Leonard le soltó al Mohicano otro par de puñetazos debajo de las costillas, pero esta vez no se le acercó para evitar que cayese. El Mohicano se desplomó sobre la hierba, emitiendo un ruidito que recordaba a una fuga de gas.

La Carroza se había puesto de rodillas, todavía con las manos en la garganta y escupiendo. Eché un vistazo a los del porche de al lado, que seguían ahí parados, sin abandonar su pose de tipos duros, claro está.

Leonard les gritó.

—Eh, retrasados, si vosotros también queréis, venid para acá.

Ninguno quería. Y fue un alivio, porque no me apetecía rasgar mi flamante traje de J. C. Penney's.

Leonard recogió su bastón, miró a la Carroza y le dijo:

—Como os vuelva a ver por aquí a tu compadre o a ti, o a alguien que me recuerde a vosotros dos, os matamos.

—¿No podemos limitarnos a alborotarles el pelo? —pregunté.

—No —respondió Leonard—. Quiero matarlos.

—Pues esto es lo que hay, colegas —dije—: muerte o nada.

El Mohicano se había alejado gateando, como quien no quiere la cosa, hasta el límite del jardín, junto al árbol de las botellas, e intentaba ponerse en

pie. La Carroza se había repuesto y pudo levantarse e ir a ayudar a su colega. Luego se alejaron, cojeando y jadeando, hacia la casa de al lado.

Un negro alto gritó desde el otro porche.

—Podéis daros por muertos, los dos. Estáis muertos.

—Ha sido un placer, vecinos —respondió Leonard.

Luego sacó la llave y entramos en la casa.

4

Dentro hacía calor y todo estaba sucísimo; la chimenea estaba repleta de basura y había telarañas enormes por doquier. El polvo que levantábamos al movernos se distinguía contra la luz filtrada a través de las gruesas cortinas, y un olor rancio, que parecía tener distintas procedencias, impregnaba cada rincón. Una de ellas, qué duda cabe, era el propio tío Chester. Cuando la palmas en una casa y te quedas ahí un par de días, pudriéndote con ese calor, apesta todo lo que te rodea.

Dejé la puerta principal abierta, aunque no sirvió de mucho, pues no soplaba la más mínima brisa.

—Joder —dijo Leonard—, es como si no estuviese viviendo aquí.

Habida cuenta del aroma que dejó al marcharse, aquella frase me pareció discutible, pero respondí:

—Era mayor, Leonard. A lo mejor no se movía demasiado.

—No era tan mayor.

—Llevabas años sin verlo ni saber nada de él. Quizá estuviese fastidiado.

—A lo mejor con esta casa quería darme una última puñalada en el corazón. Cuando era pequeño me encantaba, y él lo sabía. Y ahora mira cómo está, joder.

—Quizá poco antes de morir se replanteó las cosas y decidió olvidar el pasado. La señora Grange ha dicho que también te ha dejado algo de dinero.

—Psss, lo más probable es que sean dólares antiguos, de los Estados Confederados.

Inspeccionamos la casa. La cocina daba asco: había platos sucios apilados en el fregadero y platos de cartón y envases de comida precocinada en la basura. También había un montón de restos alrededor de la basura. Se diría

que Chester se hartó de sacarla y se limitaba a tirar las cosas hacia allí.

Las patrullas de moscas zumbaban por doquier. En la encimera, en una bandeja de comida, varios gusanos se retorcían sobre una masa verde y confusa que en su momento pudo ser una enchilada.

—Bueno, no cabe duda de que vivía aquí —dije, guasón.

—Cago en la puta —respondió Leonard—, esto no es cosa de dos días.

—No. Esto se lo curró.

Al lado de la cocina había una habitación, a la que entramos. Estaba relativamente ordenada. En la mesilla había un ejemplar en tapa dura y raído del *Walden* de Thoreau. Era el libro favorito de Leonard.

Eché un vistazo a la habitación. Una pared estaba prácticamente cubierta por una estantería con puertas correderas de cristal, tras las que se veían los libros.

Leonard se acercó a la cortina y la descorrió. El cristal de la ventana estaba amarillento, lleno de polvo y mierdas de mosca. El marco estaba protegido por barrotes, y desde ahí podía verse la casa del Mohicano, la Carroza y los demás capullos.

—El viejo tenía miedo —dije.

—A ese no le daba miedo nada —respondió Leonard.

—Cuando envejeces, empiezas a asustarte con mayor facilidad. El valor es directamente proporcional a tu corpulencia, tu salud y el calibre del arma que llevas. Y, a veces, la dosis de alcohol, *crack* o heroína que te has metido.

—Joder, macho, esto nunca fue un barrio de lujo, pero se ha ido a la puta mierda.

—Y te estás quedando corto...

—Lo de la casa de al lado no lo pillo, coño. Es un fumadero de *crack*, hasta un tuerto con el otro ojo de cristal se daría cuenta, y ¿qué hace la poli? El chaval se estaba metiendo un chute de jaco en el porche, macho. En la calle y a plena luz del día, delante de todo el mundo.

—Probablemente sea un chute gratis —dije—. El jaco no es barato. Luego, cuando vuelva con el mono le dirán que pruebe el *crack*. Y volverá a por más, porque se habrá enganchado y es más barato. Un chaval puede comprarse una piedra por cinco dólares, aunque tenga que robar baratijas para conseguirlos.

Leonard corrió la cortina y volvimos al pasillo. Dejamos atrás el baño y

entramos en la siguiente habitación.

—Dios santo —dijo Leonard.

La habitación estaba abarrotada de pilas de periódicos amarillentos, que casi llegaban al techo. Había un paso estrecho entre ellas, que luego giraba a la izquierda y se abría. Vimos una silla y una mesa, y sobre ella un pequeño ventilador y algunos papeles.

Si te sentabas en la silla y mirabas por encima de la mesa hacia la ventana, siempre que las cortinas estuviesen descorridas, tras el cristal polvoriento se verían también los barrotes y el fumadero de *crack*.

En el escritorio había un bolígrafo y un cuaderno abierto. Miré la página: estaba llena de los garabatos del tío Chester. Había varios rectángulos pequeños y numerados, y varias líneas dibujadas en la parte superior, inferior y a los lados.

Se diría que el tío Chester no tenía nada que hacer.

Hacía un calor sofocante y el polvo que habíamos levantado a nuestro paso estaba suspendido en el aire, envolviéndonos la cabeza como un velo que me impedía respirar.

Salimos de la habitación y regresamos al salón, dispuestos a volver al porche para que nos diese un poco el aire. Fue entonces cuando nos percatamos de que, además de la cerradura que abría nuestra llave, en el marco de la puerta había otros cinco cerrojos, por si las moscas: dos pasadores de cadena, un cerrojo de cilindro, una barra metálica que se encajaba en sendas ranuras a ambos lados, y, en la parte superior e inferior de la puerta, dos pestillos con gancho.

—No se andaba con gilipolleces con la seguridad —dije.

—Supongo que sería por los capullos de al lado —respondió Leonard.

Nos quedamos en el porche; el aire seguía inmóvil y hacía un calor de perros, pero era infinitamente más agradable que la atmósfera podrida del interior. Tras un par de horas, la temperatura bajaría a treinta grados y el viento quizá empezase a soplar. Entonces, abriendo todas las ventanas y poniendo el ventilador a toda pastilla, a lo mejor ya no haría falta un respirador para sobrevivir dentro de la casa.

Eché un vistazo al fumadero de *crack*, pero no se veía ni un alma.

—Te has manejado bien para ir con bastón.

—Los cabronazos han tenido suerte de que no esté a tope. Dentro de una semana estoy dando clases de baile.

—¿Qué coño es ese poste con las botellas? ¿Decoración?

—Una gilipollez relacionada con el mojo, una especie de magia negra. Te protege de los malos espíritus. Se supone que quedan atrapados en las botellas. O que entran y salen convertidos en algo bueno, no estoy muy seguro. Me acuerdo de ver alguno que otro cuando era pequeño y de oír hablar de ellos. Pero el tío Chester no creía en esas gilipolleces. Era más práctico que un verdugo.

—Hay cosas sobre la gente de las que nunca nos enteramos, Leonard. Incluso entre personas con una relación tan estrecha como la nuestra: a lo mejor me gusta la polca y tú no tienes ni puta idea, ¿me explico?

—Ya... Oye, Hap, mañana tengo que ir a ver a la abogada. ¿Crees que puedo convencerte para que te quedes esta noche?

—¿Y si no quiero?

—Pues echa a andar.

—Me lo imaginaba...

Aunque no queríamos quedarnos a pasar la noche, nos habíamos llevado una muda, pues teníamos pensado hacer una parada para quitarnos el traje, ir a picar algo y luego al cine.

Nos cambiamos de ropa y ordenamos un poco la casa. Cogí el coche y fui a la ciudad a comprar bolsas de basura y productos de limpieza. A mi vuelta, Leonard ya había empezado a fregar los platos.

Mientras tanto, yo recorrí las cortinas y, tras abrir todas las ventanas, recogí la basura y la dejé fuera, en un lateral de la casa.

Cuando acabé, Leonard había terminado con los platos y estaba haciendo un poco de limpieza general: barrer, pasar la mopa, quitar telarañas con la escoba, limpiar los barrotes de las ventanas y rociar desinfectante por doquier.

—Aquí hay cucarachas que ya son mayores de edad —dijo Leonard.

—Ni que lo digas. Una acaba de ayudarme a sacar la basura.

Cuando por fin acabamos la faena, estábamos empapados de sudor y llenos de polvo. Nos turnamos para lavarnos como buenamente pudimos. No había agua caliente.

Encendimos la luz del porche, cerramos las ventanas, echamos todos los cerrojos y montamos en el coche, con el maletero y el asiento de atrás abarrotados de bolsas de basura. Tras cerciorarnos de que no pasaba nadie, las tiramos en un contenedor de obras que había cerca de la universidad y luego paramos en un Burger King. Fuimos al cine y volvimos a la casa cuando ya era noche cerrada, ojo avizor, por si nuestros queridos vecinos nos esperaban para darnos una sorpresa.

Supongo que aún se les estaban enfriando las orejas después de la paliza. Vimos a unos cuantos en el porche oscuro del fumadero de *crack*, mirando hacia nosotros. Recogimos los periódicos del camino de gravilla, dimos las buenas noches con la mano a nuestros colegas y entramos.

Leonard me dejó la habitación; él dormiría en el sofá del comedor. Estuvimos un rato tirados, leyendo los periódicos, y nos metimos en el sobre. Dejé la puerta de la habitación abierta para que circulase el aire, subí la ventana y encendí el ventilador del techo.

Desde mi cama veía a Leonard a través de la puerta, tumbado bocarriba en el sofá, con un brazo sobre los ojos.

—Lo siento por tu tío —dije.

—Ya.

—Es ley de vida.

—Ya. Me habría gustado tener mejor relación con él.

—Él te quería, Leonard. Si no, no te habría dejado la casa.

—Me habría gustado oírsele decir de viva voz. A veces me pongo imbécil y me siento culpable por ser homosexual. Como si hubiera tenido algo que ver con la orientación de mis hormonas. Cuando el tío Chester se enteró, me trató como a un depravado. Como si ser gay fuera sinónimo de acosar a niños y abusar sexualmente de los hombres débiles.

—Pensaba igual que un montón de gente, Leonard.

—Nunca he forzado a nadie. De hecho, casi podría decirse que paso del sexo. Mi problema es que suelen gustarme los heteros, y así no voy a ningún sitio. Muchos gais son unas auténticas locazas, me ponen enfermo.

—Qué cosa más rara, Leonard.

—No, es bastante habitual, les pasa a muchos gais. Me imagino que pienso como una mujer. Quiero tener una relación con un hombre, pero, vete a saber

por qué, los gais no suelen hacerme tilín. Será porque me han machacado que son raros, y que yo soy así. Vete a saber... Te digo que la naturaleza me gastó una puta broma.

—Ja, ja.

—Hap, ¿te has sentido incómodo alguna vez por ser mi amigo, sabiendo que soy gay?

—No pienso mucho en eso. A ver, diría que no eres el prototipo de gay.

—Ni yo, ni nadie.

—La verdad es que no soy muy consciente. Si me paro a pensarlo, me choca un poco. Lo acepto, pero no lo entiendo. No creo que los gais seáis depravados de fábrica. Algunos lo son, otros no, como los heteros. Pero soy del este de Texas y vengo de una familia baptista...

—Yo también soy del este de Texas y de familia baptista.

—Ya, es una forma de hablar. A veces me paro a pensarlo. No es que me moleste exactamente, pero me paro a pensarlo y me confunde un poco.

—Si a ti te confunde, imagínate a mí. La vida sería más fácil si fuera hetero.

—Sí, pero no eres hetero.

—Cago en la puta, tendría que habérmelo planteado.

—¿Has visto la serie *Las desventuras de Beaver*?

—Sí.

—Al final de cada capítulo, si mal no recuerdo, los dos hermanos, Wally y Beaver, que compartían habitación, charlaban un rato antes de apagar la luz y dormirse. En esa conversación resumían el capítulo que acababas de ver, los problemas a los que se habían enfrentado. Todo quedaba zanjado y resuelto en esos últimos minutos, y para la semana siguiente hacían borrón y cuenta nueva. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que la vida no es así.

—Pues no, la verdad es que no. Buenas noches, Wally.

—Buenas noches, Beaver.

5

A la mañana siguiente, Leonard llamó para concertar una cita con Florida Grange y fuimos a su despacho.

Aunque se encontrase en la parte noble de la ciudad, su edificio estaba en una zona barata, junto a un bloque de apartamentos quemado, situado sobre una colina de arcilla roja atravesada por una carretera. Se había incendiado tres años antes y aún tenían que reconstruirlo, y los corrimientos de arcilla amenazaban la carretera.

Entramos al edificio y subimos en el ascensor. Al llegar a su planta, vimos a una mujer de mediana edad salir por una puerta con la mano en la mandíbula. Pasamos junto a la puerta en cuestión, la clínica de un dentista, un tal Mallory. Florida Grange, abogada, estaba entre el dentista y una oficina de fianzas.

Entramos. No había secretaria, ni sala de espera. El despacho era igual de grande que el baño de hombres de la YMCA, y el escritorio, las sillas, los archivadores y una máquina de escribir eléctrica apenas dejaban espacio para más. En la pared, los certificados y títulos enmarcados daban fe de la valía profesional de Florida Grange.

Estaba en su escritorio y esbozó una sonrisa al vernos entrar. Se levantó y nos tendió la mano; primero a Leonard, luego a mí. Cuando se la estreché, las dos grandes pulseras de plata tintinearón en su muñeca.

Llevaba un vestido corto, de un blanco inmaculado, y el contraste hacía que su piel de chocolate y su pelo azabache, largo y rizado, estuviesen resplandecientes. Calculé que tendría unos treinta años, treinta y cinco a lo sumo. Chocolate dulce en un envoltorio blanco y delicado.

Me sentí un poco cohibido ante ella, pues llevaba la misma ropa con la que había dormido y me había lavado los dientes con el dedo índice y la pasta

del tío Chester.

Tomamos asiento y Florida Grange hizo lo propio al otro lado de su escritorio; luego abrió una carpeta y dijo:

—Esto es muy sencillo, será rápido. Sin embargo, es un asunto privado, señor Pine.

Mientras pronunciaba esas palabras me miró sonriendo, para cerciorarse de que no me echaba a llorar.

—Hap y yo no tenemos secretos. Puede oír todo lo que usted diga. Ya me dijo que voy a heredar la casa y algo de dinero. ¿Hay algo más?

—La cuestión es la cantidad... Lleva razón, señor Pine. Estoy siendo un tanto melodramática.

—Leonard. No me gusta que me llamen señor Pine. Él es Hap.

—De acuerdo, Leonard. No es un testamento complejo, así que voy a obviar todas las formalidades, si le parece bien.

—No sé, no sé —respondió Leonard—. Las formalidades son lo que da sentido a mi vida. Si las echo en falta, corro el riesgo de deprimirme.

La mujer le sonrió. Ojalá me hubiese sonreído a mí así.

—Le dejó la casa y algo de dinero: cien mil dólares.

Quizá fuera ese el motivo por el que a mí no me sonrió así. Yo no tenía cien mil dólares.

—¿Se puede saber de dónde sacó tanto dinero? —preguntó Leonard—. Era vigilante de seguridad.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá llevara un tiempo ahorrando, no es tan insólito. O puede que tuviese bonos del Tesoro. La cuestión es que ha heredado todo ese dinero. Me ocuparé de los trámites para que lo cobre. Y otra cosa, también le dejó este sobre.

Abrió el cajón de su escritorio y, tras sacar un grueso sobre de papel de estraza, se lo entregó a Leonard. Él lo abrió y le echó un vistazo. Luego me lo pasó para que lo mirara. Dentro había un montón de recortes de periódico. Vi que uno de ellos era un cupón descuento de un dólar para una pizzería. Genial: nos gustaba la pizza.

Agité el sobre y un objeto rígido se movió en el interior. Puse el sobre bocabajo para que el objeto se colara entre los recortes y me cayese en la

palma de la mano.

Era una llave, que entregué a Leonard.

—Parece de una caja de seguridad —dijo.

—Eso mismo he pensado yo —respondí.

—¡Cago en la hostia! —La voz, clarísima, provenía de la habitación de al lado.

Florida Grange, abogada, puso cara de bochorno.

—Me parece que no es muy buen dentista —apuntó—. La gente grita mucho.

—No pasa nada —dijo Leonard—, no nos estábamos planteando ir a su consulta.

—Llevo un tiempo pensando en mudarme —continuó ella.

—¿Sabe cuál era el banco del tío Chester? —le preguntó Leonard.

—Por supuesto, el LaBorde Main-and-North.

Leonard asintió, antes de guardar la llave en el sobre.

—Dice que no lo conocía, pero era su abogada. Habló con él, debió de hacerse alguna idea.

—Lo conocí hará un mes —respondió—. Vino a mi despacho para que me ocupara de sus asuntos.

—¿Le pareció que pudiese estar enfermo? —preguntó Leonard.

—Parecía estresado, como si estuviera pasando por un momento difícil. Creía que tenía alzhéimer. No dijo nada más.

—¿Tenía alzhéimer?

—No lo sé. Él creía que sí, y quería dejar las cosas bien atadas por si perdía la cabeza o llegaba su hora. Esas fueron las palabras que usó.

—En realidad, lo que me pregunto es si dijo algo de mí, además de lo que heredaba.

—No, lo siento.

—No pasa nada, da igual —dijo Leonard, aunque yo me percaté de que no daba igual.

—Me imagino que se habrá enterado de que hace unos meses disparó a varias personas, o eso dicen por ahí.

—¿Cómo?

—No mató a nadie. Yo me enteré de oídas, soy de esa zona de la ciudad,

de donde vivía su tío. Mi madre vive ahí. Al parecer, su tío tuvo un follón con los vecinos. Dicen que es un fumadero de *crack*.

—Efectivamente —dijo Leonard.

—La cuestión es que estaban haciendo el tonto y dispararon a unas botellas que su tío tenía en un poste del jardín. Supongo que se referían a un árbol de botellas.

—Efectivamente —dijo Leonard.

—Su tío estaba en el porche y, según parece, una bala le pasó rozando, así que cogió la escopeta, fue a la casa de al lado y disparó a varios hombres que había en el porche. Los cartuchos estaban cargados de balines. La cuestión es que la policía apareció y se lo llevó arrestado, mientras que los tipos acabaron en el hospital para que les sacasen los balines. Al final soltaron a su tío y, de hecho, creo que ni siquiera salió en los periódicos.

—Porque pasó en ciudad negrata, por eso —dijo Leonard—. Los tiroteos entre negros no son noticia para los paletos blancos. Para ellos es el pan de cada día.

—Ya, será eso —respondió Florida Grange—. En fin, eso es lo único que sé sobre su tío, como quien dice.

Noté que, en su fuero interno, Leonard estaba orgulloso. Aquel episodio encajaba con su recuerdo del tío Chester: un hombre firme e íntegro, al que nadie le tocaba los cojones.

Grange le pidió que rellenase unos papeles y le entregó otros tantos. Cuando acabaron los trámites, la fresa del dentista llevaba un rato chirriando.

—Les pido disculpas —dijo Florida Grange—. Vamos al vestíbulo.

—La verdad es que no tengo nada más que preguntarle, señorita Grange. Siento haberla hecho salir —se justificó Leonard.

—Es igual, estoy harta de la fresa —respondió ella—. Ah, podemos tutearnos.

—Vale, Florida. Gracias.

—Si quieres preguntarme algo más, me llamas —dijo.

—¿Puedo preguntarte yo una cosa? —intervine.

—Sí.

—¿Estás casada?

—No.

—¿Ahora mismo hay alguien especial en tu vida?

—La verdad es que no.

—¿Tengo alguna posibilidad de que salgas a cenar conmigo?

—No creo, señor Collins.

—Soy un as de la limpieza.

—No me cabe duda. Pero no. Gracias por preguntar.

De camino al ascensor, Leonard bromeó:

—Hap Collins, el terror de las nenas.

6

En el coche, mientras Leonard iba al volante, revisé el contenido del sobre.

—¿Hay algo que merezca la pena? —preguntó Leonard.

—Tenemos un puñado de cupones descuento para pizzas, unos cuantos del Burger King y, si te entra hambre de verdad, un dos por uno en Lupe's, un restaurante mexicano.

—¿Y ya está? ¿Cupones?

—Equilicuá.

—Dios santo, estaba como una puta cabra.

—No te creas, con los cupones ahorras lo que no está escrito. Yo suelo usarlos. En su día pensé que podría ahorrarme un buen pellizco en las compras del día a día y pillarme una televisión de segunda mano.

—¿En color?

—En blanco y negro. Al final acabé comprándome una lata de Pepsi Light y una bolsa de cortezas.

—Me extraña que el tío Chester le dejara unos cupones a la abogada para que me los guardase. Podía haberlos dejado en la mesa de la cocina.

—A lo mejor no estaba en sus cabales y creía que los cupones se revalorizarían. Y también está lo de la llave.

—Me imagino que abrirá una caja de seguridad del banco.

—Elemental, querido Watson.

—Vamos a comprobarlo ahora mismo.

—Leonard...

—¿Qué?

—Acabo de darme cuenta de que estos cupones llevan un par de años caducados.

Cuando entramos en el LaBorde Main-and-North First National Bank, tomé asiento y Leonard se acercó a preguntar a un empleado. El hombre lo remitió a una señora de pelo gris en una de las mesas. Leonard se inclinó, apoyándose en su bastón, y le enseñó la llave y varios de los documentos que Florida Grange le había entregado. La mujer asintió y, tras devolverle la llave, lo acompañó hasta una puerta de reja. El vigilante que había al otro lado de los barrotes hizo un gesto, abrió y, tras dejar pasar a Leonard, volvió a cerrar la puerta con llave. Al cabo de unos minutos, Leonard salió con un gran sobre manila y un paquete más grande envuelto en papel marrón e hilo bramante.

—Esto te va a encantar —dijo, levantando el sobre—. Dentro hay un ejemplar de bolsillo de *Drácula*, un puñado de recortes de periódico y... ¡adivina! Otra llave. No hay ninguna pista de lo que abre. El tío Chester perdió la chaveta hasta tal punto que no distinguiría sus huevos de un par de bellotas.

—¿Y eso qué? —dije, señalando el paquete grande.

—Ya lo he abierto.

—Me había dado cuenta, por la forma en que has vuelto a poner el bramante. ¿Qué es?

Leonard titubeó.

—A ver... —Apoyó el paquete en una de las mesas y, tras desatar el hilo, lo desenvolvió. Era un cuadro. Un buen cuadro. La imagen sombría de una vieja casa de dos pisos de estilo gótico rodeada de árboles; el follaje era tan espeso que los árboles parecían aprisionar la casa.

—¿Lo hizo tu tío?

—Lo hice yo. A los dieciséis años.

—¿De verdad?

—De la buena. En su momento quería ser pintor. Se lo hice al tío Chester por su cumpleaños. A lo mejor ha querido devolvérmelo para dejarme claro que no me perdona del todo.

—También te ha dejado otras cosas: el dinero, la casa...

—Cupones y un ejemplar de *Drácula*.

—Eso. ¿Y ya está? ¿No hay nada más?

—No, señor. Pero tienes razón: tengo la casa y encima voy a llevarme cien mil dólares por la patilla, y tú no.

Así las cosas, me dije que Leonard sería rico y que me alegraba por él, y que volveríamos a la normalidad, solo que él no trabajaría en los campos de rosas. Yo regresaría a mi casa y al campo, si es que me dejaban volver al trabajo, o encontraba otro por el estilo, mientras que Leonard pondría en venta la casa de su tío y viviría de lo que sacase y de su herencia. A lo mejor hasta invertía la pasta en algún negocio.

Por un lado, me daba pena Leonard, pues había perdido a un ser querido; por otro, el tío Chester era un hijoputa de cuidado que, según me contó Leonard, lo había tratado fatal, así que me alegraba de que se quedara con el dinero y con la casa, y en mi fuero interno prefería que el viejo mamón estuviese muerto y enterrado.

Así que aquella tarde, después de ver a la preciosa abogada que no había querido salir conmigo, Leonard me acercó a mi casa y se marchó con las mismas. Me imaginé que estaría con los pies en alto, escuchando un disco de Dwight Yoakam, Hank Williams o Patsy Cline, fumándose una pipa de tabaco con sabor a cereza, quizá leyendo el *Drácula* de su tío, o reflexionando sobre lo perdido y lo ganado, preguntándose qué haría con esa pasta gansa.

Quitando que acabaría marchitándose y palmándola como todo hijo de vecino, me imaginé que le iría todo lo bien que puede irle a uno en la vida.

Pero no había contado con la nube negra del destino.

7

La nube negra del destino, por supuesto, llegó cargada de lluvia.

Dos días después, a primera hora de la tarde, estaba tomando el fresco y disfrutando de las vistas en mi porche. Ante mí, la carretera de tierra vacía que también pasaba junto a la casa de Leonard; al otro lado, enormes pinos, robles y vides enmarañadas; y, coronándolo todo, nubes blancas y suaves como el bigote del mismísimo Dios. De repente, el viento cambió de dirección de forma abrupta, sopló con fuerza desde el norte, húmedo y pegajoso, y las nubes empezaron a moverse, apiñándose, y se volvieron grises. Del norte llegaron más nubarrones oscuros, que abarrotaron el cielo y descargaron su lluvia: los pinos mojados se tornaron violetas y la carretera pasó del rojo de la arcilla al marrón coágulo de sangre, y aún más oscura. La lluvia golpeaba con fuerza el suelo y el viento la empujaba hacia el porche, como agujas de acero que me pinchaban la cara y me llenaban la nariz del aroma de la tierra húmeda.

Me levanté de la vieja mecedora de madera y entré en la casa; estaba triste y arruinado y echaba de menos a Leonard.

Llevaba sin saber de él desde que me dejó en casa, así que lo llamé un par de veces, pero el teléfono sonó en vano. Me pregunté si habría recibido al fin el dinero, si se lo estaría gastando. No era propio de nosotros que pasaran más de dos días sin hablar, aunque solo fuese porque nos apetecía discutir por cualquier tontería.

Pensé en llamarlo otra vez y me dije que cuando dejara de llover podría pasarme por su casa, por si su teléfono estaba roto, pero justo entonces mi teléfono sonó.

Era mi jefe, Lacy, el Viejo Cabronazo. A juzgar por su voz, parecía estar de buenas: se me activó una señal de alarma. Me imaginé que mi sustituto en el

campo, quienquiera que fuese, habría encontrado un trabajo mejor —echar a borrachos de un bar o cargar paladas de mierda—; quizá la hubiese palmado de un infarto o una mordedura de serpiente; o a lo mejor había empezado a predicar, trabajo decente si tienes la cara lo bastante dura para que no se te caiga de vergüenza.

—¿Cómo está la cosa, Hap?

—Colgando hacia la izquierda.

—Hombre, igual que yo. Es que tengo el huevo izquierdo más grande. ¿Estás preparado para volver a trabajar?

—No me digas que me estás llamando desde el campo...

Soltó una risotada forzada.

—Nah, hoy ha sido un día flojo.

Eso significaba que no había aparecido nadie, o que algunos suministros no habían llegado, o que se esperaban la lluvia.

—Escucha, vamos a olvidar el roce del otro día —dijo—. ¿En serio crees que iba a descontarte del sueldo unos míseros minutos? Como hoy lo hemos perdido, mañana tiene que ser un día fuerte. Pásate por allí, Hap, que sabré darte uso.

—Tú sabes darle uso a cualquier hombre o mujer que tenga manos y no vaya en silla de ruedas.

—Macho, te estoy ofreciendo trabajo. No te he llamado para que me insultes.

—¿Qué me dices de subir un poco esa mierda de jornal que pagas? Cincuenta centavos más por hora y casi llegas al salario mínimo.

—No empieces, Hap. Ya sabes lo que se cobra. Además, pago en efectivo y te ahorras los impuestos.

—Tú eres el que te ahorras los impuestos, Lacy. Un sueldo así no me da para ahorrar una mierda. Preferiría ganar lo suficiente para tener que pagar impuestos.

—Ya, pero... —Y me contó que su madre estaba en una residencia de ancianos en Kansas y tenía que mandarle dinero todos los meses, mientras yo me decía que lo más probable era que la hubiese matado de un tiro hacía años y la hubiera enterrado debajo de un rosal para ahorrar en abono.

—¿Y por qué no le dices a tu vieja que se prostituya? —le propuse—.

Bien pensado, no le falta nada; tiene una habitación y una cama. Si es capaz de abrirse de piernas, puede pagarse sus gastos.

—Hap, so cabrón, como empieces a joderme ya te puedes ir olvidando del trabajo.

—Me acaba de dar un respingo el corazón.

—Escucha, vamos a dejarlo ahora que vas ganando. Si apareces por allí, tienes trabajo. Y dile al negrata que se pase también cuando esté mejor.

—¿Quieres que le diga a Leonard que lo has llamado negrata?

—Eso puedes omitirlo. Es la costumbre.

—Una mala costumbre.

—No se lo digas, anda. Ya sabes cómo se pone.

—¿Cómo se pone?

—Ya lo sabes. Como aquella vez en el campo, cuando se peleó con el otro negra..., con el otro hombre de color que llevaba una navaja.

—¿El tipo llegó a salir del hospital?

—Me parece que está en una residencia. Me sorprende que Leonard no pasara un tiempo a la sombra por aquello. No irás a decirle esa tontería de negrata, ¿no?

—Si se la dijese, no sería todo malo.

—¿Ah, no?

—Ya tienes las rosas para tu entierro.

Cuando colgó, me había ganado un aumento de cincuenta centavos para mí y también para Leonard. Como si se le pasara por la cabeza volver a pisar el campo.

Me costaba imaginarme volviendo al tajo, la verdad sea dicha, pero me bastó echar un vistazo al frigo y otro al tarro de galletas donde guardaba el dinero para comprender que no me quedaba más remedio.

Pasé de la tristeza a la auténtica angustia, repasando los fracasos de mi vida, que no eran pocos, y preguntándome qué sería de mí dentro de diez años, con cincuenta y pico.

¿A qué me dedicaría? ¿Seguiría en el campo de rosas? ¿Qué otra cosa sabía hacer? ¿Para qué tenía formación?

Era incapaz de encontrar muchas opciones, aunque pasé un buen rato intentándolo.

Mientras me debatía entre una carrera profesional en el sector del revestimiento de aluminio para casas o, que Dios me perdone, en el de los seguros, sonó el teléfono.

Era Leonard.

—Joder, macho —le dije—, me tenías preocupado. He llamado a tu casa y no lo cogías. Ya estaba empezando a pensar que te había pasado algo, que se te había caído el frigo encima o algo.

—No he vuelto a mi casa —dijo Leonard—. Pasé por allí, pero no me quedé. Metí unas cuantas cosas en la maleta y volví a casa del tío Chester.

—¿Me estás llamando desde allí?

—Le cortaron el teléfono porque no pagaba. Hace ya varios meses. Te estoy llamando desde una cabina. ¿Quieres que te diga también cómo voy vestido?

—No es menester, a no ser que creas que voy a ponerme cachondísimo.

—Mucho me temo que la ropa tiene que llevar mujeres dentro para que te pongas cachondo.

—A lo mejor, si pones un tono de voz sexi...

—Déjate de gilipolleces, Hap. Voy a quedarme un tiempo a vivir en casa del tío Chester. He estado hurgando en sus cosas; es lo que más me apetece hacer ahora, conectar con lo que era. Y, sobre todo, descubrir qué es lo que abre esa puta llave.

—Su colección estrella de cupones.

—Pues puede ser. He mirado por todos sitios. Pero no me quedo solo por eso; quiero arreglar un poco la casa, a ver si puedo sacarle más de lo que me darían ahora.

—Me parece muy buena idea, Leonard. Por aquí la cosa también parece moverse: han vuelto a darme trabajo en el campo de rosas.

—Pues déjalo otra vez.

—Para ti es fácil decirlo.

—Oye, tú también te ocupaste de mí en su día. Vente para acá, al menos hasta que acabe lo que tengo que hacer, y tendrás comida y papel del culo.

—No sé yo si podré soportar tanta caridad. Ni siquiera tengo una pata chula.

—Yo tampoco. Ya me queda poco, mejor dicho; he empezado a andar sin

el bastón. Ya casi no lo uso. Y no tengo ninguna intención de volver a usarlo; me manejo bien sin él. Mira, Hap, no es caridad, puedes ayudarme a arreglar la casa.

—Sabes de sobra que soy un inútil con el bricolaje, que me cargo todo lo que toco.

—Puedes sostener el martillo, pasarme los clavos... Además, no es solo eso. También están los cabrones de al lado. Por ahora no he tenido ningún problema con ellos, pero me da en la nariz, por cómo me miran, que se cuece algo. Están esperando el momento. Me gustaría que me cubrieses las espaldas; además, siempre cabe la posibilidad de que te den a ti primero. Me gusta la idea de tener un parachoques.

—Eso ya lo veo más...

—Perfecto. Entonces, ¿cuento contigo?

Pensé en trabajar para Lacy otra vez. Pensé en el campo de rosas, en el calor, en los esquejes y en los vaivenes del jornal.

—La duda ofende, coño —respondí.

8

Nos pusimos en serio con las reparaciones importantes y la limpieza.

Me fui a vivir con Leonard a casa del tío Chester al día siguiente. Él se quedó con la cama y yo con el sofá. Pasábamos todo el día haciendo arreglos; los hacía Leonard, para ser sinceros. Yo iba de aquí para allá con el martillo y los clavos, o me mandaba a buscarle alguna herramienta, tarareando y cantando para mis adentros. Las canciones espirituales se me dan bastante bien. Leonard decía que así era como tenía que ser; todo criado lechoso que trabaje para un negro tiene que saber cantar algo de góspel.

Pasamos mucho tiempo en el tejado, quitando la chapa vieja y poniendo un revestimiento de verdad. Podé yo solito el enorme roble que estaba raspando el tejado, y me ventilé las ramas puñeteras sin cortarme un dedo ni dejarme el culo en el suelo.

Allí arriba hacía un calor de perros y el reflejo era tan molesto que teníamos que trabajar con gafas de sol. Empecé a ponerme moreno y a perder peso, y la sensación me gustó tanto que dejé la cerveza y el exceso de tacos.

Cuando no estaba sujetando el revestimiento mientras Leonard usaba el martillo, o yendo a buscar algo que me pedía, miraba hacia el fumadero de *crack* y me preguntaba quién habría dentro. La gente entraba y salía a paso ligero desde última hora de la tarde, y el goteo seguía hasta el amanecer. Cuando se hacía de día, la cosa se tranquilizaba. Vender *crack* es muy cansado; hay que echarse un rato antes de que llegue la siguiente oleada.

Era deprimente ver a aquellos chavales y adultos; incluso se veían bebés enganchados de madres yonquis que tendrían la regla desde hacía un par de años como mucho y hacían cola como si fuera una cafetería.

Llegué a ver un par de coches patrulla, y un día incluso hubo una redada y

se llevaron a varios tipos. De hecho, fue Leonard quien llamó a la policía; pero al día siguiente los mismos tipos a los que habían arrestado volvieron a la casa. Uno de ellos era el Mohicano, otro la Carroza. Ahondé mucho en mi comprensión del sistema judicial estadounidense sin salir de la casa y del jardín.

Funcionaba de una forma muy sencilla, pero yo no me había enterado de nada. Si infringías la ley podías irte de rositas, como quien dice. Si le vendes drogas a un chaval, o a cualquiera, pueden arrestarte, puedes pasar la noche en el calabozo, pero, a la mañana siguiente, si tienes contactos, algo de dinero, un buen abogado y una buena relación con el agente de la fianza, te vas a casita, y hasta te acercan gratis. Descansas un rato, te tomas una lata de Dr. Pepper y un par de Twinkies para levantar el ánimo y, si tienes mercancía, cuando cae la noche ya estás otra vez metido en el negocio.

Era deprimente, y sin duda nuestros vecinos sabían que aquello nos asqueaba, porque cuando oscurecía les gustaba salir al porche y quedársenos mirando. Los veíamos bajo la luz amarilla del porche, apiñados como los insectos que revoloteaban alrededor de la bombilla.

La luz de su porche, y la del nuestro, cuando la usábamos, eran las únicas de toda Comanche Street, pues las farolas llevaban mucho tiempo apagadas a balazos y nadie había ido a cambiarlas. Y si lo hiciesen, los tipos del fumadero de *crack* volverían a dispararles; el único faro que querían en la calle era el suyo, un faro que guiase a la gente hacia su casa, donde comprarían algo que les hiciera dar vueltas y flotar, que los ayudase a sobrellevar unas cuantas horas.

Había un par de casas al otro lado de la calle, pero dejaban la luz del porche apagada y solo se veían las luces atenuadas tras las cortinas, como si estuviesen debajo del agua y a mucha distancia. La gente decente de Comanche Street no salía por la noche, no fueran a toparse con los camellos, o con los propios yonquis en busca de unos dólares fáciles para comprar otra piedra.

De hecho, a lo largo del día no veíamos a mucha gente. Los trabajadores iban y venían, pero no se entretenían. Al que empezamos a ver con más frecuencia fue al chaval que nos cruzamos en el porche de Leonard. Llevaba un busca en el cinturón, tenía unos andares chulescos y vestía ropa de marca. Parecía como si se le estuviera derritiendo el alma.

Los barrotes y los cerrojos de la puerta del tío Chester empezaban a

cobrar sentido. Si no tomabas mil precauciones, tus cosas acabarían en la casa de empeños, y con ese dinero el yonqui de turno se compraría otro chute.

Cada vez que salíamos de la casa, pensábamos que a la vuelta podríamos encontrarnos la puerta principal descolgada, o en el suelo, y habrían desaparecido todas las cosas del tío Chester, salvo los cupones. O a lo mejor a esos mierdas que teníamos por vecinos les daba por ajustar cuentas con Leonard y conmigo, y al volver nos encontrábamos con algo aún peor: humo y madera carbonizada.

Por eso, cuando necesitábamos algo, uno solía quedarse en la casa mientras el otro iba a comprarlo.

Eso tenía a Leonard todo el rato cabreado, siempre con el ceño fruncido y la escopeta de su tío bien engrasada y cargada —y no con balines—. Se preguntaba, entre risas, cuántos vecinos negratos harían falta para revestir el tejado si los cortase muy, pero que muy finos.

También limpiamos la casa por dentro. El tío Chester y su hedor por fin se marcharon, y las moscas se fueron en busca de pastos más putrefactos.

Al anoecer, tras la dura jornada de trabajo, poníamos un poco de orden y buscábamos lo que quiera que abriese aquella llave. No encontramos ninguna caja fuerte, ninguna caja de seguridad, ningún tablón secreto en el suelo o en la pared. Eso sí, varios de los cupones de la caja de seguridad del banco aún valían, y nos turnamos para acercarnos a la ciudad a comprar pizzas o hamburguesas.

Por las noches trabajábamos al son de la música *country* de Leonard; las voces *hillbilly* se peleaban con las de los raperos y rockeros de la otra casa, y he de admitir que a veces las prefería, en vez de los amores perdidos y las borracheras en la barra del bar, pero Leonard subía el volumen y las ahogaba. Al menos quedaban ahogadas en casa del tío Chester; no sé si los vecinos se percataban. Nadie llamó a la policía, ni por una música ni por la otra. En aquel barrio, bien valía un poco de música alta con tal de que no estuviesen pegando una paliza o atacando a nadie. Para lo poco que hacían los representantes de la ley por allí, mejor hubiese sido que patrullaran las calles tocando el claxon y lanzando folletos de «No a las drogas».

La última habitación que abordamos fue la de los periódicos. Hacía muchísimo calor y el pequeño ventilador apenas lograba mover un poco el polvo para asfixiarte. El techo tenía goteras y algunos periódicos estaban

enmohecidos; además, en varios puntos el agua se había filtrado hasta la madera, algunos tablones estaban podridos y los oíamos chirriar y hundirse bajo nuestras pisadas.

Decidimos que lo mejor era sacar todos los periódicos, echarles un vistazo rápido y ver si había algo que mereciese la pena.

Tras un par de viajes al centro de reciclaje con la camioneta cargada, dejamos de hojearlos, convencidos de que no tenían ninguna importancia. Lo único que nos llamaba la atención eran los huecos en las páginas que el tío Chester había recortado para hacerse con sus cupones.

Las dudas se despejaron, más claro que el agua: el tío Chester estaba como una regadera. Lo más probable era que la llave abriese algo que ya no existía, o que perdió hacía mucho tiempo, pero que, vete a saber por qué, significaba algo para la papilla de células que tenía por cerebro.

Leonard guardó la llave, se olvidó del asunto y retomó la lectura de *Drácula*. Decía que le gustaba mucho y pensaba que le habría dado más miedo de no ser por el fumadero de *crack* de al lado. Solo hay que mirar por la ventana y ver cómo está el mundo; así es difícil que un tipo con colmillos te asuste. Los vecinos eran vampiros mucho más grandes: un puñado de mamones que te hacían anhelar la droga con el mismo ahínco con el que un vampiro anhela la sangre. Hasta que acababas haciendo lo que fuese por conseguirla: robar y mentir, asesinar a tu amante, interesarte por la astrología y leer relatos de misterio de digestión fácil.

Cuando llevábamos una semana o así en la casa, Leonard guardó el bastón y cambió las botellas rotas del árbol. Creo que lo hizo para provocar a los vecinos, para que volviesen a dispararles y así tener una excusa para intercambiar sus cabezas y hacer un batiburrillo con sus órganos.

Una noche me despertó gritando en sueños: «¡Hijos de puta!». Estaba empezando a ponerme nervioso; no se separaba de la escopeta. Tuve la impresión de que estaba un poco superado por la situación. En un momento dado, se convenció de que la muerte del tío Chester era culpa de los gilipollas de nuestros vecinos. Y puede que lo fuese. A ojos de Leonard, el tío Chester era el arquetipo de virilidad.

A Leonard lo había criado su abuela, pero pasaba los veranos con su tío, que le enseñó a ser un hombre hecho y derecho. Le explicó todo lo que tenía que saber sobre los bosques, las armas, la carpintería y el amor por los libros.

Lo animó para que llegase a ser algo en la vida, le infundió valor. Hasta que Leonard creció y se dio cuenta de que era gay. Se lo dijo a su tío y todo se desmoronó.

Sea como fuere, su tío lo había educado: cogió una masa, la moldeó, la coció y la convirtió en lo que era. Así pues, y aunque me asqueara que el tío Chester hubiese renegado de Leonard, tenía que admitir que hizo un buen trabajo con su sobrino. O, cuando menos, un trabajo que se había tenido en pie hasta ahora; hasta que el tío Chester regresó a la vida de Leonard, ya muerto, como una especie de fantasma. Y no de los buenos.

Un sábado por la tarde estaba yo en el tejado, bajo un sol de justicia, descamisado y trabajándome un buen cáncer de piel, planteándome levantarle el veto a la cerveza helada, cuando apareció Florida Grange. Iba en un pequeño Toyota gris, y al verla bajar del coche me percaté de que llevaba un sencillo vestido azul celeste que enseñaba mucha pierna y sugería, qué gozada, que podía enseñar aún más.

Se detuvo en el camino de gravilla, se llevó una mano a la frente para taparse los ojos, cual explorador indio, y me gritó:

—¿Está Leonard?

—Ha ido a la ciudad a comprar unas cosas.

—Ah. Es que he pasado a ver a mi madre y he pensado en dejarme caer por aquí, para ver qué tal le iba. Además, necesito que me firme otro documento. Se me olvidó decírselo en el despacho.

—Espere un momento.

Volví a ponerme la camisa, que había dejado colgada en el muñón de una rama del roble. Era una camisa vaquera de manga corta de algodón, y su tacto suave contra la piel caliente y sudada me resultó agradable. Metí barriga mientras me la abotonaba, por si Florida estaba mirando, y bajé por el roble.

Me descolgué del árbol, me sacudí las manos en los pantalones y me acerqué a ella con una sonrisa. Le tendí la mano y nos saludamos; otra vez la piel suave, las pulseras tintineantes. Tenía el pelo azabache y salvaje, como una nube que anunciaba tormenta. Cuando el viento lanzó el aroma de su perfume contra mí, me dije apaga y vámonos.

Vi mi reflejo en el parabrisas de su coche. Mi pinta daba pena, pero al menos tenía los dientes limpios. Me los había lavado con mi propio cepillo

hacía un rato, y con enjuague bucal y todo: iba haciendo progresos.

—¿Le apetece tomar algo, señorita Grange?

—¿Te parece bien que nos tuteemos?

—Claro, Florida.

—Sí, me apetece tomar algo.

—Pues te lo traigo. Mejor será que esperes en el porche, no tenemos aire acondicionado.

—Muy bien.

—Tenemos Coca-Cola, Coca-Cola Light, té helado y cerveza. También hay unas cuantas Sharp's sin alcohol. Está bastante buena.

—Té helado, gracias. Sin azúcar.

Entré en la casa, le serví un vaso de té y me pillé una Sharp's. Había descubierto que, en realidad, prefería la cerveza sin alcohol a la auténtica. Lo que me gustaba era el sabor, no las consecuencias.

Salí al porche con el té y la Sharp's. Florida estaba en el balancín que Leonard y yo habíamos instalado. Yo había sido el encargado de fijar las sujeciones al techo del porche y recé para no haber hecho una chapuza: lo último que quería era que Florida Grange se dejara ese culo perfecto en el suelo.

Le di el té y me senté en el otro lado del balancín, mientras me devanaba los sesos en busca de un tema de conversación insustancial. Estuve a punto de decir algo del tiempo, pero me contuve. Procuré no mirarle las piernas, que estaban completamente a la vista y parecían muy suaves. Me pregunté si serían igual de suaves que sus manos.

—¿Vives aquí? —me preguntó.

—Por ahora sí. Estoy ayudando a Leonard a arreglar un poco la casa para venderla.

—Ah.

Nos quedamos en silencio, dando sorbos lentos a nuestras bebidas. Un antiguo Chevrolet negro pasó traqueteando calle abajo. El viejo negro al volante nos miró por la ventanilla, apartó la vista y luego volvió a mirar, intentando determinar si aquello podía concluir en mestizaje.

Ni muchísimo menos, aunque yo fantaseara con la posibilidad. A juzgar por la situación, tendría que conformarme con mirarle las piernas a Florida

Grange y, si acaso, verle las bragas de refilón mientras subía o bajaba del coche. Como cuando iba al instituto.

Al pensar eso me sentí un poco culpable. Todo hombre que piense así tiene que plantearse muchas cosas; si me descuidaba, cuando quisiera darme cuenta estaría echando monedas en las máquinas de condones que hay en los baños de las gasolineras para hacerme con uno de esos productos especiales que compras cuando no te hacen falta condones: un coño de juguete, una funda para pene que parece un calamar de plástico o un librito con chistes verdes.

Estaba al lado de una mujer inteligente, una experta de su materia, y solo era capaz de pensar en las ganas que tenía de zumbármela. Se me tenía que ocurrir otra cosa. Lo suyo sería preguntarle lo que le preguntaría a cualquier especialista en derecho, ya fuese hombre o mujer.

—¿Te llegan muchos esguinces cervicales?

—¿Cómo?

—Pues...

—Ah. De vez en cuando. He tenido un par. Sobre todo hago testamentos, cosas por el estilo.

Muy, pero que muy bien jugado, Hap. ¿Por qué no le preguntas directamente si persigue ambulancias?

—Se ha quedado un buen día, ¿eh?

—Sí, bueno...

—A ver, hace calor, pero no está mal, no hay tanta humedad como otros días. Por lo general, suele haber más humedad.

Florida Grange miró su reloj.

—¿Cuánto crees que le faltará a Leonard?

—No mucho. Joder, Florida, parezco imbécil. Últimamente, cuando estoy con una mujer guapa, solo digo tonterías. No lo hago a propósito.

—No pasa nada.

—Sí que pasa, sí. Mira, si quieres me quedo aquí calladito y ya está... ¿Te gusta Leonard?

Ella me sonrió.

—Leonard es gay.

—¿Lo sabías? Y yo que pensaba darte la noticia y, ante tu consternación, presentarme como el segundo plato. Yo no soy gay, por cierto.

—Vaya por Dios, pues no se diría, ¿eh? Por aquí casi todo el mundo sabe que Leonard es gay. Pasaba los veranos aquí, mi madre conocía a su tío y vio crecer a Leonard. Me lo contó ella.

—Ah.

—Mire, señor Collins... Hap. Tengo que pedirte perdón.

—¿Que tú tienes que pedirme perdón? Yo soy el que te ha comido con los ojos. Te pido que me perdones, Florida. Llevo demasiado tiempo en el campo, sin compañía femenina. Podría decirse que estoy a merced de las hormonas adolescentes.

—El otro día, cuando me propusiste salir, te dije que no...

—Oye, que no pasa nada, tienes todo el derecho del...

—¿Me dejas hablar?

—Claro.

—Tengo que confesarte una cosa: no quise salir contigo porque eres blanco, sin más.

—¿No te gustan los blancos?

—No es eso. Es que soy hija del racismo, como todos. La verdad es que no pienso mucho en ello, no soy consciente. Pero sí siento lo que implica vivir en el mundo del hombre blanco. Siento que, por ser una mujer negra, lo tengo todo cuesta arriba y debo esforzarme para conseguir lo que quiero. Tengo la sensación de que, siempre que estoy lista para avanzar, hay algún obstáculo blanco.

—Llevas razón.

—El caso es que a veces lo hay y otras no, pero no puedo evitar sentir rencor de todos modos, así que, cuando un blanco me pide salir, me imagino que estará pensando: «Seguro que a esta putilla negra le hace ilusión salir conmigo. Soy blanco, y como soy blanco puedo llevármela a la cama». Y luego el señorito seguirá con su vida y se juntará con gente blanca, gente respetable.

—A ver, si te soy sincero, en la parte de la cama sí que había pensado.

—Ya lo sé, se te nota. Podría decirse que rezumas almizcle. Pero eso es lo de menos; es por lo otro, por la parte racista. En realidad, no se me pasó por la cabeza que estuvieras pensando eso. Ni el otro día ni ahora. Pero cuesta desterrar los prejuicios. Le he dado muchas vueltas y me arrepiento de haberlo

pensado; y, bueno, como sabía que estabas aquí porque mi madre, que te conocía de vista del entierro, me dijo que te había visto, pues, en fin, quería disculparme por haber sido racista. Joder, estoy atropellándome.

—No pasa nada, veo por dónde vas. Es muy sincero por tu parte. Haces que me sienta una mierda, pero es sincero.

—Sí, es sincero. Y sigo sin querer salir contigo.

—Ajá.

—¿Sabes por qué?

—¿Porque soy feo?

—No. La verdad es que me pareces atractivo, a tu tosca y caduca manera.

¿Caduca?

—El problema es que me gusta bailar y los blancos no tenéis ni un ápice de ritmo. ¿Y sabes qué más dicen de los blancos?

Vi cómo se le dibujaba una sonrisa preciosa.

—¿Qué dicen? —pregunté.

—Que la tenéis pequeña.

9

A la vuelta de Leonard, Florida le entregó un documento para que lo firmara y volvió a guardárselo. La convencimos para que regresara esa noche a cenar. Leonard prometió que haría espaguetis con salsa y yo me ofrecí a preparar la ensalada. Al oírme, Leonard me miró y yo le respondí con un: «Va en serio».

Procuré no mirar como un sátiro a Florida mientras se montaba en el coche. Cuando se alejó, Leonard me dijo:

—Macho, tienes que darte una paja, pero ya. Estás empezando a mirarla como si fuese una napolitana de chocolate.

—Ya, y no creas que no me da vergüenza. No puedo contenerme, llevo demasiado tiempo solo. Pero voy mejorando, ¿eh? Mientras no estabas hemos charlado, en un tono de lo más educado e intelectual, de cómo son las pollas de los blancos.

—¿Esas miniaturas?

Volví a subir al tejado con Leonard, que, tras revisar lo que había hecho, quedó satisfecho al comprobar que no tendría que repetirlo.

—¿Sabes qué? A este ritmo quizá acabes sabiendo tirar de la cadena sin instrucciones —dijo Leonard.

—Sí, señorito —respondí con acento paleta—. Me estoy enseñando a hacer las cosas. ¿Quiere el señorito Leonard que le cante algo de góspel?

—Quiero que te calles la boca.

Cortamos a las cinco de la tarde para limpiar la casa. Leonard había comprado una bombona de butano, con lo que teníamos calentador. Cuando acabé de enjabonarme con el agua caliente, giré el grifo y me enjuagué con frío polar. En cuanto salí de la ducha y me sequé, dispuesto a ponerme unos calzoncillos limpios, ya estaba sudando otra vez. Por culpa de la humedad y el

calor, los viejos tablones del suelo y el papel de la pared del baño olían a ojete de camello.

Me puse los vaqueros, una camiseta y unos náuticos sin calcetines y fui a la cocina, donde olía bien, para variar. Leonard estaba trajinando de acá para allá, picando champiñones, removiendo carne y ajo en una sartén. También había puesto a hervir agua en una olla enorme.

—¿Te ayudo?

—Sí —dijo Leonard—, no estorbes.

—Puedo hacer la ensalada.

—Puedes, pero es muy temprano. Si la haces ahora, cuando nos la comamos la lechuga estará mustia y los tomates sabrán a pelota de golf mojada.

—Pues entonces voy a leer.

Cogí uno de los libros que me había llevado, *La banda del más allá*, de Neal Barrett Jr., salí al porche trasero y me senté en una vieja mecedora chirriante. El lado izquierdo del porche estaba cubierto con un panel de contrachapado, probablemente para que el tío Chester no tuviese que estar viendo a los vecinos camellos. El resto del porche estaba cerrado por una gran mosquitera. La parte baja de la mosquitera de la puerta se había soltado y estaba enroscada, como si acabara de darle un infarto.

Detrás de la casa había una montaña de basura carbonizada, una mezcla de plástico chamuscado y retorcido, latas ennegrecidas y papeles quemados.

Un poco más allá había otra bombona de butano, y detrás una hilera de árboles y zarzas que se volvía más densa hasta convertirse en un auténtico bosque. Me pregunté hasta dónde llegaría. De haber estado en una zona blanca de la ciudad, donde el valor del terreno era muy superior, lo habrían talado y recubierto de cemento hacía mucho tiempo.

Sin embargo, allí conformaba un curioso oasis verde en el centro de un barrio en declive, una porción de tarta humana que no era del todo rural ni del todo urbana; un mundo en sí mismo.

Leí *La banda del más allá* hasta que Leonard asomó por la puerta trasera para llamarme.

—¿Te apetece acercarte al centro y alquilar un reproductor de vídeo y una peli? Y que no se te ocurra pillar una de esas películas felicianas de redención social, ni una donde haya que leer abajo lo que dicen. También te recuerdo que

ya hemos visto *Qué bello es vivir*.

—¿*Los tres chiflados* te parece bien?

Me acerqué a la ciudad para alquilar el vídeo y sacar un par de películas: *Tiburón*, que aún no había visto, y *Gunga Din*, que vi cuando tenía la altura de los huevos de un cocker.

Cuando volví a la casa estaba muerto de calor, sudando y nervioso. Me debatía entre dos posibilidades: probarme con Florida o limitarme a ver las películas como un niño bueno. Aunque, para ser sinceros, ya se me había olvidado cómo era aquello de probarse con alguien. Llevaba demasiado sin practicar. Empecé a preguntarme si vendría. Quizá trajese a alguien. Qué bonito sería eso; a lo mejor podría dejarles yo los condones.

Mientras Leonard trasteaba con el vídeo, preparé la ensalada. Soy capaz de cortar una lechuga y trocear el tomate como un experto. Ni siquiera la cagué al añadir los trocitos de beicon y los picatostes.

Unos quince minutos después de que terminase, Florida llamó a la puerta y Leonard le abrió. Había traído una botella de vino y una *baguette*, y llevaba un pequeño bolso colgado al hombro. Ahora iba de amarillo canario, aunque el vestido era como los otros, de diseño sencillo, pero ceñido y corto; le hacía un cuerpo ideal. No venía acompañada.

—¿Quiénes son esos vecinos tan simpáticos? —preguntó, dejándole a Leonard el pan y el vino.

—Los del fumadero de *crack* de la zona —respondió Leonard—. Una panda de juerguistas.

—Ni que lo digas. Acaban de darme una clase magistral de anatomía.

—Lo siento —dije.

Ella esbozó una sonrisa.

—Es igual. Me dicen cosas peores en los juzgados. A veces, mis propios clientes.

Tomamos asiento y empezamos con la ensalada. Ella la probó, pero no hizo ningún comentario sobre su exquisitez. En mi opinión, los picatostes y los trocitos de beicon estaban riquísimos y distribuidos con gran pericia. Se deshizo en elogios con los espaguetis, las albóndigas y la salsa; Leonard, lector habitual de *Bon Appétit*, la correspondió alabando el vino que había escogido. Para mí, todos los vinos saben más o menos igual: mal. Sin embargo, dije que a mí también me parecía un caldo excelente.

Después de cenar, vimos las películas, empezando por *Tiburón*. Leonard había comprado la televisión en una casa de empeños y, aunque la pantalla era diminuta y las esquinas se veían recortadas, me cagué por la pata abajo. Nunca me había gustado el agua, y los tiburones aún menos. Florida se sentó en el centro del sofá, pero en las partes de miedo no me agarró la mano ni se cobijó en mi regazo en busca de protección. Me parecía de lo más impropio cobijarme en el suyo, aunque sí subí los pies al sofá, no fuese a pasar algún tiburón por allí.

Entre una película y otra nos tomamos un café y Florida se quitó los zapatos. Luego vimos *Gunga Din*, que me encantó, como antaño. A eso de medianoche las películas habían acabado y nos quedamos un rato comentándolas; luego Leonard salió al porche a fumar en su pipa.

Me levanté del sofá y caí en la cuenta de que no sabía qué hacer con las manos. Y tampoco con la boca. ¿Debería decirle «Buenas noches»? O preguntarle: «¿Cómo ves a los Mets este año? Pueden ganar la liga».

Florida tampoco ayudó. En lugar de levantarse, me sonrió desde el sofá.

—Tengo sueño.

—Ya, se ha hecho tarde. ¿Quieres que te lleve a casa? Puedes volver a por tu coche mañana.

—No tengo tanto sueño. De todas formas, me gustaría quedarme aquí.

—¿Porque estás cansada?

Volvió a sonreírme, esta vez con una de esas sonrisas que se dedican a los retrasados.

—¿Tengo que deletreártelo?

—No estaría de más —respondí—. Creo que te pillo, pero, como me equivoque, cuánta vergüenza voy a pasar.

—No te equivocas. Vamos a la cama. Juntos.

—Un momento.

—¿Un momento?

Salí al porche y encontré a Leonard meciéndose en el balancín. Sentí de lleno el olor de su tabaco con sabor a cereza.

—¿Qué? ¿Cómo va el marcador?

—¿Puedo dormir yo en la cama esta noche?

—Sí, pero mañana pones la lavadora. No quiero grumazos.

—Trato hecho.

Cuando volví a entrar, procuré que no se notase demasiado que estaba deseando llegar al postre.

—Bueno, ¿estás preparado? —Y se rio. Era una risa agradable, como el tintineo de unas campanas—. ¿Dónde está el baño?

Se lo indiqué y, antes de entrar, me dijo:

—¿Quieres ir a mi coche y traerme la bolsa de aseo? Las llaves están en mi bolso.

Cogí las llaves del bolso y fui al coche. Florida sabía desde el principio que iba a quedarse a dormir. Empecé a crecerme un poco.

—Espero que no se te haya olvidado cómo se hace —dijo Leonard cuando volví a pasar.

—Me saldrá sobre la marcha —respondí.

Y entré.

El ventilador del techo desplazaba el aire caliente y movía las sombras de la luna, que aleteaban sobre mí, mientras el sudor del pecho se me iba secando lenta y agradablemente.

Estaba tumbado bocarriba, desnudo. Florida estaba a mi lado, bocabajo, dormida. Tenía la mano aparcada en una de sus suaves nalgas de ébano. No podía evitar jugar con los dedos sobre su carne. Repasé mentalmente lo que habíamos hecho, una y otra vez. Era una buena película, por mucho que la rebobinase. Me gustaba más que *Tiburón* y *Gunga Din*.

La ventana de la habitación estaba subida y, desde mi posición, con la cabeza apoyada en la almohada, veía el exterior. En la otra casa se oían risas y se veían luces; las sombras se movían de una ventana a otra, y con ellas las risas.

Me puse de costado, pasé el brazo por la espalda de Florida y le di un beso en la oreja. Olía a sudor, sexo y perfume. Se movió en sueños e hizo un ruidito que me gustó. Acaricié la parte baja de su espalda, sus nalgas, y bajé por una pierna, rozando las gotas de sudor con la palma. Abrió las piernas y metí la mano entre ellas. Estaba suave y húmeda, y se movió como si le estuviesen entrando ganas, pero luego se quedó quieta y empezó a roncar como un leñador.

Tampoco pasaba nada. Después del homenaje que nos habíamos dado, corría el riesgo de que mi ambición fuese mayor y mejor que el aparato que necesitaba para satisfacerla. Además, estaba muerto de sed.

Me aparté de ella, salí discretamente de la cama y me desenredé la sábana de los tobillos. Tras desperezarme y recoger la sábana del suelo, la sacudí sin hacer ruido y tapé a Florida, no sin antes comérmela otra vez con la mirada.

Encontré sus braguitas en el suelo, junto al camisón que tan poco le había durado. Los doblé y se los dejé a los pies de la cama, antes de acercarme a la ventana y echar un vistazo fuera, agarrando los barrotes. En la otra casa seguía la marcha.

Oí el soplido del viento en el árbol de las botellas, como el ulular lejano de unos búhos fantasmales. El sonido de las botellas me recordó que tenía sed, pero justo entonces oí otro ruido, como de arañazos, en la habitación de al lado.

Busqué los calzoncillos, me los puse y me enfundé los vaqueros. Había traído un pequeño revólver del calibre 38 de mi casa. Abrí el cajón de la cómoda, lo busqué entre los calcetines y me acerqué sigilosamente a la puerta de la habitación, aguzando el oído.

No se oía nada.

Abrí la puerta con sumo cuidado y eché un vistazo al salón: ni rastro de Leonard en el sofá. Entonces volví a oír los arañazos.

Al adentrarme en el salón, vi una luz que provenía de la puerta abierta de la habitación de los periódicos. Me acerqué con el arma pegada a la pierna y, al asomarme, vi a Leonard sentado en el suelo, con una pila de periódicos mojados a su espalda. Estaba levantando los tablones podridos haciendo palanca con un pie de cabra, y los apilaba junto a los periódicos. Tenía el pequeño ventilador orientado hacia él y bloqueado. Emitía un zumbido agradable, como una abeja en su flor.

—Iba a pegarte un tiro —le dije al entrar. Él levantó la cabeza.

—¿Quién coño pensabas que era?

—Es que estoy un poco nervioso, por los vecinos y eso.

—¿Te acordabas? De follar, digo.

—Sí, aunque hemos hecho cosas que no recuerdo haber hecho en mi vida. Pero creo que ha ido bien, no nos hemos lesionado ninguno de los dos.

—¿Qué tal?

—A ver, aún no hemos mandado las invitaciones de boda, pero me gusta. Es inteligente, ingeniosa, me lo paso bien con ella.

—Y te folla.

—Eso también, sí.

—Ven aquí y ayúdame. He encontrado algo interesante.

Dejé la pistola en la mesa, al lado del ventilador, me arrodillé junto a Leonard y agarré el tablón que estaba sujetando para levantarlo entre los dos. Los clavos crujieron y la madera se soltó.

—No podía dormirme —dijo—. He entrado a la habitación para echar un vistazo y, al mover una pila de periódicos, he encontrado este punto. Si te fijas, no todos los tablones están podridos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que en su día cambiaron el viejo suelo de madera por uno nuevo de madera sin tratar, y que algunas partes se han podrido por las goteras del techo. Creo que el tío Chester aprovechó el cambio de suelo para hacer un escondite.

Y señaló algo:

—Para eso —dijo.

En el hueco que había quedado al levantar el tablón vi un objeto grande apoyado en la tierra oscura. Debía de haber un metro y pico entre el suelo de madera y el fondo de la cámara de aire.

—Al mover los periódicos y echar un vistazo, me he percatado y me he puesto a levantar los otros tablones —dijo Leonard—. No habré despertado a Florida, ¿verdad?

—Me parece que no está durmiendo. Está hibernando.

—Ayúdame a sacarlo, ¿vale?

Metí medio cuerpo en el hueco para coger el objeto, un pesado arcón de metal, preguntándome qué habría dentro. Tras subirlo, lo apoyamos en el suelo. Era de color verde militar y tenía un candado. En la tapa podía leerse «Chester Pine» con letras blancas de plantilla. Olía a tierra húmeda.

Leonard cogió el pie de cabra, lo metió en el hueco del candado y empezó a forzarlo haciendo palanca, pero lo agarré del brazo.

—Antes de probar así —le dije—, ¿no crees que quizá haya otra forma?

Me miró y, poco a poco, lo vio claro.

10

Mientras Leonard iba a por la llave, un sinfín de cupones caducados imaginarios daban vueltas en mi cabeza.

Regresó y, al probar la llave, el candado se abrió al instante. Leonard lo quitó con cuidado y levantó la tapa. Del arcón salió una pequeña nube de polvo y un olor que no supe identificar. Mohoso, con un punto ácido. Leonard se inclinó para ver lo que había dentro y se quedó mirándolo fijamente. Yo también miré.

No eran cupones.

Era un pequeño esqueleto amarillento, con motitas negras. El cráneo estaba girado hacia mí. Tenía varios dientes de leche. Parecía un niño, aunque no era experto en el tema. De ocho, nueve años como mucho. El cráneo tenía una fractura como la Campana de la Libertad, desde la frente hasta el entrecejo. Tenía las piernas cortadas a la altura de las rodillas para que cupiese en el arcón y le habían arrancado los brazos, desgarrando la articulación del hombro, como si fuesen alitas de pollo. Bajo los huesos, y a su alrededor, había revistas enmohecidas. Caí en la cuenta de que buena parte del olor, que no todo, provenía del papel podrido. No obstante, los huesos eran viejos, y el hedor de la muerte se había disipado hacía tiempo; de hecho, era probable que los huesos ya no oliesen a cadáver, sino a moho.

Nos quedamos petrificados unos segundos, asimilándolo. Leonard cogió uno de los periódicos y lo arrugó para improvisar un guante. Se puso de rodillas, introdujo la mano en el arcón y sacó uno de los brazos. Al levantarlo, la articulación del codo se desintegró y una parte volvió a caer al arcón. Los huesos de la mano se separaron de la muñeca y resonaron entre sí con el impacto; las páginas de una de las viejas revistas quedaron desgarradas como un pájaro abatido.

Leonard sostuvo el húmero y se quedó mirándolo unos segundos, antes de posarlo con delicadeza. Con el guante de periódico, sacó una de las revistas del arcón y la arrojó al suelo. Las páginas se desgajaron y se desintegraron, como los huesos.

En las revistas había sobre todo fotografías; muchas de ellas aún se podían distinguir, y no me gustaron. En las fotos se veía a niños y niñas en posturas sexuales, con adultos y entre sí. Leonard sacó otro par de revistas y las dejó en el suelo. Más de lo mismo. Incluso había algunas de niños con animales.

Miré las fotos más tiempo del que habría querido, para cerciorarme de que los ojos no me engañaban; luego me puse en cuclillas y respiré hondo. El aire estaba impregnado del papel podrido y de ese otro olor.

Leonard volvió a meter las revistas en el arcón, tiró dentro el periódico que estaba usando a modo de guante y, tras bajar la tapa, puso el candado y lo cerró.

Se levantó y, después de sacudirse las manos en los pantalones, empezó a caminar en pequeños círculos. Al cabo de unos segundos se sentó en la silla del escritorio y se enchufó el ventilador directamente a la cara. Estaba jadeando, como si acabase de terminar un entrenamiento exigente.

—Tío Chester... —murmuró—. Dios santo.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, yo en cuclillas y Leonard en la silla, con la cara pegada al ventilador.

—A lo mejor no es lo que parece —dije finalmente.

—¿Cómo no va a ser lo que parece? Es la llave que me dejó, y abre el arcón, y dentro hay lo que hay. Ese esqueleto es de un niño.

—Ya lo sé.

—Y las revistas... Qué asqueroso... Dios santo, ¿quería devolvérmela por ser gay? ¿Me estaba diciendo que él era un perverso porque creía que yo lo era? ¿O se le fue hasta tal punto la cabeza que creía tener un auténtico tesoro escondido aquí? ¿Pensaría que me haría ilusión tenerlo, cago en la puta? ¿Qué hacía, sacar el arcón de vez en cuando para mirar el esqueleto y las revistas y masturbarse?

—Estás corriendo más de la cuenta.

—Estoy corriendo lo que hay que correr. Y el muy mamón enfermo se atrevía a criticarme, cuando él era... Dios santo, Hap. ¿Habrá más?

—No sé qué decirte. Pero tienes que avisar a la policía.

—Ya, como si la policía fuera la puta eficacia personificada. Joder, Hap. Me levanté lentamente.

—También puedes guardar el arcón en el agujero. Hizo lo que hizo, ya no se le puede castigar ni tampoco podrá hacerle daño a nadie. Sigue con tu vida y ya está.

—No lo dirás en serio, ¿no?

—No... Solo una pequeña y triste parte de mí lo dice en serio.

—Hay que identificar a ese niño, quizá haya más. Dios santo. ¿Desde cuándo lo haría? Podría haber un montón de cadáveres debajo de la casa. Quizá ya estaban cuando venía a pasar los veranos. Mientras él estaba aquí enseñándome a hacer una mosca para pescar, leyéndome un cuento o metiéndome en la cama, justo debajo había niños pudriéndose.

—Estaba enfermo, Leonard, ya lo sabes. Quizá fue cosa de los últimos años.

—Eso solo mejora mínimamente la situación. Qué coño, no la mejora ni un ápice... No se lo digas a Florida. Todavía no.

—No se me ocurriría decírselo.

—Dios...

—Vamos a hacer lo siguiente, Leonard: por lo pronto, vamos a guardar el arcón, esta noche no podemos hacer nada. Procura asimilarlo como buenamente puedas y mañana, cuando Florida se vaya, haremos lo que tú digas. Está claro que, en cuanto la policía se entere, ya no habrá secreto.

—Vale. Ayúdame a guardarlo, Hap.

Volvimos a bajar el arcón. Leonard tapó el hueco con varios tablones, que a su vez cubrimos con una pila de periódicos.

—Gracias, macho —me dijo Leonard cuando acabamos.

—No hay de qué.

Nos lavamos y me tomé ese vaso de agua que tanto ansiaba. Luego volví a la habitación.

Florida había tirado otra vez la sábana al suelo. Estaba tumbada bocarriba. Tenía una cara suave y preciosa, y los labios se movían ligeramente con la respiración. Sus pechos y su vello púbico captaron mi atención, pero, con lo que acababa de ver, era incapaz de sentir deseo sexual.

Me desvestí y, tumbado en la cama bocarriba, me quedé mirando el ventilador girar y girar. Oí el soplido del viento en el árbol de las botellas y confié en que estuviese atrapando el espíritu de los camellos. Me pregunté si el alma del tío Chester también se había quedado retenida ahí; y el alma de su víctima... o víctimas.

Pensé en el arcón y en las revistas y pensé en Leonard. El mundo se le había tenido que caer encima. Pensé en el esqueleto del niño y en cómo sería cuando estaba vivo. ¿Fue feliz antes de que ocurriera aquello? ¿Pensaría en la Navidad? ¿Estaría triste? ¿Sufriría mucho? ¿Sería consciente de lo que estaba pasando?

Fuera, en el fumadero de *crack*, oí a alguien reírse. Luego pegaron un grito y se oyó otra carcajada, y al instante todo volvió a sumirse en el silencio.

Las sombras fueron cambiando, ensanchándose. Una franja de luz ameloconada se filtró entre los barrotes y se esparció sobre la cama; la piel de Florida resplandecía como si estuviese bañada en miel. Dejé de fijarme en el ventilador para observar su cuerpo, que se iluminaba poco a poco. Me puse de costado y le pasé un brazo por encima. Su piel estaba caliente, pero yo tenía frío. Me levanté, recogí la sábana y, tras tajarla, volví a meterme debajo para abrazarla. Ella se apoyó en mi pecho y le di un beso en la frente.

—¿Ya es de día? —preguntó.

—Para los gallos —respondí.

—Mmm. No soy un gallo.

—Ya me he dado cuenta.

—Te apesta el aliento.

—A ti no. El tuyo es dulce como una rosa... que crece al lado de una fosa séptica.

—Eres mi primer blanquito, ¿sabes?

—¿Y qué tal?

—Salvo por que la tienes pequeña, genial.

—Muy bonito.

—Vas a ver lo que es bonito. Dentro de un segundo.

Salió de la cama envuelta en la sábana.

—Voy a lavarme los dientes, vuelvo ahora mismo. Y luego te los lavas tú.

—¿Vamos a explorarnos en busca de caries?

—Solo quiero que explores una cosa —dijo, antes de salir de la habitación.

El arcón, el esqueleto y las revistas se me empezaron a ir de la cabeza. Al menos ya no estaban en primer plano.

Cuando volvió, dijo:

—Leonard ya se ha levantado. ¿Se levanta siempre tan temprano?

—A veces.

—¿Crees que lo despertamos anoche? No fuimos discretos, que digamos.

—No pasa nada. ¿Quieres quitarte la sábana ya?

—Los dientes.

Fui a lavarme los dientes y oí a Leonard en la habitación de los periódicos. Parecía caminar de un lado a otro, pues los viejos tablones chirriaban bajo sus pies. Cuando volví a la habitación, Florida se había quitado la sábana y estaba tumbada con un condón abierto sobre el ombligo, el culo apoyado en la almohada doblada y las piernas abiertas.

—Sorpresa, sorpresa —dijo.

11

Era mediodía, el sol pegaba con fuerza y no soplaba la más mínima brisa. Florida se había marchado a ver a su madre hacía un buen rato, y ahora había una hilera de coches patrulla y de incógnito junto a la acera. Leonard había llamado a la poli hacía una hora.

Los vecinos del fumadero de *crack* madrugaron; para su sorpresa, la visita no era para ellos. Se quedaron en el porche, unos sentados, otros de pie, mirando. El Mohicano saludó por su nombre a uno de los polis de paisano que había en el jardín, un gordo con un peluquín horrendo, y el tipo le devolvió el saludo.

Una anciana negra con andador salió de la casa de enfrente y se quedó en el porche, observando la escena. No la había visto hasta entonces. Me recordaba a un viejo grillo gigante. Sobre ella, un cuervo posado en el tendido eléctrico graznó como si estuviese pidiendo una pastilla para la tos.

Leonard y yo estábamos en el balancín del porche delantero. Mi amigo parecía haber encogido durante la noche y tenía la piel grisácea.

Un agente negro y corpulento, con cara de pocos amigos, que rondaba los cincuenta y llevaba una chaqueta azul y holgada, se acuclilló junto al balancín y empezó a preguntarnos cosas, mientras otro agente blanco, que llevaba un traje verde del Kmart como el que yo habría querido comprarme, tomaba notas y se peleaba con una mosca que intentaba posarse una y otra vez en su calva sudorosa.

—¡Putá mosca! —exclamó.

—Van a la mierda de cabeza —dijo el poli negro.

—¿Sí? —respondió el blanco—, pues entonces te vas a enterar.

El inspector negro y corpulento ni siquiera se dignó mirar al blanco. Daba

la sensación de que recurrían a esa cháchara anodina constantemente, aunque solo fuera para no dormirse. El poli negro sacó un puro color zurullo de la chaqueta, se lo llevó a la boca y lo mordisqueó, sin encenderlo.

—Por ahora vamos a dejarlo aquí, aunque tendremos que preguntarles más cosas —dijo—. Quizá tengan que pasar por comisaría.

Dentro se oían los crujidos de los tablones arrancados. Un par de tipos con vaqueros y camisetas pasaron por nuestro lado y entraron en la casa, pala en mano.

—Soy el subinspector Marvin Hanson —añadió el poli negro—, debería habérselo dicho antes, pero voy justo de modales. Lo mejor será que se den una vuelta por ahí. Van a pasarse un buen rato excavando y buscando por la casa... ¿Quieren venir a almorzar conmigo? Invita el Ayuntamiento.

—Gracias —respondió Leonard—. Nos apuntamos, ¿te hace, Hap? No me vendría mal salir un rato.

—Sí, claro.

—¿Y yo qué? —preguntó el poli blanco.

—Tú te vas a tomar por culo, Charlie —respondió Hanson.

Charlie soltó una risita y se metió el bloc en la chaqueta. Hanson se puso de pie y le crujieron las rodillas.

—Un momento —dijo.

Entró en la casa mientras esperábamos fuera. Charlie no dijo ni una palabra. Tampoco nos miró. Se quedó recostado en uno de los postes del porche, peleándose con su mosca.

Entretanto, una furgoneta de pizzas a domicilio aparcó junto a la acera frente al fumadero de *crack* y un chaval negro, que estaba hecho un manojo de nervios y llevaba un sombrero de cartón ridículo, bajó del vehículo con media docena de pizzas familiares y se dirigió al porche.

Después de que le vacilaran un poco y le diesen unos dólares, el chaval salió del porche sin su sombrero. Me percaté de que el Mohicano lo llevaba puesto. Le quedaba demasiado pequeño, parecía un Caracono negro. Charlie miró a la casa de al lado y, al verlo, le gritó:

—Devuélveselo, gilipollas.

—No jodas, macho —respondió el Mohicano.

—Que se lo devuelvas.

—No pasa nada —respondió el repartidor, ya con un pie en la furgoneta—. Pueden darme otro.

—Nah —dijo Charlie—, ese te queda bien.

—¿Qué tenéis por allí? —preguntó el Mohicano—. ¿Muertos?

—Una fuga de gas. Devuélvele el sombrero.

—Sí, vale —dijo el Mohicano—. Ven a por él, chaval.

—Nah —intervino Charlie—. Se lo vas a bajar. Con educación. O a lo mejor tenemos que registraros la casa, por si tuvierais alguna sustancia ilícita detrás de la cómoda.

—Necesitáis un motivo —dijo el Mohicano.

—El robo de un sombrero de cartón.

—No lo he robado, me lo ha prestado. —El Mohicano miró a sus colegas del porche esbozando una sonrisa, y todos sonrieron. La Carroza salió de la casa dándole un portazo a la mosquitera, como si estuviese cabreado.

—Es verdad, ¿a que sí, chaval? —le gritó al joven—. Le acabas de prestar el sombrero a mi colega, ¿a que sí?

—Claro, lo que tú digas —respondió el chico—. Joder, si no entrego la próxima pizza a su hora, voy a tener que pagarla, así que me largo cagando leches.

El chaval se montó en la furgoneta y se dispuso a cerrar la puerta.

—Nah, no pasa nada, chaval —dijo Charlie—. Tú no te muevas, que tengo dinero. Y tú, Melton, escucha, voy a darte un motivo para que le devuelvas el sombrero: como no lo hagas, te meto una pipa por el ojete. De las que disparan balas, ¿me explico?

El Mohicano, que al parecer se llamaba Melton, sonrió.

—Hombre, si me lo pides con unas palabras tan sexis, oficial, se lo devuelvo.

El Mohicano bajó los peldaños del porche y se encaminó hacia el chico, a paso lento y chulesco, como si quisiera hacer honor a su atuendo. Le lanzó el sombrero al chaval, que no pudo pillarlo al vuelo y se agachó para recogerlo. Tras ponérselo, se montó en su furgoneta, arrancó y se alejó inclinado sobre el volante.

El Mohicano nos fulminó con la mirada, como si estuviese a punto de acercarse para darnos una paliza. Leonard se levantó, se acercó al borde del

porche y, mirándolo fijamente, dijo:

—¿Por qué no te pasas luego a tomar café? Me encantaría que nos hicieras una visita..., Melton.

El Mohicano sonrió con desgana y volvió a su porche. Intercambió unas palabras con sus colegas y se escuchó un «hijo de puta». Luego entró en la casa y cerró la mosquitera de un portazo. Los pocos que se quedaron en el porche se intercambiaron posiciones, como perros en busca de su sitio para cagar, y al final se sentaron.

—Un día de estos esa casa podría incendiarse —dijo Leonard.

—Ya, sería una pena —respondió el poli blanco—, con lo bien que nos llevamos.

—Se nota que tú también le caes genial —intervine.

—Siempre que coincidimos es una alegría —dijo Charlie—. Nos vemos de vez en cuando en comisaría. Se llama Melton Danner, pero sus colegas le dicen «el Raya». Fuimos al mismo instituto, yo era un par de años mayor que él. Supongo que por aquel entonces era un tío legal.

—Lo que no consigo explicarme es por qué no podéis echar a esos cabrones de la calle de una vez por todas, sin más —continué.

—Nosotros también estamos dándole vueltas —dijo Charlie—. Le hemos preguntado al tío Sam, pero no sabe qué respondernos, y supongo que no somos lo bastante listos para encontrar una respuesta nosotros solitos. Hasta esos comiemrdas tienen derechos, ¿sabes? Y los defiende la flor y nata de los abogados porque ganan una pasta gansa con la droga. Meterlos al calabozo por la noche para verlos salir a la mañana siguiente recién duchados y con una comida caliente nos hace sentirnos un tanto inútiles.

Hanson salió de la casa. Se sacó el puro mordisqueado de la boca y, con un gesto elegante, volvió a guardárselo en la chaqueta. Tras acercarse al borde del porche, lanzó un escupitajo de tabaco. Miró a Charlie y luego a nosotros.

—¿Qué? —preguntó.

—Acabamos de hablar con Melton —dijo Charlie.

—Un tipo muy simpático el tal Melton —apuntó Hanson—. Y ya ha arreglado la puerta desde la última vez que se la tiramos abajo.

—Está hecho un castor —dijo Charlie.

—¿Han encontrado algo más? —preguntó Leonard.

—Aún no —dijo Hanson—. Venga, vamos. Y tú no la cagues, Charlie.

—Oído, cocina —respondió Charlie, mientras nosotros seguíamos a Hanson hasta su coche.

12

Lo que Hanson entendía como un buen almuerzo era una hamburguesería de mala muerte. Yo me pillé un café, una hamburguesa con queso y patatas fritas. El café sabía como si llevase una boñiga en vez de azúcar, pero la hamburguesa y las patatas tenían la cantidad ideal de grasa; con el aceite que había en el envoltorio se podía engrasar una bisagra chirriante.

—¿Cómo estás? —le preguntó Hanson a Leonard.

—No muy bien, la verdad —respondió—, pero dentro de un siglo la cosa empezará a mejorar. No nos has invitado a comer para alegrarme el día, ¿verdad? Tienes algo en mente.

Hanson se aventuró a probar el café. A juzgar por el estremecimiento de su labio superior, el suyo también estaba bueno. Dejó la taza en la mesa, sacó su puro y se lo llevó a la boca sin dejar de hablar.

—Conocí a tu tío. Estuvo en comisaría.

—Por coser a perdigonazos a mis vecinos —dijo Leonard.

—Y porque los denunció media docena de veces. Los arrestamos, salen y vuelta a empezar. Es como luchar contra los filisteos con la mandíbula de un hámster.

—Un numerito —dijo Leonard.

—Efectivamente —respondió Hanson—. Y corre un rumor muy feo e insistente: que algunos de los polis se llevan sobornos.

—Nah —exclamó Leonard—, ¿no me digas?

—Por la parte que me toca, solo diré que yo no soy uno de ellos, y más vale que os lo creáis, cojones. En cuanto a tu tío, al parecer se pensaba que era una especie de poli. ¿Te dice algo?

—Sé que era vigilante de seguridad. Y que quería trabajar para el Estado,

ser un agente de la ley. Me acuerdo de que leía muchas revistas y libros sobre crímenes reales, y novelas policíacas. Todo lo que tuviera que ver con el mundo del crimen. También sé que en su momento intentó entrar en la Policía, pero ya estaba demasiado mayor; cuando era joven, la policía de LaBorde no habría aceptado a un agente negro ni de coña.

—Ahora tampoco es un camino de rosas, te lo digo yo —explicó Hanson—. El legado del jefe Calhoun aún nos pesa.

—Si mal no recuerdo —intervine—, a finales de los sesenta el primer jefe Calhoun dio a sus agentes unos rollos de alambre de espino de dos metros, con mango de madera, para que los usaran a modo de porra contra unos defensores de los derechos civiles que estaban manifestándose pacíficamente en el centro. Ordenó a los policías atizar a los manifestantes con el alambre de espino. A mujeres y niños. Aquello hundió hasta tal punto la imagen del Ayuntamiento que compraron porras nuevas para todos los policías y trajeron a un experto en artes marciales para enseñarles a usarlas. Las porras dejan señales más legítimas, ya se sabe.

—Ese Calhoun estaba antes de que yo llegara —respondió Hanson—. Pero su herencia perdura. La cuestión es que, excepto por su palabrería, el jefe que tenemos ahora, su hijo, hace que el Calhoun padre parezca un progresista. Soy el único negro del Cuerpo, y no porque les caiga bien. Cuando Calhoun me ve, se le agarrota el estómago y se le encoge la picha. Ver a un negrata con pistola lo pone nervioso, le hace soñar con capirotos blancos y cruces ardiendo. Para más inri, soy un negro de ciudad, hijo del asfalto y las luces de neón. Y, para colmo de males, llevo aquí casi diez años y aún voy a mi bola; por no hablar de que soy un buen policía.

—Y humilde —añadí.

—Esa es mi principal virtud —dijo Hanson.

—Pero tampoco nos has invitado a almorzar por eso —intervino Leonard—, para decirnos que conocías a mi tío y que todo el Cuerpo te considera un negrata. Y sabe Dios que no nos has traído aquí para decirnos lo buen policía que eres.

—La verdad es que no estoy muy seguro de haberos traído aquí por alguna razón lógica, que tenga sentido. Quería haceros unas cuantas preguntas más, como quien dice.

—Pues entonces la Esfinge tendría más sentido que tú —dijo Leonard—.

Aún no nos has hecho ni una.

Hanson le dio un sorbo a su café asqueroso sin sacarse el puro de la boca.

—No tengo ningún motivo para dudar de que tu tío sea el autor de ese asesinato.

—Hombre —dijo Leonard—, gracias por la exclusiva. Pero mira lo que te digo: lo primero que pensé fue lo mismo que todo el mundo. Sin embargo, he estado dándole vueltas. Mi tío sería todo lo capullo que quieras, pero no mató a ese chiquillo. Yo lo conocía mejor que nadie, no pudo ser él. Aquí tiene que haber algo más, me da igual lo que parezca.

Hanson se encogió de hombros y abrió las manos.

—Chester vino a comisaría para hablar de niños asesinados hace no mucho tiempo. ¿Lo sabías?

—No —respondió Leonard—. ¿A qué te refieres con que hablaba de niños asesinados?

—A que quizá hubo más asesinatos, más cadáveres.

—Ya me imaginaba que no ibais a levantar todo el suelo de mi casa para buscar los centavos que se hubiesen colado entre los tablones —respondió Leonard—, pero aún no me has respondido.

—Además, si estaba matando a niños —intervine—, ¿a cuento de qué iba a decíroslo?

—Para ser sincero, todo el mundo creía que estaba loco —dijo Hanson—. Y, en sus últimos meses, yo también. ¿Que por qué iba a decíroslo? Para despistarnos. Un truco barato. O quizá quisiera demostrar lo buen policía que era: descubriendo los asesinatos, pero sin dar con el asesino.

—Que fue él, en tu opinión —afirmó Leonard.

Hanson volvió a encogerse de hombros.

—Una amiga nuestra cree que Chester podría tener alzhéimer —dije.

—Podría ser —respondió Hanson—. La cuestión es que habló de niños asesinados, y ahora aparecen. Uno, como poco.

—¿No comprobasteis lo que dijo? —pregunté—. Vuestro trabajo consiste en eso, ¿no?

—Eso cuando no estamos en la tienda de donuts... Lo único que dijo Chester es que en el barrio negro estaban matando a niños, y que fuera del barrio a nadie le importaba una puta mierda.

—¿Llevaba razón? —pregunté.

—En los últimos años hubo varias denuncias de niños desaparecidos.

—¿Cuántos años? —dije.

—Al menos diez. Y en nuestros archivos consta que se investigaron todos los casos, pero ninguno se resolvió. Según las anotaciones de un par de agentes que ya no están en el Cuerpo, les daba la sensación de que los padres habían matado a sus propios hijos porque eran una carga y no podían ocuparse de ellos, pero no pudieron demostrarlo y tampoco les importaba una mierda. De hecho, en la parte inferior de uno de los informes se leía: «¿A quién le perjudica un negrata menos?». Y os hablo de hace solo diez años. Los derechos civiles se están hundiendo paulatinamente en esta ciudad. Al menos entre los agentes del orden.

—Siempre es distinto cuando la víctima del crimen es negra —dijo Leonard—. Sobre todo si lo ha cometido otro negro en la zona negra de la ciudad. Si un negro matase a un blanco, los polis acudirían al caso como las moscas a la mierda. Escucha una cosa, subinspector, este almuerzo está riquísimo y todo lo que tú quieras, pero me da en la nariz que te estás pasando de listo. Hablas mucho, pero no dices nada. Estás intentando ver si te ofrezco algún hilo del que tirar, ¿a que sí? Crees que a lo mejor estoy ocultándote algo que podría ayudarte en el caso, ¿es o qué?

—Se te podría haber olvidado algo —dijo Hanson—. Podrías saber algo sobre su pasado que estuviese relacionado con el presente, con los asesinatos.

—Si lo supiera, te lo diría, por mucho que sea mi tío. Qué coño, precisamente porque es mi tío. No tienes que comprarme con hamburguesas y café para enterarte. Te conté lo de las llaves, los cupones y el libro de *Drácula*. Os avisé en cuanto encontré el esqueleto, ¿o no?

—¿Era eso? —le pregunté a Hanson—. ¿Querías comprobar si Leonard sabe más de lo que os ha contado?

—Este no es muy espabilado —le dijo Leonard a Hanson—. No ve las cosas aunque estén delante de sus narices.

—Hombre, hay que ser espabilado —respondió Hanson—. Pero a lo mejor tú tampoco te pasas, Leonard. Quería ser educado, punto. Sacarte de la casa e invitarte a comer, a ti y a tu colega. Claro, tengo que preguntarte varias cosas, pero es pura rutina.

Leonard le sonrió a Hanson.

Hanson le devolvió la sonrisa.

Dos tiburones buscándose el costado.

—¿Qué te parece si volvemos a empezar? Y puedes ahorrarte las frases enigmáticas, esas que en teoría deberían asustarme porque dan a entender que sabes más de lo que en realidad sabes, para que, si yo supiera más de lo que te estoy contando, me asustase y me desmoronase y me fuera de la lengua.

—Me parece bien —dijo Hanson—. Los huesos. Tu tío dijo que estaban matando a niños, pero no aportó ni una prueba. Solo había pruebas de la desaparición de varios niños en los últimos años. Como no estaba al tanto del caso, eché un vistazo a los informes sobre los niños desaparecidos en la zona negra de la ciudad. No tenían buena pinta, pero tampoco había nada de lo que se pudiese tirar. Lo que tu tío quería era que le diéramos un equipo, unos cuantos hombres que colaborasen con él, para resolver el caso.

—¿Eso dijo? —preguntó Leonard.

—Dijo que él y su socio nos demostrarían que estaba pasando algo y encontrarían al culpable.

—¿Quién era su socio? —pregunté.

—No nos dio un nombre. Dijo que prefería no implicar a su hombre de confianza. También dijo que no estaba dispuesto a dejarlo todo en manos del Cuerpo porque guardarían el caso en un cajón. Decía que necesitaba nuestras instalaciones. A lo mejor ni siquiera tenía un socio. O sí.

—Quieres decir que a lo mejor era yo —sugirió Leonard.

—Yo no he dicho eso —respondió Hanson.

—Obviamente, no le disteis a Chester un equipo —dije.

—No —continuó Hanson—. Era muy errático, no inspiraba mucha confianza; costaba tomarlo en serio. De hecho, no presentó ninguna prueba concreta, solo hablaba. Y a veces de forma un tanto incoherente. Como si se le hubiese olvidado para qué se había acercado a comisaría. Cada vez que se dejaba caer por allí, estaba un poco peor. Aunque con esto no quiero decir que le habríamos dado un equipo si no hubiese estado majara. No te lo tomes a mal, Leonard.

—No me lo tomo a mal —respondió—. Pero sigo sin saber nada más que lo que te he contado.

Hanson se sacó el puro de la boca y lo guardó en el bolsillo de la

chaqueta.

—Muy bien —dijo—. Ya no me paso de listo, por ahora. ¿Queréis más café?

—Yo me tomaría una coca-sola —respondió Leonard—, pero invitas tú.

13

Habían pasado tres días y aquella mañana hacía un sol radiante. La luz que entraba por las ventanas estaba dividida por las sombras negrísimas de los barrotes y salpicada de motas verdes, pues el sol se filtraba a través de las hojas del roble.

Tras descubrir el cadáver volvimos a nuestras casas, a las afueras de la ciudad, pero acabábamos de regresar. La policía no había encontrado más esqueletos de niños, aunque Leonard se ganó cincuenta y cinco centavos que se habían colado entre los tablones y que le entregó Hanson. Quizá lo hiciera para demostrarnos que era un poli honrado. Qué coño, puede que hasta salieran directamente de su cartera.

Los agentes habían tenido el detalle de llevarse los periódicos y los tablones podridos, por si hubiese una pista escondida en un agujero de la madera o después de la sección de deportes. Leonard compró varios tablones de pino y una bolsa de clavos y empezamos a sustituir el suelo. Eso era lo que estábamos haciendo la mañana en cuestión. La madera estaba recién cortada y hacía tanto calor que olíamos la resina y sentíamos el serrín en las manos. Cambiar el suelo y vivir en una casa donde apenas unos días antes Leonard había encontrado un esqueleto era un poco raro; pero, entre la limpieza de los periódicos, el olor a madera fresca y el sol caliente que se colaba por las ventanas, la casa, vete a saber por qué, parecía distinta; como si nunca hubiese escondido los restos de un niño muerto hacía muchos años.

Cuando ya llevábamos un buen tramo de suelo cubierto con los tablones comprados en Lap and Gap, Leonard dijo:

—Vamos a hacer un descanso.

Nos servimos una taza de café tibio, salimos al porche y nos sentamos en el balancín. Quizá el día fuese algo más agradable porque no había tanta

humedad como otros, aunque siempre he creído que, en el fondo, la diferencia es ínfima. Te cuezas o te frías, el calor es calor. Por lo menos cuando hay humedad sé que tengo calor; de lo contrario, me da la sensación de que me están cocinando en secreto.

Nos quedamos un rato dando sorbos al café, mirando la calle, y vimos unos cuantos coches pasar. El fumadero de *crack* estaba tranquilo.

Leonard entró un momento y volvió con una bolsa de sus galletas predilectas, de crema de vainilla. (Bueno, en realidad sus favoritas son las de vainilla con lo que sea). Dejó la bolsa en su lado del balancín y no me ofreció ni una mísera galleta. Me vi obligado a pedírsela.

—No estás hablando mucho del tema —le dije.

—Un tablón es un tablón —respondió Leonard—. ¿Qué quieres que te diga, que no la cagues?

—De tu tío, Leonard. Digo que no estás hablando de lo de tu tío.

—Aún estoy asimilándolo. No solo la historia del esqueleto, sino mi vida en sí.

—¿Nos estamos acercando a un momento profundo?

—Me parece que sí. Mira, a lo único a lo que he aspirado en la vida es a que me quieran, a estar cómodo y a sentirme realizado en mi trabajo. Pero la realidad es que toda mi familia, mis seres queridos, están muertos, llevan muchos años muertos. Y el único que quedaba vivo acaba de morir, sin ni siquiera haberme podido decir que lo sentía o que me aceptaba como soy. A ver, económicamente tengo una posición más cómoda que hace unos días por el mero hecho de que está muerto, pero resulta que la casa que he heredado, donde fui tan feliz, escondía el cadáver de un niño, y se supone que fue mi tío quien lo metió ahí. Por si la situación no fuese ya mierdera de por sí, no tengo un trabajo que me haga sentirme realizado. ¿Crees que doy toda la pena que debería?

—Mmm, podrías añadir que a tu perro favorito lo atropelló un camión, o algo por el estilo. Y tampoco has mencionado a tu madre, ni un tren, como las canciones *country* y del oeste.

—Ya, a lo mejor llevas razón... Además, tengo mis galletas. ¿Y Florida qué? ¿Qué le parece esta historia?

—Vino a mi casa anteayer, dice que siente mucho lo que ha pasado. Está conmocionada, como es natural. Te manda recuerdos.

—Ya me he percatado de que no ha vuelto a aparecer por aquí.

—Bueno, nosotros acabamos de volver. ¿Qué te creías, que iba a estar esperándonos en el porche?

—Será que me estoy poniendo sensible con la edad.

—Seguro que vuelve. Bueno, creo que volverá. Pff, espero que vuelva.

—¿Qué tal la relación?

—No sabría decirte. Nos gustamos. Nos entendemos en la cama, nos gastamos bromas, nos divertimos y quiero que la cosa vaya a más, pero me da la sensación de que prefiere que no nos vean juntos en público.

—A mí me pasa lo mismo.

—Te lo digo en serio. Creo que es porque soy blanco, al menos eso me dijo en su día, pero pensaba que lo superaría.

—Puede que ya no piense así, pero eso no implica que sea capaz de superarlo por completo. Al menos en tan poco tiempo. Macho, tú míralo de la siguiente manera: está dando grandes pasos; eres blanco y folla contigo.

—Eso es lo que más me gusta de ti, Leonard, que eres un romaticón.

—Hap, ¿crees que mi tío mató al chiquillo?

—No lo sé. Es lo que parece. Lo fundamental es que tú no lo creas.

—Fue lo primero que pensé, pero tú me dijiste que no sacase conclusiones tan rápido. ¿Te acuerdas?

—A ver..., voy a serte sincero. Pensé que lo hizo en cuanto encontraste el cadáver. Te dije aquello por tener un poco de tacto. Todo apunta a que fue él; no solo lo evidente, el esqueleto debajo del suelo, sino también esa obsesión con la policía. No significa nada de por sí, pero, muchas veces, quienes quieren entrar en la poli y no pueden, quienes están emperrados con el tema, tienen algún tipo de obsesión controladora. El abuso infantil, abusar de alguien que es más débil que tú, es una forma de ejercer control. Como la violación o la violencia doméstica. A lo mejor abusaron de tu tío cuando era pequeño y eso le afectó. Todo está relacionado.

—Conozco a mi tío.

—Conocías a tu tío.

—No cambió demasiado. Nunca vi el más mínimo indicio de que hubieran abusado de él de pequeño. Y, aunque fuera el caso, eso no lo convierte automáticamente en un pederasta; la mayoría de los niños que ha pasado por

esa experiencia no acaban siendo pederastas. Él fue quien me enseñó a llevar una vida recta, a pensar. Es imposible que un día cambiase radicalmente, sin más, y le entrasen ganas de cargarse niños.

—Puede que fuese un proceso paulatino, desde hace un tiempo.

Leonard negó con la cabeza.

—No. Y tampoco creo que tuviese una obsesión por el poder. Creo que el pobre hombre quería un trabajo respetable y el de policía lo era. Nunca consiguió entrar por ser quien era y vivir donde vivía. Quizá al final se le empezó a ir un poco la cabeza, pero eso no quiere decir que perdiera sus valores. Quiero saber qué pasó, Hap, sean cuales sean las consecuencias, y quiero que me ayudes.

—No hace falta que preguntes.

14

Nos acabamos el café y nos disponíamos a volver a la faena cuando, al otro lado de la calle, vimos a la anciana negra salir al porche con su andador. Para ella, atravesar el umbral era un proceso lento y diligente, y observarlo me puso un poco nervioso. La mosquitera le dio un golpe en la cadera, pues iba tan despacio que no pudo evitarla; la mujer se tambaleó y el gemido de la madera del porche se oyó al otro lado de la calle. Estoy convencido de que no llegaría a los cuarenta kilos, pero los listones se hundían a su paso.

Nos miró a través de la calle y la saludamos con la mano. Ella nos devolvió el saludo con sumo cuidado, procurando que el brazo no se le saliese del hombro.

Se quedó apoyada en su andador, observándonos, un buen rato; luego, muy lentamente, levantó una mano e hizo un gesto con los dedos para que nos acercásemos.

Cruzamos la calle y nos detuvimos ante el primer peldaño de su porche, mirándola. El sol tórrido se le pegaba como una fina rodaja de queso y no le sentaba nada bien. Se diría que la habían hervido, escurrido y puesto a secar. Las arrugas de su cara eran surcos profundos por los que corría el sudor. Los ojos color pasa estaban acuosos, y el blanco ya no era blanco, sino una Hiroshima de capilares con tonos rosas, rojos y azules. La parte superior de su dentadura postiza estaba demasiado baja, y la inferior demasiado alta, con lo que los dientes parecían insectos intentando salir de un agujero. Estaba medio calva, y los mechones desperdigados de pelo gris eran como algodón sucio que el viento había amontonado sobre una roca negra y húmeda. En su balanceo, las tetas caídas chocaban con las costillas bajo el sencillo vestido azul. Llevaba unas zapatillas rosas y mullidas, y por un agujero del pie derecho asomaba un pulgar de uña negra, que recordaba a una nuez de pacana

mojada.

Intenté imaginármela más joven, con mi edad, pero era inconcebible que alguna vez hubiese tenido otro aspecto.

—¿Necesita ayuda, señora? —le pregunté.

Ella respiró hondo, cogiendo el aire necesario para hablar, me ignoró y se giró hacia Leonard.

—Tú, el joven negro —dijo, por si Leonard tenía alguna duda sobre el color de su piel—. Me han contado lo de tu tío. No me lo he creído ni lo más mínimo. Como si encuentran a recién nacidos en su cisterna; él no mató y descuartizó a ese chiquillo. Lo conozco de toda la vida.

—Los rumores corren como la pólvora —dijo Leonard.

—En ciudad negrata no hay secretos —respondió ella.

—No, ya veo que no, señora —añadió Leonard.

—Y si los policías trincan a alguien, será de pura chiripa. Ya tienen decidido que fue Chester. Ahí acabará la cosa.

—Eso me temo yo también, señora —dijo Leonard.

—No vayáis a juntaros con los otros negros, con vuestros vecinos —continuó—. Van siempre drogados.

—Sí, señora —dijo Leonard—. Eso sospechábamos nosotros también.

—Solo hay que ver cómo andan —dijo.

—Sí, señora —repitió Leonard.

—Y también venden —añadió—. A todos los chiquillos que veis entrar y salir de la casa les venden droga. Están matando a los de su propia raza, y me apuesto lo que sea a que detrás de todo el negocio hay algún ricachón lechoso llevándose el crudo.

—Sí, señora —dijo Leonard.

La anciana me escudriñó, como si estuviese analizándome en busca de indicios de ricachón lechoso. Me imagino que no encontró ninguno, pues sus arrugas cambiaron de forma y dijo:

—Tengo pasteles de manzana y de pera en el horno. Ayudadme a sacarlos, que no quiero que se quemen y me he quedado sin fuerza al meterlos.

Subimos al porche, que nos recibió con un chirrido. Miré hacia abajo y vi una grieta en un tablón de madera; a través de ella, el suelo de tierra me miraba. Si la madera se quebrara bajo su peso, la anciana podía partirse una

pierna o matarse.

El delicioso aroma de los pasteles que llegaba del interior me hizo salivar. Abrí la mosquitera y la sostuve. Leonard acompañaba a la anciana con su andador. Tras unos pasos cortísimos, me dijo:

—Cierra la puerta, hijo, que van a entrar moscas. Voy a tardar lo mío.

Cerré la puerta hasta que, pasado un buen rato, tal y como había dicho, se acercó. Entonces volví a abrir la mosquitera mientras Leonard y ella pasaban a la casa, al son de la madera chirriante.

Al entrar cerré la mosquitera, pero dejé la puerta principal abierta, pues el horno irradiaba muchísimo calor y solo había un pequeño ventilador sobre la mesa de la cocina para refrescar el ambiente. Estaba un poco mareado, como si acabara de bajar de un tiiovivo acelerado. Cuando volví a mirar a la mosquitera se había llenado de motitas zumbadoras: moscas deseosas de restregar sus patas mierderas por algún que otro pastel.

La cocina estaba impoluta, y percibí la fragancia del limpiador con aceite de pino bajo el aroma de los pasteles. Me pregunté si sería ella la que limpiaba la casa, aunque era incapaz de imaginármelo. Teniendo en cuenta su fragilidad, un viaje al baño equivaldría a una expedición a través de la jungla tropical.

Una de las paredes era sorprendente. Estaba forrada de fotos, unas a color, otras en blanco y negro, algunas muy antiguas y descoloridas. Cuando acababa la pared había una puerta, y a través de ella se veía otra habitación, cuyo interior, al menos el tramo de pared que se veía desde mi posición, también estaba cubierto de fotografías.

Sobre los fuegos había un viejo cuadro barato que retrataba a un Jesús tranquilo, vestido con una túnica roja y sandalias, y a un mendigo suplicante a sus pies. El cuadro estaba enmarcado, con su cristal y todo, pero el marco era demasiado grande y el cristal no presionaba la imagen, que había empezado a ceder y a enroscarse por una esquina, con lo que daba la impresión de que Jesús se estaba remangando la túnica y no tardaría en enseñarle sus intimidades al pedigüeño.

Por lo demás, en la cocina había muchos armarios, varios ganchos para colgar manoplas, con sus manoplas colgadas, y unas cortinas translúcidas, amarillentas por el paso del tiempo, que cubrían una ventana abatible.

—Apaga el horno y saca los pasteles —dijo inclinándose sobre su

andador, como si eso la ayudara a respirar mejor.

Leonard apagó el horno, cogió una manopla y, tras abrir la puerta, sacó tres pasteles preciosos, bien gordos y crujientes, que apoyó sobre los fuegos. El aroma me embotó la cabeza como una alergia.

—¿No te acuerdas de mí, Lenny? —dijo la anciana.

Leonard cerró el horno y se quedó mirándola un buen rato; luego negó con la cabeza.

—No, señora, me temo que no. Llevo mucho tiempo sin venir. Cuando venía a ver a mi tío, aquí vivían los Brown. El señor Brown trabajaba en el ferrocarril, o algo así.

—Los Brown están todos muertos y enterrados —dijo—. Me llamo MeMaw.

—¿MeMaw? —repitió Leonard—. MeMaw Carter. Usted vivía en Sheraton, me acuerdo de que mi tío me llevaba al parque que hay allí. Mientras yo jugaba, vosotros os quedabais hablando.

—Fue solo un par de años —dijo—, no me sorprende que no te acuerdes. Eras un chiquillo, como quien dice. Pero yo no me olvido de nada. ¿Sabes que ya no hay parque? Bueno, no se puede usar.

—No lo sabía, no.

—Lo ocuparon los camellos negratos. Chiquillos con buscas, agujas y pistolas. Por aquí ya no quedan sitios donde se pueda hacer algo, salvo que quieras que te maten. Mi hijo menor, Hiram, me trasladó aquí hace diez años. Le parecía mejor que Sheraton Street. Y en su día lo era; mi antigua casa se caía a pedazos y aquello estaba infestado de negratos. Ahora resulta que los tengo viviendo enfrente y esta casa tampoco es gran cosa.

—Me acuerdo de que me contaba historias del Hermano Conejo —dijo Leonard.

—Y te comías todo lo que hacía cuando venías con tu tío. Te encantaban los pasteles y las galletas de vainilla. Toda clase de galletas de vainilla, con lo que fuera.

—Ese soy yo, señora. Tendría que haberme acordado de usted en cuanto la he visto.

Al oír esas palabras, le mostró a Leonard una hectárea de dentadura y algunas de sus arrugas se estiraron.

—Estoy un poco cambiada, Lenny. ¿Sabes cuántos años tengo?

—No, señora. No se me da bien calcular la edad.

—Mejor no calcules la edad de las mujeres —dijo—, que solo trae problemas. Claro que, cuando llegas a mi edad, ya da igual. Por muchos días que pasen, no puedo estar más vieja. Me queda ya poco para empezar a hacerle pasteles a Dios... Tengo noventa y cinco años.

—No los aparenta —respondió Leonard.

La anciana emitió un sonido gutural, como de galletas crujientes aplastadas.

—Anda, no me tomes el pelo a estas alturas; aparento ciento noventa y cinco. Ayúdame a sentarme, hijos.

La agarramos de los brazos, que al tacto parecían dos palos resbaladizos cubiertos de gomaespuma, y la ayudamos a pasar del andador a una de las sillas de la cocina.

—Gracias —dijo, después de lanzar un suspiro—. Lo de sentarme y levantarme sin ayuda es lo que peor llevo; me agota. Apúntame el aire.

Giré el pequeño ventilador para que el ángulo de rotación la abarcase en todo momento.

—¿Le apetece un vaso de agua? —pregunté.

—No, gracias —respondió—. Pero me gustaría que me ayudaseis con los pasteles.

Leonard nos cortó una porción, nos sirvió un vaso de leche y dimos buena cuenta de ellos. El pastel estaba riquísimo; me recordó a mi hogar y a mi madre y me puso nostálgico, pero mi madre había muerto hacía mucho tiempo y la casa en la que me críe ya no existía.

Me di media vuelta y eché un vistazo a las fotografías. Había toda clase de gente: negros, blancos y mulatos. La ropa, los peinados y los fondos revelaban cuánto tiempo había pasado desde el comienzo de aquella exposición fotográfica, aunque muchas se habían sacado en el porche delantero de McMaw, en su jardín o en esa misma cocina. Una copiosa cantidad de fotos mostraba a gente comiendo en su mesa.

—Vaya una colección de fotografías tiene usted aquí, McMaw —le dije.

Ella giró la cabeza hacia la pared y les echó un vistazo.

—Tengo otra habitación llena. Siempre me ha gustado sacar fotos de la

gente, me pone alegre. Los conozco a todos. Cuando miro las paredes, afloran los recuerdos.

—¿Quiénes son? —preguntó Leonard.

—Algunos son familia —respondió MeMaw—, aunque la mayoría no. Hay gente que viene a leer el contador del gas o del agua, o a traer el correo, y son agradables, así que les saco una foto y la cuelgo ahí, y luego intento acordarme de lo que hablamos aquel día. Esos de ahí —y con un dedo indicó una fila de fotos— son toda mi familia.

Algunas de las fotos que señalaba eran antiguas y otras nuevas, y varias de ellas las había sacado otra persona, pues MeMaw aparecía con sus hijos. En las más recientes su aspecto no era muy distinto al actual, hasta que llegabas a las antiguas, en blanco y negro: seguía pareciendo anciana, pero tenía más pelo, y más oscuro, quizá menos arrugas y unos cuantos dientes de verdad.

Nos fue señalando y nombrando a sus hijos, ocho en total, cinco varones y tres mujeres. Los primeros siete los tuvo casi seguidos; el último, un chico, nació cuando tenía cuarenta y cinco años, cuando ya le parecía imposible concebir.

—No tengo un favorito, los quiero a todos igual —dijo MeMaw—, pero Hiram es el benjamín. Fue una sorpresa. Vive en Tyler, pero se mueve mucho. Es viajante comercial.

Observé al niño de sus ojos. En la foto más reciente de Hiram, parecía tener mi edad y complexión, aunque era de espaldas más anchas. Tenía una cara afable.

En la última fotografía de su hija mayor, Pleasant, aparecía una mujer de setenta y cinco años, como poco. MeMaw explicó que estaba jubilada y cobraba una pensioncilla, pero que seguía trabajando por su cuenta vendiendo Biblias encuadernadas en cuero blanco.

También nos enseñó a sus nietos y bisnietos, y nos contó historias de todos y cada uno de ellos sin saltarse un nombre.

—¿Cómo se le ocurrió empezar a hacer esto, MeMaw? —preguntó Leonard—. A sacar todas estas fotos y pegarlas en la pared.

—Toda mi familia se ha mudado, salvo un hijo, Cletus. Todos se han ido en busca de una vida decente. Quería cultivar algo que me tuviese ocupada y, tras la muerte de mi marido, el señor Carter, empecé a hacer aún más fotos. A todo el que me caía bien le sacaba una foto y la pegaba en la pared. Habré

tenido media docena de Polaroids, como poco. Cada vez que se me gasta una, mis hijos me compran otra. En la otra habitación hay fotos de tu tío Chester, y una antigua de ti. Te la hice cuando eras un chiquillo.

—¿En serio? —preguntó Leonard—. ¿Le parece bien que las vea?

—Tendrás que buscarlas —respondió—. Ahora mismo no tengo cuerpo para levantarme. Estarán ahí dentro.

Entré con Leonard a la otra habitación, en la que hacía un calor sofocante y que tenía las paredes forradas de fotos, algunas relativamente recientes, otras arrugadas por el calor y el paso del tiempo, con un tono verduzco. No sé muy bien por qué, pero aquello me hizo sentir un poco de soledad.

En una pared, cerca del suelo de madera, Leonard encontró una foto en blanco y negro en la que aparecían su tío y él sentados en un tiovivo en el parque, probablemente el que había mencionado Leonard, cerca de Sheraton Street. Leonard rondaría los diez años y su tío tendría nuestra edad.

La foto no era demasiado buena y los rasgos de Leonard se confundían con su piel negra. Los dientes se veían blanquísimos, parecía contento. Su tío estaba al sol y se le veía con más claridad. Era clavado a Leonard. Me pasé un minuto riéndome de él, para que tuviese claro cuánto lo quería, y él me sacó el dedo para demostrarme que el aprecio era mutuo.

Pasamos un rato largo y caluroso buscando fotos y encontramos varias más de su tío con distintas edades; al final, cuando ya estábamos saliendo, nos topamos con otra pegada a la puerta. En esa el tío Chester se parecía mucho al anciano que había visto en el ataúd, solo que un poco menos hinchado y mucho menos muerto. Estaba de pie junto a un hombre negro, alto y huesudo, más o menos de su edad, al que abrazaba. No podría decirse que sonriesen. Parecían cohibidos, como si estuviesen preparados para una operación de hemorroides, pero resueltos a tomárselo con filosofía.

—¿Quién es el que está con él? —pregunté.

—No lo sé —dijo Leonard.

MeMaw nos oyó.

—Lo más probable es que sea Illium —dijo—. Despegad la foto de la pared y traédmela.

Leonard cogió la foto y la llevó a la cocina.

—Lo que yo decía —confirmó MeMaw—; es Illium Moon.

—¿Quién es? —preguntó Leonard.

—Tu tío y él eran uña y carne —dijo—. Cuando veías a uno, rara era la vez que el otro no estaba con él. Illium se mudó de San Antonio. Antes de jubilarse era policía, o algo así. Tu tío y él se conocieron en el club de dominó, al lado de la carretera.

—¿Illium sigue por aquí? —preguntó Leonard.

La anciana se quedó pensativa unos segundos.

—Hace un tiempo que no lo veo. Hará un par de semanas. No me había parado a pensarlo, la verdad. Como tu tío ya no está, no espero verlo por aquí. Ya os digo que era imposible imaginarse al uno sin el otro.

—¿Sabe dónde vive? —preguntó Leonard—. Como era amigo del tío Chester, me gustaría hablar con él.

—No lo sé, no —respondió MeMaw—, pero a veces trabaja en la iglesia baptista de los negros. Es lo único que sé. También solía llevar el bibliobús.

—¿El de la biblioteca? —pregunté.

—No era el de la auténtica biblioteca, la del centro —respondió—. Illium era como tu tío, quería mejorar la vida de la comunidad, así que se compró un autobús, o como se llamen ahora...

—¿Furgoneta? —pregunté.

—Eso —dijo—. Se compró una furgoneta, la habilitó para llevar sus libros y se paseaba por la zona este prestándolos, como una biblioteca. Yo no saqué ninguno; hace diez años dejé de leer todo lo que no fuese la Biblia, pues ya no tenía salud para ir a la iglesia. Me dije que el Señor levantaría la mano si seguía leyendo su palabra. Pero Illium siempre me ha parecido buena gente. A veces tu tío le echaba una mano y lo acompañaba.

—¿Sabría decirnos dónde está esa iglesia donde Illium trabaja? —preguntó Leonard.

—Sí, señorito —respondió MeMaw—. Pero hazme un favor y abre ese armario, Lenny.

Leonard se acercó al armario que le estaba señalando con un dedo esquelético y lo abrió. Dentro había una Polaroid.

—Tráeme la cámara —dijo.

Y Leonard se la llevó. MeMaw me miró y preguntó:

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Hap Collins —respondí.

—Hap, siéntate ahí con Lenny, en la mesa.

Acercamos nuestras sillas y juntamos la cabeza.

—Vaya una pareja de sal y pimienta que estáis hechos —dijo, llevándose la cámara a la cara, con una sonrisa—. Venga, decid «patata».

15

—¿Recuerdas haber visto a Illium en el entierro? —pregunté.

—No —respondió Leonard—, pero tampoco lo estaba buscando. Quizá estuvo.

—Me parece que no. Si tu tío y él eran tan íntimos, como dice McMaw, tendría que haber ido, ¿no?

Cambié de marcha para que mi vieja camioneta Dodge enfilase una pendiente llena de baches y tramos de asfalto levantados por las inclemencias del tiempo. El sol estaba alcanzando su cénit y el reflejo en el capó gris y descolorido me obligaba a entrecerrar los ojos; por su parte, el viento tórrido que entraba por las ventanillas me hacía sudar como si estuviese en una sauna. Me dije que en un par de horas el sol picaría de verdad.

Había decidido llevarme la camioneta cuando volvimos a casa del tío Chester después de pasar tres días en el campo, y me alegraba de contar con ella, por vieja e incómoda que fuese. La primera vez que vine con Leonard me recogió él, pues la camioneta me estaba dando problemas y la dejé en casa. Los problemas se llamaban anillos del pistón fundidos, gasolina barata y cero dólares para resolverlos.

Sin embargo, cuando volvimos a casa del tío Chester, Leonard necesitaba espacio para transportar madera, así que pagó para que me cambiaran los anillos y echara gasolina de verdad. Ahora ya no iba contaminando medio este de Texas y me sentía mejor; además, tras la desaparición de la nube de humo negro que me seguía allá adonde fuera, ya no me daba tanta vergüenza que me viesen conduciendo esa camioneta.

Seguimos las indicaciones de McMaw, en busca de la Primera Iglesia Baptista Primitiva, y por el camino tuve ocasión de ver de cerca la zona este

de la ciudad; descubrí zonas que no había visto hasta entonces y fui consciente de lo ajena que me era la vida en esas calles. Junto a las casas decentes había otras que ni siquiera tenían tendido eléctrico; en ruinas o desmoronadas, apuntaladas con postes, con letrinas en la parte trasera y electrodomésticos oxidados donde se quemaba la basura, porque los camiones del Ayuntamiento no siempre pasaban por allí.

Desde las parcelas de tierra descolorida por el sol y hierba agonizante, los niños negros, con los ojos aún más negros y ropa harapienta, nos veían pasar con expresión apática.

Era casi mediodía y los hombres en edad de trabajar pateaban las calles como perros en busca de huesos; algunos se agrupaban frente a los escaparates, solos y desesperados, y al pasar nos miraban con la misma apatía que los niños.

—Me repatea verlos así, macho —dijo Leonard—. Y yo que pensaba que algunos hijoputas de estos querrían trabajar.

—Tiene que haber trabajos para trabajar —rebatí.

—También tienes que querer trabajar —respondió Leonard.

—¿Crees que ellos no quieren?

—Creo que muchos no. Don Blanquito sigue dándoles trabajo en su granja, pero no hacen nada, se limitan a coger las sobras que les lanzan, como perros callejeros; las cogen y tiran para adelante así, esperando que don Blanquito haga más por ellos.

—A lo mejor, don Blanquito se lo debe.

—Sí, a lo mejor, pero uno tiene dos opciones: o seguir siendo un chucho o espabilar de una puta vez y empezar a verse como una persona, no como un desamparado que tiene que conformarse con las sobras. A mí nunca me ha faltado trabajo, Hap. Ya fuera en los campos de rosas, o como operario, haciendo reparaciones, o criando perros de caza. Y no me habrás visto a mí cobrar subsidios por el mero hecho de ser negro; ni a mi tío tampoco.

—La mayoría de la gente que cobra subsidios es blanca, Leonard.

—Eso es verdad, y los cabronazos tampoco me merecen ningún respeto. A no ser que no puedas andar o estés pasando necesidades en un momento puntual, no tienes excusa.

—Hace un segundo decías que la cosa está jodida aquí porque es la zona negra de la ciudad, y ahora dices que es por culpa de los negros. No pueden

ser las dos cosas.

—Sí que puede, sí. No hay nada que tenga una sola cara, Hap. Hay que ver siempre las dos caras de la moneda; a veces hay dos soluciones distintas para el mismo problema. Lo que a esta gente le falta es orgullo y ambición; no aspiran a nada, se conforman con existir. Creen que Dios les debe el sustento.

—Y algunos, sencillamente, no encuentran trabajo, Leonard, y punto pelota.

—Algunos —respondió Leonard—. Otros también te dirán que no les queda más remedio que vender droga para sobrevivir porque la cosa está chungueta. Yo digo que se puede encontrar justificación para todo. «Tengo que vender droga, tengo que vender mi cuerpo, tengo que comer mierda con moscas». Los cojones: no tienes por qué hacer nada de eso. Tú creciste siendo pobre, Hap. ¿Alguna vez se te pasó por la cabeza hacerte camello, dejar que te chupasen la polla por dinero o tumbarte a la bartola y poner el cazo para cobrar un subsidio?

—Si el Gobierno quisiera enviarme un cheque, no le diría que no. Pero necesitaría a alguien que fuese al buzón para traérmelo. La idea de que me chupen la polla tampoco es tan mala, no te creas, sobre todo si están dispuestos a pagar.

—Nah, estás diciendo gilipolleces. Si te conoceré yo... Tú tienes orgullo.

—No todo el mundo ha tenido la posibilidad de tener orgullo, so listillo. El orgullo no es algo que venga de fábrica. Como pasa con los coches nuevos, algunos extras van aparte, hay que instalarlos.

—Sí, pero hay quienes se aprietan los machos, se buscan la vida y usan sus propios medios para instalárselos. Como tu padre y mi tío. Por lo que me has contado, para tu padre la vida tampoco fue un camino de rosas.

Ni mucho menos. Su madre murió cuando él tenía ocho años y su padre lo metió a trabajar en los campos de algodón. Cuando mi padre no recogía la misma cantidad de algodón que un adulto, su padre le daba una ración de latigazos. Tengo un recuerdo de cuando era pequeño: ver a mi padre tumbado en el suelo sin camiseta, delante de la televisión, tras una dura jornada de trabajo en el taller mecánico, con la espalda atravesada por finas líneas blancas, las cicatrices del látigo. Mi padre no sabía leer ni escribir. No faltó ni un día al trabajo y nunca se quejó. Murió con la cara y las manos manchadas de grasa. Me alegro de no haber conocido a mi abuelo; me alegro de que se

muriera antes de que yo naciese.

—Aun así, tenía ventajas, Leonard: soy blanco. Hasta los peores blancos, la bazofia blanca, lo ha tenido más fácil que las minorías.

—Una cosa son las minorías y otra la elección de cada cual. Mira a ver cuántos orientales hay en la cola del paro. Ya te adelanto que no vas a encontrar muchos.

—Sí, y a ver cuántos de esos orientales tienen antepasados a los que vendían en subastas y eran esclavos de los blancos. La verdad, Leonard, creo que hay una cita de la Biblia que viene que ni pintada: «No juzgues si no quieres ser juzgado», o algo así.

—Ya, pues yo tengo otra: «Si decides ser un puto tirado, serás un puto tirado».

—¿Eso en qué biblia está?

—En la biblia de Leonard.

Me callé la boca y seguí dándole vueltas. Leonard llevaba algo de razón en lo que decía; pero, en el fondo, creo que el hombre hecho a sí mismo es el tipo de persona más repelente y engreída que existe. Y también la más admirable.

Leonard me dijo que girase a la derecha y dejamos el asfalto destrozado para entrar en una calle de cemento suave, flanqueada por preciosos liquidámbares y pacanas de gruesas ramas. La luz del sol confería a las sombras de los árboles un tono violáceo; tras ellos, a ambos lados de la calle, se veían aceras limpias y casas humildes.

—¿Ves? No todos los lugareños se ven obligados a vivir entre basura y a deambular por las calles —dijo Leonard mirando una de las casas.

—Porque tienen trabajo, Leonard.

—Ahí voy, precisamente.

—Recuérdame que te mate mientras duermes —le respondí.

Pronto los árboles quedaron atrás; ya solo se veía la cegadora luz del sol y, a la derecha, una hectárea de terreno con un aparcamiento y una iglesia encalada. Frente a ella, un sencillo letrero en blanco y negro rezaba: Primera Iglesia Baptista Primitiva. Oficiante: Reverendo Hamil Fitzgerald.

A espaldas de la iglesia había una discreta casa azul prefabricada, con un jardincito bien cuidado en el que un aspersor regaba el césped y las flores de

varios parterres circulares rodeados de ladrillos. En el camino de acceso había un flamante Chevrolet azul recién lavado y, no muy lejos, un minibús azul y blanco en cuyo lateral se leía: Primera Iglesia Baptista Primitiva. El vehículo estaba bastante viejo y varias de las ventanas traseras estaban tapadas con contrachapado. Me imaginé que, si se raspaba la pintura azul y blanca, aparecería un minibús escolar, de esos en los que llevaban al colegio a los niños retrasados.

Entré en el aparcamiento y apagué el motor.

—Cuando veo una iglesia, lo primero que pienso es que a la mayoría de los negros les enseñan a aceptar su miseria a través de Dios —dijo Leonard—. Me jode lo que no está escrito.

Yo no respondí. Bajamos de la camioneta y Leonard echó un vistazo al letrero.

—Nunca he sabido a qué se refieren con «Primitivo». ¿Qué significa? ¿Que la gente va con lanzas o algo?

—Leonard —le dije—, estás con mala disposición. Si vemos al reverendo, quizá deba hablar yo.

—¿Un blanco? —respondió él—. Ni harto de vino. Tú confía en mí, sé cómo ganarme a un tipo como el reverendo. Que no se te olvide que crecí aquí. Yo también me sé el juegucito, si es menester jugar.

Dejamos la iglesia a un lado y nos dirigimos a la casa, en la parte trasera. A espaldas de la iglesia había un tramo de césped y un parque infantil que se fundía con el jardín lateral de la casa. Se olía la hierba recién cortada y la fragancia de las flores.

Oímos algo detrás de la iglesia, un ruido sordo, y nos detuvimos para escucharlo, con el aspersor de fondo. En cuestión de segundos, ambos supimos de dónde venía ese ruido sordo, porque ambos sabíamos provocarlo.

Eran unos puños golpeando una pera de boxeo, de forma rápida y rítmica, suave y certera.

16

El ruido provenía de una pequeña sala anexa, alargada y de techo bajo, a espaldas de la iglesia. Ahora, desde nuestra posición, comprobamos que el edificio era mucho más grande de lo que parecía desde la calle. Nos encaminamos hacia los golpes.

La puerta trasera estaba abierta y sujeta por una cuña; entramos y atravesamos el pasillo siguiendo a nuestros oídos. Llegamos a una puerta cerrada, a la derecha; el ruido venía de ahí. Al abrir la puerta para echar un vistazo sentí, para mi deleite, el aire acondicionado.

Era un gimnasio pequeño, pero bien equipado. El suelo estaba liso y brillante, había una canasta en un extremo y unas gradas plegables en uno de los laterales. En un rincón vimos el soporte de la pera, que aporreaba un hombre negro sin camiseta, con unos pantalones de chándal azules y unos guantes de boxeo negros. Aparentaba cuarenta y pico años y rondaría el metro ochenta; tenía la espalda ancha, la piel empapada en sudor y el pelo entrecano y rapado. Estaba fuerte, aunque un pelín entrado en carnes —carnes sólidas como una rueda de camión, eso sí—, y los músculos de los brazos y el pecho se contraían y se soltaban con cada golpe. Sus movimientos eran ágiles y expertos, y la bolsa cantaba al son de sus puños.

Nos quedamos ahí un rato, viéndolo trabajar, admirándolo; entonces el hombre paró un momento, agarró la pera con una mano y, tras lanzar un resoplido y girar la cabeza, nos vio.

—¿Qué desean, caballeros? —preguntó, mientras empezaba a quitarse los guantes.

Cuando nos acercamos, arrojó los guantes a un lado y nos presentamos con un apretón de manos. Resultó que era el mismísimo reverendo Fitzgerald.

—No lo hace nada mal —dije.

—Fui Guantes de Oro de pequeño —respondió, pero no a mí; estaba estudiando a Leonard—, doy clase a algunos chiquillos del barrio. ¿Le conozco de algo? —le preguntó a Leonard.

—No creo —respondió él.

—Señor Fitzgerald —dije—, estamos buscando a un hombre, nos han dicho que trabaja aquí. Ilium Moon.

—¿Ilium? —repitió. Se limpió el sudor del pecho con las manos, luego se las secó en los pantalones—. Llevo varios días sin verlo. De vez en cuando nos hace alguna reparación, es un manitas. Está jubilado, así que no quiere compromisos fijos. Podría decirse que elige su horario. Le pago poco. También colabora con algunas actividades para los chavales; es entrenador asistente de voleibol y béisbol.

—También lleva una biblioneta —dije.

—Es verdad —respondió—, pero no para la iglesia. Es un proyecto personal. Tiene un sinfín de proyectos entre manos.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio? —preguntó Leonard.

—No lo sé —respondió Fitzgerald—. Hará una o dos semanas. No tienen ustedes pinta de policías.

—No somos policías —dije—. Estamos buscándolo por un motivo personal.

—¿Es grave? —preguntó Fitzgerald.

—Era amigo del tío de Leonard, nos gustaría hablar con él. ¿Sabe dónde vive?

—A las afueras, en el campo. Por la zona de Calachase Road, aunque, para ser sincero, no estoy completamente seguro. Vengan, vamos a mi oficina.

Salimos del gimnasio siguiendo a Fitzgerald, recorrimos el pasillo y llegamos a una pequeña sala revestida de madera, con un escritorio y los típicos cuadros religiosos: Jesús en la cruz; Jesús bautizado por Juan Bautista; y alguien peleando con un ángel. Fitzgerald tenía sobre su mesa uno de esos viejos ceniceros de arcilla que se hacen en manualidades. Era de color verde grisáceo y estaba agrietado. Se me ocurrió preguntarle por él para intentar ganármelo.

—¿Lo ha hecho su hijo?

—No estoy casado —dijo—. En realidad, lo hice yo cuando era pequeño. Para mi padre. Siéntense.

Hasta ahí mi intento de ganármelo. Había un par de sillas de cuero frente al escritorio, y una parecida al otro lado. Fitzgerald tomó asiento detrás de la mesa y Leonard y yo ocupamos las otras dos sillas. La mía estaba medio rota y no giraba, pero la de Leonard funcionaba a la perfección, y se movía lentamente de izquierda a derecha: siempre le tocaba lo mejor.

Estuvimos unos segundos en silencio, escuchando el zumbido del aire acondicionado. Entonces, Fitzgerald dio una palmada. Tenía una cara afable. Una cara a la que le contarías tus problemas.

—Me van a permitir que les pregunte algo. Forma parte del trabajo, muchachos —dijo.

—Claro —respondió Leonard—, pero ¿le importaría no llamarnos muchachos? No es que sea yo demasiado susceptible, pero ya voy teniendo una edad como para imaginarme en pantalones cortos.

—Por supuesto —dijo Fitzgerald, con una sonrisa—. Es la costumbre. Los sacerdotes acabamos siendo incapaces de no llamar a todo el mundo muchacho, hijo o hija. En cualquier caso, la pregunta es: ¿son cristianos?

—Bueno, ha preguntado usted... —dijo Leonard—. La respuesta es que no. Ni él ni yo.

Fitzgerald me miró en busca de confirmación.

—Es verdad. Y no se lo tome a mal, reverendo, pero no hemos venido a hablar de religión. Lo único que queremos es encontrar a Illium Moon.

—Ya les he dicho todo lo que sé sobre dónde vive —respondió Fitzgerald—, nunca he estado en su casa. Solo sé más o menos por dónde cae.

No me lo creí. Me daba la sensación de que no se fiaba del motivo que le habíamos dado y no estaba dispuesto a revelar la dirección de Illium a un par de desconocidos, infieles, para más inri. Me parecía una decisión respetable, pero necesitábamos saber dónde vivía Illium Moon. Estaba planteándome otra forma de abordar la cuestión cuando, de repente, Fitzgerald señaló a Leonard con el dedo.

—Ahora caigo —dijo—. Su cara no me sonaba, pero no dejaba de darle vueltas; es por su apellido. Pine, ¿no? ¿Es el sobrino de Chester Pine?

Leonard le dijo que, en efecto, era él.

—Me han hablado de usted —apuntó.

—Las historias circulan —respondió Leonard—. Como los periódicos.

—Viene de una familia con problemas —dijo Fitzgerald.

—Se podría decir que sí —respondió Leonard—, aunque no los elegimos nosotros. Pero la verdad es que, salvando, por ser generosos, a un par de primos aburridos con los que no tengo mucha relación, soy el único miembro de mi familia que me importa. Yo y aquí el colega, Hap.

—A tenor de su aspecto, es un familiar muy lejano —dijo Fitzgerald, esbozando una sonrisa.

—Se pasaba todo el día enganchado a la lejía, no había forma de que lo dejase —respondió Leonard.

Fitzgerald me miró y yo le sonreí, como se sonríe para dar a entender a un tercero que sabes que tu acompañante se cree la rehostia, cuando en realidad apenas lo soportas.

Fitzgerald volvió a Leonard:

—Su tío también era muy ocurrente, como usted. No me caía bien.

—Eso es muy sincero por su parte.

—Venía de cuando en cuando con Illium. Tuve varias conversaciones desagradables con él.

—¿Sobre qué? —preguntó Leonard.

—Sobre Dios y la religión —respondió Fitzgerald—, dos cuestiones ante las que mostraba cierta indiferencia.

—Típico del tío Chester —dijo Leonard.

—No le deseo mal a nadie, palabra —continuó Fitzgerald—, pero parece que el Señor quiso dejar las cosas claras con su tío.

—Esa frase no ha sonado todo lo cristiana que debería —dijo Leonard—. Se diría que se alegra usted, cago en Dios.

—Por favor, le pido que no use el nombre de Dios en vano —dijo Fitzgerald—. Sobre todo en su casa.

—Y yo le pido que no hable mal de mi tío —respondió Leonard.

—No quería que sonase tan brusco, lo digo de corazón —continuó Fitzgerald—. Mis disculpas.

En vez de responder, Leonard se limitó a escudriñar la cara del reverendo.

—Reverendo —intervine—, no hemos venido a buscar pelea y no me

explico cómo hemos acabado metiéndonos en una. Queremos preguntarle un par de cosas y ya está, luego nos iremos por donde hemos venido y dejaremos de incordiar.

—No se han metido en una pelea —dijo el reverendo—. Solo les he pedido, respetuosamente, que no usen ese lenguaje aquí, y me disculpo por lo que he dicho. A veces me pongo más fervoroso de la cuenta. Cuando ves las cosas que veo y escuchas las historias que escucho, te entran ganas de emprender una cruzada, de hacer algo para erradicar todo el mal que hay en la calle. De abrirle el mundo a Dios.

—Vale —dijo Leonard—, acepto las disculpas. Y pido perdón por lo que he dicho. No porque crea que importe, sino porque estamos en su iglesia.

—Cualquiera de los dos motivos me vale —dijo el reverendo—. Y me gustaría aclararle otra cosa sobre su tío: no me alegro de lo que le pasó. Solo quería hacer hincapié en que todos acabaremos siendo juzgados ante los ojos del Señor. No solo su tío, también usted y yo. Lo que digo es que deberíamos esforzarnos por mirar a la luz del Señor sin parpadear. Pero me he expresado mal, o quizá había un trasfondo de amargura. Su tío era un hombre ingenioso, de lengua rapidísima para las ocurrencias. Parecía sentir una inquina particular hacia la religión.

—La hipocresía era lo que le molestaba —dijo Leonard—, no la religión.

El reverendo Fitzgerald se negó a morder el anzuelo y continuó hablando con voz afable:

—Es curioso que su tío e Illium Moon fuesen tan amigos. El señor Moon es muy devoto; se implica mucho en las actividades de la iglesia, sobre todo en las relacionadas con los jóvenes. Y, habida cuenta de lo que he leído en los periódicos...

—No hay que creerse todo lo que dicen los periódicos —rebató Leonard.

—Muy bien, lo tendré presente —dijo Fitzgerald—. ¿Sabe qué? Llevo un buen rato dándole vueltas, intentando recordar lo que me habían contado de usted, señor Pine, y acabo de caer.

—Espero que sea halagador —dijo Leonard.

—Es usted homosexual y se jacta de ello —respondió Fitzgerald.

—No llevo sombreritos y tacones ni soy un apasionado de la floristería, si es a eso a lo que se refiere —dijo Leonard—, pero tampoco me escondo debajo de una silla en la cocina.

—Se enorgullece —dijo Fitzgerald.

—A usted no tengo que darle explicaciones —le soltó Leonard.

—No, ante mí no tiene que responder —continuó Fitzgerald—; tendrá que hacerlo ante Dios. No tengo nada contra usted, solo digo que se ha descarriado del camino del Señor. ¿Conoce la Biblia, señor Pine?

—Precisamente veníamos Hap y yo citando versículos por el camino.

—¿Conoce la historia de Sodoma y Gomorra?

—Sí, señor —respondió Leonard, socarrón—. Es una de las alegorías favoritas de los maricones baptistas. Cada vez que la escucho me erizo del gusto. Y me pasa cada dos por tres. Mi parte favorita es cuando la mujer de Lot se convierte en una estatua de sal.

—Si conoce la historia, aplíquese el cuento. Lot se reunió con los ángeles del Señor en las puertas de Sodoma y los invitó a su casa, donde dio un banquete. La casa no tardó en quedar rodeada de homosexuales, ansiosos por conocerlos.

—Con «conocerlos» se refiere a «follárselos», ¿no? —preguntó Leonard.

Fitzgerald parpadeó un par de veces, pero hizo como si no lo hubiese oído, y consiguió continuar:

—Los homosexuales se apiñaron alrededor de la casa de Lot y le exigieron que sacara a los ángeles y se los entregara a las masas; entonces, los ángeles cegaron a la multitud. ¿Le parece una señal de tolerancia hacia los homosexuales, señor Pine?

—Bueno —dijo Leonard—, aún no ha llegado a la parte de la estatua de sal, pero se ha dejado algunos detalles interesantes en el tintero. Como que Lot, para proteger a unos ángeles que no necesitaban protección, como está visto, ofreció a sus hijas a la muchedumbre. He ahí el padre ejemplar que todo el mundo querría tener. «Mirad, chicas, hay aquí unos invitados a los que estos maricones quieren follarse, pero, qué coño, son ángeles y todavía no se han terminado los filetes de pollo empanados, así que os voy a entregar a vosotras. Id quitándoos las bragas y saliendo al porche».

—Tiene usted unas expresiones de lo más desafortunadas, señor Pine —dijo Fitzgerald—. Su problema es muy parecido al que tenía su tío. Y por el que yo también pasé, dicho sea de paso. Ya ve, incluso los predicadores tenemos nuestras crisis de fe. Pero, con el tiempo, lo comprendí todo con claridad. Lo que está usted haciendo es lo mismo que hacía yo; intenta que

Dios actúe según los criterios humanos. Déjelo. La ley emana de Dios, está ahí y nosotros no somos quienes para ponerla en tela de juicio. Es absolutamente irrelevante que nos parezca justa o injusta. Es la ley, no hay que darle más vueltas.

—La religión no es la cuestión —intervine—, y nosotros no teníamos ningún deseo de entrar en el tema.

—La religión siempre es la cuestión —dijo Fitzgerald—. Señor Pine, enorgullézcase ahora todo lo que pueda, pues cuando abandone el mundo de la carne y se encuentre ante su Creador, cuando sea arrojado a los abrasadores pozos de lava del infierno, su orgullo no le servirá de nada. La lógica no le servirá de nada. La ley es la ley.

—Ahora ya me queda claro por qué llamáis «primitiva» a esta iglesia —dijo Leonard.

«Claro que sí, Leonard, así es como te lo vas a ganar. Vaya un experto del jueguito que estás hecho», pensé. Solo podríamos haber causado peor impresión si hubiésemos entrado en la iglesia con los pantalones bajados y las pollas colganderas.

—El pecado es un acto primitivo —respondió Fitzgerald—. Nuestras creencias son tan sencillas como acabo de explicarle. No están sometidas a debate, pues son la ley, y la ley emana de un juez más sabio y poderoso que nosotros. Con el tiempo, en la otra vida, comprenderemos sus decisiones. Y, aunque no las comprendamos, no nos corresponde a nosotros juzgarlas. Nuestra misión es obedecer la ley de Dios. No tiene vuelta de hoja. Y si hay un momento de la historia en que se necesiten las leyes de Dios más que nunca, es ahora. Miren en qué se está convirtiendo este mundo. Es más, olvídense del mundo, miren aquí mismo. En LaBorde, Texas, tenemos un problema devastador con las drogas. Sobre todo aquí, en la zona negra. Los chavales se inyectan veneno en las venas, las jóvenes se prostituyen a cambio de dinero y droga. ¿Saben que muchas de las madres de la comunidad negra no están casadas, que sus hijos son ilegítimos?

—He oído el rumor, sí —respondió Leonard.

—No lo ven como un pecado, señor Pine. El mundo dice que no pasa nada, que fornicar es aceptable. Estas jóvenes, que son chiquillas en realidad, de trece y catorce años, conciben niños, hijos de la lujuria, que nacen de la bilis del pecado. ¿Y quién se ocupa de esos niños? ¿Las chiquillas que los han

tenido? ¿Qué futuro puede esperarles? Son niños de niños.

—Lo que hace falta es algo práctico —respondió Leonard—. Hay que dejarse de religión; la clave está en las clases de control de la natalidad y prevención de enfermedades.

—Eso no erradica el pecado —dijo Fitzgerald—, el acto en sí, el sexo antes del matrimonio. Lo que hace falta es la abstinencia.

—Eso está muy bien —respondió Leonard—, pero los que no tengan pensado abstenerse necesitarán condones.

Fitzgerald respiró hondo, pero, cuando volvió a hablar, su voz estaba cargada de paciencia.

—Precisamente ahí radica el problema, señor Pine. Tolerancia, demasiada tolerancia. Quienes pecan contra Dios recibirán su castigo. Y eso le incluye a usted. Los homosexuales no entrarán en la casa del Señor. Pídale perdón a Dios por las perversiones en que haya incurrido con otros hombres. Entréguele su vida.

—Yo no me pongo de rodillas ante nadie —dijo Leonard.

Entonces Fitzgerald se fijó en mí.

—¿Y usted qué dice, señor Collins?

—Eh, que yo no he hecho nada —dije.

—Tiene que creer para alcanzar la salvación —continuó Fitzgerald.

—Me lo pensaré —respondí—. ¿Quién sabe? A lo mejor vuelvo.

Fitzgerald esbozó una sonrisa educada.

—Bueno, pues parece que no puedo ayudarles, caballeros, ni en el ámbito espiritual ni en el orientativo. Les he dicho lo que sé sobre la dirección del señor Moon; vive por la zona de Calachase Road. —Fitzgerald apoyó las manos en el escritorio, como si se dispusiera a levantarse—. Si les parece, tengo que retomar el entrenamiento.

Fuera, en el límite entre el jardín de la iglesia y el camino que conducía a la casita azul, había un hombre gigante. Medía más de metro ochenta, llevaba un mono de trabajo de algodón gris y su piel era más negra que el pecado. Era grande, duro y redondo en todo su ser, como si estuviera formado por pedruscos apilados. De hecho, era muy probable que su cuerpo diese para solicitar una concesión minera.

Estaba moviendo el tubo del aspersor, y con cada gesto se veían pequeñas rocas subir y bajar por sus brazos. Nos miraba fijamente, con la boca entreabierta en todo momento. Desde nuestra posición, parecía tener unos dientes diminutos. No le preocupaba que el agua del aspersor estuviese mojándolo. Nos observó al pasar, y es probable que siguiera haciéndolo cuando le dimos la espalda.

Al llegar al aparcamiento, dije:

—Ha ido bien, ¿no? Creo que nunca había visto a dos personas ganarse al otro tan rápido.

—Ya te digo —respondió Leonard—. Seguro que Fitzgerald y yo compartimos coche para ir al próximo encuentro baptista.

17

El tiempo del este de Texas es caprichoso, y entre que salimos de la iglesia y llegamos a casa para almorzar había cambiado por completo. Aún no habíamos embadurnado de mostaza los sándwiches de jamón cuando la luz del sol tórrido y cegador fue expulsada por unos nubarrones que llegaban del oeste, negros y violentos, con relámpagos firmados por el Zorro y gotas de lluvia como tuercas.

La lluvia fría y contundente, que se prolongó durante dos días, martilleaba la casa y levantaba la gravilla del camino, deshaciendo la arcilla compacta que había debajo. Los riachuelos sangrientos se acumulaban a los pies del porche y en los laterales de la casa, arrastrando briznas de hierba descoloridas por el sol que recordaban a un rapado gore.

La lluvia era tan persistente que los pájaros dejaron de esconderse, y se los oía cantar y piar entre los relámpagos deslumbrantes y los truenos fragorosos. Eso no auguraba nada bueno: seguiría lloviendo, probablemente varios días. Fuera, salvo cuando los relámpagos abrían el cielo cual cremallera, todo estaba oscuro como en una noche cerrada de luna nueva.

El segundo de día de lluvia, a media tarde, levanté la vista de *La banda del más allá*, que estaba leyendo a la luz de una lámpara, y vi el perfil adusto de Leonard frente a la ventana del comedor. Había acercado una silla y estaba sentado como *El pensador*, con el codo en la rodilla y el puño bajo el mentón, observando la lluvia. Mientras lo miraba, un relámpago viperino mordió el cielo al otro lado de los barrotes y por un instante tiñó su piel de un azul estroboscópico. Dentro de la casa, el aire se mezcló con el olor punzante del ozono; los pelos se me pusieron de punta y la piel se contrajo como el papel celofán caliente.

Leonard me miró.

—¿Le has dicho a Florida que se quede en casa?

—Claro, pero me hace el mismo caso que tú; ninguno.

—Pues entonces estará al llegar, ¿no?

—Eso si no acaba en una cuneta.

Unas horas antes, muerto de aburrimiento y cansado de ayudar a Leonard a poner tablones, me enfrenté a la tormenta con un paraguas raquíptico y fui a casa de MeMaw para llamar a la oficina de Florida con su teléfono.

Resultó que Florida tenía el mismo trabajo que una monja en un burdel, y quería venir a cenar con nosotros. Intenté disuadirla, pues el tiempo no estaba para viajes, pero me dijo que iba a venir de todas formas y que traería una botella grande de Pepsi. Me pregunté si aquello pretendía ser un soborno.

Me despedí de MeMaw después de que me obligase, para mi deleite, a comerme una rebanada de pan de maíz untado en mantequilla, y crucé la calle vadeando el torrente de agua que me llegaba por los tobillos, amenazando con derribarme.

Al entrar en casa, me sequé y miré el reloj para calcular la hora en la que había hablado con Florida para decirle que no viniese y me había respondido que iba a venir. Teniendo en cuenta la lluvia, conté el doble del tiempo habitual desde su oficina a casa del tío Chester.

—Si en unos minutos no ha aparecido, voy a buscarla —dije.

—Y luego me tocará a mí ir a buscarte —respondió Leonard—. Conduces de puto culo cuando hace mal tiempo.

—Te veo meditabundo, colega. ¿Qué pasa, Leonard?

—La cagué con Fitzgerald.

—Me parece que no te estás valorando todo lo que debieras; fue más bien una catástrofe nuclear.

—Es que no puedo soportar a los mierdas como él, que se esconden detrás de una iglesia y de la Biblia y juzgan a todo el que no piense exactamente igual que ellos.

—Lo único que tenías que hacer era morderte la lengua cinco minutos y sabríamos dónde vive Illium. Creo que el reverendo sabía de sobra dónde estaba su casa, pero no acababa de fiarse de nosotros. Y luego, si no te caía bien, podríamos haberle manchado las ventanas o haber plantado un pino en su jardín. Aunque a mí, para serte sincero, me pareció un tipo bastante educado.

Al menos intenta enfrentarse a los problemas de su comunidad; supongo que la religión es mejor que no hacer nada. La verdad es que te morías de ganas de enzarzarte en una discusión.

—Pfff, pégame un tiro, por favor...

—Y no es la primera vez que la cagas. Se me ocurren otras muchas.

—Gracias, Hap.

—Bromas aparte, el reverendo no es el único que sabe dónde vive Illium. Joder, ni que se estuviera escondiendo. Seguro que lo encontramos cuando deje de llover.

Al cabo de unos diez minutos, oí un coche surcar la lluvia. Cuando abrí la puerta principal, la lluvia era como una cortina con cuentas de acero que envolvía el porche. Al aporrear el suelo, las gotas sonaban como rodamientos. En cuanto al viento, no había sido tan frío desde el invierno.

Solo se veían los faros del coche en el camino de gravilla. Las luces se apagaron y oí un portazo; luego, un paraguas negro y un chubasquero amarillo con capucha atravesaron la cortina de agua y Florida subió al porche, mirándome con esa cara preciosa bajo la capucha amarilla. Esbozó una sonrisa y, tras sacudir y cerrar el paraguas, lo apoyó junto a la puerta.

—Hola —dijo.

—Tendrías que haberte quedado en casa —respondí.

—Yo también me alegro de verte.

Entramos en la casa.

—Hola, Leonard.

—¿Qué tal, Florida? —respondió Leonard—. No tenías que haber venido con la que está cayendo. Nos tenías preocupados.

Florida se quitó el chubasquero y lo colgué en el respaldo de una silla, al lado de la puerta. Llevaba botas con cordoneras, unos vaqueros azules y una camisa a cuadros holgada y remangada hasta los codos. Bajo el chubasquero también llevaba una bolsa de tela. La apoyó en la silla y, tras abrirla, sacó una Pepsi de tres litros y una bolsa con las galletas de vainilla predilectas de Leonard.

—Hap me contó que te chiflan —le dijo a Leonard.

Él se levantó y echó un vistazo.

—Lleva razón. Gracias. —Y le dio un abrazo.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —le dijo.

—Ya —respondió Leonard—. Gracias.

—Es la primera vez que te veo sin vestido, Florida —apunté.

—Estaba limpiando la oficina —respondió ella—. Me he puesto perdida. Prepáranos un chocolate caliente o algo así, Hap. No tengo cuerpo de Pepsi.

—Te puedo calentar café, té o leche un poco cortada —dije—. Tú eliges.

—Pues la leche cortada no tiene mala pinta —dijo Florida—, pero creo que voy a decantarme por el té.

Preparé una jarra de té y nos sentamos en la mesa de la cocina para bebérselo y comer galletas a modo de cena. Al rato, oímos otro coche en el camino de gravilla.

—¿Quieres ir tú? —dijo Leonard—. Yo estoy muy cómodo con las galletas a mi vera.

—Claro que sí, señorito Leonard, ya voy yo —respondí, con ademán servicial.

Me dirigí a la puerta y, al abrirla, vi una silueta enorme con chubasquero negro subir al porche. Se traía un aire al Fantasma de las Navidades Futuras. Se bajó la capucha y me sonrió. Era el subinspector Hanson.

—Adelante —dije.

Hanson se quitó el chubasquero y me lo entregó. Entré en la casa con él y, tras colgar en una silla su chubasquero, que dejó un charco en el suelo, dije:

—Eh, gente, mirad quién ha venido a vernos.

—Hay que joderse —dijo Leonard, asomándose por el hueco entre la cocina y el salón—, el mismísimo Sherlock Holmes se ha tragado toda esta lluvia para visitarnos. ¿Puedo tocar su pistola, señor?

—No —respondió Hanson—, pero te puedo dejar la placa un rato si me prometes no perderla.

Hanson y yo entramos en la cocina. El agente esbozó una gran sonrisa y dijo:

—Hola, Florida.

—Hola, Marvin. —A Florida también se le dibujó una buena sonrisa.

—¿Os conocéis? —pregunté.

—Nos hemos visto alguna que otra vez —respondió Hanson—. He arrestado a un par de clientes suyos. —Con un gesto de la cabeza, Hanson

señaló la taza de la que estaba bebiendo Florida—. ¿Eso es café?

—Té —respondió Florida, y volvió a sonreír. Con demasiada cordialidad, para mi gusto.

Le ofrecí a Hanson mi silla y le preparé una taza de té. Luego me apoyé en la encimera con mi bebida y pillé al policía mirando a Florida con el rabillo del ojo. Florida también lo miró a él, dicho sea de paso. Podía entender a Hanson, porque Florida era preciosa; y a ella, porque Hanson era un hombre poderoso, carismático y simpático, a pesar de ser enorme, feo y tener la edad de su padre.

Hanson miró su té y dijo:

—¿Tenéis leche? Me gusta el té con leche.

—Solo tienen leche cortada —respondió Florida.

—Me gusta, pero no tanto —apuntó Hanson—. ¿Y azúcar?

—¿Quieres también una rosa en un jarrón? —pregunté.

—No, pero sí que me tomaría unas cuantas galletas.

Leonard le pasó la bolsa, aunque me dio la sensación de que lo hizo un poco a regañadientes. De hecho, dudo que las compartiera de buena gana con Florida y conmigo.

Hanson se llevó un puñado de galletas a la boca y le dio un sorbo al té.

—¿Has venido a preguntarnos algo, subinspector? —dijo Leonard.

—No —respondió Hanson.

—Entonces, ¿tienes que informarnos de algo? —continuó Leonard.

—En efecto —respondió Hanson—. He pensado que os gustaría saber el resultado preliminar de la autopsia.

—Es muy pero que muy generoso por tu parte —dijo Leonard.

Hanson se encogió de hombros.

—Estoy divorciado, estoy solo y no tenía nada mejor que hacer.

—Algo me dice que no has venido por eso. ¿Por qué será? —preguntó Leonard.

—Porque eres un cabronazo desconfiado —dijo Hanson—. La casa de tu tío está implicada en el caso y es probable que él también. Tú encontraste el cadáver. Me parece justo teneros informados.

—No le hagas caso a Leonard —intervine—. Creció en un granero.

Hanson dio un sorbo al té y frunció el ceño. Tras dejar la taza en la mesa,

dijo:

—Hemos traído a un forense de Houston. Se ha llevado los huesos, pero les ha echado un primer vistazo estando aquí y nos ha dado un informe preliminar. Quizá haga alguna modificación cuando los analice mejor, pero dice que el esqueleto del arcón es de un niño de diez u once años, que probablemente murió por un traumatismo craneoencefálico. Luego descuartizaron el cadáver para que cupiese en un lugar más pequeño.

—El arcón —dijo Leonard.

—No —respondió Hanson—. En un principio, el cadáver estuvo en una caja de cartón. En los huesos encontramos fibras de papel y restos de un pegamento que se usa para fabricar cartón. ¿Queda té?

Tenía la taza medio llena, pero volví a echarle.

—¿Dices que metieron el cadáver en una caja, y luego la caja en el arcón? —preguntó Leonard.

Hanson negó con la cabeza.

—No. No había suficientes restos de cartón para hacernos pensar que introdujesen la caja entera. ¿Y el azúcar?

Le pasé a Hanson el azucarero y una cucharilla.

—¿Tienes una más grande? No se puede remover bien con las pequeñas.

—No me extraña que estés divorciado —respondí—. Y no, no hay cucharillas de té.

—En un principio —continuó Hanson mientras daba vueltas al azúcar—, el cadáver estaba en la caja de cartón, pero, cuando pasaron los huesos al arcón, la caja se había desintegrado casi por completo. Sin embargo, algunas fibras se adhirieron a los huesos. Y otra cosa: la arcilla que encontramos en los huesos tampoco coincide con la tierra que hay bajo la casa de tu tío.

—Es decir, que trasladaron el cadáver desde algún sitio y lo metieron al arcón, ¿no? —preguntó Leonard—. Y, antes del cambio, estuvo un tiempo enterrado.

—Tal parece —confirmó Hanson—. Pero eso no exculpa a tu tío. A veces, un asesino mata en un sitio, mueve el cuerpo, lo entierra y luego lo vuelve a mover. Si tu tío estaba enfermo, quizá pensaba tanto en el cadáver que quería tenerlo lo más cerca posible, así que lo desenterró y lo trajo aquí.

—El tío Chester no estaba enfermo —dijo Leonard—. De todas formas,

hacer algo así no es propio de una persona enferma, es repugnante y punto.

—No quiero decir nada concreto sobre él —respondió Hanson—. Son hipótesis. Ni siquiera sabemos si fue un delito sexual. Quizá se trató, simple y llanamente, de un asesinato.

—¿Importa la diferencia? —pregunté.

—Sí —dijo Hanson—, sí que importa. Si es un delito sexual, es posible que no acabase con una sola víctima; si fue un asesinato, un golpe fruto de la rabia, o lo que sea, quizá no haya más.

—¿Y el forense puede saber, solo por los huesos, si abusaron del niño? —pregunté.

—No —respondió Hanson—, al menos en un primer momento. En todo caso, lo dudo: no hay restos suficientes. Lo que sí ha determinado es que lo mataron hará ocho o nueve años.

—Pero las revistas del arcón apuntan a un delito de naturaleza sexual, ¿no? —preguntó Leonard.

—Tú lo has dicho, apuntan —dijo Hanson.

—¿Y qué pasa con las revistas? —pregunté—. ¿Llevaban enterradas el mismo tiempo que el cadáver? De ser así, tendrían que haberse desintegrado como la caja de cartón, ¿no?

—Buena pregunta —dijo Hanson—. Cuando las metieron al arcón ya estaban viejas, pero no tanto como para que las desenterraran con el esqueleto cuando lo trasladaron de la tumba al arcón. Llevaban menos tiempo enterradas que el cadáver.

—Vamos, que no tenéis ninguna prueba de que el esqueleto esté vinculado con las desapariciones de niños —dije.

—Exacto. Solo hay pruebas indiciarias: que el tío de Leonard hablase de los asesinatos de niños, que el esqueleto apareciese en esta casa y que varios niños desaparecieran a lo largo de los años en la zona. Eso es todo.

—¿A ti qué te parece, Marvin? —preguntó Florida.

—No lo sé —respondió Hanson—. Es como un puzle, y los odio. Me recuerdan a la Agatha Christie de los cojones; nunca sé resolver esos misterios.

—¿Crees que sería posible que echase un vistazo a los informes sobre las desapariciones? —preguntó Leonard.

—No creo —dijo Hanson—. ¿De qué serviría?

—Conociendo a mi tío como lo conocía, quizá vea algo que arroje un poco de luz sobre el panorama.

—Lo dudo —dijo Hanson.

—Muy meticuloso por tu parte —continuó Leonard—, pero me da la sensación de que te vendría bien algo de colaboración, de que toda ayuda es poca. De hecho, incluso creo que nos estás pidiendo ayuda.

—A ver —dijo Hanson—, el hijoputa del subconsciente puede jugártela cuando menos te lo esperas, pero mi mente consciente sabe que no es buena idea meter a un civil en el caso. Para ser sincero, si alguien descubre lo que pasó exactamente después de todos estos años, o incluso quién es el chiquillo, será de pura chiripa. Así es como se resuelven la mayoría de estos casos, de casualidad. Eso cuando se resuelven.

Hanson apuró la taza de té y se levantó.

—Caballeros, dama encantadora, con la que vuelvo a disculparme por mi grosería y estupidez pasadas, me tengo que ir, tengo mucho trabajo.

—¿Esta noche? —preguntó Florida.

—Cada noche —respondió—. Es eso o ver la tele, así que me llevo informes a casa y trabajo.

—Teniendo en cuenta que la mayoría de los casos se resuelven de chiripa —dijo—, ¿sirve de algo lo que haces?

—De muy poco —respondió Hanson—. Qué coño, prácticamente de nada.

18

Esa noche, mientras la lluvia aporreaba el tejado, con el sudor ya frío sobre nuestros cuerpos, abracé a Florida y tuve la sensación triste de que, por mucho que me aferrase a ella, no tardaría en desvanecerse como un sueño.

Le di un beso en la nariz, abrió los ojos y, tras parpadear y volver a cerrarlos, dijo con un susurro:

—¿No te duermes?

—No —respondí.

—¿Estás cachondo?

—La verdad es que no.

Volvió a abrir los ojos y se quedó mirándome.

—¿Es por la lluvia?

—Supongo.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo estamos, Florida?

—¿Qué?

—¿Que cómo estamos? Tú y yo.

—Estamos bien.

—Lo digo en serio.

Salió lentamente de mi abrazo y se incorporó sobre un codo. Apenas veía sus rasgos en la oscuridad.

—Estamos como siempre hemos estado.

—¿Y eso cómo es?

—No irás a complicar las cosas, ¿no?

—Puede.

—No llevamos casi nada de tiempo juntos.

—Más que suficiente, para mí.

—Lo típico es que siempre sea la mujer la que quiera casarse.

—Yo no he dicho nada de casarnos.

—Te refieres a tener una relación seria, ¿es eso?

—Supongo.

—Todos los tipos con los que he salido estaban deseando ponerme un anillo en el dedo, Hap. Bastan unas cuantas citas, sobre todo si pillan cacho, y ya quieren llevarme al altar.

—A mí eso no me interesa... Salir, ¿es eso es lo que hacemos?

—Sí, estamos saliendo. Y también follamos, pero a veces forma parte de salir.

—Y yo que creía que nosotros hacíamos el amor.

—Venga, Hap, no te me pongas técnico.

—Follar es técnico. Hacer el amor es como el fluir de un río, como una nube en el cielo.

—¿De dónde coño has sacado eso?

—Creo que el venerable monje de *Kung fu* se lo dice al Pequeño Saltamontes. ¿Viste la serie? David Carradine no tiene ni puta idea de kung-fu.

—No es de mi época. Tengo veintinueve años.

—¡No jodas!

—¿Te parezco mayor?

—No, pero te hacía mayor, por aquello de que eres abogada y tal.

—Mira, Hap, algunos vamos al instituto, nos graduamos, pasamos por la universidad, en mi caso por la facultad de Derecho, y luego encontramos directamente un empleo digno. Algunos.

—¿Puede ser que eso vaya un poco con segundas?

—Un poco. Hap, me gustas. Me gustas mucho. Eres divertido, eres un tipo decente, no estás nada mal y haces el amor de maravilla. Pero así, de entrada, no me parece que seas muy buen partido.

—Lo reduces todo al plano económico. ¿Dónde queda el amor?

—Yo no estoy enamorada... No del todo, entiéndeme. Podría. Podría enamorarme, digo. Pero...

—Pero ¿qué?

—Mi madre se casó por amor. Mi padre se casó para que cuidasen de él. Cuando nací, decidió que solo trabajaría cuando le apeteciera. Y eso que había ido a la universidad, Hap. Era un hombre inteligente, y muy bueno, pero mi madre acabó trabajando para mantenernos a los dos. Él, de cuando en cuando, según la época del año, trabajaba en una plantación de pacanas en Winona. Le bastaba con tener para comprarse una docena de latas de cerveza antes de volver a casa. Yo quería a mi padre, pero mi madre llevaba una vida infeliz. ¿Merece la pena todo ese sacrificio por amor?

—¿Quién te dice que voy a pasarme el día tumbado a la bartola con los pies en alto y cerveza en mano viendo programas de televisión repetidos?

—¿Cuál es tu profesión, Hap?

—Trabajo en el campo, esencialmente.

—Eso no es una profesión, es un trabajo temporal. O debería serlo. Tienes cuarenta y pico años, ¿no? Y ahora mismo estás viviendo de Leonard...

—Él vivió de mí un tiempo. Mira, escucha una cosa: yo pago mis facturas, me ocupo de lo mío. No soy tu padre.

—Puede que no. Pero me gusta la ambición, me gusta que uno se levante por la mañana con un objetivo, un objetivo de verdad. Yo tengo uno, y me gustaría que la persona a la que quiera lo tenga.

—Yo siempre me levanto concentrado en el desayuno.

—También te escondes demasiado detrás de las bromas.

—Y tú no escuchas lo suficiente a tu corazón.

—Mi corazón no es tan listo como mi cabeza, Hap. ¿Y quién dice que no podré encontrar y querer a alguien que tenga ambición y un objetivo? Además, a lo mejor mi corazón no me está diciendo lo que tú quieres oír.

—Yo tengo ambición. Llevo un tiempo descarriado, solo eso. Ya surgirá algo...

—Ahí voy precisamente, Hap. Estás esperando un golpe de suerte. Esperas que te toque la lotería, o que algo espectacular llame a la puerta de tu casa. No sales a intentar cambiar las cosas.

—Por ahora tengo dinero.

—Por ahora. Y te repito que no es el dinero; es tener un objetivo, ambición. Prefieres vivir en punto muerto, sin esfuerzo.

—Y a lo mejor también es porque no está bien visto que una preciosa

abogada negra se case con un tipo que trabaja en un campo de rosas. Y encima soy blanco. Vamos a poner ese zurullo encima de la mesa para analizarlo. Desde que... salimos, como tú dices, curiosamente no hemos salido a la calle juntos ni una sola vez. No hemos pisado la calle. Vienes aquí o a mi casa; cenamos algo, nos metemos en la cama y hacemos el amor. Y luego, por la mañana, te vas. No quieres ir al cine conmigo, ni salir a cenar, no vaya a ser que te vean con un blanco.

Se puso bocarriba y se quedó mirando el techo, tapándose con la sábana hasta la barbilla.

—Te dije desde el principio que era un problema, que no lo llevaba bien.

—Así que, resumiendo, soy blanco, soy un vago, estoy pelado y podría tener un trabajo mejor.

—Dicho así suena muy duro. No quería decir eso exactamente. De hecho, si de verdad me molestase, no estaría aquí contigo. —Florida volvió a girarse y me rodeó con el brazo—. ¿De verdad estás enamorado de mí, Hap, o estás enamorado de estar enamorado?

Me quedé pensativo, y respondí:

—Tienes razón, estoy forzando la situación. A lo mejor es que llevo demasiado tiempo solo, como en la canción de los Rascals.

—¿Quiénes?

—No es de tu época, igual que *Kung fu*.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó.

—¿Con la que está cayendo?

—¿Quieres que mañana por la mañana me vaya y no vuelva?

—Qué va.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Luego, ella dijo:

—Hap, aunque sea una zorra racista y castrante que quiere que seas mejor de lo que eres, que quiere que hagas algo con tu vida, aparte de ser un bala perdida, ¿crees que puedes encontrar en algún sitio de tu corazón, o de tu pequeña polla de blanco, las ganas de empalmarte? Vamos, que si quieres follar.

Me giré hacia ella y la besé en la frente, en la nariz, en los labios. Ella bajó la mano y me agarró.

—¿Considero esto una respuesta? —preguntó.

—Claro que sí —dije—. No tengo vergüenza.

19

Esa mañana plomiza me desperté con el olor del perfume de Florida y el hueco de su cabeza en la almohada. No la había oído marcharse. Seguía lloviendo.

Después de desayunar, Leonard y yo retomamos el trabajo; nuestros martillazos no sonaban mucho más fuerte que la lluvia aporreando el tejado.

Seguimos trabajando en el suelo, haciendo nuestros descansos, hasta la hora de cenar. Entonces la lluvia paró y nosotros también. Echamos todos los cerrojos y fuimos a un restaurante mexicano en el coche de Leonard. Luego decidimos pasar por Calachase Road, por si encontrábamos la casa de Illium Moon. Si no sonaba la flauta, haríamos lo más sensato: dar vueltas hasta encontrar a alguien que supiera dónde vivía Illium.

Aún había luz, pues en verano los días en el este de Texas son largos, pero el sol empezaba a ponerse en el horizonte y el cielo al oeste parecía un capilar reventado. En el aire flotaba un agradable olor a tierra húmeda.

Calachase Road es una larga carretera de tierra, con tramos de asfalto y gravilla, que serpentea entre pinares y robledales. En verano el aire está impregnado de su olor, y los últimos rayos de sol que se filtran entre los árboles arrojan sombras esmeralda sobre la carretera.

Estuvimos un rato dando vueltas y vimos varias casas y caravanas, pero ningún buzón con el nombre de Illium Moon. Acabamos deteniéndonos en una chabola precaria; a juzgar por su aspecto, bastaría un cuesco para derribarla. Las paredes grises estaban descoloridas y el tejado tendría una docena de tejas a lo sumo; el resto era tela asfáltica, tablonos de madera y tachuelas plateadas. Las otras tejas estaban rotas y amontonadas a un lado la casa, junto a un martillo y un pie de cabra, apoyados en el lateral. Un par de mosquiteras se habían descolgado de sus ventanas y pendían de un clavo solitario, y el

porche delantero y la puerta principal estaban ennegrecidos por las llamas. En el porche había una generosa pila de latas de cerveza que ni siquiera estaban húmedas, y eso que no había parado de llover en tres días. Budweiser en su mayoría.

Junto a la casa vimos a un hombre. Negro, calvo y flacucho, con una camiseta manchada que había adquirido un tono imposible de encontrar en la paleta de colores. Llevaba unos pantalones caqui con las rodillas sucias de tierra. Sus mocasines, otrora negros, tenían un color entre el rojo de la tierra y un gris inclasificable. Llevaba una pala en la mano y estaba excavando, sin soltar en ningún momento, a saber cómo lo lograba, su lata de cerveza. Levantó la mirada cuando aparcamos frente a su casa.

Bajamos del coche y nos acercamos. La incógnita del gris inclasificable de sus zapatos quedó despejada de inmediato por el olor: aguas fecales.

Al acercarnos, vimos que ya llevaba excavada una buena zanja.

—Hola —dijo Leonard.

El hombre nos miró con la cara sudorosa y acalorada. Cuando abrió la boca vimos que le faltaban todos los dientes delanteros, con lo que hablaba como si llevara un calcetín en la boca.

—Joder, macho, creía que ibais a venir mañana. —Se puso erguido y sacó pecho—. Ya sé que hay un montón de latas de cerveza, pero en esta casa no somos *algogólicos*.

¿Algogólicos? ¿Qué era eso? ¿Amantes de Gógol adictos a empinar el codo?

—Nos estás confundiendo con otra gente —dije—. Solo venimos a preguntar por una dirección.

—¿No sois de Community Action? —preguntó.

—No, señor —respondí.

—De puta madre —dijo—. Tengo que ponerme y recoger las latas.

—¿Qué es Community Action? —pregunté.

—Vienen a ver si me merezco que me aíslen el tejado. Es para los desfavorecidos. He pensado que, si me cargo unas cuantas tejas más, tendrán que renovarlo todo en vez de arreglar solo las partes rotas, como hicieron la otra vez.

—No sé —dijo Leonard—. No merece la pena que te preocupes por la

docena escasa que queda en el tejado. Yo creo que así vale. Eso sí, yo de ti quitaría esas tejas que están a la vista en el jardín.

—Voy a decirles que fue el viento —explicó el hombre—; les diré que, además de la lluvia, hizo un viento de cojones. Aunque yo las quité antes de que lloviese, claro.

—El pie de cabra y el martillo son un poco sospechosos —dije.

—Los guardaré debajo de la casa y listo el bote —respondió—. Una cosa, si fuerais de Community Action y vierais el tejado así, ¿lo arreglaríais?

—Joder, pues tú verás. Lo cambiaría entero —dijo Leonard.

—Eso me imaginaba —respondió el hombre—. Pero ojalá no hubiera quitado las tejas antes de la lluvia. Se llenó todo de goteras y el mueble de la televisión se me ha estropeado. Y también me entró agua en el vídeo y lo jodió. Menos mal que lo compré en Wal-Mart; te lo cambian todo. Una vez me quedé unos zapatos un año entero y los devolví. Eso sí, tienes que guardar el ticket.

—¿Estás excavando una zanja nueva para el sumidero? —pregunté.

—Nah —dijo el hombre; luego apuró la lata de cerveza y la tiró al suelo—. Estoy desenterrando el viejo. He perdido los dientes.

—Vaya por Dios —dijo Leonard.

—Anoche me puse cieguísimo y eché la pota. No me di cuenta de que el puente se me cayó al váter y tiré de la cadena. Tienen que estar en la tubería, no han llegado a la fosa séptica. Si están en la fosa, ya les pueden dar por culo.

—Siento lo de los dientes —dije.

—No está todo perdido —respondió—. No hemos vuelto a tirar de la cadena desde entonces, así que es probable que sigan en el sumidero. Va lento.

Eché un vistazo al sumidero. La teja roja del canal estaba rota, y en el fondo, cubierto de cieno grisáceo, pululaban las moscas codiciosas.

—No quiero comprarme otros dientes —dijo el hombre— y tengo que encontrarlos sí o sí para tirar de la cadena. La zorra de mi mujer ya ha cagado un par de veces, aunque se lo había dicho, y no puedo entrar en la casa de la puta peste que hay.

Observé la casa y me dije que un poco de olor a mierda quizá le diese cierto encanto.

—Queríamos preguntarte por alguien que podría ser vecino tuyo —dije.

—Joder —dijo el hombre—, los vecinos son una panda de hijoputas. Cuando nuestra casa se incendió, los muy cabronazos no nos hicieron ni un mísero guisado o una tarta.

—Qué poca empatía —dijo Leonard—. Escucha, a lo mejor el tipo no es tu vecino propiamente dicho. Vive en esta carretera.

—Esta carretera es muy larga, macho.

—Se llama Illium Moon —apunté—. Lleva una biblioneta.

—Ah, el hijoputa ese —dijo el hombre—. Joder, vino a preguntar si queríamos leer algún libro. Le dije que ya tengo la *TV Guide*, y mi mujer puede leer eso. ¿Para qué quiero yo un libro?

—La *TV Guide* es mi revista favorita, es muy completa —dijo Leonard.

—El hijoputa está chalado —continuó el hombre—. Otra vez vino preguntando si quería arreglar la casa con una madera de segunda mano que tenía. Dijo que podíamos hacerlo entre los dos. ¡Ja, los cojones! Los de Community Action usan madera nueva y lo hacen ellos.

—¿Sabes dónde vive el tipo? —pregunté.

—Siguiendo la carretera, un buen trecho —dijo, señalando en una dirección.

—Hemos seguido la carretera un buen trecho —respondí—, pero sin saber lo que buscamos.

—Deja la furgoneta esa, la de los libros, aparcada en un lateral de la casa —dijo el hombre—. Es blanca. Y tiene pilas de madera vieja y otras cosas tapadas con lonas. Si no las habéis visto, es que habéis vuelto antes de la cuenta.

—Gracias —respondí—. Suerte con los de Community Action. Espero que encuentres los dientes.

—Si los encuentras, ¿qué vas a hacer con ellos? —preguntó Leonard.

—Pues lavarlos y ponérmelos con las mismas —respondió el hombre.

—Ya, me lo imaginaba —dijo Leonard.

—Yo de ti no me limitaría a lavarlos —añadí—; deberías usar lejía para matar los gérmenes, luego lavarlos con alcohol y enjuagarlos.

—Eso es una chuminada —respondió el hombre—. Yo no he visto un germen en mi vida. ¿Dónde están los gérmenes, a ver, que yo los vea? Y no me

he puesto malo ni un solo día, ni uno.

—Pues entonces ya está —zanjé.

Lo dejamos allí, excavando con su pala en el sumidero.

—Sé que está feo decirlo —dijo Leonard, ya en el coche—, porque el tipo es más burro que un arado y eso, pero, a lo mejor, si el mundo tiene suerte, el muy vago hijo de puta se muere esta noche mientras duerme. Para lo único que vale es para echar zurullos.

—Sí —respondí—, y encima con sus dientes dentro.

20

Del día solo quedaban unos dedos rojizos de luz, aferrándose a los árboles del horizonte. Cuando encontramos la casa que nos había descrito el mellado, el ocaso seguía sangrando, pero al este ya había salido la luna llena, nitidísima y del color del coco fresco.

El mellado llevaba razón, habíamos dado media vuelta antes de tiempo. Ilium Moon vivía en una casita estilo cabaña, junto a la carretera. La reconocimos por las pilas cubiertas con lona, que supusimos que serían madera, y por un buzón justo enfrente, donde se leía «MOON» pintado con letras negras.

Para llegar a la casa había que entrar por una abertura en una cerca de alambre de espino, pasar sobre un guardaganado y enfilarse un camino de arena blanca embarrada. Era una casa blanca, con el tejado y los postigos azules, y al lado había un pequeño garaje abierto, cubierto con una pérgola, con un Ford blanco del ⁶⁵ muy bien cuidado. El jardín estaba impecable. Un poco apartadas de la casa había varias pilas ordenadas y cubiertas con enormes lonas de color verde grisáceo. No había ni rastro de la biblioneta.

Aparcamos junto a una de las pilas y bajamos del coche. Cogí el extremo de la lona que me quedaba más cerca y lo levanté. Debajo había madera sobre palés de pino. La madera de los palés estaba usada, tal y como había dicho el mellado, pero era de calidad y no tenía clavos.

Llamamos a la puerta principal y esperamos, pero no contestó nadie. Rodeamos la casa; tampoco había un alma. Nos adentramos en el amplio prado de la parte trasera, recién cortado, del que provenía un olor dulce, como a zumo de frutas. A la izquierda, un tanto alejado, había un pequeño granero, otrora gris. Desde nuestra posición también se veía un pequeño embalse de agua marrón, junto al que crecía un roble, y detrás una línea de pinos larga y

oscura. La última luz que se distinguía sobre los árboles era ya un tenue resplandor.

De camino al granero los saltamontes brincaban a nuestro paso. La puerta estaba entornada y, al entrar, gritamos el nombre de Illium, pero no obtuvimos respuesta. Dentro hacía un calor sofocante, y había un tractor, varias herramientas de trabajo y unos cuantos fardos de heno de mala calidad. No sabía cuánto terreno tenía Illium Moon, pero no me dio la sensación de que criase ganado. Lo más probable era que se sacara un dinero cosechando heno, y poco más.

Detrás del tractor había otros dos pequeños montículos cubiertos con lonas. Miré debajo de uno: pilas de periódicos sobre palés. Bajo el otro había cajas de cartón apiladas meticulosamente, que contenían latas de aluminio y botellas de plástico. Dentro de mi cabeza algo hizo clic, como en código morse, pero no duró mucho y no pude descifrarlo.

Volvimos a la casa y subimos al porche delantero.

—Ni rastro de la biblioneta —dije—, y ni rastro de Illium.

—Vamos a dejarle una nota —propuso Leonard—. Le diré que soy el sobrino de Chester, a ver si se pone en contacto.

Leonard fue a su coche a por papel y lápiz y, al volver, apoyó el cuaderno en la puerta principal y empezó a escribir. La puerta se abrió con la presión.

—Ábrete, sésamo —dijo Leonard.

Eché un vistazo al interior; la casa estaba muy ordenada. Los muebles del salón no eran nuevos, pero estaban bien cuidados, y las paredes blancas parecían recién pintadas. No había moqueta, sino varias alfombras coloridas, y el sofá azul y marrón tenía los brazos cubiertos con fundas de plástico. Sobre el sofá había una caja de cartón.

—¡Illium! —grité.

No respondió nadie.

—Debería cerrar la puerta —apunté.

—A lo mejor no ha podido cerrar —respondió Leonard.

Preferí no comentar la frase; Leonard entró en la casa y lo seguí.

—Por esto podemos meternos en un buen berenjenal —dije, aunque seguimos buscando.

Revisamos toda la casa. La cocina de Illium estaba aún más limpia que la

de McMaw y olía a desinfectante mentolado. La habitación estaba muy ordenada, con la cama hecha, y el baño relucía como los chorros del oro, salvo por la bañera, rodeada de restos de arena y pequeños cúmulos de heno húmedo. Volvimos al salón.

Miré en la caja del sofá. Dentro había revistas. Al ver la portada de la primera, supe de inmediato que eran revistas como las que encontramos en el arcón del tío Chester. La cogí. Debajo había otras por el estilo. A diferencia de las del tío Chester, estas no eran tan viejas. A juzgar por el tacto, puede que se mojasen en su día, pero se conservaban bastante bien.

—Qué cosas... —dije.

Leonard también las estaba mirando.

—Sí, qué cosas... —repetió.

Debajo de las revistas encontramos un montón de ropa: pantalones, camisas, ropa interior. Todas prendas de niño.

—Qué cosas más curiosas... —añadí.

—No sé, no sé... —comentó Leonard—. Venimos, no hay ni rastro de Illium y, mira por dónde, se ha dejado la puerta abierta y una caja con pornografía infantil y ropa de niño encima del sofá. Qué coño, me parece mucha casualidad.

—¿Quién dice que no pueda ser tonto?

Dejamos las cosas como estaban, salimos de la casa y cerramos la puerta. Limpié el pomo con el faldón de mi camisa, preguntándome qué más habría tocado en la casa, aparte de las revistas.

—Vamos a echar un vistazo bajo la pérgola —propuso Leonard.

Primero miramos dentro del viejo Ford. No había nada.

—Tiene que estar haciendo la ruta con la biblioneta —dije.

Al girarme, vi que en un rincón del garaje había varios estantes con tarros grandes; dentro de los tarros se veían recortes de periódico. Aunque no podía estar seguro desde ahí, intuí inmediatamente lo que eran.

Leonard vio lo mismo que yo y se acercó. Cogió uno de los tarros, desenroscó la tapa y, tras sacar un puñado de papeles, me los pasó para que los examinase.

Intuía bien: cupones.

Leonard dejó los cupones y volvió a cerrar el tarro.

—Ya que nos hemos puesto a husmear —dijo—, vamos a levantar las lonas, ¿no?

Comprobamos lo que había debajo de todas las lonas. En algunos casos era madera; en otros, toda clase de objetos, desde piezas de fontanería a mecánicas. Illium parecía un acaparador de cachivaches muy ordenado. Quizá usara las piezas para arreglar la casa y el coche, e intentara ser un buen vecino compartiéndolas con gente como el mellado.

Y en su tiempo libre cosechaba heno para venderlo, trabajaba en la iglesia y llevaba la biblioneta por su cuenta. Por las noches, tras una dura jornada de servicio público, ojeaba revistas de pornografía infantil con unos calzoncillos de niño en la cabeza. Podía ser.

Volvimos al coche de Leonard y nos quedamos apoyados en el capó con los brazos cruzados, viendo el cielo oscurecer y la luna brillar cada vez más. Las estrellas empezaban a salir. A lo lejos, el embalse absorbía la luz de la luna, que daba al agua un color café con leche.

—¿Qué coño pasa con los cupones? —dijo Leonard—. Al principio pensé que el tío Chester estaba más loco que una cabra, pero ahora tengo mis dudas; a este tipo le pasa exactamente lo mismo.

—Siento sacar el tema, pero otra coincidencia curiosa es la pornografía infantil, como en casa de tu tío —apunté—. Y también está el detalle de que se conocían y eran buenos amigos. Muchas pruebas indiciarias. La cosa empieza a tener mala pinta para el pariente de un amigo que yo me sé, y lo digo con el debido respeto.

Leonard guardó silencio unos segundos.

—Es igual —dijo—, yo creo en el tío Chester. Él no mató a nadie, y menos a un niño. Si alguien le tocaba los cojones podría matarlo, pero a un niño, ni de coña. Y no le iban las revistas de chiquillos follando. Esto tiene una explicación, me da igual lo que parezca.

Yo confiaba en que fuera así, por el bien de Leonard. Miré al suelo; la luz de la luna se reflejaba en el agua contenida en unos surcos a nuestros pies. Supuse que eran las ruedas de la biblioneta.

¿Dónde estaba la biblioneta? ¿Dónde paraba Illium? ¿De verdad el musgo solo crecía en la cara norte de los árboles? ¿Por qué los Houston Oilers eran incapaces de ganar un puto partido?

Observé con detenimiento las marcas. Atravesaban el jardín y el campo de

heno. Las briznas de hierba y heno estaban aplastadas, aunque empezaban a enderezarse lentamente. Eso quería decir que la hierba no llevaba demasiado tiempo aplastada, pero, como había llovido sin parar durante dos días, aún no le había dado tiempo a recuperarse. De lo contrario, le habrían bastado ese calor y unas cuantas horas de sol para volver a su posición inicial. En resumidas cuentas, las marcas de las ruedas tenían tres o cuatro días.

—Mira —dije.

Leonard y yo nos pusimos en cuclillas y las estudiamos de cerca. Era una noche clara y se veía bien. Además, sabíamos lo que estábamos mirando. Si nos dejabas en una ciudad, seríamos incapaces de parar un taxi, pero ambos habíamos crecido en los bosques y habíamos aprendido a cazar y rastrear cuando teníamos la altura de los huevos de un papillón, así que sabíamos leer rastros, animales o humanos; una huella o el surco de un neumático, era igual.

Nos levantamos y atravesamos el jardín y el campo de heno aplastado. Dentro de un par de días las briznas volverían a enderezarse por completo y ya no se vería ningún rastro. A menos que supieras buscarlo.

No hacía falta ser un experto en nanotecnología para imaginarse hacia dónde conducían los surcos. En efecto, desaparecían al borde del embalse; las huellas eran más profundas en el margen, por donde había caído el vehículo. Había un par de libros de tapa dura en el barro, junto al agua, y la luna se reflejaba sobre la superficie marrón como un platillo radiante. El ambiente estaba impregnado del olor del embalse; olía a barro, peces y lluvia reciente. Se oyó el reclamo de un ave nocturna en un árbol lejano y algo salpicó en el agua, rizando la luna flotante.

Leonard se acuclilló en el margen y, tras coger uno de los libros, volvió a levantarse.

—No me lo digas —dije—, *El viejo y el mar*.

—No, *Cómo arreglar tu chimenea*.

—Seguro que fue un superventas —respondí.

Miré al embalse y luego a Leonard, que dijo:

—Me metería yo, pero tengo la pierna fastidiada.

—Creía que ya estaba curada.

—A veces me da problemas.

—¿Como ahora?

—Equilicuá.

—Me lo temía. Mira, macho, sabemos que está ahí.

—No estamos seguros. Podría haber hundido un tractor viejo, o a lo mejor algún borracho entró en la propiedad y acabó en el embalse creyendo que era un aparcamiento.

—Claro... —dije.

Me desabotoné la camisa y se la arrojé a Leonard; luego me puse a la pata coja, me quité el zapato y el calcetín y, tras cambiar de pierna, repetí el proceso. Acto seguido, me quité los pantalones y los calzoncillos y, tras doblarlos, se los lancé a Leonard y metí los calcetines en los zapatos.

—¿No te da vergüenza quedarte en bolas delante de un maricón? —preguntó Leonard—. ¿Quién te dice que no voy a abrirte el ojete en cuanto te despistes?

—Es que me gusta provocar.

Me deslicé por el margen y entré en el agua.

—Hap, lleva cuidado, macho —dijo Leonard—. Aún no hemos acabado de cambiar el suelo.

El agua estaba caliente en la superficie, pero un metro más abajo se enfriaba. La pendiente del embalse era pronunciada y estaba resbaladiza. Entré poco a poco y me deslicé sobre la superficie. Me zambullí y, al mirar hacia arriba, vi la luna brillar a través del agua turbia.

Al bajar así por el margen había removido el fondo sin querer, como un idiota, y de repente me vi envuelto en una nube de barro, como tinta de calamar, y me asusté. Durante unos segundos quedé sumido en la oscuridad más absoluta, pero al rato el barro se posó y seguí bajando, palpando en busca de la furgoneta, pues sabía que estaba ahí.

A medida que descendía el agua estaba menos turbia, pero más oscura. Me pregunté qué se me habría pasado por la cabeza para meterme ahí. Deberíamos haber llamado a la policía, que investigasen ellos. No tendría que haberle prometido a Leonard que le ayudaría con ese asunto. Debería haber acabado la universidad para conseguir un trabajo de verdad. Me pregunté cuánto tardaría Florida en olvidarse de mí si me ahogaba.

El embalse no era profundo; no tardé en llegar al fondo y tocarlo con las

manos y los pies. Avancé unos metros a gatas, removiendo el barro, pero al poco me incorporé y empecé a subir hacia la superficie, pues ya iba necesitando aire.

Ascendí rápidamente por la oscuridad hasta que me di un cabezazo contra algo duro y estuve a punto de soltar el poco aire que me quedaba. Era como si el agua se hubiese convertido en piedra. Nadé hacia la izquierda y me estrellé contra una pared, de la que se desprendió algo, que me rozó; empecé a patear para retroceder, pero choqué con otra pared, de la que se desprendieron más cosas. Al cogerlas, se deshicieron en mis manos.

Los pulmones empezaron a arderme; no podía subir, ni ir a la izquierda o a la derecha. Giré sobre mí mismo y nadé hacia adelante, hasta que di con una especie de barrera baja y, al superarla, toqué algo blando. Lo agarré con una mano y con la otra seguí palpando.

De pronto, fui consciente de dónde estaba y qué estaba tocando.

Las puertas traseras de la biblioneta estarían flojas, y debieron de abrirse cuando el vehículo cayó por la pendiente. De ahí los libros en la orilla. Cuando la furgoneta entró en el agua, las puertas se soltaron y, a causa de la pendiente, el vehículo se posó inclinado, con la parte de atrás hacia arriba. Había entrado nadando, sin percatarme. Las paredes contra las que había chocado eran el interior de la biblioneta; lo que se había desprendido de ellas, los libros.

Ahora estaba tocando el volante con la mano derecha. Eso me había dado la pista: una reacción de la memoria táctil. El sentido común, del que últimamente escaseaba, me dijo lo que mi mano izquierda estaba tocando con toda probabilidad. Un cadáver hinchado por el agua. Me giré y palpé lo que supuse que sería la cara. Sin embargo, apenas se distinguían los rasgos, la nariz, la mandíbula, pues la carne estaba demasiado hinchada. Tras unos segundos, me dije que ya era suficiente. Aparté la mano del cadáver, sin soltar el volante con la otra.

Empezaba a ver puntitos negros por la falta de aire, estaba a punto de desmayarme. Me costaba convencerme para no intentar respirar.

Me impulsé hasta el asiento delantero y pasé una mano entre el cadáver y el volante, en busca de la ventanilla. Estaba abierta. La atravesé a toda prisa y subí hacia la superficie como un delfín en un espectáculo marino. La luz de la luna se abalanzó sobre mí y, al respirar hondo, el aire acre me abrasó los

pulmones.

Nadé hacia la orilla, desde donde Leonard me observaba. Se inclinó para tenderme la mano y ayudarme a salir. Entre tosido y tosido, tiritando, le dije:

—La próxima vez te metes tú.

—¿Está la furgoneta?

—Sí —dije—. Y creo que Illium Moon también.

21

—Tenemos que ir a la policía —dije—; hablar con Hanson.

—Aún no —respondió Leonard—. Dame tiempo para pensar.

Mi camisa seguía húmeda porque me la había puesto sin secarme, pero con el calor que hacía la sensación era agradable. Olía un poco al agua del embalse. Habíamos vuelto a la zona este de la ciudad y estábamos en el Congo Bongo Club, un antro oscuro, lleno de humo y con una gramola, tomándonos una cerveza. Mejor dicho, Leonard se estaba tomando una cerveza y yo una sin alcohol. Aunque tenían, se diría que les daba vergüenza venderlas; el barman, que también era el camarero, se acercó a hurtadillas y la dejó en la mesa a toda prisa, como el paciente que entrega una muestra de orina a una enfermera guapa.

La iluminación del antro era muy tenue y la poca luz venía de los carteles de neón rojos y azules de la barra, que anunciaban cerveza, y del resplandor azul y blanco de la gramola. De hecho, el fondo estaba tan oscuro que podías sacártela y ponerte un condón y nadie se daría cuenta. Tampoco era de esos sitios con zona para no fumadores. El humo de los cigarrillos y los puros era más denso que un posavasos.

El antro te hacía pensar en el peligro del fuego. Si tenía una salida trasera, era probable que hubiese que atravesar algún cuartucho para llegar hasta ella. Si estallaba un incendio, con el cuartucho cerrado y la puerta principal bloqueada, podías darte por fiambre carbonizado. La música de la gramola era la hostia, eso sí: John Lee Hooker.

Intentábamos decidir nuestro siguiente movimiento. Aunque, más bien, eso lo dejé en manos Leonard. Yo no paraba de preguntarme qué te haría la policía si se enteraba de que habías descubierto un cadáver en un embalse y te habías largado sin avisar. Estaba seguro de que la respuesta traería consecuencias

nefastas. Ya había pasado un tiempo a la sombra y no me apetecía repetir. Tampoco me hacía ninguna gracia la idea de pagar una multa.

—Aquí hay cosas que no cuadran —dijo Leonard—, pero no acabo de identificar el problema.

Bajo el resplandor de la gramola, sentado a una mesa, vi a un hombretón negro que no nos quitaba los ojos de encima mientras se pimplaba una cerveza como si fuera agua. En realidad, al que miraba era a mí, con la misma intensidad con que un ornitólogo observaría a un insólito ejemplar de zarzalero de pecho amarillo con dos picos. De repente, caí en la cuenta de lo blanca que era mi piel. Quizá tendríamos que habernos pillado media docena de latas de cerveza en un *minimarket*.

No le dije nada a Leonard, pues al más mínimo indicio de amenaza se le ponía morcillona, pero no perdí de vista al tipo.

De todas formas, no deberíamos haber ido al Congo Bongo. Parecía que, con el paso de los años, me estaba volviendo menos prudente y espabilado, cuando tendría que ser al revés. A lo mejor al cumplir cuarenta años se activa un botón de autodestrucción.

—No puedo asegurar con certeza que hubiese un cuerpo en la furgoneta —dije, parpadeando por el humo del tabaco—. Parece lo más probable, porque estoy convencido de que he tocado un montón de libros. La cuestión es que, si hay un cadáver, y es Illium, ¿por qué está en el embalse?

—¿Porque no era un conductor de primera?

—Esa respuesta no es de las primeras de mi lista. Lo digo en serio, Leonard.

—¿Se suicidó?

—Lo he pensado, no te digo que no. No te cabrees, pero voy a soltar una teoría, ¿vale?

—Tírale.

—Pongamos que Illium y tu tío se conocieron, congeniaron como las moscas y la mierda y descubrieron que compartían algo: les gustaban los chiquillos, y no para darles palmaditas en la cabeza, precisamente.

—Te veo venir.

—Pongamos que tu tío mató al chaval que había debajo de la casa. Lo mató en otro sitio y luego lo llevó allí.

—¿Para jugar con él?

—Estoy procurando ser delicado.

—Eso no quita que lo estés pensando.

—Illum y el tío Chester descubren su afición en común; al tío Chester le gusta enseñarle a Illum lo que guarda en el arcón, escondido bajo el suelo, y también comparten unas cuantas revistas. Y pongamos que, cuando tu tío muere, Illum empieza a sentirse culpable... No, empieza a sentirse solo, mejor dicho. Porque esto no es un club, no puedes darte de alta en Pederastas Reunidos y conocer a un montón de gente como tú.

—En mi opinión, no cuesta tanto como crees.

—El caso es que Illum echa de menos a tu tío. Se cansa de mirar las revistas de pornografía infantil en soledad, de estar todo el día en su casa, arreglando esto y aquello, encerando la soga del pozo...

—Así que se pone sentimental, saca su caja de pornografía y la deja en el sofá con la ropa de niño, que probablemente sacaría de otros asesinatos que él cometió, o que cometió mi tío, si Illum se limitaba a fantasear. Le dice «Adiós, mundo cruel» a su caja de juguetes, monta en la biblioneta, se tira al embalse y se ahoga.

—Es una teoría.

—Es una puta mierda de teoría, Hap. Una putísima mierda pinchada en un palo. No me convence absolutamente nada. ¿Qué pasa con los cupones? ¿Y te acuerdas del libro que he cogido en la orilla del embalse? Pues tiene una señal que también está en el ejemplar de *Drácula* que el tío Chester me dejó. Un círculo negro con un corazón rojo dentro.

—Ahora soy yo el que dice que eso no significa nada. Eran amigos, es lógico que Illum les hiciera alguna marca a los libros que prestaba y que tu tío tuviese alguno.

—Sí, pero mi tío me dejó una caja de seguridad con un libro dentro, y varios cupones, así que a lo mejor tienen más relevancia de lo que parece a simple vista. Los cupones parecían una chaladura hasta que los hemos encontrado también en casa de Illum; ahora tengo cada vez más claro que el tío Chester intentaba decirme algo.

—Y te dejó un cuadro —dije.

—Sí, eso también —respondió Leonard—. Pero, si quería decirme algo, ¿por qué no se limitó a explicármelo por escrito? ¿O por qué no me llamó? ¿A

cuento de qué todos estos códigos? ¿Qué significan?

—Mucho me temo que Hanson lleva razón —dije—. Esto empieza a recordar a la Agatha Christie de los cojones, y a mí los puzles, más que dárseme bien, me dan dolor de cabeza.

—¿Crees que necesitamos a la señorita Marple?

—Pues espérate, que a lo mejor está al llegar —dije.

El hombretón negro que había estado mirándonos venía directo a nuestra mesa. Bueno, quizá «directo» no fuese la palabra, pues zigzagueó un poco; se había pasado un pelín con la cerveza. Lo estudié, buscando puntos para golpearlo, por si no venía a hablar de política o de la moda de la temporada de verano.

Se detuvo junto a nuestra mesa y le dijo a Leonard.

—¿Qué coño haces aquí con este lefazo, hermano? ¿Estás intentando que te asciendan o algo? Aquí no queremos lechosos.

Leonard se inclinó sobre la mesa y me dijo:

—Está hablando de ti.

—Ah, ¿sí? —pregunté.

—Sí —respondió Leonard—. Lefazo es una palabra muy despectiva que usamos los negros para hablar de los blancos, ¿sabes? Te explico: albino, lechoso o lefazo son términos muy ofensivos. Es como cuando los blancos nos llamáis negratas, zurullos o macacos.

—¿No jodas? —pregunté.

El hombretón negro me fulminó con la mirada y me dijo:

—¿Es que nunca te habían llamado lefazo, hijoputa?

—Si es que vive en una burbuja... —respondió Leonard. Luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Hijoputa, Hap, es una expresión habitual para decir que tu madre es una puta. Aunque no lo sea, la gente te lo dice cuando está cabreada contigo o cuando quiere cabrearte. Pretende resultar ofensiva.

—Entiendo —dije.

—Eh, soplapollas, ¡más os vale que no me toquéis los cojones! —exclamó el hombretón negro.

—Soplapollas —continuó Leonard— es un término habitual...

—¡Que paréis, hijoputas!

A esas alturas ya nos estaba mirando un montón de gente, preguntándose

cuánta sangre correría. La gramola dejó de sonar y se hizo el silencio; en el ambiente flotaba la amenaza de la muerte.

El camarero, desde la barra, dijo con voz sosegada:

—Clemmon, no te calientes. Han venido a tomarse algo y ya está.

—Me caliento lo que quiera calentarme —le soltó el hombretón negro.

Miré hacia la puerta con el rabillo del ojo. Estaba a unos veinte pasos. A cinco si ibas saltando.

—Eh, colega —dije, mostrando más seguridad de la que tenía—, yo no te he molestado.

—Vienes aquí y te juntas con los negratas, eso me molesta —dijo el gigante negro—. Los blancos de mierda siempre nos miráis por encima del hombro. Vienes aquí y encima vas de listillo, pero la jugada te va a salir rana. Seguro que crees que me dan la comida con los cupones sociales.

—No me lo había planteado —respondí.

—Pues no es el caso. Tengo mi empresa, me lo he montado por mi cuenta y voy a lo mío.

—Y yo te felicito —dije—, pero también te aviso. Mejor será que sigas yendo a lo tuyo, porque, como me toques mucho las pelotas, mañana tus parientes tendrán que repartirse tu herencia.

—¿Qué dices? —preguntó el gigante—. ¿Qué coño hablas?

—Te está amenazando con mandarte al otro barrio a base de hostias —dijo alguien desde una mesa cercana.

—Gracias por la traducción —apunté.

—De nada —respondió el tipo.

El hombretón negro por fin cayó en la cuenta de que lo estaba insultando; eso lo sacó de sus casillas y me lanzó un puñetazo.

Esquivé su golpe de un manotazo y me levanté rápidamente, mientras que con el otro brazo lo enganché de la nuca y me dejé caer con todo mi peso. Su cabeza se estrelló contra la mesa, con un golpe seco, y las botellas cayeron al suelo. Le di otra vez en la nuca con el antebrazo y le presenté a mi rodilla; el tipo se desplomó y emitió un sonido, como si quisiera levantarse, pero fue incapaz. Se quedó en el suelo hecho un ovillo, intentando ponerse cómodo. Era un alivio que estuviese borracho.

Leonard se puso de pie. Se había levantado un montón de gente. Oí el

chasquido de una navaja a unos metros y agarré por el cuello una de las botellas que se habían caído en la mesa. Un poco de líquido me salpicó el zapato. Me metí la mano libre al bolsillo, saqué unos dólares y los dejé en la mesa. Me gustaría haber llevado un sombrero negro de ala ancha y un poncho, pero tenía que conformarme con una camisa y unos pantalones mojados.

—Venga, chavales, puerta —dijo el barman con voz sosegada.

Me giré para mirarlo. Era bajito, tenía la piel negrísima y llevaba una camisa blanca con pajarita negra. Las luces de neón teñían la camisa. Había cogido una escopeta recortada de calibre 12. No la agarraba con fuerza, solo nos la estaba enseñando. Si era listo, la habría cargado con balas macizas. Así, si erraba el tiro, se ventilaría a menos clientes inocentes.

—Precisamente nos estábamos yendo —dije.

—Eso me parecía —dijo—. No os olvidéis de dejar propina.

22

Cuando volvimos a casa de Leonard, vimos el coche de Florida aparcado en el camino de gravilla. Nos estaba esperando en el balancín del porche. Como la noche era lo bastante clara, vi que llevaba una camiseta con un personaje de dibujos animados, unos *shorts* vaqueros cortísimos y unos zuecos enormes que recordaban a pontones en miniatura. Era más adorable que un cachorro.

En la casa de al lado seguía el trajín habitual de la venta de drogas, y la voz del Mohicano, alias el Raya, alias Melton, se imponía sobre el resto. Cuando Melton se emocionaba, sus cuerdas vocales alcanzaban un peculiar tono estridente, como si estuvieran metiéndole por el culo algo bien untado en vaselina y le gustase.

—No es el sitio ideal para una señorita a estas horas de la noche —le dije a Florida.

—Seguro que creen que estoy dentro.

Por la posición del balancín y las sombras, era probable; aun así, no me parecía buena idea. Si la gentuza que teníamos por vecinos sabía que no estábamos y veían su coche en la casa, podrían echar un vistazo.

—Me prometes que no vas a volver a hacerlo, ¿verdad? —le dije.

—Te lo prometo —respondió.

—¿Quieres pasar? —le preguntó Leonard.

—No —dijo—, voy a robarte a Hap. Me lo llevo de pícnic.

—¿De pícnic? —pregunté—. ¿A estas horas?

—Llevo esperando desde que ha oscurecido —dijo—. Estoy muerta de hambre y me da igual que ya hayas cenado, nos vamos de pícnic y vas a cenar. Lo he preparado todo yo.

—Sí, señora.

—Espero que no te parezca maleducado robarte a Hap y no invitarte —le dijo Florida a Leonard—, pero...

—No pasa nada... —respondió Leonard, agachando la cabeza y fingiendo tristeza—. Cenaré algo mientras veo la tele. Queda un poco de pastel de carne, creo, y van a echar un maratón de *Apartamento para tres* en el Canal 9. No me lo quiero perder por nada del mundo. Y justo después dan una hora de *La tribu de los Brady*.

Florida soltó una risita y Leonard levantó la cabeza, sonriente.

—Luego hablamos —le dije a Leonard.

—De todas formas, quiero consultar varias cosas con la almohada —continuó Leonard.

—Anda, qué misteriosos estáis los dos —intervino Florida.

—Esos somos nosotros —dijo Leonard—, el Dúo Misterioso.

Monté en el coche con Florida y puso rumbo al este por la Autopista 7. Me giré para fisgonear en la comida, guardada en la clásica cesta de mimbre con asas, pero Florida me contuvo:

—Chss.

—Solo quería ver qué hay de cenar —dijo.

—Es sorpresa. Lo descubrirás a medida que comamos. Pero seguro que adivinas el postre.

—¿Es dulce, chocolateado, con forma de taco y lo guardas en un sitio calentito?

—Dios santo —dijo—, ¡pero si estoy con el mismísimo Kreskin! Estás hecho un mentalista. Anda, ven aquí, campeón.

Me pegué a ella, que llevaba un perfume dulce y embriagador.

—¿Qué colonia llevas, Hap? ¿Rana & Embalse?

Me aparté *ipso facto*.

—¿Tan mal huelo?

—Ven aquí ahora mismo —dijo—. Siempre me han gustado los hombres que huelen un poco a rana. A lo mejor luego me cuentas cómo has conseguido ese aroma, ¿eh?

—A lo mejor —dije, volviendo a acercarme a ella, y le di un beso en el cuello.

Seguimos hasta llegar a una salida en la que aparecía indicado un mirador.

La idea de un mirador en el este de Texas, sobre todo si has estado en Colorado, o en cualquier sitio con montañas, hacía bastante gracia. Aquí significa colina alta, siendo generosos.

Subimos la pendiente y al llegar arriba vimos un par de mesas de pícnic de cemento, un contenedor de basura metálico fijado al suelo y una cadena encalada que unía varios postes blancos, delimitando la zona.

Bajamos del coche y dejé la cesta en una mesa. Florida me pasó el brazo por la espalda y nos acercamos al límite marcado por la cadena para mirar hacia abajo. Si te descuidabas, había casi dos metros de caída hasta dar con tus huesos en un pasto. No podía decirse que las vistas fuesen escalofriantes o arrebatadoras. La gracia estaba en que, desde esa colina, al mirar al frente veías que la línea de árboles formaba una uve enorme que se extendía hasta muy lejos; y los árboles más distantes, en especial por la noche, parecían montañas azules y violetas. Sobre los árboles, las estrellas recordaban a purpurina vertida por un embudo. Justo encima de nosotros, el firmamento estaba tan despejado que parecían poder bajarse con un cazamariposas. El aire puro era tonificante.

La depresión que había empezado a apoderarse de mí tras el subidón de adrenalina al descubrir el cadáver en la furgoneta y la reyerta del bar estaba remitiendo.

—Es precioso —dije.

—Sí —respondió ella, abrazándome con más fuerza—. Desde aquí se ve la mismísima eternidad.

—¿Vienes mucho?

—De vez en cuando. Un novio del instituto me trajo por primera vez.

—Es igual, prefiero no saberlo.

—Quería ser astrónomo —continuó—. Le apasionaban las estrellas.

—Vale —dije.

—De hecho, tenía un par de teorías sobre los agujeros negros.

—Ja, ja.

Ella también se rio.

—Nunca había venido con nadie hasta ahora. Siempre lo he tenido para mí solita.

—Me alegro —dije.

Una estrella fugaz resplandeció en el cielo y se extinguió, arrancándonos una expresión de asombro.

Joder, ¡qué día! Un chapuzón desnudo, un cadáver, una pelea en un bar y luego un pícnic con una mujer preciosa y una estrella fugaz. ¿Ahora qué? ¿Un platillo volante?

La cesta de pícnic contenía pollo con salsa barbacoa, ensalada de huevos y sándwiches de pan de trigo con jamón y queso, y también encurtidos dulces, guindillas, patatas fritas y ensalada de patatas.

—Es mucha comida —dije.

—He pensado que, como eres un señor mayor, a lo mejor después tenías que cargar las pilas.

—Pero ¿tú te has visto, so macizorra? Esta batería no necesita pinzas.

Servimos la comida en platos de papel y la acompañamos de té helado, que Florida había traído en un termo. Había otro termo con café. Cuando acabamos de comer y me dispuse a cogerlo, Florida me detuvo.

—Después del postre.

Se levantó y se quitó los *shorts*: no llevaba braguitas. Dejó los pantalones en la mesa de pícnic y se quitó la camiseta: no llevaba sujetador.

—¿Estás ahorrando en ropa interior? —pregunté.

Dejó la camiseta junto a los *shorts* y se acercó a mí, que seguía en el banco de piedra. Le di un beso en el ombligo. Ella me apartó de un empujón, sonriendo, recogió la ropa y se dirigió al coche. Estaba graciosa a la par que sexi ataviada tan solo con aquellos zuecos enormes. Abrió la puerta de atrás y se sentó con las piernas fuera, se desabrochó los zapatos y los dejó en el suelo del coche. Luego cruzó las piernas y me miró.

—¿Te tengo que escribir una carta? —dijo.

—No hace falta ni que envíes un telegrama —respondí, levantándome.

Después, nos vestimos y nos tomamos el café tumbados en el capó, con la espalda apoyada en el parabrisas. Si no vimos media docena de estrellas fugaces, no vimos ninguna.

—Una sorpresa muy bonita —dije—. Lo que más me ha gustado ha sido cuando te has quitado los *shorts*.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado, aunque me ha dado la sensación, y

que conste que no pretendo herir tu frágil ego masculino, porque he disfrutado mucho, de que estabas un poquito distraído. ¿O no?

—He tenido un día completo.

—Hap, he estado dándole vueltas y quiero que sepas que lo que te dije la otra noche...

—Tienes razón, estaba forzando la situación.

—Lo que digo es que no tengo ningún derecho a juzgarte. Tú eres como eres, y está perfecto. No debería intentar convertirte en otra persona.

—Pero dijiste varias verdades: vivo en punto muerto, sin esfuerzo.

—Supongo que también influye el que no hayamos tenido tiempo de conocernos demasiado. Primero te presentas en mi despacho hecho un Cristo, luego te veo subido al tejado y metiendo barriga...

—¿Te diste cuenta?

—Pues claro. Y después nos acostamos y me gustas. Me gustas mucho, pero la verdad es que no sé quién eres.

—¿Qué quieres saber?

—Tú tampoco me conoces de verdad. Voy a contarte algo sobre mí, para aclarar las cosas un poco. Te hablé de lo ambiciosa que soy, ¿no? Te dije que soy una bola de fuego y que tú eres una pelotita de bramante mojado. Pero quiero ser sincera: yo tampoco estoy cumpliendo con mis expectativas.

—A lo mejor, ni tú ni nadie.

—Mi objetivo era convertirme en una importante abogada penalista. Quería llevar casos de asesinatos. Quería especializarme en asuntos en los que estuvieran implicadas personas negras, para ayudarlos a tener juicios justos en un mundo de blancos. Aspiraba al lote completo, pero me he conformado con divorcios y con algún que otro caso de accidente; vamos, que he perseguido ambulancias. Llevo tres años en esa mierda de oficina y la mitad de las veces mis clientes no me pagan; o, si me llevo un porcentaje, suele ser muy poca cosa. Yo quería ser determinante, y no he cambiado ni un ápice este mundo.

—Por algo hay que empezar, Florida. Joder, eres jovencísima. Te labrarás una carrera.

—Para eso, antes tengo que quererlo. Mira, me di cuenta de que la mayoría de la gente con la que trataba, a la que defendía, ya fuesen blancos o negros, eran culpables. Si no eran culpables del crimen del que se los acusaba, lo eran

de otros dos de los que se habían librado. La mayoría eran culpables hasta la médula.

—A lo mejor esa ha sido tu experiencia hasta ahora, pero seguro que hay gente inocente que te necesita.

—Ya, pero lo que yo intentaba era que los culpables se fuesen de rositas, buscando vacíos legales. La gente me ha decepcionado. No solo los criminales, sino la gente en general. Hace no mucho hubo un asesinato aquí cerca, en Mud Creek. Al marido se le fue la cabeza y mató a tiros a su mujer, a sus dos hijos y hasta al perro.

—Me acuerdo.

—La gente se tiró un mes y pico hablando del crimen. El caso se lo asignaron a una abogada amiga mía, que demostró que el asesino estaba demente. Me contó que la gente le preguntaba sin cesar sobre el caso, y ¿sabes cuál decía que era la pregunta más recurrente?

—Ni idea.

—Qué raza de perro era. Como lo oyes... ¡Qué raza de perro! Como si las personas no importasen. Y cuando se enteraban de que era un perro bonito, se convertía en una tragedia. ¿A quién se le ocurre razonar así?

—Estás enfrentando el idealismo con la realidad, Florida. Tarde o temprano acaba pasándole a todo el mundo, pero me parece que no son compatibles. Yo también pasé por ahí.

—La cuestión es que en el último año he perdido toda mi ambición, y ese episodio idiota del perro ha tenido mucho que ver. Lo que digo, Hap, es que quién soy yo para tirar la primera piedra. Y otra cosa. Llevas razón, me incomoda la idea de que me vean contigo porque eres blanco...

—Nunca lo negaste.

—Pero eso no puede ser una excusa. Voy a cambiar.

—¡Hostias! ¿Me vas a invitar al cine?

—Sí, pero tienes que llevar guantes y una bolsa en la cabeza.

—Por algo se empieza.

—Nunca me he tenido por una persona con prejuicios, pero cuando era pequeña vivimos unos meses en el norte. Mi madre dejó a mi padre un tiempo y nos mudamos allí, a casa de unos parientes; pensaba que, si se alejaba del sur, podría hacer algo sin que el color de la piel fuese determinante. Te estoy

hablando de Nueva Jersey. El caso es que allí tampoco había grandes oportunidades laborales y los familiares que nos acogieron vivían en una zona blanca de la ciudad. Llevábamos allí un par de meses cuando, al despertarnos una mañana, vimos las calles llenas de nieve y una cruz ardiendo en el jardín. En el suelo habían grabado la palabra «negratas» con gasolina. Nosotras nos volvimos y nuestros parientes se marcharon de aquel barrio para irse a vivir a uno negro; la idea del santuario, de que había un sitio al que podías ir donde no existiesen los prejuicios y el odio racial, se esfumó.

»Aquello se me quedó grabado, Hap. No culpo a todos los blancos por la sinrazón de los que clavaron esa cruz y quemaron esa palabra en el jardín de mi familia, pero me hizo mella aquí —se tocó el corazón— y marcó mi relación con la gente blanca. Me conozco y sé que a veces es una respuesta instintiva, e intento contenerla, pero está ahí. Y lo que más rabia me da es que a veces, de madrugada, me despierto resentida. Cuesta muchísimo borrar esos recuerdos.

—Así que no confías en los blanquitos y prefieres que no te vean con ellos..., al menos en plan romántico, ¿no?

—Me hace sentir sucia. Muchas veces incluso me siento inferior. Como si tuviera que dar las gracias por hacer lo que hago, porque me va bien para ser una negra del este de Texas. La cabeza me dice que no, pero es posible que, en el fondo de mi corazón, me sienta una negrata, una segundona. Y lucho contra esa sensación constantemente.

—¿Ahora te sientes sucia?

—No. Contigo no me siento así. En este contexto. Sin embargo, si saliésemos en público, los viejos sentimientos aflorarían. No digo que no esté dispuesta a enfrentarme a ellos, pero quiero serte sincera: sé que volverán. Aunque a lo mejor no pasa nada, siempre y cuando luche contra a ellos... Vale, ya conoces mis trapos sucios, te he contado cosas que nunca le había contado a nadie. Te toca contarme algo de ti. Ayúdame a saber quién eres.

—Soy un tipo que confía en poder demostrarte que los blancos no solo queremos llevarte al catre. O no todos los blancos, por lo menos. A ver, no te negaré que llevarte al catre se me pasa por la cabeza; es mirarte y la biología se apodera de mí. Estoy disfrutando de la faceta sexual de nuestra relación, pero quiero algo más. No voy a forzarte, pero quiero que lo sepas.

»Ya está, dicho queda. A ver, ¿qué más? Dejé la universidad. Me opuse a

la llamada a filas para la guerra de Vietnam, a mucha honra. Defendí algo y no deserté; no hui a Canadá, ni alegué motivos religiosos. Aunque, claro, tuvo sus consecuencias: fui a la cárcel por negarme a dar un paso al frente en la ceremonia de reclutamiento. Pasé dieciocho meses a la sombra. ¿Qué más? Estuve casado. La mujer me hizo quedar como un tonto, incluso después de que nos divorciásemos. Era como una droga; ella movía las caderas y yo la seguía. Una vez, Leonard y yo estuvimos a punto de morir por su culpa.

—¿Qué?!

—Ahora mismo prefiero no hablar demasiado del tema. Quizá, en un futuro, te cuente algo más. El meollo del asunto, sin entrar en detalles, es que me dejé engatusar para implicarnos en una historia, y debería haber estado más listo. Una forma de hacer dinero rápido y fácil. Pero de fácil no tuvo nada. Leonard sabía que era una idea de mierda y me lo dijo, pero yo me encabezoné y él me acompañó de todas formas, por no dejarme solo. Al final, mi exmujer, Trudy, acabó muerta, y yo herido; y Leonard salió con la pierna muy mal parada. Tiene suerte de que se le haya curado así de bien. Al principio los médicos pensaban que iban a tener que amputársela.

—Dios, Hap... Eso explica lo de las cicatrices.

—Algunas. Bueno, ahí lo llevas: soy un expresidiario y mi amigo por poco pierde la pierna por mi culpa, porque no supe quedarme con la polla guardadita.

—Eso no me lo creo.

—Llevas razón, me estoy dejando demasiado bien. Lo que me impulsaba no era mi polla, sino una visión idiota e idealizada del amor verdadero, en el que creí en su día. Y en el que a veces aún creo. Quizá eso sea lo que ha minado mi ambición, que no existe el amor verdadero. Aunque, para serte sincero, antes de que Leonard se jodiera la pierna tampoco podía decirse que yo fuese una bola de fuego.

»Podría culpar a Trudy y a la cárcel, pero me temo que, en el fondo, la culpa siempre es de uno. Dejé que pisotearan mi idealismo y luego empecé a pensar que fue una farsa, que nunca sirvió, porque no cambió absolutamente nada. Sin embargo, ahora he salido por el otro extremo; no soy ambicioso, pero tampoco estoy perdido. He recuperado mi fe en la humanidad, gracias precisamente a personas como tú.

»Hay mucha maldad en este mundo, pero, si te paras a pensarlo, también

hay cosas buenas. No digo que vaya a ponerme una corona de flores y empezar a decirle al personal que se amen los unos a los otros, pero sí creo que las cosas pueden ir mejor y que todos nosotros, cada cual a su manera, podemos mejorarlas. Además, me gustan el helado de arándano azul, los conejitos mullidos y los animales de peluche, sobre todo los osos; y también los zapatos bonitos, si no me aprietan mucho.

—Vaya un tontaina que estás hecho —dijo Florida.

—Ah, y otra cosa. Hace unas horas he encontrado un cadáver en un embalse.

23

Volvimos a casa bien entrada la madrugada y nos acostamos en la habitación. Leonard, al que encontramos dormido en el sofá, nos la había dejado. Hicimos el amor otra vez y nos quedamos hablando un rato más. Le conté a Florida todo lo que sabía sobre Illium Moon y cómo habíamos encontrado el cadáver. Ella pensaba que debíamos llamar a la policía, y yo también. Pero Leonard se había llevado varios balazos por mí; lo menos que podía hacer era darle algo de tiempo.

—Y yo no te he dicho nada —insistí—. Si sale el tema, a no ser que esté solo Leonard, tú no sabes nada.

—Joder, Hap.

—No puedes decir ni mu, Florida.

—El pobre hombre..., ahí abajo.

—A él ya le da igual estar arriba o abajo. Un día más no cambia nada.

Al cabo de un rato, nos quedamos dormidos, abrazados, y soñé.

En el sueño estaba bajo el agua. En la biblioneta, con Illium; pero esta vez podía ver perfectamente, pues no estaba tan oscuro como en la realidad. El tío Chester también aparecía. Los dos hinchados y blandos; sus caras ya no eran negras, sino del color de la avena mojada. Illium estaba al volante, con un tarro de cupones en el regazo. A su lado, en el asiento del copiloto, el tío Chester leía un ejemplar de *Drácula*. Yo estaba en la parte de atrás, inclinado hacia adelante, observándolos. No parecían percatarse de mi presencia. Miré por encima del hombro del tío Chester y vi que estaba leyendo la parte en la que el libro habla de la joven y hermosa Lucy Westenra, la vampiresa asesina de niños. Podía leer perfectamente, aunque, siendo generosos, las palabras eran garabatos jeroglíficos.

Illium desenroscó la tapa del tarro, que se llenó de agua, y los cupones flotaron, como peces finísimos, por todo el habitáculo. Cogió uno con los dedos y volvió a guardarlo. Luego otro, y otro, pero, en cuanto los metía en el tarro, volvían a salir. El tío Chester se giró y miró a Illium. Cerró el libro con una mano y, con la otra, también se puso a coger cupones flotantes y a guardarlos en el tarro, en vano. Era un proceso sin fin: Illium y el tío Chester cogían los cupones, los guardaban en el tarro y, con las mismas, los cupones salían flotando.

Me giré hacia la parte trasera de la furgoneta y vi que había un arcón con la tapa abierta. Era el arcón del tío Chester. Al mirar dentro, descubrí a un niño negro. Desnudo, con los ojos como platos. Le leí los labios, que decían «Ayúdame», pero aparté la mirada.

Al otro lado de la furgoneta, colgado de una de las paredes, vi el cuadro de Leonard con la vieja casa rodeada de árboles. En el cuadro empezaron a formarse gotitas, y luego burbujas, que se llenaron con los colores de la pintura y gotearon sobre el lienzo, como lágrimas de crayones.

Me sentí incómodo. Tenía calor. Me percaté de que estaba aguantando la respiración. Las puertas traseras de la furgoneta estaban cerradas. Intenté abrirlas, pero no se movieron. Me giré para volver a la parte delantera de la furgoneta; ahora estaba nadando. Me abrí paso entre el tío Chester e Illium para llegar a la ventanilla del conductor, pero la encontré cerrada. Me notaba cada vez más débil, mareado. Busqué la manivela de la ventanilla e intenté bajarla, pero no funcionaba; de repente, noté que Illium y el tío Chester me agarraban y tiraban de mí. Me revolví e intenté zafarme. Tenían la cara más hinchada que antes y los ojos fuera de las órbitas, como uvas peladas. El niño negro había salido del arcón. Pasó nadando entre ellos y me agarró de la camisa, con ojos suplicantes, tirando con fuerza. El brazo se le separó del hombro y quedó flotando, pero los dedos no soltaban la presa. Entonces se le descuajó el otro brazo, que ascendió hacia el techo de la furgoneta. Luego las piernas. Y, por último, la cabeza. Su torso se posó en mi pecho y sus miembros quedaron suspendidos a mi alrededor, perdiendo carne; quedaban solo los huesos flotantes y la caja torácica sobre mí. Intenté soltar el brazo esquelético y los dedos de la camisa, pero no tenía fuerzas. El brazo seguía tirando. Los cupones flotaban a mi alrededor. Illium y Chester Pine, inclinados sobre mí, sonreían. El agua se volvió turbia. Sentía que iba a desmayarme.

Me desperté de golpe, acalorado y envuelto en la sábana como una momia. La luna se colaba en la habitación y Florida se había girado hacia el otro lado de la cama. La luz de la luna la bañaba casi por completo, mientras que yo seguía en la sombra. Me percaté de que mi piel parecía más oscura que la suya. Tras zafarme de la sábana, me quedé sentado en el borde de la cama, respirando hondo. Al cabo de un rato, volví a tumbarme y nos tapé.

Me quedé pensando en el sueño. Ahora me parecía una tontería; todos los elementos tenían una explicación lógica, pero me daba la sensación de que el subconsciente también intentaba decirme algo que había pasado por alto hasta ese momento. Aún no sabía lo que era, pero me pareció haber agarrado los bordes; si no los soltaba, podría tirar de ellos y sacar a la luz el resto. Me quedé despierto hasta que la luna se ocultó y el sol comenzó a asomar, rosa, dorado y ya caluroso.

Florida seguía dormida, como Leonard, cuando me dirigí de puntillas a la cocina para preparar el café. Cuando la cafetera empezó a silbar, Leonard se despertó. Entró en la cocina con su bata gris y unas zapatillas cutres con forma de conejo, de esas con orejas y una colita blanca de algodón en los talones. Siempre he querido tener unas.

Leonard bostezó, sentándose a la mesa.

—¿Y Florida? —preguntó.

—Durmiendo. Nos acostamos tarde.

—Seguro que estuvisteis contemplando el universo. ¿Y esto?

Estaba señalando su cuadro. Después de poner el café, me lo había llevado a la cocina y lo había apoyado en una silla. También tenía el ejemplar de *Drácula* encima de la mesa, junto a un lápiz y un papel, en el que había hecho un dibujo.

—He estado dándole vueltas, Leonard. Se me han ocurrido varias ideas.

—¿Como qué?

Le serví una taza de café, me puse otra y respondí:

—Estoy analizando la situación desde tu punto de vista: tu tío no es culpable. Cuando he conseguido verlo así, se me han empezado a ocurrir cosas. Pero son solo eso, ideas.

—Vamos a escucharlas —dijo Leonard.

—Tu tío era un aficionado a las novelas policíacas. Quiso ser poli y había sido vigilante de seguridad. Afirmaba tener información sobre asesinatos de niños y quería emprender una investigación por su cuenta, con ayuda de la policía, pero sin cederles el control completo. Sabemos, por lo que dijo Hanson, que a las desapariciones de niños en la zona este no se les dio mucha prioridad en su día, que digamos; y ahora, aunque alguien llegase y estuviera dispuesto a investigarlas, como Hanson, es un caso tan viejo que está condenado a quedarse sin resolver. También sabemos que es muy probable que los prejuicios raciales influyeran en las conclusiones de los otros agentes.

—Resumiendo, mi tío no confiaba en la policía, pero se creía un investigador y era su gran oportunidad para resolver un misterio auténtico.

—Pongamos que Illium, un policía jubilado, conoció a tu tío gracias a uno de sus proyectos personales, la biblioneta, el reciclaje, es igual. Se hicieron amigos y decidieron investigar el asunto. No sé por qué empezaron; quizá algunos leves indicios despertaron su curiosidad y, como estaban aburridos, se pusieron a ello. O puede que encontraran el esqueleto por accidente y que tu tío lo trajese aquí porque quería analizarlo, para intentar dilucidar qué había pasado. La cuestión es que, si estaba investigando con Illium, y si se tomaban en serio lo que se traían entre manos, debieron de tomar notas. Pero ¿dónde están?

—Llevas razón —confirmó Leonard—. El tío Chester habría tomado notas.

—Vamos a aparcar eso un momento y retrocedamos. Tu tío empezó a perder la cabeza porque tenía alzhéimer, porque no le llegaba bien la sangre al cerebro, por lo que sea; la cuestión es que empezó a tener problemas. Automáticamente, redactó su testamento a través de Florida y te dejó sus cosas. Pero su cabeza siguió empantanándose. Pongamos que no pudo seguir trabajando en el caso, con lo que Illium se quedó solo. Tu tío quería que se resolviese esta historia, pero ya era otra persona; se le estaba derritiendo el cerebro, no podía retener los recuerdos. Creo que eso explica el árbol de las botellas en el jardín. Una parte de él sabía que había ocurrido algo perverso, pero no se acordaba de qué.

—¿Y lo interpretó como algo sobrenatural?

—Algo demoníaco. Puede que de pequeño le contasen historias de malos espíritus y ahora, por culpa de la enfermedad mental, volviese a recordarlas,

convencido de que eran ciertas. Quizá pensara que lo que hacía lo protegería de verdad. Y en los momentos de lucidez quería contártelo, o escribírtelo, pero no retenía los recuerdos lo suficiente, así que los elementos importantes del caso se convirtieron en sus únicos focos de atención, y dejaron de ser ideas para convertirse en símbolos.

—Los cupones, el libro, el cuadro.

—Podría decirse que te entregó un misterio para que lo resolvieras, aunque no lo hiciese a propósito, porque esos objetos, esas pistas, eran todo lo que recordaba del caso. A lo mejor ya ni siquiera sabía a qué hacían referencia, pero eran importantes para él, como tú, y aún le quedó cabeza para reunir los objetos y guardarlos en una caja de seguridad.

—Bromas aparte, esto recuerda definitivamente a la Agatha Christie de los cojones.

—Vamos a repasar lo que tenemos. El libro de *Drácula*. No creo que signifique nada en concreto; me parece que tu tío pensaba en Illium. Quizá no de forma directa, pero el libro está relacionado con Illium e indica una mera conexión.

—¿Dices que Illium quizá tenga, o tuviese, las notas?

—Podría ser. Si las tenía, me imagino que quienquiera que le dejase la caja regalo con pornografía infantil y ropa las encontró y las rompió. Luego están los cupones. Estaban en casa de Illium y en la de tu tío y parecen importantes, pero no tanto como para que el asesino de Illium les prestara atención, porque a nosotros no nos costó nada dar con ellos.

—O sea que, si eran importantes —dijo Leonard—, el asesino de Illium no lo sabía.

—Exacto. Tu tío le dejó varios cupones a Florida para que te los diese y guardó unos cuantos en la caja de seguridad. Illium también tenía tarros llenos de cupones. Pero ¿qué papel desempeñan? Aún no he encontrado la respuesta.

—¿Y el cuadro?

—Eso es cosa tuya, Leonard. Háblame de él.

—Lo pinté cuando era un chiquillo, para mi tío. Es la vieja casa de los Hampstead.

—¿El sitio existe?

—Sí. Está aquí detrás, en el bosque a espaldas de la casa. Yo iba de vez

en cuando; el sitio llevaba la tira de años abandonado. Los Hampstead eran una familia blanca, dueños de todo el bosque de aquí detrás. Unas ochenta hectáreas. La comunidad negra acababa justo detrás de la casa, donde empiezan los árboles. Supongo que sigue acabando ahí, aunque no sé si los Hampstead aún son los dueños de todo el terreno. Quizá hayan vendido una parte. La verdad es que ya no sé absolutamente nada, solo que en su día fue un casoplón, pero hubo una desgracia en la familia y se mudaron. Aunque se quedaron con el terreno y la casa, no cuidaban de ella. De pequeño entré un par de veces, colándome por una ventana. El sitio daba bastante repelús, pero no sé si seguirá en pie.

—Esto mejora por momentos. Mira. —Cogí el cuaderno y se lo enseñé. Había dibujado varios rectángulos pequeños dentro de una serie de líneas.

—No lo pillo —dijo Leonard.

—El primer día que estuvimos aquí le eché un vistazo a un cuaderno que había en el escritorio de tu tío. Tenía un dibujo, un croquis, o como quieras llamarlo, igual que este. No le presté mucha atención porque pensé que solo eran garabatos. De hecho, hasta donde sabemos, no son más que eso. Sin embargo, sospecho que podría tratarse de una nota que no llegó a Ilium. Cuando vino la policía, el cuaderno desapareció. Me imagino que se lo llevaron ellos. Quizá tengan más notas de las que creemos, aunque lo dudo.

Leonard estudió el papel.

—No estoy seguro de haber reproducido el dibujo exacto —le dije—, pero se parece. ¿Te suena de algo?

—Es el plano de una casa, con seis rectángulos.

—Eso es justo lo que he pensado yo. Y los rectángulos, ¿qué?

—¿Muebles?

—No creo, pero vamos a dejarlos por ahora. Si es el plano de una casa, no es esta. Hay demasiadas habitaciones. Y los rectángulos no coinciden con los muebles de tu tío. ¿Ves por dónde voy?

—Si los cupones coinciden y el libro coincide, el cuadro tiene que coincidir; el cuadro o el lugar que representa, y ese lugar podría ir con este plano.

—En efecto. Lo único que no entendemos es cómo coinciden. A ver, ¿qué tiene forma de rectángulo?

—Un montón de cosas. Un chicle. O libros. A mi tío le gustaban los libros.

Podría ser.

—La proporción lo descarta. Los rectángulos son demasiado grandes para ser libros si estamos ante un auténtico plano.

Tararé los primeros compases de la *Marcha fúnebre*. Leonard abrió los ojos de par en par.

—Tumbas —dijo.

—¡Tachán!

—¿Debajo de la casa?

—Puede.

—Pfff, hay que joderse.

—Florida va a ir a ver a su madre cuando se despierte. En cuanto se largue, tú y yo vamos a echar un vistazo a casa de los Hampstead.

24

Bien entrada la mañana, media hora después de que Florida se marchase, nos adentramos en el bosque. Leonard, pala en mano; yo, con una linterna colgada de la cintura y con la reproducción del croquis del tío Chester doblada en el bolsillo del pantalón.

Avanzar resultó sencillo al principio, pues el bosque estaba formado en su mayor parte por un pinar abierto y había senderos tenues por los que transitar; sin embargo, el terreno no tardó en inclinarse, empezaron los árboles de madera dura, las vides y las zarzas, y el pinar se fue cerrando, con lo que el ascenso se ralentizó. Había mucha humedad y el olor de los pinos y los liquidámbaros se volvió empalagoso, como si nos hubiesen tirado encima un cubo de perfume barato.

Exploramos hasta encontrar un pequeño sendero abierto por los animales, que enfilamos y nos facilitó el avance. Sobresaltamos a varios pájaros y a un ciervo y, aproximadamente una hora después, el sendero se desvaneció a orillas del lecho seco de un pequeño arroyo. En lugar de cruzarlo, lo bordeamos, con Leonard a la cabeza, adentrándonos aún más en la espesura. Nos abrimos paso a través de vides y zarzas hasta que, magullados, exhaustos y hambrientos, llegamos a la zona del bosque que tenía secuestrada la casa.

Leonard se apoyó en la pala.

—Puse el caballete justo aquí cuando pinté el cuadro. Ahora está peor. No me preguntes cómo era por dentro, porque no recuerdo una mierda. Antes tenía menos árboles alrededor.

La casa era enorme y en su momento fue elegante, con dos plantas, completamente rodeada por un porche, un sinfín de ventanas y una terraza con barandilla en el piso superior, ahora semihundida, cual dentadura postiza en la boca de un borracho. En las inmediaciones había varios edificios anexos

derrumbados y un viejo pozo de roca con el brocal desmoronado, rodeado de vides enmarañadas, junto al que brotaban los pimpollos.

Los árboles crecían muy cerca de la casa y daba la sensación de que la estaban sosteniendo. Un roble había atravesado la madera podrida del porche y se erigía frente a la fachada principal; una de sus ramas se colaba por una ventana sin marco ni cristal, como un matón que mete su dedo enorme en el ojo de un cobardica. La madera de la casa había adquirido un tono grisáceo, de ceniza de cigarrillo. A un lado, una robusta pacana había alcanzado la altura de la casa y seguía creciendo, levantando con una de sus ramas descomunales un extremo del tejado como si de un sombrero se tratase.

Subimos con suma cautela al porche, que protestaba bajo nuestro peso, vigilando dónde pisábamos. Una explosión de pájaros salió por una ventana cercana con un aleteo estrepitoso.

—¡Coño! —exclamé.

—Son jilgueros de pecho amarillo —dijo Leonard—. No son famosos por alimentarse de seres humanos.

La puerta principal seguía intacta, pero, cuando giré el pomo oxidado, apenas se movió ligeramente antes de atrancarse. El óxido había bloqueado las bisagras.

Probamos con la ventana por la que habían salido los pájaros en tromba. Leonard despejó a patadas los restos de cristal, arrancó el peinazo de madera y nos colamos en la casa.

La sala era enorme y estaba decorada con vides, polvo y un papel de pared ora despellejado, ora hinchado, cuyo diseño desteñido debió de ser espectacular y colorido allá por 1928. Había una antigua chimenea llena de basura de cazadores e indigentes. Una víbora ratonera, con un tamaño suficiente para protagonizar una película de Tarzán, se deslizó rápidamente ante nosotros y se perdió por una abertura en la madera.

El techo de la planta baja había desaparecido casi por completo y se veía el tejado, lleno de agujeros por los que se colaba la tenue luz del sol como queso caducado por las ranuras de un rallador. El suelo también tenía huecos, y había zonas donde los tablones se habían abombado y quebrado con el paso del tiempo.

Conseguimos cruzar a la siguiente sala sin caernos. El suelo estaba en mejores condiciones porque el techo seguía intacto y la lluvia no lo había

humedecido. En esa sala, más pequeña, vimos un antiguo chifonier. La madera de la vieja cómoda, hinchada, estaba agrietada. En la parte superior había un nido, y por los laterales caían hileras de mierda seca de pájaro. El papel de pared se conservaba bien y se distinguía el diseño, una serie de tréboles verde pálido.

En la siguiente sala, la cocina, había una estufa de leña negra con revestimiento de porcelana blanca, cubierta de polvo, y una mesa alargada contra una pared. Aunque la mesa estaba vieja por el paso del tiempo, era maciza, y sus gruesas patas talladas culminaban en zarpas de león. Encima de la mesa, el papel de pared —de color beis pálido, sin diseño— tenía una curiosa mancha de humedad. La mancha era oscura y recordaba a una cara; y la cara, con puntitos más oscuros, como salpicaduras, tenía una forma familiar.

—El santo sudario de Turín, o más bien de LaBorde, Texas —dijo Leonard.

—Una vez leí que una chica mexicana vio la cara de Jesús en una tortilla —apunté—, pero creo que esto lo supera.

—No sé, no sé... —dijo Leonard—. Si no te la puedes comer, acabas cansándote.

Nos acercamos a la mesa para echar un vistazo de cerca. Leonard retrocedió unos pasos y miró a sus pies.

—Mira el suelo —dijo.

Comprendí de inmediato a lo que se refería. Una buena parte era nueva. La madera estaba oscura, como desgastada por el tiempo, pero en realidad era madera tratada. El tablero tendría el tamaño de una mesa de pimpón. Al observarlo de cerca, se veía que era una sola pieza, que podría pasar inadvertida si uno no iba en busca de algo sospechoso.

Saqué el plano que había dibujado de memoria.

—Según esto, si lo reproduje bien, y sin duda el diseño general coincide con esta casa, aquí no hay tumbas —dije.

—Ya... Pero me parece, amigo mío, que acabamos de encontrar la puerta del infierno.

Nos apartamos del rectángulo de madera y Leonard introdujo la punta de la pala por una hendidura e hizo palanca. El tablero crujió al elevarse y, en cuanto hubo espacio, lo agarré y lo ayudé a levantarlo. No pesaba demasiado.

Lo apartamos y miramos hacia abajo. Había un metro hasta el fondo de la

cámara de aire. Se olía la humedad de la tierra, que parecía compacta, como si estuviese bastante transitada.

Me tumbé en el suelo de la cocina y, tras asomarme por el hueco, lo inspeccioné con la linterna. Había un buen número de soportes de madera nueva que sostenían la estructura. Un metro a mi izquierda vi un recipiente metálico del tamaño de una caja de seguridad, apoyado en el revestimiento de madera podrida que rodeaba la parte baja de la casa. Di otro par de pasadas con la linterna, en busca de serpientes, pero no vi ninguna.

Me descolgué y, tras arrastrarme hasta llegar a la caja metálica, se la pasé a Leonard. La caja era de hojalata y recordaba a una panera gigante. Al moverla, algo tintineó en su interior. Lo único que protegía el contenido era un sencillo cerrojo.

Salí del agujero y vi a Leonard abrir la caja. Dentro había un enorme machete Bowie, una pequeña sierra de arco, una docena de revistas de pornografía infantil, un mantel violeta, dos candeleros y dos velas blancas nuevas.

Me percaté de que algo despuntaba de una de las revistas pornográficas; era una página más pequeña, que no parecía del mismo material. Al sacarla, vi que era una página de la Biblia. Los Salmos. Comprobé las otras revistas y todas tenían una página de los Salmos.

—Hay que joderse —dijo Leonard—. Leer un poquito de los Salmos, cascártela viendo pornografía infantil y luego leer otro ratito. ¡Qué combinación!

Desplegué el mantel violeta. En el centro había una mancha dura y crujiente, y en ambos extremos manchas blancas; eran, obviamente, cera de las velas.

—Vamos a poner otra vez el tablero —dije.

—¿Es que no vamos a inspeccionar? —preguntó Leonard.

—Tú sígueme el rollo; necesito pisarlo.

Recolocamos el tablero de madera, nos pusimos encima y pasé un dedo por el polvo de la mesa.

—Esta capa es mucho más fina que la del resto de la casa. Y mira otra cosa.

Saqué el mantel violeta y lo extendí sobre la mesa; encajaba a la perfección. Me quité la camisa y la usé para coger los candeleros por la base

sin dejar huellas. Puse uno en cada extremo de la mesa, donde la tela estaba manchada de cera. Metí las velas en los candeleros y desparramé las revistas porno sobre la mesa

—¿Se empieza a formar una imagen? —pregunté.

Leonard se lo pensó un momento.

—Es una especie de altar. Y si esa sustancia crujiente en el centro del mantel es lo que creo que es, ¿podríamos estar ante sacrificios frente a una mancha de humedad con cara de Jesús?

—Lo que para unos es una mancha de humedad para otros es el rostro de Dios —dije—. Acuérdate de los idiotas de la tortilla.

—Pues, que yo recuerde, no es un ritual que hiciésemos muy a menudo en la iglesia baptista.

—En la mía tampoco, aunque falté un par de domingos.

Me puse la camisa y Leonard volvió a levantar el suelo haciendo palanca con la pala. Retiramos el tablero de madera y bajé al habitáculo; me puse a gatas, apunté la linterna a un lado y a otro y vi varios termiteros. Abrí el plano y lo estudié con la linterna. Estaba seguro de que era muy parecido al del tío Chester, o incluso calcado. Cuando retuve mentalmente el plano, lo volví a doblar y lo guardé. Me levanté y, sacando la cabeza por el hueco, le dije a Leonard:

—Pásame la pala y espera un momento.

Cogí la pala y empecé a gatear hacia uno de los rectángulos del plano. En el sótano reinaba la oscuridad, pero el revestimiento de madera que rodeaba la casa estaba podrido y por algunos orificios se colaban lápices de luz cual rayos láser.

Llegué aproximadamente hasta el rectángulo que recordaba en el plano y miré a mi alrededor. No había un montículo, pero sí una pequeña depresión de unos sesenta centímetros de ancho por ciento veinte de largo. Se había filtrado agua desde el subsuelo, aunque una parte se había evaporado.

Orienté la linterna hacia el suelo para alumbrar la depresión y me puse manos a la obra. El techo era tan bajo que me costaba manejar la pala; tuve que tumbarme bocabajo, clavarla en posición oblicua y, girando el mango con un gesto de muñeca, echar barro y tierra a los lados.

A la cuarta palada, de la tierra emanó un olor que me inundó las fosas nasales y me impedía respirar. Era tan fuerte que retrocedí a gatas. Es

probable que también gritase, pues Leonard preguntó:

—¿Qué pasa?

—Baja.

Al cabo de unos segundos, Leonard estaba a cuatro patas a mi lado.

—Joder, qué pestazo. Es algo muerto.

—Sí.

Nos quitamos las camisas, nos tapamos la cara y, mientras Leonard sostenía la linterna, gateé hasta la depresión para seguir cavando. Saqué otro par de paladas de tierra y di con algo, que Leonard iluminó al instante. Estaba enganchado en la punta de la pala y no podía arrancarlo de la tierra.

—Malla de alambre —dijo Leonard, con la voz atenuada tras su camisa.

Desenganché la pala y, cuando probé a cavar junto a uno de los bordes de la depresión, encontré más alambre cubierto de barro.

—Si enterrara algo y no quisiera que los animales hurgasen —dijo Leonard—, a lo mejor se me ocurriría cubrirlo o envolverlo en malla de alambre... Dios, Hap, me parece que no voy a poder seguir soportando este pestazo.

Era fortísimo, por mucho que nos tapásemos la nariz. Estaba empezando a marearme y me entraron ganas de vomitar. Con la siguiente palada apareció un trozo de tela, que se desgarró; una parte se quedó en la punta de la pala. Me la acerqué para estudiar el jirón. Estaba manchado de barro y de algo blanco. Me imaginé que sería cal. Había desteñido la tela, con lo que no pude sacar nada en claro.

Volví a clavar la pala y esta vez di con un trozo de hueso, que podía ser de una costilla, del que colgaba algo. Parecían trozos grasientos de carne entrelazada con tela. El hedor era tan intenso que creí que iba a desmayarme.

—A lo mejor es un hueso de animal, ¿no? —dije.

—Claro, y mi polla es una culebra de río.

Seguí excavando y al cabo de un rato me topé con lo que sabía que iba a encontrar. Una pelota durísima cubierta de barro. Solo que, cuando limpié el barro, de pelota no tenía nada. Era la parte superior de un pequeño cráneo con polvo incrustado.

—Me cago en la puta —dije.

Empujé con la pala todo lo que había encontrado para devolverlo al

agujero, que cubrí de nuevo con tierra.

—Vamos a seguir buscando —dijo Leonard.

Retrocedimos unos metros, alejándonos del hedor, y saqué el mapa. Leonard lo iluminó y, tras estudiarlo unos segundos, rastreamos a gatas el sótano hasta encontrar otras posibles ubicaciones, y empecé a excavar.

En una encontré un trozo de cartón mojado, repleto de cochinillas de humedad. En otra volví a desenterrar malla de alambre. En la zona más próxima a la fachada de la casa, justo debajo de los peldaños podridos del porche, encontramos una tumba abierta, de unos ciento veinte centímetros de largo por setenta y cinco de ancho y sesenta de profundidad. Estaba vacía. Empujé los peldaños con la pala y se movieron; no estaban clavados al porche. También reparé en que esa madera era más reciente.

Lo pensé unos segundos. Quienes crearon aquel cementerio lo habían dispuesto todo para bajar fácilmente, a través de la trampilla de la cocina o deslizando los peldaños del porche. También pensé en esa tumba vacía. ¿Sería el sitio donde estaba en un principio el esqueleto del arcón del tío Chester?

—Me parece a mí —dijo Leonard— que, si siguieras cavando y hurgando por todo el sótano, encontrarías lo mismo que hemos encontrado en el primer agujero. En distintos grados de descomposición.

—Ya tengo bastante —dije—. Vamos a salir a que nos dé un poco el aire.

25

Aquel día no almorzamos. Al volver a casa nos duchamos por turnos, aunque me dio la sensación de que no había bastante agua caliente ni jabón para sentirme limpio. Aún tenía el olor de la tumba incrustado. Al menos en mi cabeza.

Mientras Leonard se duchaba, empecé a caminar en círculos por el salón, hecho un manojo de nervios. Me había puesto unos pantalones de chándal, una camiseta y unas zapatillas de deporte, y aproveché el atuendo cómodo para estirar y soltar unas cuantas patadas de aikido. Boxeé contra el aire y cosí el sofá a patadas laterales, hasta desplazarlo hasta la otra punta del salón.

Al cabo de un rato, Leonard salió de la ducha. Se había puesto unos pantalones de chándal grises y unas deportivas sin calcetines. No llevaba camisa. Nos quedamos mirándonos, sin cruzar palabra. Agarró el sofá de un extremo y yo del otro, lo levantamos y lo pegamos a la pared. También movimos varias sillas para hacer un poco de espacio.

Empezamos a boxear como en un entrenamiento, limitándonos a marcar los golpes, controlando. Seguimos hasta estar sudados, cansados y necesitados de otra ducha, pero, en vez de ducharnos, nos pusimos a colocar tablonos en el suelo. A última hora de la tarde lo habíamos acabado. En todas esas horas no dijimos casi ni una palabra, y solo abrimos la boca para hacer algún comentario sobre clavos, tablonos y demás.

Al terminar, nos quedamos un rato sentados en el suelo, empapados en sudor, dejando pasar el tiempo. Yo rompí el silencio.

—Nos estamos pasando, Leonard. Te quiero como a un hermano, macho, y lo sabes de sobra, pero Illium no cayó al embalse por accidente. Y debajo de la casa... vete a saber cuántos cadáveres hay. Probablemente el croquis de tu tío solo señale los que él localizó. O a lo mejor él fue quien los enterró ahí.

—Ya estás otra vez con eso —dijo Leonard, furioso.

—No estoy otra vez con nada, solo digo que no lo sabemos. No somos detectives. Ya es hora de avisar a la policía.

—La policía lleva años con el caso abierto, Hap. Nosotros hemos encontrado más en unos días que ellos en todo este tiempo. O, mejor dicho, Illium y mi tío lo encontraron y nosotros hemos cogido el testigo. Si le pasamos la pelota a Hanson, aún tendrá que vérselas con el sistema. Ni siquiera es una cuestión de blancos contra negros, eso es lo de menos; es que hace quedar a la policía como idiotas. La justicia no suele anteponerse a la vergüenza.

»Pero es que, independientemente de que sea una cuestión de blancos contra negros o no, esta ciudad la gobierna gente blanca. Van a estar mucho más tranquilos pensando que lo hizo un negro y que se lo hizo a otros negritos. Encaja con la opinión generalizada y no les salpica. No conciben a los negros como un problema que les atañe de forma directa, ni siquiera los más progres.

—Leonard, si te paras a pensarlo, lo más probable es que, efectivamente, lo hiciese un negro. Tiene toda la pinta. Un blanco tendría que ser un auténtico genio para moverse por aquí sin llamar la atención.

—No digo que no fuese un negro. Es que no me estás entendiendo. Ahora mismo, lo único que podemos enseñarle a la policía son pruebas irrefutables de que mi tío mató a los chiquillos y escondió los cadáveres en casa de los Hampstead, y de que su colega, el tal Illium, estaba compinchado con él. Joder, hay ropa de niño y pornografía encima de su sofá; la policía solo tiene que entrar en su casa y verla. En cuanto eso ocurra, dejarán de buscar, y Hanson tampoco tendrá la posibilidad de seguir investigando. Lo habrán resuelto. Los autores fueron un par de viejos negros; o, mejor dicho, mi tío lo hizo e Illium se sumó después. Caso resuelto. Y por ahí no paso. El tío Chester me enseñó lo que son el orgullo y el honor. Me enseñó a no hacer caso del color, ni en un sentido ni en el otro; a no esconderme tras él, a no usarlo para pasar por encima de nadie.

»De pequeño, cuando me enteraba de un crimen por la radio o por la tele, o leyendo el periódico, cuando el criminal era negro les faltaba tiempo para decirlo; pero si era blanco, ni pío. Me daba la sensación de que todo lo hacíamos los negros. Pero mi tío me explicó las cosas como son: que las personas son personas y hay buena y mala gente; que las cosas se afrontan

como son, sin intentar retocarlas. Esto es una forma enrevesada de decirte que, si es negro, que sea negro; el color de la piel me la suda. Solo quiero que quien la hizo la pague. Y no me apetece ofrecerle a la policía la salida fácil. El tío Chester era buena gente, Hap. Un hombre íntegro. Él y yo tuvimos nuestras historias, pero no era un asesino de niños. No tienes por qué creer en él, pero yo sí creo en él, y quiero que se lo trate con justicia.

—La cuestión, Leonard, es que quienquiera que matara a esos niños, y a Illium, sigue por ahí suelto. Y esa gente no para, ya lo sabes. Mientras nosotros investigamos, podría estar planeando matar a otro niño. Porque eso es lo que busca: niños. A Illium se lo cargó porque se metió en medio y, vete a saber cómo, dio a entender que sabía algo, pero ya está.

—Eso ya lo sé.

—¿Te acuerdas de la primera tumba que hemos excavado? Es reciente, Leonard, ya lo has visto. Un cadáver no tarda nada en descomponerse. Aún olía a podrido. Va a volver a matar y quiero tener la conciencia tranquila.

—Y yo no quiero que la reputación de mi tío se vaya al garete. De todas formas, no creo que la policía vaya a encontrar al autor. Ya te lo he dicho, tienen a sus sospechosos. El tío Chester e Illium. Van a cerrar el caso tan rápido que te vas a marear.

—No sé qué decirte. Es que no tengo ni idea.

—No digas nada por ahora. No se lo cuentes a nadie.

—Leonard, ya le he contado a Florida lo de Illium.

—¡Me cago en la puta, Hap!

—Ella no va a decir nada. Por ahora.

—No se lo tenías que haber contado. Habíamos quedado en eso. Los coños siempre te han nublado la razón...

—Ojito, Leonard.

Seguíamos sentados en el suelo, y nos quedamos unos segundos mirándonos con cara de machotes. Leonard sonrió lentamente.

—Joder, Hap, si yo te quiero, macho. ¿Es que vamos a pelearnos?

—Pues claro que no.

—Aunque sería una buena pelea, ¿sabes?

—No podría contigo —dije.

—No sé, no sé... A lo mejor sí, quién sabe. De vez en cuando titubeas,

porque crees que puedes hacer daño de verdad. No tienes ese instinto asesino, pero si te cabrearas lo suficiente, mal asunto.

—No podría cabrearme tanto contigo, colega.

—Ya, somos uña y carne... Qué coño, Hap, no pasa nada porque se lo hayas contado a Florida. Sé que tienes cabeza y ella es buena gente. A ver, no me malinterpretes; eres un tonto de los cojones, pero lo hecho, hecho está, y ella es buena gente.

—Se me escapó, cuesta guardarse algo así.

—No pasa nada, hermano. Lo único que pasa es que ahora no sé qué hacer.

—Yo tampoco —dije.

26

Los días pasaron. El recuerdo de los cadáveres me abrasaba la cabeza por las noches y se abría paso entre mis pensamientos de día. A Leonard le ocurría lo mismo. Él jamás lo reconocería, claro, pero se lo notaba. Lo conocía de sobra para captar sus sentimientos en la forma en que se movía, sonreía o intentaba reírse.

Para espantar los recuerdos, recurrimos al trabajo duro. El sudor del trabajo manual elimina impurezas, tanto físicas como emocionales.

Acabamos el suelo una tarde, cogimos la madera sobrante y fuimos a ver a McMaw; dejamos las cosas en su jardín y le dimos nuestra palabra de que arreglaríamos su porche.

La idea le pareció fantástica y nos lo agradeció de todo corazón. Nos dijo que Jesús nos quería mucho y nos invitó a entrar en la casa para enseñarnos nuestra foto. La había clavado en la pared junto a la de su hijo menor, Hiram, al que, según dijo, Leonard le recordaba. Nos contó que estaba a punto de venir de visita. Mientras lo decía, se le iluminó toda la cara, y no aparentaba más de setenta y cinco años... Bueno, vale, ochenta y cinco.

Miré la foto de su hijo y la que nos retrataba a Leonard y a mí. Tanto Leonard como su hijo eran negros; hasta ahí el parecido, y para de contar.

Tuvimos que comernos varias rebanadas de pan casero con mermelada para que nos permitiese empezar a plantearnos volver a casa. No nos costó mucho. Le insistimos para que nos dejara hacer otro par de arreglos en la casa; luego salimos de la cocina, guardamos la madera bajo el porche y le prometimos que volveríamos dentro de un par de días para ponernos manos a la obra.

De vuelta en casa del tío Chester, cuando el sol empezaba a ponerse,

Leonard echó un poco de agua en la olla con las judías pintas del día anterior, añadió una pieza de codillo y salpimentó. Mientras se hacía el guisado, monté en mi camioneta, aparcada en Comanche Street, y fui a la tienda de comestibles East Side Grocery a comprar varias cosas para la cena. La agonía del día era preciosa; bajo los tonos rojos y grises que precedían al anochecer, la zona este adquiría una suerte de resplandor mágico. Muchas de las personas que solían deambular por esa parte de la ciudad estarían cenando, y quienes tenían trabajo ya habrían vuelto a casa para descansar, con lo que las calles estaban prácticamente vacías y manchadas con la sangre del sol.

El East Side Grocery no solo era un sitio donde se hacía la compra. Allí los ancianos se juntaban para jugar al dominó, echar pestes de todo y contar que en su época ellos hacían las cosas así y asao. Había unos cuantos tomando el fresco en la acera de cemento, a la derecha de la puerta, bajo una pérgola con una bombilla protegida por una rejilla de estaño, ya encendida y envuelta en insectos. Estaban sentados en viejas tumbonas de metal jugando al dominó en una mesa plegable, entre risas y sorbos de cerveza en vasos de cartón.

A su espalda, pegados a la pared de la tienda, había carteles anunciando a estrellas negras del *blues*, como Bobby Blue Bland. Esos músicos solían tocar en la zona este y la comunidad blanca nunca se enteraba. También había un póster colorido que anunciaba la Feria de Verano de la Zona Este, el 27 de agosto, la «única gran feria de todo el este de Texas patrocinada exclusivamente por negros», a juzgar por lo que decía el póster. Además, había toda una gama de boletines informativos con las actividades de la iglesia y de los servicios comunitarios.

Saludé a los viejos con un ademán de la cabeza mientras entraba en la tienda. Ellos me devolvieron el gesto con una sonrisa amable; aunque últimamente iba mucho por allí, se leía la sospecha en sus caras, las preguntas en el aire: ¿quién es ese blanco? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué llevamos un tiempo viéndolo?

El dueño de la tienda estaba en la mesa de dominó y se levantó a regañadientes, entró después que yo y se puso detrás del mostrador, a la espera. Cogí pan, huevos y harina de maíz, además de seis latas de cerveza para Leonard. Busqué cerveza sin alcohol para mí, pero, al no encontrarla, me compré un paquete de seis cocacolas *light*.

Llevé las cosas al mostrador, cogí un par de barritas de cecina de una caja

que había encima y las añadí a mi compra. También vi unas salchichas gigantes ensartadas en varillas metálicas, girando y sudando tras un cristal cubierto de gotas de humedad.

El dueño tenía una panza enorme, un montón de pelo gris y un techo solar que revelaba una calva negra. No llegaría al metro sesenta. Parecía no faltarle ningún diente, aunque uno era dorado como el cabello de Rapunzel.

—¿Ya está? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo va la partida?

—Voy perdiendo.

Mientras sumaba toda mi compra con la calculadora, seguí observando el local. En la pared de detrás de la caja registradora vi un marco con el primer dólar que había hecho la tienda, aunque me percaté de que era de pega. Debajo, en un anaquel, vi algo que me sorprendió: junto a un tarro de manitas de cerdo encurtidas, había otro más grande lleno de trocitos de papel. Recordaba a los tarros de Illium.

—¿Y ese tarro con cupones? Son cupones, ¿no?

El hombre, que estaba metiendo mi compra en una bolsa, se detuvo y miró lo que le señalaba.

—Sí.

—Los he visto así en un par de sitios —expliqué—. Los tarros, digo. ¿Guarda los cupones ahí, sin más, o es por algo en concreto?

—Es cosa de la iglesia —respondió.

—¿Cómo?

—El reverendo Fitzgerald tiene un acuerdo con todas las tiendas de la ciudad. Si vemos un cupón, lo recortamos. La gente los dona y Fitzgerald los usa para sus actividades con los chavales. Para sacar al equipo de fútbol o béisbol a comer y cosas así. Joder, lo tiene hablado con casi toda la ciudad. Y, aunque los cupones caduquen, le dejan usarlos; con o sin descuento, si él les lleva a diez o veinte chavales cada vez, y lo hace a menudo, sacan dinero. Tiene más cupones de los que puede usar. De hecho, Illium nos dijo que, cuando recogiese esta tanda, pararían un tiempo. Dice que tienen tantos que se les están poniendo amarillos. Podrían sacar a todos los equipos de fútbol a cenar diez años seguidos y no se les gastarían. Se supone que tenía que pasar a por este tarro, pero no le he visto el pelo. Estará enfermo.

Sí, pensé, muy enfermo.

—¿El señor Moon es el recolector? —pregunté.

—¿Lo conoce?

—La verdad es que no. Sé quién es.

—Pues sí, hace recados para la iglesia, un poco de todo. Tiene un corazón de oro. Cuando el cabronazo de Illium se muera, va a sentarse a la derecha de Jesús, que le dejará su arpa de boca para que toque unas cuantas canciones espirituales.

Para mis adentros, pensé que Illium estaría tocando una versión de *The Old Rugged Cross* mientras nosotros hablábamos. Le di las gracias al viejo, pagué y puse rumbo a la casa pensando en Illium, en la iglesia, en el reverendo Fitzgerald y en todos aquellos cupones. Habíamos tenido la conexión delante de las narices desde el principio.

Al día siguiente, un sábado caluroso, Hanson, Florida, Leonard y yo estábamos a la orilla del lago que hay cerca de mi casa, a la sombra de los sauces llorones, lanzando nuestras cañas de pescar al agua.

Los peces no picaban, pero los mosquitos sí. Había muchísimos, pues las zonas bajas, donde el agua se salía del lago y formaba pequeñas charcas estancadas y sombrías, eran ideales para la reproducción de los muy mamones.

Florida, que llevaba unos *shorts* vaqueros azules, una camisa azul de manga corta y estilo marinero, unas zapatillas de deporte de caña baja a juego y uno de esos ridículos sombreros blancos de pescador, con el ala ancha y curvada hacia arriba por delante, pasaba más tiempo matando mosquitos que lanzando la caña.

—Ya te he dicho que te pusieras pantalones largos —le dije.

—Joder, vale, llevabas razón —respondió.

Hanson se aplastó un mosquito contra la mejilla, con fuerza. Se miró la palma de la mano; en el centro había un amasijo sangriento del que despuntaban las patas rotas del insecto. Se limpió en los pantalones.

—Chavales —dijo—, esto es divertidísimo y nos lo estamos pasando chachi, pero no me habéis invitado para pescar. Solo hay que ver cómo os miráis para percatarse, así que no me toquéis los huevos. Perdona, Florida.

—No pasa nada —respondió Florida—, no es la primera vez que oigo hablar de ellos.

—Pues venga —dijo Hanson—. Y la próxima vez os dejáis esta mierda de pescar y me invitáis al cine.

—No sé si te va a gustar —dijo Leonard—. Mira, lo que queremos es llegar a una especie de acuerdo.

—No me gustan los acuerdos —respondió Hanson—. Siempre implican que a un cabrón culpable le caiga menos de lo que se merece.

—Nosotros no somos culpables de nada —dijo Leonard.

—Salvo de encubrimiento de pruebas —apunté.

—Sí —confirmó Leonard—, es un detalle.

—Vale —dijo Hanson, recogiendo el carrete—, ya me he cansado de gilipolleces... ¿Tú sabías esto, Florida?

—No, señor —dijo—. Yo solo soy una humilde pescadora. Y su abogada, llegado el caso.

Aunamos fuerzas para espantar una nube gigante de mosquitos y Hanson dijo:

—Vamos a un sitio donde podamos hablar sin sufrir. Como pase un minuto más aquí, voy a necesitar una transfusión de sangre.

Volvimos al coche de Leonard, que estaba en lo alto de una colina bañada por el sol. Allí no llegaban las hordas de mosquitos, solo algún que otro kamikaze. Desmontamos las cañas y los carretes, los guardamos en el maletero del coche con los otros aparejos y vaciamos las cajas de cebo para que los gusanos pudieran crecer y multiplicarse. Los observé retorcerse sobre la arena blanda, adentrándose en la tierra.

Florida se subió al capó del coche, estiró las piernas y empezó a rascarse los picotazos. A ella hasta los granos le quedaban bien. Hanson también parecía estar tomando buena nota.

—Estoy esperando, y no ando sobrado de paciencia —dijo.

—Érase una vez —comenzó Leonard— dos amigos que encontraron un cadáver en un embalse.

—Sí —continué—, en una biblioneta.

—¿Cómo? —dijo Hanson.

Le explicamos lo de Illium, pero no mentamos su nombre ni dijimos dónde

estaba el cadáver. Le dijimos única y exclusivamente lo que teníamos que decirle. Cuando acabamos, Leonard añadió:

—Lo que vais a encontrar en su sofá va a dejar al viejo como el culo. Una caja llena de ropa de niños y revistas con pornografía infantil. Pero es un puto montaje: el tipo no es culpable. Y mi tío tampoco. Todo está relacionado con los chiquillos desaparecidos, pero no de la forma que parece.

—Otra cosa —dije—: Leonard y yo estuvimos hablando anoche, pensando en lo que habíamos visto, y llegamos a otra conclusión. En la casa del tipo...

—¿Del tipo ahogado? —preguntó Hanson.

—Sí —dije—. En su casa vais a encontrar una bañera sucia, con trozos de heno. Creemos que acababa de cortar el campo y que, mientras estaba dándose un baño, alguien lo ahogó en su bañera. Luego lo metieron en la furgoneta y la hundieron en el embalse. Es probable que la autopsia demuestre que el agua que hay en sus pulmones no es del embalse.

No dijimos nada más. Nos quedamos recostados en el coche, esperando. Hanson nos escudriñó unos segundos.

—¿Ya está? —dijo—. ¿No me vais a contar nada más?

—Sí —respondió Leonard—, pero queremos una cosa.

—No estáis en condiciones de querer una puta mierda —dijo Hanson—. Mejor será que soltéis por esa boquita todo lo que sepáis.

—Sabes que no hemos hecho nada —dijo Leonard—. Tenemos el mismo interés que tú en resolver este crimen, pero queremos llegar al acuerdo al que no llegaste con mi tío. Que nos ayudes a resolver el caso, pero lo llevamos nosotros.

—Yo no soy quién para eso —respondió Hanson—. El Cuerpo no lo toleraría, sois un par de aficionados. ¿Por qué creéis que no se lo permitieron a tu tío?

—¿Porque estaba como una cabra? —dijo Leonard.

—Bueno —respondió Hanson—, por eso también.

—Ya tenemos más pistas que vosotros en el caso de los niños desaparecidos —dije—. Te sorprendería todo lo que sabemos.

Hanson se quedó unos segundos observando el lago, a lo lejos. Una brisa cálida nos trajo su olor, a peces muertos y agua estancada. La sombra de un pájaro enorme pasó sobre nosotros y se alejó lentamente.

—Aunque quisiera, no podría —dijo Hanson—. Si se lo cuento a mis superiores, si sugiero que un par de civiles lleven la investigación, van a reírse en mi puta cara. Se os echarían encima como las moscas sobre la mierda. Como os cojan ojeriza y os pongan en su punto de mira, no sabréis si cortaros las venas o dejáoslas crecer. Y a mí me mandarán a poner multas.

—No queremos que les pidas nada —intervine—. Aún no. Lo único que queremos es que colabores con nosotros, que hagas un poquito de trampa. Si nos enseñas la información que tenéis sobre el caso, nosotros te enseñamos algo. Creemos saber lo que está pasando, pero queremos tenerlo todo bien atado; cuanto más sepamos, mejor. Si vemos los informes, quizá nos percatemos de algo que encaje con lo que ya sabemos.

—Os digo que he leído esos informes —dijo Hanson— y no ayudan mucho.

—A lo mejor reparamos en algo que tú pasaste por alto —explicó Leonard—, pues no tienes la información que nosotros tenemos.

—Eso me suena a fantasmada —dijo Hanson.

—Así —intervine—, cuando te pasemos el caso y nos esfumemos, como si no existiésemos, nadie sabrá que hemos intervenido, a menos que tú se lo digas.

—Nosotros lo sabremos, claro —continuó Leonard—; es lo único que me importa.

—Si te lo montas bien —dije—, puedes conseguir que los capullos de la comisaría tengan que cuadrarse ante ti y te respeten como te mereces.

—Por no hablar de que se resolvería un crimen importante —añadió Florida.

Hanson se volvió para mirarla.

—Creía que tú no estabas metida.

—Solo un pelín —dijo.

Se mantuvieron la mirada durante unos segundos que se me hicieron incómodos.

—Vamos muy en serio —intervine, para recuperar la atención de Hanson—. Tenemos pillado por los huevos al asesino de los chavales y vamos a apretarle los tornillos para que las pase canutas. Si no nos ayudas, ya encontraremos la forma.

—Podría enchironaros por obstrucción a la justicia y ya está —dijo Hanson—. Y quizá debería.

—Podrías —respondió Leonard—, pero no quieres.

—Ah, ¿no?

—Tienes las mismas ganas que nosotros de pillar al asesino —dije— y podemos ir mucho más rápido si lo haces a nuestra manera. Si nos ayudas, nosotros nos beneficiamos de tu experiencia y tú parecerás un superpoli. Coño, ¿no estás hasta la coronilla de que te infravaloren? Si resuelves esto por tu cuenta, con nuestra ayuda, podrías acabar de jefazo.

—Y, sobre todo —zanjó Leonard—, a esos chiquillos se les hará justicia. Por poca que sea.

—No sé... —Hanson titubeó.

—Empezamos nosotros, diciéndote quién es y dónde está el embalse con el cadáver —continué—. Si no llevamos razón, a tomar por culo. Si estamos en lo cierto, tú gestionas esa información como quieras. Y te damos más: te decimos lo que sabemos, cómo lo hemos descubierto y lo que creemos que significa. Luego ponemos los huevos del asesino en el tornillo de banco y a apretar se ha dicho.

Hanson se cruzó de brazos, frunciendo el ceño y mirando al horizonte. Pasó un minuto que duró como una hora en vacaciones.

—¿Qué te parece? —dijo Leonard.

—Estoy pensando —respondió Hanson—. No me agobies, dame un momento, ¿no? Estoy pensando.

27

Algunas mañanas veo sobre mí la preciosa cara de mi exmujer, Trudy, como una luna, pero cuando abro los ojos solo queda la luz del sol a través de un velo de lágrimas. Algunas mañanas la luz tiene el color de su pelo, y el olor de las flores de verano me recuerda al de su piel.

Algunas mañanas me despierto y la cama es demasiado grande, y no me acuerdo de cómo he llegado adonde estoy, y no me creo lo que le pasó a Trudy, ni soy capaz de concebir que esa cara y ese cuerpo preciosos estén bajo tierra, marchitándose, pasto de los gusanos. No me permito mirar de frente al recuerdo violento que acabó con su vida y nos dejó a Leonard y a mí malheridos. Ella se descarrió y yo la seguí, y arrastré a mi mejor amigo contra su voluntad. La pólvora y la sangre, el azufre y la muerte fueron el perfume final de Trudy. Y a Leonard y a mí nos quedan las cicatrices.

A la mañana siguiente me desperté tras soñar con la pobre y preciosa Trudy; sintiéndome viejo, presa de la melancolía, sin cuerpo de café. Todo porque Florida no estaba en mi cama, claro. Ella no había propuesto quedarse y yo no había tenido las agallas de insistir.

Su ausencia entre las sábanas explicaba en parte por qué volvía a tener pesadillas con Trudy; otra sensación visceral, que me impregnaba hasta los tuétanos, era que la violencia venía hacia mí e iba a darme de bruces contra ella, como unos faros en mi carril en una noche oscura y lluviosa. La sensación de que estaba a punto de estrellarme contra un parachoques mojado, seguido de dos toneladas de acero a toda velocidad.

Tras vestirme, salí de la casa sin despertar a Leonard, me senté en los peldaños del porche, al fresco de la mañana, y observé el sol brillar cada vez con más fuerza. Justo cuando la mañana podía empezar a definirse como «dorada», Hanson aparcó junto a la acera un coche que no había visto hasta

entonces, un Buick beis con una abolladura en el guardabarros trasero. Bajó del coche con algo debajo del brazo y me miró. Se sacó el puro de la chaqueta, se lo llevó a la boca y, tras acercarse al porche, se sentó en mi escalón. Tenía cara de cansancio. Movié el puro con la lengua y dejó lo que llevaba debajo del brazo en el hueco que había entre ambos. Era una gruesa carpeta manila.

—Me alegro de que estés en pie —dijo Hanson—. Iba a despertaros.

—Gracias por acompañar a Florida a casa anoche —dije.

—De nada, hombre —respondió.

—Fue muy amable por tu parte.

—No hay de qué.

—Me tranquiliza pensar que un agente del orden la llevó sana y salva a su casa.

—Forma parte del trabajo.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Hanson giró medio cuerpo para coger la carpeta y abrirla. Miró el contenido unos segundos y volvió a dejarla en el porche.

—Vale —dijo—, trato hecho. Quiero que sepas que, por vuestra culpa, anoche estuve a punto de encender el puto puro. Llevo años sin fumar, me limito a mordisquearlo de cuando en cuando, pero casi lo enciendo.

—Gracias por la carpeta —dije, de corazón—. Y el mundo te da las gracias por no haberte encendido el puto puro.

—Anoche fotocopíé todo esto a hurtadillas. Si sale a la luz, ya puedo ir despidiéndome de mi trabajo, y quizá hasta pase un tiempo a la sombra. Y Leonard y tú conmigo, no os quepa duda. Vamos a hacer lo siguiente: yo os dejo esto y tú me das el nombre del tipo en el embalse y me dices dónde está. Ya he pensado en varias mentiras para justificar las pistas. Si lo encuentro, vamos marchando. Si no, no solo me vais a devolver la carpeta, sino que os voy a saltar los dientes de un puñetazo y voy a asegurarme de que os largáis de la ciudad.

—¿Antes del anochecer?

—El tiempo que tardéis en salir del patadón que os voy a dar.

Le dije que era Illium y dónde estaba. No le conté nada más.

—Vale, chaval. Vamos a ver cómo jugamos las cartas.

Se levantó, dejando la carpeta en el porche, y bajó los peldaños rumbo a su coche.

—Marvin —le dije, cuando estaba a medio camino:

Él se giró.

—Florida me gusta —continué—. Mucho.

—Ya lo sé, chaval, pero las cosas no salen siempre como uno quiere. Que me lo digan a mí... Un día te lo cuento.

Luego montó en su coche y se largó.

Preparé el café y el desayuno y, tras despertar a Leonard, le enseñé la carpeta. Desayunamos, apartamos los platos y extendimos todos los papeles sobre la mesa. Había un par de fotocopias con las fotos de los niños desaparecidos. Solo un par. Los dos eran niños, y los dos miraban a la cámara como miran los chiquillos, como ciervos asustados.

Uno de ellos iba rapado y tenía unas orejas que, de poder moverlas, habrían hecho las veces de alas. Fue el primero en desaparecer. Calculé que, si estuviese vivo, sería ya un hombre joven.

El otro era un niño guapo, al que le faltaban un par de dientes. Miré fijamente las fotos. Quería que esos niños fueran reales, no meros reflejos en un papel con tinta. Pensé en los otros, de los que no había fotografías. Nadie se preocupó de sacarles una en toda su vida. Era como si su existencia fuese irrelevante, como si no fuera necesario registrarla.

Nos quedamos un rato estudiando el material. Había muchos documentos, pero no decían gran cosa. Vimos notas de los policías y los oficiales, y el propio Hanson había apuntado un par de cosas. Lo que estaba claro era que en la zona este había desaparecido un niño al año durante los últimos ocho años y ningún caso se había resuelto.

—¿Ves algún patrón? —pregunté.

—Todos son niños —respondió Leonard—. Todos tienen entre nueve y diez años y se sabe que ninguno provenía de una familia agraciada, que digamos; en algunos casos, no denunciaron su desaparición hasta varios días después. En parte por culpa de los padres y en parte, quizá, por la actitud lamentable de la policía.

—¿Y qué me dices de las fechas de los asesinatos?

Leonard estudió el contenido de la carpeta.

—¡Hay que joderse! —dijo al cabo de unos segundos—. Todos, salvo uno, desaparecieron en agosto. La desaparición de Corey Williams se denunció el septiembre pasado.

—Antes de que te despertaras le he estado dando vueltas —dije—. Teniendo en cuenta que muchas de las denuncias llegaron tarde, es probable que a todos los secuestraran a principios de la última semana de agosto, más o menos. Me parece una coincidencia demasiado sospechosa.

—Pues estamos en agosto —dijo Leonard.

—Sí. Y dentro de dos semanas será la última de agosto.

—¿Y qué pasa la última semana de agosto?

—Ni idea. Se diría que es un patrón, pero también he pensado en el hedor que había en la tumba: es fresco o, al menos, lo parece. Así que quizá lo de finales de mes sea una mera coincidencia y este año haya empezado un poco antes, aunque no creo. La pestilencia podría deberse a una desintegración lenta. A veces, con una tierra así, puede pasar, si el cuerpo se enterró bien.

»Otra cosa que me llama la atención es que todos los niños eran ilegítimos. No tenían padre. Todas las madres eran adolescentes. Un par de ellos habían pasado de una casa de acogida a otra y ya se estaban metiendo en problemas casi antes de quitarse los pañales. Pequeños hurtos, drogas... Historias en las que no tendrían que estar pensando siquiera. ¿Ves el patrón?

—No sé si eso es un patrón —dijo Leonard—. Al menos como tú lo planteas. Solo demuestra que son el tipo de chavales que corre más peligro.

—A ver, ya habíamos pensado en nuestro amigo el reverendo por los vínculos con la iglesia, los cupones y el reciclaje, que explica todos los putos periódicos que tenía el tío Chester. Además, no sé si te acordarás, Fitzgerald tenía fijación con los hijos ilegítimos. ¿Recuerdas algo que dijese que te impactara especialmente?

—Me impactó todo... Pero sí, cuando estaba hablando de las madres de hijos ilegítimos, dijo que concebían niños. No dijo niñas, o hijos en general. Habló de niños sin padres, o algo por el estilo.

—La verdad es que en su momento no le di importancia —continué—, pero se me quedó grabado. Creo que estamos ante un fanático religioso y asesino en serie. Por algún motivo, vincula su religión con el sexo y las ansias de poder. No sé, quizá fue por algo que le pasó de pequeño.

—Hap, me importa una mierda lo que le pasara de pequeño, hostias. Vale, su vecino, que era jefe de los *boy scouts*, se lo folló; pues lo siento por el niño que fue, pero el adulto me la trae al paio. Tuvo elección y ha tomado sus decisiones.

—No sé yo si alguna gente, después de ciertas experiencias, tiene elección.

—El cáncer hace lo que hace porque no tiene elección; pero, si me entra cáncer, no me voy a poner a psicoanalizar al hijoputa. Quiero extirparlo. Ese tipo es un cáncer.

—Aun así, si entendemos qué lo mueve, tendremos más posibilidades de trincarlo. Es evidente que los hijos ilegítimos no le gustan un pelo; lo ponen de los nervios.

—Vale, Hap, vamos a jugar. Tiene fijación con los niños, así que quizá tenía nueve o diez años cuando un hombre lo violó. ¿Voy bien?

—Probablemente un hombre con autoridad.

—¿Un predicador, como él? ¿Van por ahí los tiros? Algo que una a Dios, la religión, el sexo y la violación.

—Si Fitzgerald fue ilegítimo, ¿sabría quién era su padre y cómo se ganaba la vida? ¿Predicando, quizá? Y piensa en la posición de Fitzgerald, es perfecta. Una persona de confianza que está en contacto con los niños y que organiza un montón de actividades juveniles. Los niños con un perfil que encaja con los de estos documentos, desatendidos, no deseados, serían carne cruda para ese lobo. Además, creo que el tipo es un psicótico, no un sociópata. O ambas cosas. Le excita el poder que ejerce sobre los chavales, controlarlos, y cree que está haciendo la voluntad de Dios. Los controla hasta cierto punto ofreciéndoles actividades positivas, béisbol, fútbol, lo que sea, pero...

—No le basta.

—Con algunos hijos ilegítimos no le basta. Quizá con los que le recuerden a él a esa edad. Si puede controlarlos, destruirlos, puede controlar su pasado, destruirlo. Al menos durante un año.

—Pero ¿por qué un año? Es un patrón casi perfecto.

—No lo sé.

—Vale, Hap. Cuando tenía nueve o diez años, un hombre lo violó; quizá su padre, que era predicador. O un predicador. O, si no era predicador, lo violó

alguien con autoridad, en quien confiaba. Aquello lo traumatizó y lo pervirtió. Y es un fanático religioso. ¿Vas por ahí?

—Sí, señor.

—Vale. Ha vinculado el fanatismo con su perversión, por eso hay una página de los Salmos en cada una de las revistas porno que encontramos. Ambas tienen relación con él. O quizá una parte de él sepa que lo que hace está mal y, quién sabe cómo, para su mente enferma los Salmos lo consagran. Pongamos que es un psicótico que mata en nombre de Dios. Aunque todo eso sea verdad, no nos acerca lo más mínimo a trincar al mamón. Vamos a intentar reunir las pruebas palpables, y tú puedes jugar a ser Freud en tu tiempo libre. A ver, ¿qué tenemos?

—Ahí está el problema —dije—. Me parece que no tenemos pruebas palpables. Lo que tenemos es lo siguiente, y es una hipótesis. Tu tío Chester e Illium eran amigos. Illium trabajaba en la iglesia, de ahí que la cabeza enferma de tu tío Chester pensara que los cupones eran importantes; intentaba señalarnos la iglesia. El cuadro nos llevó a la casa de los Hampstead y a lo que hay enterrado debajo. Ya hemos visto cuál era la conexión de los libros.

—Illium —respondió Leonard—. Quizá, a través del título del libro, intentaba indicarnos la naturaleza del criminal. Drácula es un mindundi en comparación con este tío.

—Creo que Illium y tu tío, probablemente por algo que Illium vio en la iglesia, se fijaron en Fitzgerald. Quizá fue por su forma de tratar a los chavales en las actividades, sobre todo a los ilegítimos. Y, vete a saber cómo, Chester e Illium lo vincularon con la casa de los Hampstead. A lo mejor porque nuestro amigo el reverendo peregrinó allí para alabar a la mancha de humedad o algo así. Illium lo seguiría a escondidas. Cuando Fitzgerald volvió a su casa para memorizar el sermón del día, el tío Chester e Illium investigaron y dieron con los cadáveres. Al menos con seis. Me apuesto lo que quieras a que los otros dos también están ahí.

—Y mi tío sacó uno de los cadáveres y lo escondió aquí mientras Illium y él seguían investigando por su cuenta; por si al colega se le ocurría mover los restos.

—Ahí es donde la cagaron, tendrían que habérselo dicho a la policía.

—Sí —dijo Leonard—. Pero, como no lo hicieron, y el cadáver se encontró aquí, dieron al reverendo una vía de escape.

—Efectivamente —dije—. A tu tío se le olvida todo, la palma y sale de escena. Si a eso le añadimos que Illium está muerto en el fondo de su embalse y hay revistas porno y ropa de niño en su sofá, el reverendo parece mucho menos sospechoso de lo que parecería en su día. El caso es que tenemos un montón de pruebas indiciarias, pero ¿son suficientes?

—¿Lo has pensado bien? —dijo Leonard—. ¿No podría ser que ese cabrón nos cae fatal y estamos intentando juntarlo todo como hizo mi tío, sin más? Tiene mala pinta, pero ¿lo que vemos es humo o niebla? Que todo apunte a la iglesia no implica que apunte a Fitzgerald.

—Lo he estado pensando, sí —respondí—. También he pensado que la última semana de agosto está a la vuelta de la esquina. Y que, si jugamos nuestras cartas antes de tener las pruebas, el cabronazo podría irse de rositas. Si eso pasa, no dejará de hacer lo que hace, pero probablemente se mueva con más cautela.

—Tampoco es que hasta ahora haya sido chapucero, ¿eh? —dijo Leonard—. Lleva muchos años haciéndolo.

—Estos chavales son, por así decirlo, como las prostitutas cuando son víctimas; se los considera prescindibles. Niños negros ilegítimos sin esperanza, ni futuro, ni nadie que se preocupe por ellos. Es fácil cargarse a alguien así y que no te pillen. Además, ten en cuenta que el asesino empezó a matarlos en una época en que la policía veía con muy malos ojos a la comunidad negra; eso sí es que ha cambiado lo más mínimo...

—Podría seguir indefinidamente.

—Exacto.

—¿Se te ocurre cuál puede ser nuestro próximo paso, míster Sherlock Freud?

—Vamos a esperar a que Hanson encuentre a Illium; luego lo pondremos al tanto de nuestras sospechas, le contaremos lo de la casa de los Hampstead, le enseñaremos lo que encontramos y a ver qué dice.

—¿Y mientras?

—Pues arreglamos el porche de MeMaw.

Leonard nos sirvió otra taza de café.

—Pasa algo más, ¿verdad? —me preguntó.

—¿Por qué lo dices?

—Se nota. ¿Es Florida?

—Sí.

—Anoche se fue a casa con Hanson, ¿no?

Me quedé mirándolo.

—¿Tú también lo notaste?

—Se ponían ojitos. También se olía en el ambiente; él rezumaba almizcle y ella estaba en celo.

—Gracias por la delicadeza.

—¿Y bien? ¿Lo hizo o no?

—Creo que sí.

—Lo siento, macho.

—Ya es mayorcita, puede hacer lo que quiera.

—Oye, la que la está cagando es ella. Tú eres buena gente, Hap, ella se lo pierde. Aunque es probable que Hanson la tenga más grande.

—Gracias, Leonard, tú sí que sabes animarme.

—Eh, para eso están los amigos.

28

Cuesta afrontar una realidad así: niños enterrados debajo de una casa, un asesino suelto y la hora de su próximo crimen acercándose rápidamente. También estaba el tema de que mi chica me había dejado por un tipo más viejo, y que Leonard y yo estábamos arreglando un porche.

Por suerte, el trabajo era reconfortante. Empezaba a gustarme la madera, su tacto y su olor al caluroso aire libre. Me encantaba la sensación de coger algo frágil e irrelevante y convertirlo en algo sólido y agradable. Me gustaba ayudar a MeMaw.

Aquel día MeMaw parecía exhausta, pero nos recibió con una sonrisa sincera de dientes postizos y de oreja a oreja y nos invitó al café de media mañana. Nos lo bebimos, aunque aún estábamos flotando en el que habíamos tomado para desayunar. Cuando acabamos, nos pidió que la ayudásemos a meterse en la cama; dijo que se encontraba más débil que de costumbre y que quería estar espabilada cuando llegase su hijo. La ayudamos a pasar del andador a la cama, Leonard la tapó con una manta fina y encendió un ventilador para que circulase el aire.

—¿No vamos a molestarte con los martillazos? —le pregunté.

—Con lo cansada que estoy, el único que puede despertarme es el Señor. Y, aun así, hoy va a tener que gritar.

—Pues descansa, MeMaw.

Así, tumbada, se la veía aún más anciana. No parecía una persona, sino una mantis religiosa: solo huesos y piel tersísima. Se quedó dormida antes de que saliésemos de la habitación.

Trabajamos haciendo el menor ruido posible y, bien pasado el mediodía, a Leonard le entraron ganas de hamburguesas y patatas fritas y decidió usar uno

de los cupones del tío Chester. Yo me quedé, y me metí a gatas bajo la casa para sacar varios maderos viejos y llevarlos al vertedero. Se habían desprendido de la parte inferior del porche hacía mucho tiempo y estaban húmedos y podridos; toda una tentación para las termitas.

Seguía ahí debajo cuando el porche chirrió sobre mi espalda como una rata enferma. Me imaginé que sería Leonard. Me dirigí a gatas hacia la parte delantera de la casa y salí de debajo del porche, preparado para hincarle el diente a mi hamburguesa. Pero no era Leonard, sino un hombre negro que tendría mi edad y mi altura y al que reconocí de inmediato, aunque no nos habíamos visto nunca. Llevaba un traje barato de color azul y me miró como si fuera una serpiente salida de debajo de la casa.

—¿Quién eres tú? —dijo, con cara de estar listo para pelear.

—Hap Collins —respondí—. Tú eres Hiram, ¿verdad?

Se quedó mirándome unos segundos.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Te he visto en fotos, soy amigo de MeMaw. Mi colega Leonard y yo estamos arreglándole el porche.

—¿De dónde ha sacado el dinero?

—No le hace falta. Paga con pasteles.

Esbozó una sonrisa, lentamente. Entonces reconocí esa expresión típica de Leonard, que destilaba confianza, como si fuese inmortal y lo supiera. MeMaw llevaba razón, se daban un aire.

Le tendí la mano.

—Encantado.

—Igualmente —dijo, estrechándomela.

—Está durmiendo. Ha dicho que quería estar descansada cuando vinieses. No sabía que se refería a hoy.

—No lo sabía seguro, pero he llamado y le he dicho que probablemente me pasara. Siempre vengo en esta época del año, que es cuando me dan vacaciones en el trabajo.

Con un ademán de la cabeza, señaló su furgoneta blanca, aparcada en el camino de gravilla. Vi que en la puerta del conductor se leía, con letras de plantilla: «Suministros Escolares del Este de Texas».

—Es verdad —dije—, eres viajante comercial.

—Soy capaz de venderle unos calcetines a un tipo sin piernas, Hap.

A juzgar por su tono de voz, no me cupo la menor duda.

—Pero a los colegios no les venderás calcetines.

—No.

—¿Lápices? ¿Cuadernos?

—Nada de eso. Eso lo compran en la papelería. Yo llevo banderas estadounidenses, de Texas... Cosas así, y las vendo sobre la marcha. Y también me hacen pedidos de mástiles, podios, sudaderas, anillos de graduación y cosas por el estilo. El trabajo consiste esencialmente en conducir de aquí para allá, hablar por los codos y enseñar mucho los dientes.

Al otro lado de la calle, Leonard aparcó en el camino de gravilla del tío Chester y bajó del coche con una bolsa blanca y grasienta de la hamburguesería. Cruzó y saludó con la cabeza a Hiram.

—Hombre, el hijo de McMaw —dijo.

Hiram sonrió.

—El mismo. ¿Eres el amigo de Hap?

—Joder —respondió Leonard—, qué poco me gusta que me pongan en ese brete.

Hiram soltó una carcajada, como si le hubiese hecho gracia de verdad. Sin duda tenía maneras de vendedor, pero también parecía un tipo legal.

—Podemos compartir esto —dije.

—Nah, gracias. Supongo que mi madre tendrá algo en el frigo.

—Solo tiene cosas que saben como la ambrosía de los dioses —dijo Leonard—. No me explico cómo puede apetecerte comer eso en vez de compartir nuestras hamburguesas.

—Soy un hombre testarudo —dijo Hiram—. Voy a entrar sin hacer ruido a ver cómo está mi madre. Vosotros descansad. Y gracias por esto. Si no estuviese tan sumamente cansado, os echaría una mano. Llevo todo el día en el coche, vengo desde El Paso.

—Eso está en las antípodas —dije.

—Ya te digo.

—Oye, Hiram —dijo Leonard—, vamos a avanzar un poco, luego nos llevaremos algo de madera para dejar esto despejado y paramos un rato. Tenemos que comprar clavos y demás para acabar el porche.

—¿Necesitáis dinero? —preguntó Hiram.

—Corre de nuestra parte —respondió Leonard.

Hiram sonrió y nos dio las gracias, antes de entrar sigilosamente y cerrar la puerta.

Tal y como estaba el mundo, y sabiendo las cosas que sabía, me alegró ver que no todo se iba a pique. Era grato comprobar que los hijos aún querían a sus madres e iban a verlas. Que no todo el mundo tenía niños muertos enterrados debajo de su casa.

Sobre las dos de la tarde, justo cuando acabábamos de volver del almacén de madera con clavos y demás, Hanson aparcó en el camino de gravilla del tío Chester y bajó del coche. Lo acompañaba el poli blanco, Charlie. Llevaba el mismo traje de raso verde del Kmart que le había visto la última vez, pero ahora completaba su atuendo con un sombrero *pork pie*. A lo mejor para no tener que soportar a una mosca latosa.

Charlie se quedó en el coche y Hanson cruzó a casa de McMaw, donde nos encontró trabajando.

—¿Tenéis un momento, chavales? —dijo.

Dejamos el material, volvimos a cruzar y entramos en la casa con ellos. Antes de que nos sentáramos en la mesa de la cocina, Hanson dijo:

—Charlie está al tanto. Necesitaba algo de ayuda.

Miré a Charlie. Tenía la misma expresión que siempre: sosegada, un tanto aburrida, vieja para su edad, apática, bobalicona. Me dije que sería igual de apático y bobalicón que un zorro con piel de borrico.

—Bueno, ¿cómo ha ido? —dije cuando nos sentamos.

—Pues estaba ahí —respondió Hanson.

—¿Lo habéis identificado? —preguntó Leonard.

—Es Illium Moon. Parece un suicidio, si aceptamos el clásico método de la biblioneta en el embalse.

—Efectivamente, es raro de cojones —dije.

—He visto cosas más raras —respondió Hanson—. Vi a un tipo que peló el cable de una lámpara y metió el extremo bueno en un enchufe y el pelado en un vaso de agua, junto a su cipote. Se quedó frito.

—¿El cipote? —preguntó Leonard.

—Y lo demás también —respondió Hanson.

—Volviendo a Illium —dije—, ¿habéis encontrado sus cositas en el sofá?

—Sí.

—¿Y?

—Opino como vosotros —dijo Hanson—; es un montaje. Demasiado perfecto, no me jodas.

—Sí —dijo Charlie—. Algunas de las prendas estaban nuevas. Podrían ser de víctimas recientes, pero lo dudamos mucho.

—Quien se cargó a Moon —continuó Hanson— quería hacerlo pasar por el asesino de los chiquillos, que se quedó con suvenires de sus víctimas, pero no quiso entregar los auténticos, que seguro que los tiene. Estos asesinos siempre tienen. Está dispuesto a perder unas cuantas revistas, pero las prendas que llevaban las víctimas son demasiado especiales para un enfermo de estos.

—No podía separarse de ellas —dijo Charlie—, así que fue al Kmart y compró unas cuantas. Ya lo he comprobado. A mí también me gusta comprar ahí.

—Tienen ofertas de la hostia —dije.

—Sí, y te cambian las cosas sin ponerte pegas si no te quedan bien —confirmó Charlie.

—Conozco a un hombre al que le gusta el Wal-Mart precisamente por eso —respondí.

—Ya —dijo Charlie—, el Wal-Mart también está bien.

—¿Estáis hablando de compras? —preguntó Hanson.

—Este está siempre con el trabajo —dijo Charlie—. No es capaz de desconectar ni un segundo.

Hanson le hizo caso omiso y, tras sacar su puro desgastado, se lo llevó a la boca y empezó a jugar con él, de un lado a otro.

—Varios de los vaqueros son de marcas y colecciones de esta temporada —dijo—. Quizá haya alguna prenda auténtica, algo que perteneció a uno de los chiquillos muertos, pero ya está. Me apostaría la carrera.

—La verdad es que, tal y como están las cosas —apuntó Charlie—, también te estás apostando la mía.

—Sería una auténtica pérdida, ¿eh? —dijo Hanson, y se volvió hacia nosotros—. Creo que los periódicos van a darle caña a Moon. Ahí no puedo

hacer nada. Podemos retener un tiempo lo que hemos encontrado, pero no mucho. Lo mejor que podemos hacer es demostrar la verdad, que ha sido un montaje. ¿Habéis echado un vistazo a los documentos?

—Claro —dije.

—¿Hay algo?

—Quizá —respondí.

—No te hagas de rogar, anda —dijo—. Hemos llegado a un acuerdo.

—Y sigue en pie —intervino Leonard—. El acuerdo es que te decimos lo que sabemos cuando queremos que lo sepas.

Hanson se sacó el puro de la boca, se lo metió al bolsillo de la chaqueta y respiró hondo, como si le doliese el pecho. A mí también me dolió. No estaba seguro de si hacíamos bien guardándonos información. Quería respetar las reglas de Leonard, pero no tenía claro cuánto tiempo aguantaría. Estaba empezando a asustarme.

—A ver —dijo Hanson—, os estoy siguiendo la corriente porque creo que tenéis algo y lo quiero, y no quiero que me cueste horrores conseguirlo. Pero, como empecéis a pensar que somos amiguitos, como os creáis que esto es un juego, os voy a retorcer el pescuezo. Voy a aplastaros con todo el peso de la ley, y ríete tú de los portadores chinos.

—Hostias —dijo Leonard—, creo que se me ha acelerado un poco el pulso.

Hanson pareció hincharse.

—Tú sigue dándome por culo, so listillo, tú sigue dándome por culo que ya verás cómo acabas.

—No te daría por culo ni con la polla de Hap —dijo Leonard—. Qué coño, ni siquiera con la polla de Charlie.

Hanson se abalanzó sobre Leonard, pero Charlie lo frenó, y yo puse un brazo en el pecho de Leonard.

—Venga, vamos a tranquilizarnos, chavales —dije.

Hanson volvió a respirar hondo. Intentó esbozar una sonrisa, pero puso la misma cara que quien acaba de darse cuenta de que tiene una mierda de perro en la boca.

—Vale —dijo—. No pasa nada, estoy tranquilo. Voy a jugar con vuestras reglas. Pero por poco tiempo. Por muy poco tiempo, eso lo sabe Dios y su

padre.

29

Una noche de relámpagos. Una cama gigante.

Por alguna razón, Leonard descubrió que el sofá era más de su agrado, así que yo me había quedado la cama. Aquello estaba genial mientras duró lo mío con Florida, pero ahora me parecía que era de justicia intentar convencerlo para cambiar. Decidí que ese sería uno de los principales temas de conversación del día siguiente: por qué yo debería quedarme con el sofá cama y él con la cama. En plena noche esas cuestiones cobraban relevancia.

Me puse a contar ovejas, me esforcé por recordar los nombres de todos los perros que había tenido, intenté dejar la mente en blanco: hice todo lo que uno hace cuando no puede dormir, en vano. Pensé en Florida. En su forma de sonreír y de hablar, en las noches que habíamos pasado juntos. Aquella primera noche, especial, en la que hicimos el amor; la noche en el mirador, cuando creí que nuestra relación se estaba consolidando.

Pensé en Hanson. Quería cabrearme con él, pero no había hecho nada, salvo reaccionar como tenía que reaccionar. Qué coño, el cabronazo hasta me caía bien. En serio. Era un tipo fantástico. Solo esperaba que se le cayera la polla a trozos.

Me levanté y me quedé un rato sentado junto a la ventana, observando los brincos de los relámpagos. Cuando me aburrí, me fijé en los camellos y en los yonquis, que entraban y salían más rápido que los clientes de un *autoburger*. Agucé el oído, intentando oír las conversaciones, pero solo se oía un murmullo de fondo, alguna que otra carcajada ocasional y la música; a mi ventana llegaba sobre todo la vibración del bajo, con lo que, más que oírlo, lo sentía.

Cuando me cansé, me puse los pantalones del chándal, hice unos cuantos movimientos de aikido y boxeé un rato contra el aire; luego encendí la luz de

la mesilla, me tumbé en la cama e intenté retomar la lectura de *La banda del más allá*.

Estaba consiguiendo concentrarme cuando, alrededor de la medianoche, oí una especie de gemido. A continuación, se oyó un golpeteo debajo de la casa, seguido del silencio.

Permanecí atento durante unos segundos, pero no se repitió. Supuse que un perro se había colado debajo de la casa y, tras darse un golpe en la cabeza, se había marchado con las mismas; sin embargo, estaba demasiado nervioso para quedarme así. Últimamente, entre lo que habíamos descubierto y los gilipollas de al lado, me bastaba oír el piar de un pájaro o un cuesco de Leonard para ponerme alerta.

Apagué la lámpara de la mesilla, salí de la cama, me puse los zapatos y, revólver del calibre 38 en mano, me dirigí al salón.

Leonard se había levantado y se estaba calzando. Él también lo había oído. La luz de la luna que entraba por la ventana me permitía verle la cara. Me hizo un gesto con la cabeza y, tras acercarse al armario y abrirlo sigilosamente, sacó la escopeta de corredera del calibre 12.

—¿Delantera o trasera? —preguntó.

—Delantera.

—Quédate en la puerta y cuenta hasta veinticinco. Así vamos más o menos sincronizados.

Me acerqué a la puerta y, haciendo el menor ruido posible, descorrí los cerrojos. Iba por quince cuando oí a Leonard abrir la puerta trasera y salir sigilosamente. El gilipollas había contado muy deprisa. Abrí la puerta principal y salí como una flecha al porche, encorvado.

Los rayos plateados de la luna y la luz de las estrellas iluminaban el exterior, y al este seguían los relámpagos. Se veía bastante bien, pero no había nada que ver.

Me quedé inmóvil, aguzando el oído, y me sentí un poco tonto. Lo único que se oía era a los gilipollas de los vecinos. Sus voces. Su música. Miré a su casa y, aunque la luz del porche estaba apagada, vi un par de personas. Los oía hablar, pero no estaban mirando hacia mí. Bajé con sigilo los peldaños del porche y volví a detenerme, atento. Ahora sí que oí algo.

El gemido. Me recordaba un poco a un perro que tuve de pequeño. Nuestro vecino, al que no le gustaba un pelo que el perro excavase en sus parterres, le

dio carne de hamburguesa cruda con trozos de cristal dentro. El perro murió. Cuando mi padre se enteró de lo que había pasado, le dio una buena tunda al vecino e intentó que se comiera un metro del mango de su rastrillo. Acabó usando la cabeza del vecino para arrancar sus flores. A mi padre le gustaban los animales; las petunias se la sudaban.

Me dirigí lentamente hacia el sonido, que ya era continuado y se había convertido en un quejido. Doblé la esquina de la casa y vi a Leonard a cuatro patas. Había apoyado la escopeta en el suelo y estaba entrando por un hueco en la chapa que revestía la parte baja de la casa.

Cuando llegué hasta él, Leonard ya estaba retrocediendo y tirando de algo para sacarlo. Era un niño. Lo tenía agarrado de los pantalones y, cuando lo sacó del todo, lo reconocí a la luz de la luna. Era el chaval que se había metido el chute de jaco en el porche del tío Chester; al que luego vimos con un busca.

El chico estaba temblando, con los ojos en blanco, y emitía ese sonido que me recordaba a mi perro. Se le veía muy mal, no parecía saber dónde estaba. Se había metido debajo de la casa como un animal herido, buscando la oscuridad y el tacto frío de la tierra. Me resultó curioso que el hueco por el que se había colado, el que había escogido para esconderse e intentar soportar el dolor, estuviese justo debajo del suelo que Leonard y yo acabábamos de poner, a pocos metros de donde encontramos el arcón con los siniestros huesecitos. Entonces caí en la cuenta de que el niño de mi sueño, el que había visualizado en el arcón, con los huesos con carne colgando, tenía la cara de ese chaval.

—Parece que no está herido —dijo Leonard—. No veo sangre.

—Sobredosis —respondí—. Está con un colocón de caballo.

—Qué hijos de puta —dijo Leonard—. Es un crío.

Le pasé el revólver a Leonard y levanté al chaval.

—Voy a llamar a la ambulancia.

Empecé a cruzar la calle para ir a casa de McMaw y oí a un gilipollas gritar desde el fumadero de *crack*.

—¡Eh! ¿Qué es eso?

La voz del tipo me rayó el cerebro como el papel de lija. Más adelante, al recordarlo, comprendí que esa voz había sido la gota que colmó el vaso, el catalizador para lo que ocurriría después. Oí la voz y me acordé de lo que

estaba pasando en la casa de al lado, y pensé: mientras Leonard y yo intentamos evitar que un chalado siga torturando y asesinando niños, aquí al lado, yendo en contra de la ley, sin que a esta parezca importarle ni les ponga trabas de ningún tipo, un puñado de holgazanes con los huevos sudados están haciendo algo parecido y nosotros no movemos un dedo para impedirlo. La adicción torturaba y acababa matando a los chavales; mientras tanto, los camellos ganaban una pasta gansa y se hacían colegas del agente de fianzas, que casi los trataba como a hombres de negocios.

Subí al porche y llamé a la puerta con el pie, gritando:

—McMaw, Hiram, es una urgencia, soy yo, Hap.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió. Era Hiram, mirándome a través de la mosquitera. Iba en bata y se le dibujó una expresión extraña en la cara. Como si le estuviese entregando un pedido a domicilio.

—¿Qué...? —dijo.

—Espabila, macho. Es una urgencia.

El chaval estaba temblando en mis brazos. Lo miré y vi que le caía un hilo de saliva por la boca, mientras intentaba poner el cuerpo en posición fetal.

—Claro..., claro —dijo Hiram, abriendo la mosquitera.

Entré a toda prisa.

—Hay que llamar a la ambulancia —dije—. Lo hemos encontrado junto a la casa. Creo que es una sobredosis.

—Yo me quedo con él —dijo Hiram—. No hace falta despertar a mi madre. Está enferma.

Le pasé el chico a Hiram, que lo agarró y se quedó mirándolo, antes de rodear la mesa y llevárselo a la habitación trasera. Descolgué el teléfono y llamé a la ambulancia. En cuanto colgué, oí el disparo de una escopeta.

Salí de la casa a toda prisa, encorvado, y vi a Leonard en el jardín de los camellos, escopeta en mano. Volvió a disparar al lateral de la casa, gritando:

—¡Fuera todo el mundo!

—¡Leonard! —le grité, cruzando la calle a la carrera.

Pero no me dio tiempo; había llegado al porche de los vecinos, donde aún había un tipo, interponiéndose entre él y la puerta principal. No porque fuese valiente, sino porque se había quedado petrificado. Leonard se le acercó y lo apartó de un empujón. El tipo cayó por el porche, rodó sobre la hierba y, acto

seguido, se levantó y puso pies en polvorosa.

Leonard intentó abrir, pero habían cerrado por dentro. Llegué al porche justo cuando gritó «¡Apartaos, hijoputas!» y, de un disparo, abrió un boquete en la puerta por el que cabía una cabeza.

Lo agarré del hombro.

—Para, macho.

Leonard se volvió y me miró fijamente. En sus ojos vi lo mismo que había sentido yo hacía unos minutos: rabia, frustración.

—No puedes matarlos, Leonard.

—Pero puedo matar la casa.

Le quité la mano del hombro y retrocedí. Le pegó una patada al agujero del disparo, que se agrandó; y luego otra, rompiendo uno de los entrepaños. Entonces, raudo como una nube de verano que pasa frente al sol, dio el golpe definitivo, que destrozó la puerta, y entró.

Yo lo seguí de cerca. El interior apenas estaba iluminado.

En cuanto cruzamos el umbral, el Mohicano y el tipo al que yo había apodado la Carroza emergieron de la oscuridad, abalanzándose sobre Leonard y cogiéndolo uno de cada lado; el Mohicano bloqueó la escopeta contra su cuerpo y gritó:

—Venga, nena.

Entonces, por encima del hombro de Leonard, vi que una mujer blanca y esquelética, con el pelo graso, que solo llevaba unos *shorts*, puso una pequeña automática en la cara de Leonard y apretó el gatillo.

No pasó nada. La pistola se había encasquillado. Una ráfaga de adrenalina me atravesó como un chorro de petróleo que asciende hasta la superficie.

Asté un derechazo en la sien al Mohicano, que aflojó la presa, y Leonard pudo pegarle una patada en la barriga a la mujer y mandarla a la otra punta del pasillo.

Le clavé los dedos en la cara al Mohicano para arañarle los ojos y, girando ligeramente, le di una patada en la cara externa de la rodilla. No lo pillé de lleno y no se la rompí, pero pegó un grito, soltó a Leonard del todo y, retrocediendo, cayó a una habitación que tenía la puerta abierta.

Mientras Leonard le arreglaba los dientes a la Carroza con la culata de la

escopeta, pasé a su lado y agarré a la mujer. Era evidente que estaba puesta de algo y no sentía dolor. Tras caer de rodillas había vuelto a coger el arma y me apuntó a la entrepierna, pero pude apartarla de un manotazo y, agarrándola de la cabeza con ambas manos, le di un rodillazo en la cara con todas mis fuerzas. Pensé que no tardarían en ponerse en contacto conmigo desde el Club Sureño de la Virilidad, pero me importó una mierda: si tú intentas joderme, yo te jodo. La mujer retrocedió con la nariz aplastada, chorreando sangre, y la pistola se disparó; una nube de yeso salió de la pared. Le pegué otro rodillazo y soltó la automática, que cayó al pasillo. De pronto, varios tipos salieron de la nada. Estaban por todos lados, eran al menos media docena, y uno de ellos se me acercó por detrás y me sujetó con una llave Nelson. Abrí las piernas para bajar el centro de gravedad y, empujando con fuerza con ambas manos, logré zafarme de él. Giré sobre mí mismo y le di un codazo en la oreja. Siguiendo el movimiento, pasé el otro brazo por detrás de su cabeza y, bajándolo, le asesté un rodillazo en la ingle. Luego le di una patada en la cara interna de una rodilla, y de la otra, que al quebrarse sonó como una baqueta de tambor astillada.

Recibí un puñetazo en la sien y otro en el riñón y solté un grito. Tras girarme, golpeé a un tipo con el antebrazo y vi a otro desplomarse por un patadón de Leonard, y vi que Leonard estrellaba la culata de su escopeta contra otra cabeza, y ya no pude ver a Leonard porque yo también tenía faena.

Solté varios puñetazos y patadas, pero sobre todo rodillazos y codazos, porque las condiciones laborales eran duras. Varios tipos echaron a correr hacia la puerta, huyendo de nosotros. Se oyó a una mujer chillar al fondo de la casa, y también los gritos de algunos hombres, y luego el portazo de la puerta trasera: muchos de los yonquis que estaban comprando se habían largado por piernas.

Eché un vistazo a la mujer esquelética, que aún no había vuelto en sí.

Luego miré a mi espalda. La Carroza estaba con el culo en el suelo y la espalda apoyada contra una pared, inconsciente; la sangre le chorreaba por la boca, manchándole el pecho. El gorro de ducha seguía en su sitio: una relación calidad precio imbatible.

Otro tipo, al que le había roto la rodilla, estaba en el suelo gritando tanto que creí que iba a hacerme papilla el cerebro. Leonard se le acercó y le asestó una patada en la cara, seca. Lo sujeté para evitar que le diera otra.

Luego me dio la espalda y se dirigió a la habitación en la que había caído el Mohicano. Entré justo detrás de él. El Mohicano estaba sobre la cama, de rodillas, revólver en mano, apuntando a Leonard. El arma vibraba como la cuerda de una guitarra.

—¡Para! ¡Para ya! —dijo el Mohicano—. Voy a volarte la polla de un balazo. No te acerques, negrata chalado de mierda.

Y Leonard, que en verdad parecía estar chalado, poseído como si le hubiesen metido un soldador incandescente por el culo, se acercó sin titubear. El Mohicano no disparó porque estaba cagado; temía que las balas rebotaran en el pecho de Leonard.

Leonard arrojó la escopeta a la cama y, estirando el brazo, cogió el cañón del arma del Mohicano y se la arrancó, mientras que con la otra mano lo agarraba del cuello. Tiró el arma al suelo y, tras darle la vuelta al Mohicano, pasó el antebrazo por debajo de su barbilla y le hizo una llave asfixiante de yudo, de esas que no cortan el aire, pero sí el riego sanguíneo al cerebro. Al verlo, supe que Leonard volvía a estar en su sano juicio.

El Mohicano se revolvió unos segundos, pero al poco paró.

Le puse una mano en el hombro a Leonard.

—Suéltalo, macho.

Leonard lo soltó y el Mohicano cayó de la cama y se dio de bruces contra el suelo. Estaba inconsciente. Con esa llave es cuestión de segundos.

Leonard agarró al Mohicano de los pies y lo sacó a rastras de la habitación. Desde el pasillo, vi como lo llevaba al porche delantero y bajaba los peldaños, que la cabeza del Mohicano percutía como bongos. Lo dejó tendido en la hierba y volvió a entrar. Se inclinó para agarrar a la Carroza de la pechera, lo puso de pie y, tras cargarse al hombro al cabronazo, que pesaría un quintal, se volvió hacia mí.

—Hay que sacarlos —dijo.

Me acerqué a la mujer y la cogí en volandas. Pesaba poquísimo. Se apoderó de mí una efímera sensación de culpa por haberla noqueado, pero luego me acordé de la pistola apuntada a mis huevos y de que había intentado disparar, y me entraron ganas de volver a darle. La saqué al jardín y la dejé entre el Mohicano y la Carroza. Volví a entrar y agarré al tipo de la rodilla rota, lo llevé al porche y lo lancé a la hierba. Gritó desde el principio, pero sobre todo cuando se dio el trompazo contra el suelo.

A lo lejos ya se oía la sirena de la ambulancia.

—Adentro —dijo Leonard.

Entramos a la habitación donde estaba el Mohicano. Leonard bajó el colchón de la cama y, tras sacarlo, lo dejó en el pasillo. Yo lo seguía como un trozo de papel higiénico pegado a la suela de su zapato.

Nos dirigimos a la cocina y Leonard hurgó hasta encontrar una caja de cerillas. Intentó abrirla, pero estaba tan tenso que se le cayó. La recogí y la abrí; saqué una cerilla, la encendí con el lateral de la caja y se la pasé.

Él me miró esbozando una sonrisa. Era la sonrisa del demonio. Puso la cerilla en la cortina de la ventana de la cocina, que empezó a arder. Saqué otra cerilla, me acerqué a una bolsa con basura a rebosar, encendí la cerilla con la encimera y me quedé mirando la llama. En ella vi al chaval con sobredosis, vi los cadáveres enterrados bajo la casa, los huesos en el arcón, la silueta borrosa de Illium.

Dejé caer la cerilla sobre una caja de Hamburger Helper impregnada de grasa. Al cabo de unos segundos, la bolsa estaba en llamas. De una patada desplacé la basura ardiendo bajo la mesa de la cocina y, al instante, el fuego se propagó al hule. La propia mesa estaba abarrotada de basura y no tardó en prender.

Volvimos al pasillo y Leonard sacó su navaja del bolsillo y rajó el colchón. Lancé otra cerilla sobre el relleno y el colchón ardió con vehemencia.

Repetimos la jugada con las cortinas y las sábanas de la habitación. Leonard recuperó su escopeta y pasamos al baño, donde encontramos varias botellas de alcohol en el botiquín. Las vaciamos, rociándolo todo, y bastó otra cerilla para que las llamas ya subiesen por las paredes.

Cuando salimos por la puerta principal, habíamos gastado las cerillas y el incendio se había propagado por toda la casa. Había varios paramédicos en el jardín, ocupándose del Mohicano y los otros. Vimos la ambulancia aparcada junto a la acera.

—Esos cabronazos no —dijo Leonard, apuntando hacia el otro lado de la calle—. Hay un niño allí.

Uno de los paramédicos nos miró y, al percatarse de la escopeta de Leonard, dijo:

—Tranquilo, colega. Estamos en ello.

Miré a casa de McMaw. Seguro que, por muy enferma que estuviese, se había levantado. Todas las luces estaban encendidas y vimos otra ambulancia enfrente, donde los paramédicos metieron una camilla. Hiram estaba en el porche, mirándonos. Las luces rojas y azules de la ambulancia se reflejaban en su cara, mezclándose con la bombilla amarillenta del porche. No levantó la mano para saludar.

Me volví hacia lo que quedaba del fumadero de *crack*. Se veían las llamas al otro lado de las ventanas, que brillaban como las calabazas de Halloween. Una de las ventanas estalló de pronto, y una densa espiral de humo negro ascendió hacia la noche junto a una tufarada, probablemente plástico quemado, o quizá todo el mal concentrado en esa casa en llamas.

—Joder, estas casas viejas con estructura de madera prenden en menos que canta un gallo —dijo Leonard.

—Sí —respondí—. La madera se reblandece con los años.

Volvimos a casa del tío Chester. Leonard había tirado al porche mi revólver del ³⁸, y me indicó dónde estaba para que lo recogiese.

Entramos a esperar lo inevitable.

30

Los calabozos son muy pequeños y la comodidad escasea. Y aquel olía a caseta de perro. Leonard y yo estábamos sentados en el suelo con otros diez tipos; el cemento estaba frío y duro y no se veía ni un mísero cojín. Un borracho no dejaba de intentar ponerme la cabeza en el regazo y se empeñaba en llamarme Cheryl.

Había un váter en la celda, pero, si te sentabas a plantar un pino, todo el mundo te miraría. Yo puedo con casi todo, pero me gusta tener mi intimidad para ir al baño. En mi diccionario, la defecación no es un deporte de masas. No necesitaba ir, pero me preocupaba la situación, llegado el caso. Los barrotes y la pared de la celda, claro está, estaban pintados de un azul muy acogedor; se supone que relaja, facilita el apretar y agiliza el tránsito. Sin embargo, si la memoria no me falla, el verde es mejor. Quizá pudiese planteárselo al carcelero y concertar una cita con el alcalde.

Otro aspecto negativo de los calabozos es que no sueles encontrarte con muy buena gente, que digamos. Muchos son criminales.

No había ni rastro de los tipos con los que la habíamos tenido. Imaginé que la Carroza estaría en manos de un cirujano maxilofacial y los demás en el hospital. No obstante, nos acompañaban auténticos piezas. Uno de ellos, un blanco grasiento con la complexión de una nevera industrial y una esvástica roja tatuada en la frente, sacó la polla por los barrotes y le meó la pierna a un carcelero. Otro policía se acercó gritando y el tipo apuntó el chorro contra él y lo mojó. El poli golpeó los barrotes con la porra, acordándose de su madre, y el hombretón se giró, soltando una carcajada y sacudiéndose las últimas gotitas.

—Putos gilipollas —dijo el gigante, y al instante dejó de sonreír y repasó con la mirada a todos sus compañeros de celda—. Y vosotros también sois

unos gilipollas —añadió.

Ninguno de los gilipollas que estábamos allí se lo discutimos. Leonard y yo éramos unos gilipollas exhaustos y maltrechos. El hombretón, sin guardarse la polla, se dirigió con gran parsimonia al otro extremo de la celda e intimidó con una mirada fulminante a un chaval mexicano, enclenque y de cara triste. Que un tío con la polla sacada se quede mirándote fijamente pone nerviosete a cualquiera.

Hanson se acercó a los barrotes y observó la celda. Llevaba una camiseta negra, vaqueros y, si no me engañaban los ojos, zapatillas. Con esa camiseta iba marcando barriga, pero parecía dura como un caldero. El extremo húmedo de su puro despuntaba del bolsillo de la camiseta. Lo saludé con un ademán de la cabeza. Él esbozó una sonrisa falsa y abrió los brazos con gesto acogedor.

—¡Chavales! ¿Cómo estáis?

—Un poco cansados, subinspector —dijo Leonard.

—Allanamiento, agresión e incendio provocado —respondió Hanson—. Son cosas que cansan. Carcelero, ábrales.

Y el carcelero nos abrió. Hanson se detuvo en el umbral de la puerta abierta.

—Venid, chavales —dijo.

Nos levantamos y nos encaminamos hacia la salida. El gigante con la polla fuera nos siguió.

—Tú no —le soltó Hanson, y, tras dejarnos pasar, rechazó al tipo de un empujón en el pecho.

—Te vas a enterar, mamonazo —le respondió el hombretón, echando la cadera hacia adelante, como si fuese a mearle. Con un gesto rapidísimo Hanson le agarró la polla y dio un tirón, como quien chasquea un látigo. El tipo silbó cual globo que se pincha de repente y se puso de rodillas.

—Guárdate eso —dijo Hanson— o te la arranco y me hago una tabla decorativa con ella.

Hanson salió de la celda y el carcelero cerró la puerta de barrotes; luego, de un empujoncito, nos invitó a enfilear un pasillo.

Llegamos hasta una puerta y Hanson, pasando entre nosotros, la abrió. «Caballeros», dijo.

Entramos a una oficina llena de humo. Charlie estaba tras el único escritorio que había en la sala, con los pies encima —tenía las suelas de los zapatos desgastadas—, leyendo un periódico cutre. Había colgado la chaqueta en el respaldo de la silla y llevaba una camisa de pijama verde, con los faldones metidos en los primeros pantalones que había pillado, y el sombrero *pork pie* echado ligeramente hacia atrás.

El Mohicano estaba en una silla plegable de metal, en el lado izquierdo de la sala. Ahí, sin más, fumándose un cigarrillo. Frente a él, en el suelo, había un cenicero lleno de colillas, con muchos cigarros aplastados alrededor.

Charlie no estaba prestando la más mínima atención al Mohicano, y tampoco nos miró cuando entramos en la sala; seguía concentrado en la lectura de su periodicucho.

En el lado derecho de la oficina, envuelta en el humo de Charlie, vimos a Florida. Estaba reclinada en la pared, junto a otra silla plegable. Llevaba vaqueros y una camiseta blanca ceñida; parecía un bombón. Aquello era justo lo que necesitaba en ese momento. Sabía, eso sí, que estaría allí. Era nuestra abogada y, cuando me permitieron hacer una llamada, marqué su número.

—Hola, Hap —dijo.

—Hola, Florida —respondí—. Gracias.

Leonard la saludó con la cabeza.

—Charlie, vigílalos —dijo Hanson—. Tengo que lavarme las manos, que le he agarrado la polla a uno.

Charlie no levantó la vista de su periodicucho, sino que se limitó a hacer un gesto con la mano. Hanson cerró la puerta al salir.

Miré al Mohicano y el Mohicano me miró a mí. El pobre había tenido días mejores. Llevaba la cresta ligeramente inclinada a la izquierda y en su actitud no había un ápice de chulería. Tenía un chichón en la sien, donde lo había golpeado. Sus ojos pasaron de mí a Leonard.

Leonard le sonrió, con una de esas sonrisas tuyas que uno preferiría no ver. La nuez del Mohicano subió y volvió a bajar. Y luego clavó los ojos en el suelo. El cigarrillo que sostenía entre los dedos estaba consumido y a punto de quemarle la piel. Le dio una última calada y lo tiró. Casi cae en el cenicero.

—¿Dónde coño está mi abogado? —dijo—. Ellos tienen a su abogada aquí, yo quiero al mío.

—Para eso tienes que llamarlo —le respondió Charlie, y pasó una página.

—Pero si no me habéis dejado llamar a nadie, macho —respondió el Mohicano—. Eso no es legal.

—Eh —dijo Charlie—, estamos liados. Cada cosa en su momento.

—Sí, se te ve liado —le soltó el Mohicano.

—El trabajo de la mente es sutil —apuntó Charlie.

Durante la breve conversación, Charlie no se dignó levantar la mirada del periódico ni una sola vez. Siguió leyendo. Tras unos segundos, sin levantar la cabeza, dijo:

—Qué cosas más raras pasan en el mundo. Han encontrado una imagen de Elvis en una tumba egipcia. —Bajó el periódico y me miró—. ¿Lo sabías, Hap?

—¿Estás de guasa? —dije.

—No estoy de guasa. Ahí pintada, en la puta pared. Tenía el pelo engominado hacia atrás y todo. Llevaba un mono blanco y gafas de aviador. Lo dice aquí el artículo. Hay una foto.

—Ah, ¿sí? —pregunté.

—Sí —respondió Charlie—. Van a seguir indagando en la tumba, confían en encontrar una momia con la máscara funeraria de Elvis.

—Joder, estás al tanto de todo —dije.

—Te sorprendería la de cosas que sé —respondió Charlie—. Procuero informarme de los últimos acontecimientos. Estoy a la última. Tan a la última que he tenido que salir de la cama cuando me han avisado de un incendio y de que lo habéis provocado vosotros dos, par de gilipollas.

—Miramos por la ventana y vimos el fuego en la casa de al lado —dijo Leonard—. Fuimos a ayudar para poner a las víctimas a salvo. Somos héroes, qué coño.

—¡El hijoputa es un puto mentiroso! —gritó el Mohicano.

—¡Tú ahí sentado, Melton! —respondió Charlie.

—No digas nada más —le dijo Florida a Leonard—. Hap y tú tenéis que estar calladitos. Os irá mejor así.

—Joder, pues están apañados —intervino Charlie—; a Hap y a Leonard les encanta hablar.

—Eso es verdad —dijo Leonard—. No nos callamos ni debajo del agua. Hanson abrió la puerta y fue directo a la mesa.

—¿Te importa devolverme la silla? —le dijo a Charlie.

—Nah —respondió él—, no pasa nada.

Charlie se levantó y se acercó al Mohicano.

—Levanta, Melton.

El Mohicano miró a Charlie. Charlie esbozó una sonrisa y el Mohicano se levantó y se recostó en la pared, mientras Charlie se repantigaba y apartaba el cenicero y las colillas con el pie. Corrió un poco la silla para colocar los pies en el borde de la mesa y se reclinó, apoyando el respaldo en la pared. Estaba en una posición bastante precaria.

Hanson se sentó a su escritorio, escudriñándonos a Leonard y a mí.

—La primera vez que os vi me caísteis bien, chavales. Ahora no me hacéis tanta gracia.

—Oír eso no es plato de buen gusto —dijo Leonard—. Joder, macho, tú a nosotros nos caes genial.

—Últimamente me tomo las pastillas contra la acidez como si fuesen caramelos —dijo Hanson—. He vuelto a estar a punto de encender mi puro. ¿Sabéis por qué? Porque estoy hasta los huevos de gilipollecés, chavales. Un incendio provocado es un crimen grave.

—Igual que vender drogas —dije—. Quizá el chiquillo que hemos encontrado debajo de nuestra casa se dé cuenta de que drogarse es mala idea.

—El chiquillo no va a darse cuenta de nada —dijo Hanson—. Ha muerto antes de llegar al hospital.

Durante unos segundos reinó el silencio.

—Creo que toda la puta policía tiene muy poca vergüenza. Esos cabronazos —dijo Leonard, y señaló a Melton con un dedo acusador— llevan años vendiendo en esa casa. Le dieron droga al chaval. Y ahora está muerto. ¿No tengo derecho a cabrearme, macho? Sé que pasan droga. Todo quisque lo sabe, ¿y tú me vienes con incendios provocados y me dices que pueden enchironarnos?

—Pues podría ser, sí —respondió Hanson—. Yo ni pincho ni corto en el funcionamiento de la justicia; me limito a hacer lo que dice la ley.

—Una ley que deja a esta chusma campar a sus anchas —intervine—. ¿Qué ha sido de la justicia?

—Si hay pruebas suficientes, los trincamos —respondió Hanson.

—Y con las mismas los soltamos —añadió Charlie.

Hanson lo fulminó con la mirada.

—¿Vas a darte de baja del Cuerpo? ¿Estás de su lado?

—Me hice poli porque quiero ver a los malos a la sombra —dijo Charlie—, no para traerlos aquí para que usen el teléfono y el baño. Y, no te quepa la menor duda, no quiero arrestar a unas buenas personas por un malentendido.

—¿Malentendido? —dijo Hanson.

Charlie bajó los pies del escritorio y volvió a apoyar las cuatro patas de la silla.

—Dos civiles ven un incendio, entran en la casa y rescatan a varias personas. Ya me dirás dónde está el crimen.

—¡Le dieron un rodillazo a una mujer en la cara! —exclamó el Mohicano—. Le han partido los dientes a mi mano derecha.

—Esa mujer es una adicta al *crack* —dijo Charlie—, y es culpa tuya. Y es una ramera. Hace tres años estuvo a punto de matar a una amiga a puñaladas. Tiene una lista de antecedentes más larga que las piernas de un jugador de baloncesto. En cuanto a tu mano derecha, le han hecho un buen apaño. Le faltan todos los dientes, pero deberías dar las gracias; ahora te la podrá chupar como una aspiradora.

—Solo de pensarlo me pongo morcillón —dijo Leonard.

—Me gustaría añadir que la mujer que se llevó el rodillazo en la cara me puso un arma en los huevos —intervine.

—Vamos a moderar el lenguaje —dijo Hanson—, hay una señorita en la sala.

—¿Así, de golpe y porrazo? —preguntó Charlie—. Además, ahora no es una señorita. Es una abogada.

Florida esbozó una sonrisa.

—Marvin, mis clientes vieron un incendio y fueron a ayudar, sin más —alegó.

—Dios —dijo Hanson—, ¿tú también?

—Estoy segura de que el dueño de la casa, el señor Otis...

—Supongo que será algún pez gordo y lechoso —dijo Leonard.

—Uno de los más gordos —respondió Florida—. El señor Otis, del que me consta que es un ciudadano respetable, amigo del jefe de policía, se

llevaría un disgusto si se enterase de que la casa que alquila se usa para traficar con drogas.

—Nah —dijo Charlie—, no te creas. Le daría un poco de marcha a la vida del viejales.

—No sabemos si se traficaba —dijo Hanson.

—No podemos demostrarlo —replicó Charlie—, que no es lo mismo.

—Estoy segura de que se llevaría un disgusto —insistió Florida—. También sé que le complacerá enterarse del coraje de Hap Collins y Leonard Pine, que, por puro altruismo, fueron al rescate de sus inquilinos.

—Cuando el deber llama —dijo Leonard—, nosotros acudimos. No podemos remediarlo, nos criaron así.

—Ya —dijo Hanson—. Y para cumplir con vuestro deber le saltasteis todos los piños a un tipo, le rompisteis la rodilla a otro y le reventasteis la nariz a una mujer.

—Eh —respondió Leonard—, que a mí me duelen los nudillos. Los tengo todos arañados. Hap, señále la cabeza. —Volví la cabeza hacia Hanson, y Leonard, señalándola, añadió—: ¿Ves? Tiene un moratón.

—Dios... —dijo Hanson.

—A veces, en el ardor del momento —intervino Florida—, aunque estés intentando hacer una buena obra, puedes cometer errores. Fueron bruscos, pero salvaron vidas.

—¡Pero si provocaron el incendio! —dijo el Mohicano.

—Yo he estado en la casa —dijo Charlie—. He derribado la puerta más de una vez para visitar al personal. El sitio es una mierda, un foco potencial de incendios. El fuego puede haber comenzado de mil maneras.

—¿Y la escopeta qué? ¿Era para matar el incendio a balazos? —le preguntó Hanson a Leonard—. Los paramédicos dicen que llevabas una escopeta.

—Estaba limpiándola. Oímos al chaval debajo de la casa, no sabíamos lo que era y habíamos visto el fuego por la ventana, así que salí escopetado. Con la tensión del momento se me olvidó que la llevaba.

—¡Cállate la boca! —exclamó Hanson—. Todos, callaos todos. Charlie, lleva al amigo Melton al baño.

—No me hace falta —dijo el Mohicano.

Charlie se levantó y agarró al Mohicano del hombro.

—Claro que sí. Ven, que voy a enseñarte a doblar el papel higiénico.

Charlie y el Mohicano pasaron por nuestro lado.

—Gracias, Charlie —le dije.

—Los clientes del Kmart tenemos que hacer piña —respondió, llevándose al Mohicano.

—Vale, vamos a dejarnos de gilipollices —dijo Hanson—. Os propongo un trato. Me la sudan esa casa, Melton y los capullos de sus amigos. Tengo las mismas ganas que vosotros de verlos enchironados, no quiero que más chavales mueran de sobredosis. Pero ya me he cansado de jugar al gato y al ratón con el tema del esqueleto. No quiero más niños muertos, ni de una forma ni de la otra. O me lo contáis todo o voy a usar este incendio para trincaros, y no penséis que voy de farol.

—Y tú no pienses que no voy a hacértelas pasar canutas en los tribunales —dijo Florida—. Melton no es un testigo que despierte mucha empatía, que digamos. Por no hablar del resto de inquilinos de la casa.

—¿Serías capaz de hacerme eso? —preguntó Hanson.

—Los negocios son los negocios —le respondió Florida, sonriéndole.

—Sí, te veo capaz... —dijo Hanson, devolviéndole la sonrisa—. De acuerdo, lo que ha pasado es lo siguiente: visteis un incendio y fuisteis a ayudar. Un par de inquilinos se asustaron, porque no sabían que queríais rescatarlos, así que se pusieron violentos, y vosotros os pusisteis violentos, pero los salvasteis. ¿Vale?

Leonard y yo asentimos.

—Voy a llamar a Melton —dijo Hanson—, le explicaré que, si quiere pelearlo, puede, pero que va a comerse una mierda. Se pasará un par de minutos jurando en arameo y luego lo dejará correr. Os aseguro que no le interesa tener historias con los tribunales.

—Ese no sabe lo que son historias con los tribunales hasta que no me tire a su yugular —dijo Florida.

La miré y le sonreí. Ella me devolvió la sonrisa. Por un momento fue como si estuviésemos juntos otra vez.

—Como soy un tipo generosísimo —dijo Hanson—, no voy a llevaros a juicio ni acabaréis en el talego, pero a cambio tenéis que ser más buenos que

el pan conmigo. Vais a decirme las cositas que vosotros sabéis y yo no. ¿Me explico?

Miré a Leonard, que asintió y dijo:

—Bueno, ya hemos jugado a los detectives todo lo que teníamos que jugar.

Le habló a Hanson de la casa de los Hampstead y de lo que habíamos encontrado. Sin embargo, me percaté de una omisión notable, pues dejó al margen al bueno del reverendo Fitzgerald.

31

Hanson nos soltó sin cargos y Florida nos llevó a casa. Cuando aparcó en el camino de gravilla y bajamos del coche, ella bajó con nosotros. El aire estaba impregnado del olor a madera quemada de la casa de al lado.

—Hap, ¿podemos hablar?

—Claro —dije.

Florida miró a Leonard.

—Estoy reventado —dijo Leonard—. Voy a echar un alegre vistazo a lo que queda de la otra casa y me meto al sobre.

Nos acercamos al árbol de las botellas y nos quedamos mirando la estructura humeante y carbonizada de la casa.

—Mucho mojo —dijo Florida.

—¿Qué? —pregunté.

—Mucha magia negra —respondió—. En la casa de los vecinos había mucho mojo. Era una expresión que decía mi abuela. «Mojo» es una palabra africana para decir *magia*.

—Creía que era *sexo* —dije.

—Eso es porque escuchas *blues* —respondió—. También es sexo, e incluso se usa para hablar de los órganos sexuales, pero son acepciones derivadas. Para decir que el sexo es como la magia. «Mojo» significa *magia*. Mi abuela sabía algo de español y, cuando la cosa se ponía fea, decía: «Mucho mojo». El español *mucho* y el africano *mojo*. Pero a lo que ella se refería es a mucha magia negra. Para ella el mojo siempre era malo.

—Bueno, ahora los vecinos son un poco menos malos —dijo Leonard.

—Sí —respondí—. Ya podemos mirar en paz por la ventana, sin sentirnos mal. Pero se limitarán a cambiar de calle. En realidad, no han desaparecido;

solo los hemos incomodado.

—Prefiero incomodarlos a dejarlos seguir con lo suyo como si nada —dijo Leonard—. Si a esos comemierdas se los incomodase con bastante frecuencia, quizá llegaran a la conclusión de que su carrera no merece la pena. La buena gente es la que tiene que llevar las riendas del mundo, no los capullos. No obstante, en mis horas más bajas, temo que los capullos sean mayoría. Por cierto, Florida, ¿quién es el tal Otis?

—Un blanco, el dueño de la casa; y de otras muchas casas de la zona este —respondió Florida—. Lo he oído hablar sin tapujos de sus «alquileres para negratas». Todos saben que se lleva un trozo del pastel de la droga.

—Y es amigo del jefe de policía —dijo Leonard.

—Sí —confirmó Florida—. Y reconstruirá la casa en menos que canta un gallo. Gastándose aún menos dinero, claro.

—Bueno, eso ya da para otra conversación —dijo Leonard—. Buenas noches, Florida. Hap, no vayas a quedarte despierto hasta tarde. Mañana no quiero quejas cuando te saque a rastras de la cama.

Leonard entró en la casa y Florida y yo nos sentamos en el balancín del porche. Recordé que nuestra historia había comenzado precisamente ahí.

—Esta es la típica conversación de despedida, ¿no? —dije.

—Quería hablar contigo, pero no he tenido valor porque la verdad es que no sé qué decirte.

—Pues algo así como «Adiós, Hap, no te dejes el sombrero» podría valer.

—No es eso.

—¿Qué es?

—Voy a dormir en casa de Marve.

—Habría preferido un «Adiós, no te dejes el sombrero», no te voy a engañar.

—Es buena persona, Hap.

—Eso es lo que más me jode. Me cuesta horrores sentirme moralmente superior. El cabronazo me cae bien, pero no me gusta oír esas palabras. Y no porque no lo supiera ya, ojo.

—Quería que las oyese de mi boca, pero no tuve el valor de hacerlo desde el primer momento. Tendría que haberte dicho algo en cuanto lo supe. Hap, tampoco es que tú y yo fuésemos cien por cien compatibles. Nunca dije

que nuestra relación fuese para siempre.

—Duele exactamente igual.

—El tiempo todo lo cura.

—Sí, pero habría preferido que funcionara.

—Yo también. En serio. Me importas, Hap. Puede que incluso te quiera un poco.

—Venga ya...

—Ha pasado y ya está, Hap. No sé qué decirte. Ha pasado, y ha pasado de repente. Fue bonito mientras duró, gracias a ti aprendí cosas sobre mí misma, pero...

—Hanson es negro.

—Si soy sincera conmigo misma, admito que eso facilita las cosas.

—Al final nunca me llevaste al cine, Florida. De hecho, nunca he estado en tu casa. Seguro que Hanson sí. ¿A que sí?

—Sí. Pero la noche en que lo vi aquí supe que era él. No sé por qué. Ya lo había visto otras veces, pero aquella noche fue la primera vez que lo tuve lo bastante cerca para sentir el calor.

—A lo mejor fue una noche particularmente caliente.

Esbozó una sonrisa.

—No. No fue solo atracción sexual. Eso también cuenta, pero no es, que digamos, el hombre más guapo que haya visto en mi vida.

—No es el hombre más guapo que nadie haya visto en su vida.

—Pero al verlo, no sé cómo, lo supe. Y la otra noche, cuando me llevó a casa, no nos acostamos ni nada por el estilo. Quería que lo supieras. No fuimos directos a la cama. Nos quedamos hablando horas y horas. Entre él y yo hay una conexión más profunda que la nuestra. No tiene más. Quizá ser negros nos dé una especie de historia compartida, pero lo que siento por Marve no se debe únicamente a su color de piel.

—Ahora ya no os limitáis a hablar, claro.

—La primera vez que hemos hecho el amor ha sido esta noche. Charlie ha llamado a mi casa preguntando por él cuando se han enterado del incendio y de que Leonard y tú estabais implicados. Después de que Marve se marchase, me has llamado para decirme dónde estabais. Aunque yo ya lo sabía, claro. De hecho, iba a ponerme en marcha. Me he imaginado que os vendría bien un

abogado.

—¿La llamada de Charlie os ha interrumpido?

—Tienes cosas de crío, Hap.

—Perdona.

—Estábamos tirados en la cama, hablando. Hablando de ti.

—¿Comparando pollas?

Se levantó de inmediato, dispuesta a marcharse. La agarré de la muñeca, pero se zafó de un tirón.

—¡Suéltame, coño!

—Florida —dije—. Lo siento, de verdad. Pero esto me cuesta.

—A la que le cuesta es a mí, Hap. No quiero hacerte daño.

—Pero quieres que seamos amigos, ¿no? Ese es el meollo de la conversación, ¿verdad?

—Sé que te duele, pero yo no lo planeé. Ha pasado y ya está, joder. Ha pasado de repente.

Giré la cabeza y me quedé mirando el montón de escombros carbonizados del fumadero de *crack*. El humo ascendía lentamente hacia las estrellas. Volví a mirar a Florida.

—La verdad es que no puedo decir nada ante eso —admití.

Se sentó lentamente, con delicadeza, a mi lado. Muy cerca. Tanto que olí su perfume. El mismo que tantas veces había olido en mi almohada. Me agarró de la mano.

—Esta noche has hablado como alguien que no se limita a perseguir ambulancias —dije.

—Sí, ¿verdad?

—Hanson sabía que, si nos llevaba a juicio, independientemente de lo vuestro, ibas a hacérselas pasar canutas.

—Y le habría ganado. Aunque, efectivamente, hayáis quemado la casa. A propósito.

—Seguro que te irá muy bien —dije—. A lo mejor solo tenías que descansar un poco. Me da la sensación de que has recuperado la ambición.

—¿Podemos ser amigos? —preguntó—. Sé que suena a topicazo, pero quiero ser tu amiga de verdad.

Me pensé la respuesta un minuto de reloj.

—Dame tiempo. Ahora mismo, cuando te miro, no te veo así. Ni siquiera sé cómo te veo.

Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—Vas a ser un gran hallazgo para la persona idónea, Hap. Lo que pasa es que yo no soy esa persona.

—Eso es lo que dicen todas.

Se levantó y me puso la mano en el hombro.

—Nos vemos pronto, ¿eh?

—Nos vemos cuando pueda soportarlo —dije.

Montó en el coche y se marchó. Me quedé mirando las luces traseras hasta que desaparecieron. Empezó a soplar un viento frío, que ululó en el árbol de las botellas.

32

Me desperté a primera hora de la mañana, tumbado en el balancín, con la espalda dolorida. También notaba las heridas de los puñetazos, y me dolía la muñeca por el golpe que le había dado al Mohicano en la sien.

Estaba tapado con una manta y tenía una almohada debajo de la cabeza. Leonard, única constante en mi vida, había salido a ver cómo estaba. No lo había notado moverme la cabeza ni taparme. Era un santo.

Me incorporé lentamente, con los músculos agarrotados. En el ambiente reinaba el intenso aroma a chamuscado de la casa de al lado. El sol brillaba, radiante, pero seguía haciendo frío. Echaba de menos a Florida.

La noche anterior, antes de salir de comisaría, Leonard le había hablado de la casa de los Hampstead, y de lo que había debajo, a Hanson, que dentro de unas horas iría a investigar acompañado de un grupo selecto. También iba a llamar a un amigo de Houston, un forense jubilado.

Por mucho que dijese, Hanson aún no se atrevía a informar al jefe de policía. Quería cerciorarse de que todo lo que le habíamos contado era cierto; de que habíamos interpretado bien las pruebas.

Y también sabía que, si ahora le contaba a su jefe lo que había descubierto y le explicaba que la muerte de Illium estaba relacionada, su superior le quitaría el caso por no haber informado antes. Sin embargo, si Leonard y yo llevábamos razón y Hanson se lo montaba bien y resolvía el caso, las cosas le irían de maravilla, aunque su jefe dijese misa. Sería impensable que lo despidiese por resolver un caso múltiple de homicidio infantil, tras el revuelo mediático que se armaría.

Además, en mi fuero interno también estaba bastante seguro de que Hanson sabía que aún le ocultábamos algo. De que teníamos una pieza importante del

puzle que no le estábamos enseñando.

Así pues, Hanson pediría una orden judicial con rapidez y discreción, sin ocultárselo al jefe, pero sin comunicárselo, e iría a investigar junto a un grupo de hombres.

El grupo estaría formado por Charlie, el forense jubilado de Houston, Leonard, yo y otros dos tipos que le parecían de confianza. No podía decir que me muriese de ganas de empezar el día.

Me levanté y, tras desperezarme, eché un vistazo a los restos del fumadero de *crack* y, al recordar la noche anterior, sentí un subidón de adrenalina. Y otro de vergüenza.

La violencia y la rabia hacia otro ser humano siempre me hacían sentirme así, aunque estuvieran justificadas. Siempre que perdía el control me sentía un tanto mermado. Pero más mermado me habría sentido de no hacer nada. Ese chaval, moribundo bajo la casa como el perro con el estómago lleno de cristales... Cuesta explicarse por qué esas cosas pasan.

Pero ¿había sido solo por eso? ¿Hice lo que hice y seguí a Leonard porque quería vengarme por lo de ese niño, por todos los niños a los que habían contagiado con su palabrería y sus drogas? ¿O mi disposición a perder el control también estaba relacionada con mis problemas con Florida? ¿Acaso buscaba una forma de desfogar mi decepción y mi rabia sintiendo que hacía el bien? No me gustaba pensar en esa serpiente que habitaba en mi interior, reptando, lista para atacar.

Al otro lado de la calle oí el portazo de una mosquitera y vi que Hiram había salido al porche de McMaw. Llevaba una taza de café en la mano, pantalones de chándal azules, una camiseta a juego y unas zapatillas de deporte manchadas de tierra. Se acercó al borde del porche y lanzó un buen escupitajo, lleno de mocos, al jardín. Levantó la mirada y me vio.

—Hap —gritó.

Me acerqué a la acera y le hablé desde mi lado de la calle.

—Gracias por lo de anoche —dije—. No sabía adónde ir.

—No tenías más remedio. ¿Cómo está el chaval?

—Muerto.

Hiram asintió.

—No me sorprende, no tenía buena pinta. Se le veía en los ojos, como si

supiera que no le quedaba mucho.

La mosquitera se abrió y MeMaw comenzó a salir, apoyada en su andador. Hiram sostuvo la mosquitera con el brazo.

—No hace falta que salgas —le dijo a su madre.

—Pero quiero salir —le respondió. Tras un minuto entero, llegó al centro del porche y, apoyada en su andador, dijo—: Me alegro de que lo hicierais. Si fuese más joven, lo habría hecho yo. ¿Lenny se ha levantado?

—No, señora —dije—. No creo.

—Bueno, pues entra tú —dijo—. Estoy preparando el desayuno.

—Señora —respondí—, no quiero molestar.

—Galletas, huevos y beicon —zanjó. Giró ligeramente su andador, y repitió el gesto hasta colocarse frente a la puerta. Hiram le abrió la mosquitera y la anciana entró a su ritmo, sin girar la cabeza, al tiempo que añadía—: Que no se enfríen.

Hiram me sonrió y dijo:

—Mejor será que vengas a desayunar.

Aquella mañana MeMaw parecía extremadamente frágil, pero seguía estando radiante. Feliz de que el fumadero de *crack* hubiese quedado reducida a cenizas; y aún más de que su benjamín, Hiram, estuviera en casa. El desayuno estaba exquisito. Uno de sus hijos, criador de perros, le llevaba el beicon, que era bien grueso. Untamos una mantequilla obstructora de arterias en las galletas y las mojamos en la yema radiante de unos huevos camperos que le había comprado a una amiga que tenía gallinas.

Después de desayunar, MeMaw me entretuvo y avergonzó a Hiram con anécdotas de cuando era niño; contó algunos incidentes de críos, me explicó que había sido siempre un niño muy cristiano y, cuando Hiram ya no aguantaba más aquello, dijo:

—Oye, Hap, ¿qué planes tienes hoy?

—Poca cosa —respondí, al no sentirme preparado para mencionar que iba a exhumar cadáveres.

—Podrías venirte a entrenar conmigo.

—Después de lo de anoche estoy molido. ¿Qué haces?

—Boxeo.

—Odio eso del boxeo —intervino McMaw—. Dos hombres hechos y derechos dándose golpes en la cabeza por amor al arte. A mí me parece que Hiram y el reverendo Fitzgerald ya están mayorcitos para andarse con tonterías.

—¿El reverendo Fitzgerald? —pregunté.

—Sí. Vengo una vez al año y nos juntamos, boxeamos un rato, hablamos de los viejos tiempos. Y jugamos al ajedrez. Lo hago sobre todo para darle la satisfacción a mi madre. Le gusta que me lleve bien con la mano derecha del Señor. Aunque de pequeños ya nos machacara lo suyo con la religión.

—Siempre que pude —dijo McMaw— procuré que esta familia viviese en la iglesia.

—Entonces conocerá al reverendo Fitzgerald muy bien, ¿no? —dije.

—¿No os visteis el otro día? —preguntó McMaw.

—Sí, señora —respondí—, pero fue un momento.

Le hice a Hiram un breve resumen del encuentro, omitiendo la tensión entre Leonard y el reverendo. Cada vez se me daba mejor mentir.

—Conozco a Fitz desde hace años —dijo Hiram—. Solíamos ir a la iglesia de su padre a jugar. Su padre nos enseñó a boxear a los dos. Fitz es un poco mayor que yo, pero yo soy peleón. Aunque sigue dándome para el pelo, claro. Al menos hasta ahora. Confío en que la edad vaya poniéndolo en su sitio.

—Pues por ahora no —dije—. El otro día lo vi sacudiéndole a una pera y está en forma, sigue dándole duro. Arrastra un poco el pie de apoyo cuando se desplaza, pero a lo mejor es su técnica.

—Entonces estás puesto en boxeo, ¿no? —dijo Hiram.

—Un poco.

—Otro hombre al que le gusta que le peguen en la cabeza —dijo McMaw—. No me lo explico... Por cierto, ¿cómo está el chiquillo?

Tardé unos segundos en cambiar el chip y caer en la cuenta de a quién se refería.

—Ha muerto, McMaw —le dije—. Lo encontramos demasiado tarde. La droga lo consumió.

—Ay —dijo—, lo siento mucho. Aunque, en esa cueva de lobos, un chiquillo así no tenía ninguna posibilidad. Lo que sí que me gustaría saber es

dónde estaba su madre.

Charlie y Hanson me habían puesto un poco al día sobre el chaval la noche anterior. Le conté a MeMaw lo que sabía.

—Era un niño de la calle, MeMaw. Se llamaba Ivan Lee.

—He oído hablar de los Lee —dijo MeMaw—, aunque no puede decirse que los conociera.

—Ivan vivía con una tía —continué—, pero, al parecer, no tenía una familia propiamente dicha. Estaba solo. Ni siquiera iba al colegio; se pasaba en la calle la mayor parte del tiempo. La policía se lo había llevado alguna que otra vez por pequeños delitos. Se coló por las grietas del sistema.

—Aquí muchos se cuelan por las grietas del sistema —respondió MeMaw—. Siempre hay algo que te empuja; mala gente y malas influencias por doquier. Los niños tienen que protegerse del mundo, tienen que aprender a protegerse solitos. Soy una afortunada por haber podido criar a todos los míos sin que ninguno se torciera.

—Tampoco te mortifiques, mamá —dijo Hiram—. Ese chiquillo era un caso perdido desde el principio. ¿Verdad, Hap?

—Creo que nadie es un caso perdido si lo atajas a tiempo —dije—. Pero sí hay una línea que, al cruzarla, conduce por un camino de no retorno. En el caso del pequeño Ivan, no estoy seguro de si la cruzó o lo empujaron.

—Puede ser —dijo Hiram—. Pero, ya se sabe, quien se junta con a una jauría «será semejante a los que descienden a la fosa».

—Eso es de la Biblia, ¿no? —dije.

—Sí, supongo que quiere decir que quien con lobos anda a aullar se enseña. Que quien con perros se echa con pulgas se levanta. Qué más da... Bueno, ¿qué me dices, Hap? ¿Te vienes a entrenar? No estaremos mucho rato.

Me lo pensé unos segundos. En realidad, solo teníamos pruebas indiciarias, ninguna clara, de que Fitzgerald hubiera hecho lo que Leonard y yo creíamos que había hecho. No se podía descartar que Chester Pine e Illium Moon fuesen realmente como creíamos que nos los estaban intentando vender. Volver a ver al reverendo no estaría de más, podría ser interesante.

—Sí —dije—, me apunto.

33

Fuimos en la furgoneta de Hiram. El vehículo estaba manga por hombro y para sentarme tuve que mover una pequeña caja con banderas de Texas dobladas, que coloqué sobre otra caja con banderas estadounidenses, en el asiento trasero. Desperdigados por el suelo, tanto delante como detrás, había folletos con diseños para anillos de graduación, muestras de papel para los anuarios y los boletines de los institutos y panfletos con anuncios de fotocopadoras, máquinas de escribir y cosas por el estilo.

—Ya, ya lo sé —dijo Hiram—, soy un desastre.

Cuando salimos marcha atrás del camino de gravilla y llegamos al asfalto, la mercancía dejó de moverse y Hiram siguió hablando:

—No quería decir nada delante de mi madre, pero ir a ver a Fitz no siempre es la repanocha, la verdad. Es un poco estrambótico.

—Eso fue lo mismo que pensé yo cuando lo conocí. Parecía amable, pero un pelín fanático.

—A ver, no digo que eso sea malo; es buena gente, pero por eso quería que vinieras. No me importa boxear con él o echar una partidita de ajedrez de vez en cuando, pero a veces es excesivo.

—Entiendo.

—Lo que pasa es que mi madre adora la iglesia y la religión, Dios la bendiga, así que siempre me invita a pasarme por allí, aunque no me apetezca. Ella pensaba que el viejo de Fitz era especial, que tenía línea directa con Dios.

—Pero ¿a ti no te lo parecía?

—La verdad es que el tipo era capaz de dar una muy buena impresión cuando se lo proponía. De niño pasaba mucho tiempo con Fitz, a veces me

quedaba a dormir en su casa, y me di cuenta de que el padre era un poco abusón. Nunca lo dejó disfrutar de su infancia, siempre tenía alguna queja por esto o por lo otro. Y se le iban mucho las manos. Era muy estricto con Fitz, lo llevaba más recto que una vela porque no era su hijo.

—¿Era de otro matrimonio? —pregunté.

Hiram cambió de marcha y negó con la cabeza.

—No me explico por qué el viejo de Fitz se casó con su madre. No parecía la típica mujer de un predicador. Antes de que se conocieran había sido una mujer de la calle. Me imagino que le gustaba la idea de transformarla, de Jezabel a una mujer de Dios. Aunque no sé si cambió mucho. Corrían rumores, y no pocos; ya se sabe que cuando el río suena...

—¿Y el padre biológico de Fitz?

—No sé nada de él. Ni Fitz tampoco. Sería alguien que le pagó a su madre, hizo lo que tenía que hacer y se largó. Es probable que ni siquiera supiese que la dejó embarazada.

Pasamos junto a la East Side Grocery. El viejo que regentaba la tienda estaba tomando el fresco en la mesa de dominó, mirando a la calle, quizá planeando su estrategia para cuando llegasen los demás jugadores.

—Así que el reverendo es un hijo ilegítimo, ¿no?

—A ver, tiene el apellido del padrastro, claro. Pero, rigurosamente hablando, sí. Me imagino que por eso Fitz es tan obstinado. Intenta siempre estar a la altura. Su viejo nunca les permitió, ni a él ni a su madre, olvidar de dónde venían y el inmenso favor que les había hecho.

Pensé en el perfil del reverendo Fitzgerald que había trazado y empecé a plantearme orientar mi carrera hacia la psicología. Huelga decir que, cuando me tocaba trazar un perfil de mujer, pinchaba irremediabilmente: comprendía mejor la vida secreta de los colibríes que a las mujeres.

—¿La madre sigue viva? —pregunté.

—La madre de Fitz desapareció. Es probable que huyera. Al viejo le entró cáncer o algo así. Tuvo una muerte lenta. Mucha gente creía que Dios se la estaba devolviendo por cómo había sido. En cuanto a Fitz, también tiene sus cosas buenas, ¿eh? Organiza muchas actividades para alejar de la calle a los chavales. Es un luchador implacable contra las drogas. Y ha montado los equipos de fútbol y béisbol, los grupos de boxeo y la feria.

—¿La feria?

—Sí, a mí me encanta. Voy todos los años porque cae justo en la época en que estoy aquí. Me gusta la idea de que unos niños negros que ni siquiera pueden permitirse ir al otro lado de la ciudad se monten en las atracciones y se lo pasen bien. Y Fitz tiene un minibús para recoger a los chavales que no encuentran la forma de venir, o que tendrían que pasar por una zona chunga de la ciudad. Los lleva y, si no tienen dinero, se encarga de que puedan entrar y hacer algún viaje.

Al oír la palabra «feria», algo hizo clic dentro de mi cabeza.

—El otro día vi un póster anunciando la feria. Es la semana que viene, ¿no?

—Sí.

—¿Se celebra siempre la última semana de agosto?

—Sí, es solo una noche; no pueden permitirse más. Fitz convence a los comerciantes de la zona para que lo patrocinen con donaciones. También recauda dinero por otras vías. Los dueños de la feria venden entradas y tiques para las atracciones, pero son baratos, así que casi todo el mundo puede permitírselos. Es una empresa pequeña. Los dueños son negros y viajan por las comunidades negras. Fitz oyó hablar de ellos y llegó a un acuerdo para que la feria pase todos los años por aquí. De no ser por él, un montón de chavales no tendrían nada que hacer.

Se me revolvieron las tripas.

—¿Desde cuándo organiza el reverendo Fitzgerald esta historia de la feria?

—Pues... hará nueve o diez años.

—Es muy generoso por su parte.

—Tiene sus cosas buenas. Como lo mucho que cuida de su hermano, T. J.

—¿Su hermano?

—Hermanastro, mejor dicho. Es retrasado y tiene el cuerpo de una tanqueta.

Me acordé del gigante que Leonard y yo habíamos visto trabajando en el jardín de la iglesia.

—Corría el rumor —continuó Hiram— de que el chaval tampoco era hijo biológico del padre; de que la madre había vuelto a las andadas. No lo sé. A lo mejor el reverendo prefería creer que había vuelto a las andadas. Para un

hombre como él, quizá fuese más llevadero pensar eso que creer que su simiente podía estar mancillada y engendrar a T. J., un gigante con cerebro de caniche. Sin embargo, T. J. siempre ha sido especial para Fitz. Muy especial. De no ser por él, el hermano no habría durado ni un telediario. Tienen un vínculo muy fuerte.

Cuando nos acercábamos a la iglesia y a casa del reverendo Fitzgerald, Hiram dijo:

—Puede que este sea el último año que vea a Fitz. Cuando mi madre muera, se acabó. Fitz y yo éramos amigos de pequeños, pero, cuantos más años pasan, más me cuesta congeniar con él.

Dejamos el coche en el aparcamiento de la iglesia y, antes de salir de la furgoneta, le dije:

—Tengo que hacerte una confesión. Leonard y yo estuvimos aquí el otro día, como he dicho en casa de tu madre, pero la cosa se torció. Vinimos buscando a alguien que el tío de Leonard conocía y que, en teoría, el reverendo Fitzgerald debía conocer, pero Leonard y él chocaron un poco.

—¿Cuánto chocaron?

—Es difícil de determinar. Fitzgerald fue educado. No llegaron a las manos, pero fue un poco tenso.

—¿Fue por la religión?

—Por eso y porque Leonard es homosexual.

Hiram guardó silencio unos segundos.

—¿Es maricón?

—Esa no es su palabra predilecta.

—A ver, no lo decía de malas..., supongo. ¿Tú eres maricón?

—No, yo soy demócrata cuando presentan a candidatos decentes. Mira, Hiram, Leonard es un tipo de puta madre. No sé lo que piensas de los homosexuales y, francamente, me da igual, pero quería que supieses lo que pasó.

—Leonard parece buena gente.

—Lo es. Hay toda clase de gais en la viña del Señor. Leonard es de los buenos.

—Me sorprende, ya está.

—Ya...

—No es como creía que eran los maricones. Es como nosotros, ¿me explico? Es decir... Joder, no sé lo que quiero decir.

—No tienes que decir nada. He aceptado tu propuesta de venir a boxear para disculparme con el reverendo. Solo digo que la situación podría ser un poco incómoda, he pensado que tenías que saberlo. Si te incomoda, puedes llevarme a casa.

—No, no. Sé cómo es Fitz. Seguro que nos las apañamos.

—Gracias —respondí.

Bajamos de la furgoneta y, bordeando el edificio, nos dirigimos hacia la parte de atrás de la iglesia.

T. J., con unos pantalones de chándal grises, una camiseta y zapatillas de deporte, se encontraba frente a la puerta trasera y se quedó mirándome fijamente. Estaba ahí de pie, sin moverse, con los brazos lánguidos. Parecía esperar a alguien, o reflexionar sobre un secreto profundo y olvidado en el que no acababa de caer. Parecía un gólem negro. Levantó ligeramente los brazos enormes, con manos que parecían guantes de béisbol.

—¿Está Fitz, T. J.? —preguntó Hiram.

—Ajá.

—¿Te acuerdas de mí, T. J.?

T. J. se lo pensó unos segundos y negó con la cabeza.

—No pasa nada —dijo Hiram—. ¿Puedes decirle a Fitz que estoy aquí? Tú dile que Hiram está aquí. Sabía que iba a venir.

El gigante asintió y, tras dar media vuelta, abrió la puerta y entró en el edificio. Hiram me miró y dijo:

—A T. J. se le olvida quién soy todos los años. Solo es capaz de retener durante mucho tiempo algunas cosas. Recordarme de un año para otro no es una de ellas.

Al cabo de unos segundos, T. J. volvió a aparecer, acompañado de Fitzgerald. El gigante dejó pasar a su hermanastro y ocupó de nuevo el umbral, haciendo las veces de puerta. Fitzgerald llevaba una camiseta blanca, unos pantalones cortos a juego y zapatillas de deporte. La sonrisa se le borró automáticamente en cuanto me vio. Se quedó mirándome, y luego a Hiram, y luego otra vez a mí, y volvió a esbozar una sonrisa lenta.

—¿Ha llegado a la conclusión de que llevaba razón? —dijo el reverendo

—, ¿de que quiere encomendar su vida a Dios?

—No del todo —respondí—. He engañado a Hiram para venir con él. Quería pedirle perdón por lo del otro día. Siento lo que pasó entre mi amigo y usted.

—Ah, sí. Ese. Bueno, tampoco fue tan mal. Ya nos disculpamos en su momento. Está olvidado.

—Yo no me disculpé —respondí— y quería hacerlo. En mi nombre y en el suyo. Nos desviamos del tema, no queríamos interferir en su fe.

—Y no interfirieron; mi fe es demasiado sólida. No hace falta que se disculpen, solo intenté cumplir con mi misión: señalarles la forma en que Dios ve las cosas. Para que luego usted y su amigo escogiesen su camino. Si tienen que disculparse ante alguien, es ante el Señor.

—A lo mejor le mando una postal —dije, y me arrepentí al punto; se me estaba pegando de Leonard.

Al reverendo, sin embargo, no se le había borrado la sonrisa, y respondió:

—En esta vida puede usted reírse de lo que quiera, amigo mío, pero en la siguiente...

—Hap boxea —intervino Hiram—. Es un amigo, por eso lo he traído, para boxear. ¿Por qué no nos limitamos a eso?

—De acuerdo —dijo Fitzgerald—, vamos a boxear, pues. T. J., hazte a un lado. Adelante, amigos.

34

La única luz en el gimnasio era la que se colaba por unas ventanas altas con postigos, iluminando el centro de la sala; luego la luz del sol se atenuaba y dejaba paso a las sombras, más oscuras junto a la pared del fondo.

El reverendo se quitó la camiseta, revelando un cuerpo rocoso.

—Empezamos tú y yo, Hiram. Tranquilos, para calentar —dijo.

Hiram asintió, cogió unos guantes de boxeo azules apoyados en la pared y se los puso. Eran fáciles de enfundar, sin cuerdas.

El reverendo se colocó unos guantes rojos y ambos se dirigieron al centro del gimnasio. La línea que separaba la luz y la sombra los partía por la mitad; una parte de su cuerpo estaba iluminada y la otra en la oscuridad, hasta que se colocaron en posición de guardia y empezaron a balancearse, arriba y abajo, a un lado y a otro, arrastrando los pies, bailando, ora en la luz, ora en las sombras.

Avanzaban y retrocedían, daban vueltas, estirando los brazos para tantearse, lentamente al principio, marcando, soltando los músculos, para luego acercarse y lanzar puñetazos suaves, blandos, no muy rápidos, bajo la atenta mirada de T. J., a un lado, como un perro de presa a la espera de la orden.

Soltaban golpes, se esquivaban, siempre en movimiento. Tal y como había dicho, Hiram era peleón, pero no un boxeador. Lanzaba puñetazos abiertos y bajaba las manos, pero era rápido y valiente, por eso conectaba algunos golpes. Fitzgerald era un punto medio entre boxeador y matón. Era evidente que se estaba conteniendo. Podía pasar perfectamente por un peso pesado retirado, un expúgil profesional.

Acabaron juntándose en el centro del gimnasio con los brazos

entrelazados, y empezaron a moverse en círculo, luz y sombras, frente contra frente, como si fuesen siameses unidos por la carne y el tejido cerebral. Dando vueltas y más vueltas. Bajo la atenta mirada de T. J.

Al final, Fitzgerald apartó a Hiram de un empujón y le sonrió.

—Has mejorado un poco, colega.

—Estoy entrenando en un gimnasio —dijo Hiram, tras recuperar el aliento—. Pero yo ya voy servido.

—Te cansas muy rápido —dijo Fitzgerald.

—Es verdad —respondió Hiram.

Fitzgerald me miró.

—¿Quiere probar?

—Claro —respondí.

Fitzgerald se giró hacia T. J.

—No te pongas nervioso, T. J. Es un juego.

T. J. asintió, pero, a juzgar por su expresión, ese juego no tenía ninguna gracia para él. No se relajó un ápice. Varios riachuelos de sudor atravesaban su cara; tenía las rodillas ligeramente flexionadas.

—La verdad es que le quita un poco la emoción tenerlo aquí detrás —dije.

—No pasa nada —respondió Fitzgerald—. Es un pelín sobreprotector, pero ya está.

Hiram me pasó sus guantes y me los puse. El interior estaba sudado y caliente. En el gimnasio empezaba a subir la temperatura, pues el aire acondicionado estaba apagado y el aire, como la luz, llegaba del exterior.

—Debería ir a la iglesia —me dijo Fitzgerald—. Todo el mundo debería ir a la iglesia.

—¿Cómo sabe que no voy? —pregunté—. A lo mejor predico en algún sitio. Puede que Dios me envíe ayuda para calentarle las orejas.

—No —respondió, sonriente—, no creo. A lo mejor, si su amigo fuese a la iglesia, se percataría de la perversión intrínseca de su homosexualidad. Podría cambiar de vida, quizá obtuviera el perdón del Señor.

—¿Quizá? —pregunté.

Me coloqué en posición de zurdo, adelantando el pie y el brazo derecho; empezamos a movernos y a lanzar *jabs*, pero no había contacto real.

—No hay espacio en la casa del Señor para los sodomitas, joven —

insistió Fitzgerald.

—Déjalo, Fitz —intervino Hiram desde el lateral—. Boxead y ya está.

Lancé un derechazo rápido que alcanzó la frente del reverendo y empezamos a movernos de un lado a otro, buscando huecos.

—Hace que la homosexualidad suene como un auténtico pecado —dije—. Igualito que los de asesinos, pederastas y falsos profetas. Ya puestos, podría incluir a las mujeres solteras y a los hijos ilegítimos.

Fitzgerald me estudió con curiosidad. Me lanzó un zurdazo, una derecha cruzada y un gancho. Ligeros. Los bloqueé y contraataqué con una combinación suave.

Nos separamos.

—Algunos no podrán participar de las bondades del cielo —dijo—. Han de ser apartados.

—¿Apartados? —pregunté, lanzándole un gancho contundente a la barriga. Él lo detuvo y retrocedió—. ¿Qué significa «apartados», reverendo? Da la sensación de que quiera castigar almas, en vez de salvarlas.

Su rostro se convirtió en una máscara Kabuki negra y respondió con una combinación de zurdazo y cruzado de derecha que me rozó la cara; pude desviarlo con el hombro, pero aun así dolió. Ya no estábamos jugando a marcar los golpes. Me concentré, procurando relajarme; intenté poner la mente en blanco, dejarme llevar, para que los reflejos tomaran las riendas: si pensaba más de la cuenta en mis combinaciones, me llevaría un puñetazo. Tenía que reaccionar, no planear, y recordar que no podía dar patadas: estábamos boxeando.

Lancé un derechazo, que Fitzgerald esquivó, y probé con un gancho, que también logró eludir, para acto seguido mandarme una derecha cruzada a la ceja izquierda.

Sin dejar de balancearme, solté un par de golpes instintivos mientras me recuperaba. Luego volvimos a juntarnos y los puños volaron de nuevo; oía como un sonido remoto el impacto de los guantes contra nuestros cuerpos sudados, que pasaban continuamente de la luz a la sombra. Hasta que, cuando él pasó a la sombra y yo tuve el sol en mi espalda, decidí encerrarlo: yo no iba a moverme y él no iba a volver a la luz. Iba a recibir a la sombra todo lo que tenía guardado para él. A recibirlo y a disfrutarlo.

Yo también encajé unos cuantos golpes, qué remedio, pero ya no sentía el

dolor: para eso tendría que darme una auténtica hostia, de lleno. No estábamos jugando, estábamos peleando. «Eh, no os paséis», dijo Hiram, pero no nos detuvimos; seguimos meciéndonos, y el sonido de los guantes se volvió dulce, como el contratiempo en la buena música, y Fitzgerald se puso serio, intentando rodearme, salir a la luz, presionarme para ocupar mi lado del gimnasio, pero no lo dejaba. Me agarró, pero lo aparté de un empujón y le solté un derechazo. Intentó rodearme, pero le lancé un gancho y un cruzado.

Hiram estaba gritando algo desde el lateral, pero yo ya no prestaba atención, no escuchaba sus palabras. Sentí un sabor cobrizo en la boca, y de repente una gran sombra, como una nube que tapa el sol, y supe que T. J. se había colocado detrás de mí, eclipsando la luz. Lo sentía muy cerca, listo para agarrarme, y pensé en los chiquillos, como muñecos de trapo en sus manos.

Fitzgerald intentó agacharse para asestarme un golpe ascendente a lo Joe Smokin Frazier, pero cuando inició el movimiento le solté un *uppercut* contundente que lo puso de puntillas, seguido de un gancho a la mandíbula que lo hizo retroceder. Se adentró en la sombra, y yo con él. Fitz estaba pasándolas canutas, pero resistía, hasta que de repente sentí que un tornillo de banco se ceñía alrededor de mi cuerpo, bloqueándome los brazos, y percibí el sudor inquieto de T. J. mientras me aplastaba contra sí y el gimnasio comenzaba a dar vueltas. Forcejeé entre sus brazos; pensé en empezar a soltar coces para romperle las rótulas, o en darle un cabezazo en la cara, pero estábamos en una situación amistosa, a fin de cuentas; que se nos había ido un poco de las manos, sí, pero amistosa. T. J. me soltaría de un momento a otro. Se daría cuenta de que su hermano no estaba en apuros de verdad. Me dejaría en el suelo. Alguien lo detendría.

Las paredes del gimnasio se convirtieron en líquido caliente que se derramó sobre mí, el techo se derrumbó y la luz y las sombras se confundieron, oí bongos en mi cabeza y caí en la cuenta de que había esperado mucho, porque T. J. no iba a soltarme y ya estaba demasiado débil para intentar remediarlo.

La luz y la oscuridad se plegaban sobre sí mismas, girando y girando al son de la sangre que latía en mi cabeza, y entonces vi un destello del sueño en el que estaba bajo el agua, en la biblioneta con Illium, Chester y el niño muerto cuya carne flotaba, desmenuzada, alejándose de sus huesos...

Cuando me desperté, estaba en el suelo del gimnasio. Lo primero que vi fue a Hiram, inclinado sobre mí. Parecía preocupado.

—Hap, ¿cómo estás?

—Bien —respondí.

Fitzgerald entró en mi campo de visión.

—Siento lo de T. J. Por lo general, se mantiene a raya, pero le ha dado la sensación de que estábamos peleándonos de verdad. Te ha dejado sin aire.

—Sí, ya lo sé —respondí—. Y estábamos peleándonos de verdad.

Me incorporé lentamente. El gimnasio ya se movía menos. Las costillas me dolían un poco, y me dije que eso compensaría el chichón que me habían hecho la noche anterior. Había tenido un par de días muy interesantes, qué duda cabe, y eso que ni siquiera era hora de almorzar.

T. J. estaba en la pared del fondo, con los brazos caídos y la cabeza gacha. Inerte cual marioneta. «*Klaatu barada nikto*», pensé.

—Sí —dijo Fitzgerald—, estábamos peleándonos. Ahora me toca a mí disculparme. Por T. J. Y por ir tan fuerte, por seguir con la retórica. Supongo que albergo un poco de hostilidad por lo del otro día; no puedo evitar ser un predicador. Por cierto, estabas poniéndome bastante a tono. Aunque hubiera respondido.

—Ya nunca lo sabremos, ¿no?

—Podríamos repetir un día de estos.

Me levanté lentamente con la ayuda de Hiram.

—Puede ser —dije.

Hiram guardó silencio durante todo el camino a casa, hasta que enfilamos Comanche Street:

—Macho, el roce del otro día entre Leonard y él no puede ser lo único. Me gustaría saber qué demonios os pasa —dijo.

—Es que no congeniamos —respondí.

35

Mientras bajaba de la furgoneta y me despedía de Hiram, disculpándome ante todo por haber ido y por dejar que la situación se calentase tanto, empecé a notar una sensación extraña.

En parte se debía a que el coche de Hanson estaba aparcado en la acera, junto a una camioneta que no reconocí, y, claro, sabía qué quería decir eso. Pero había algo más, que no entendí hasta que llegué al porche del tío Chester y me dispuse a abrir la puerta. Entonces caí.

La sensación era miedo. Pues ahora sabía lo que creía saber desde el principio: Fitzgerald era un asesino.

Había estado con él y con su hermano gigante; había estado inconsciente en el suelo de su gimnasio. Había activado ciertos mecanismos en la cabeza de Fitzgerald y en la mía, y quizá la hubiese cagado, dando a entender al reverendo que sabía que pasaba algo entre él y los chavales.

Quizá lo único que nos había salvado a Hiram y a mí fuese que Fitzgerald pensara que alguien, McMaw por ejemplo, sabía dónde íbamos. Aunque, de verse tentado, podría habernos metido en la furgoneta de Hiram, inconscientes, y habernos llevado a dar un paseo que acabase en el fondo de algún embalse, como le pasó a Illium. Puede que hasta encontrasen pornografía infantil en nuestro haber. Y cuando interrogaran al bueno del reverendo, se limitaría a decir que no llegamos. O que estuvimos y nos marchamos.

También es verdad que hacer eso a plena luz del día podría ser demasiado complicado; o quizá Fitzgerald me viese como un mero pecador beligerante que no merecía mayor consideración.

Me sentí un imbécil por haber desafiado al león en su propia guarida, pero ahora también sentía otra cosa: la certeza absoluta de que Fitzgerald, con la

ayuda de su pobre hermano, era nuestro asesino. Todo encajaba demasiado bien como para que la explicación fuera otra.

Estaba temblando como un flan cuando comprobé que la puerta principal estaba cerrada con llave. Caí en la cuenta de que Leonard y los demás ya se habían marchado a casa de los Hampstead.

Cogí una pala del porche trasero y me encaminé hacia allí, bordeando el lecho del arroyo y atravesando el bosque.

Cuando llegué a casa de los Hampstead, Hanson y su grupo ya estaban allí. Para nuestra sorpresa, el forense jubilado de Houston se había llevado a su equipo. Todos iban con trajes blancos de papel y máscaras de gas con filtros de carbón. Habían levantado los peldaños y varios listones del porche delantero, y entraban a gatas, atareados como las larvas en la mierda.

Dentro de la casa, Leonard y Charlie, que también llevaban trajes de papel y máscaras de gas, habían bajado por la trampilla abierta y estaban sacando cubos de tierra, gusanos y grasa sucia. Los gusanos eran largos y rojos y tenían mucho trabajo. Leonard alumbró el cubo con su linterna y los vi contonearse como bailarinas bajo los focos. El hedor que emanaba del cubo y del sótano frío, húmedo y oscuro era más potente que el de un animal atropellado que llevase varios días al sol.

—¿Dónde estabas? —preguntó Leonard a través de la máscara, con voz de Darth Vader.

—Viendo a un amigo.

—Pues qué oportuno, so capullo.

—Lo siento.

—Hola, Hap —dijo Charlie.

—Hola, Charlie. Veo que llevas los zapatos del Kmart.

—No me verás salir de mi casa sin ellos.

—Si ves al Mohicano, a Melton, vaya, salúdalo de mi parte, ¿vale?

—Cuenta con ello.

Hanson me presentó al forense jubilado, Doc Warren, un anciano arrugado y de pelo blanco. Si me hubieran dicho que lo acababan de desenterrar, me lo habría creído. Llevaba un traje de papel y guantes y estaba descansando en el suelo, junto a la trampilla, cubierto de sudor, con cara de cansancio y la

máscara en el regazo. A su lado había un trozo de lona con fragmentos de hueso. Fragmentos diminutos. No se molestó en levantarse ni en estrecharme la mano.

—Tú y tu amigo habéis encontrado un buen follón —dijo.

—Ni que lo digas —respondí.

Al parecer, habían localizado cuatro cuerpos. Uno de ellos, el que olía mal, el primero que descubrí, llevaba allí alrededor de un año. Tal y como sospechaba, las condiciones de la tierra del sótano y la forma en que se filtraba el agua habían ralentizado la putrefacción, a pesar del calor del este de Texas. Lo que había en el cubo resultó no ser grasa, sino carne, ahora putrefacta, en descomposición. Adherida a huesos. A huesos de niño.

Los demás cadáveres no eran dignos de ese nombre, pues ya solo quedaban esqueletos. Warren calculó que los otros huesos llevaban allí un tiempo. Todos eran de niños. A juzgar por las pruebas, todo indicaba que descuartizaron los cuerpos, los envolvieron en tela, los introdujeron en cajas de cartón y, tras rodearlas de malla de alambre, las enterraron.

—Me parece que vais a encontrar los suficientes huesos para recomponer a todos los niños desaparecidos de la zona este —dije—. Quizá más.

—Y a mí me parece que llevas razón —respondió Doc Warren.

Leonard se asomó por la trampa.

—Eh, Hap, ¿estás de supervisor o qué?

—¿Está libre el puesto?

—¡Ja! —dijo, antes de volver a agacharse y desaparecer.

—Tienes que ponerte un traje de papel y una máscara de gas —dijo Hanson.

—Hay que llevar cuidado con las infecciones —explico Warren—, por si hubiese más cadáveres con carne. Al estreptococo le gusta meterse en los pulmones y en las heridas. Puede joderte a base de bien.

Me enfundé un traje de papel y una máscara de gas y me puse a trabajar. No olvidaré aquel día. Aún hoy, a veces sueño que me arrastro bajo esa casa vieja y podrida, y giro la pala con gestos torpes de la muñeca para excavar en la tierra húmeda, y al despertar siento el olor de ese chiquillo, el que aún era carne y huesos, como si estuviese allí.

Antes del anochecer habíamos encontrado los restos de nueve niños. Y un

esqueleto más grande o, mejor dicho, lo que quedaba de él. Warren dijo que era una mujer. Calculó que llevaría allí mucho tiempo, treinta años o más. Nos explicó que le habían partido el cráneo, y que era muy probable que la hubiesen descuartizado como a los niños. No se veían restos de ropa, pero los huesos estaban rodeados de malla de alambre.

Más tarde, tras despojarnos de los trajes de papel y volver a casa del tío Chester, nos sentamos a tomar café. Los investigadores que vinieron con Doc Warren habían aparcado al otro lado del bosque y, cuando acabaron su trabajo, se marcharon. No volví a verlos. El equipo de Hanson, un hombre y una mujer negros que trabajaban en los Bomberos, se fueron en la camioneta que había en el jardín. Tampoco volví a saber de ellos. Nos quedamos Charlie, Warren, Hanson, Leonard y yo.

Mientras bebíamos café en la mesa de la cocina, estaba pensando en aquellos enormes gusanos rojos, preguntándome cuánto tardarían en atravesar mi ataúd cuando muriera, intentando convencerme de que ya daría igual, cuando Hanson dijo:

—Hay una cosa que me toca las pelotas. Si el cuerpo de esa mujer tiene tantos años, el asesino debió de empezar cuando era un crío. A menos que el cabrón sea un vejestorio.

—Cuidadín —dijo Warren.

—No te lo tomes a mal —le dijo Hanson.

—Ya —respondió Warren—, es que soy muy sensible.

—Pero llevo razón, ¿no? —preguntó Hanson—. Es el mismo *modus operandi*.

—Lo ha heredado —dijo Warren—. Cago en la puta... Esperad un momento. —Warren se metió los dedos en la boca, se sacó la dentadura y la dejó sobre la mesa, al lado de su taza—. La muy cabrona está medio suelta —dijo, con los labios ondeando como banderas al viento.

—Me cago en la hostia —soltó Leonard—, vuelve a ponértela. Así no hay quien se beba el café.

Warren pasó de él. Se le entendía al hablar, aunque sonaba como si tuviese un trapo en la boca.

—Mirad, creo que el primer asesinato, el de la mujer, lo hizo alguien con la ayuda de un niño. Lo llevó a la casa y le enseñó a hacerlo. Aquello quedó grabado, por así decirlo, como algo sagrado, en el recuerdo del niño...

—Y lo está repitiendo —dijo Hanson.

—Equilicué —respondió Warren—. Al más puro estilo Freud. Nada indica que el asesino tenga que ser un hombre, o que fuese un niño el que lo vio hacerlo, pero me apostaría la pensión. También diría que el autor es un fanático religioso, y que estos rituales y aquel, el asesinato que presencié de pequeño, están mezclados en su cabeza. La mancha de humedad tiene la forma que tiene y, si la vio por primera vez siendo un niño, pudo impactarle bastante.

—Te sigo y entiendo todo lo que dices —intervino Hanson—, pero..., por Dios, secundo a Leonard, vuelve a ponerte la dentadura.

Doc Warren también pasó de él, y le pegó un sorbo a su café. El sonido de los labios colgaderos recordaba al de un cerdo en un abrevadero.

—Vale, Hap saca un diez en Psicología —dijo Charlie—, ¿y qué?

—A ver —dijo Warren—, mucha gente cree que Freud era un charlatán. No todo el que ha visto algo malo de niño se convierte en mala persona. A lo mejor esta explicación psicológica es una gilipollez y el asesino disfruta haciendo lo que hace y punto. Eso nos lleva a la temible cuestión de que quizá haya auténtica maldad en este mundo. A nadie le gusta pensarlo. Preferimos creer que todo tiene causa y efecto, y quizá sea así. Pero ¿por qué algunas personas responden al mal con maldad, y otras no?

—A mí me importa una mierda —dijo Leonard—. Siempre he creído que existe el mal, y no me hace falta la religión. Lo único que quiero es pillar a ese tipo. Y que te pongas de una puta vez la dentadura, Doc.

Warren dio otro sorbo a su café.

Hanson miró a Leonard.

—Coincido contigo —dijo—. En lo de la dentadura y en lo del asesino. Pero, si tanto se te llena la boca diciendo que quieres pillarlo, ¿no crees que ya va siendo hora de que nos lo contéis todo? Porque sé que hay más. Ya no voy a tolerar que me hagáis perder un puto segundo.

—Sí —dijo Leonard—, hay más.

—Deja que lo cuente yo, Leonard —dijo—. Tengo que añadir algo que tú no sabes.

—¿Tiene que ver con tu ausencia matutina? —preguntó Leonard.

—Sí —respondí—. Mira, Doc, creo que has descrito las cosas como son. Voy a partir de tu base para añadir unos cuantos datos. Pongamos que hay un

predicador, un hombre con un auténtico corazón de oro en muchos sentidos, pero resulta que viene de una familia con un padre que era un fanático religioso. Pongamos que el hombre no era su auténtico padre, sino su padrastro. El padrastro se casó con una mujer que tenía un hijo y el niño en cuestión era bastardo. La madre era una prostituta o, cuando menos, una mujer ligera de cascos. El predicador, el padrastro, cree que puede devolverla al redil, mostrarle el camino del Señor. Y puede que, en el fondo, esté buscando precisamente eso, una ramera. ¿Me seguís?

—Te seguimos —respondió Hanson.

—Así que se casa con esa mujer, pero no logra soportar la vergüenza. La trata mal. Y trata mal a su hijo. No les permite olvidar que ella es una zorra y el niño un bastardo, y que él, mano derecha de Dios, los hace especiales. La mujer vuelve a quedarse embarazada. El hijo es retrasado y el predicador no puede tolerarlo. Es incapaz de aceptar que su simiente puede engendrar un hijo así. Ahora tiene dos bastardos, uno de ellos con la complexión de un bloque de cemento. Se le mete en la cabeza que la mujer ha vuelto a las andadas, que ha estado con otro hombre. Puede que sí, puede que no; nos da igual. El predicador no deja de darle vueltas a la cabeza, hasta que una noche estalla y, en un arrebato de rabia, golpea y mata a la mujer.

—Y el hijastro lo ve —dijo Doc Warren.

—Sí. Pongamos que el predicador sabe que lo ha visto, pero, en lugar de matar al niño, que ya está bastante trastornado y cree que su padre es la reencarnación de Dios, lo obliga, o quizá el niño se preste porque lo tiene intimidado psicológicamente, da lo mismo... Pero pongamos que el chaval acompaña al padre para ayudarlo a deshacerse del cadáver. El padre lo convierte en un ritual religioso, quizá para encubrir su culpa ante el niño, ante sí mismo, ante ambos, o quizá porque realmente cree que ha obrado según la voluntad recta del Señor.

»Por brutalidad, o por conveniencia, el predicador descuartiza a la mujer para que quepa en una caja de cartón, envuelve sus miembros en tela y la lleva a una casa abandonada que conoce. Rodea el cuerpo en malla de alambre, para evitar que los animales hurguen, y quizá también en tela, como el resto, y la entierra bajo la casa. Cuando se descubre que no hay ni rastro de la mujer, él dice que ha huido. La mujer tiene cierta fama, con lo que no puede descartarse esa posibilidad. El que antes era motivo de su vergüenza, ahora lo protege: era

una ramera. Se aprovechó de un buen hombre. Huyó y lo dejó solo para criar a dos hijos, uno de ellos retrasado. ¿Veis por dónde voy?

—Esto son conjeturas, ¿no? —dijo Hanson.

—En parte —respondí—. Y ahora la historia sigue por donde la has dejado, Doc. El niño ha seguido matando por su cuenta, imitando el modelo de su padrastro.

—Entonces, ¿por qué no mata a mujeres? —preguntó Hanson—. Una vez, Doc y yo nos las tuvimos que ver con un tipo que se hacía llamar «el Aficionado de Houston». Se la tenía jurada a las mujeres y eran sus únicas víctimas, a menos que alguien se entrometiese. Si ese chaval vio a su padre matar a una mujer, ¿por qué él mata a niños? ¿No tendría más sentido que se la tuviera jurada a las mujeres por lo que hizo su padrastro, aunque se lo hiciese a su madre?

—Eso es fácil —respondió Doc Warren—. Se está matando a sí mismo. Está matando al chaval de nueve o diez años, no deseado y sin padre que fue. Matándolo y haciendo justicia, como su padrastro mató a su madre. No vincula el crimen con las mujeres, sino con el mal que ella engendró: un bastardo. Él. Y puede que, muy en el fondo, también se esté matando porque su existencia es el origen de la reacción del padrastro contra la madre.

—Suená bien —dijo Charlie—. Me parece una chuminada, pero suena bien. Eso sí: sonaría mejor si te pusieras la dentadura, Doc.

—¿Y qué pasa con las páginas de los Salmos en las revistas pornográficas? —preguntó Doc Warren—. Estáis sugiriendo que no se trata de un crimen de naturaleza sexual, sino de una psicosis religiosa. ¿Cómo las explicáis?

—La verdad es que no lo sé —respondí—. Quizá se haya convertido en algo sexual para él y esté purificando, por así decirlo, esa obsesión pecaminosa deshaciéndose de las revistas y destruyendo su poder con las páginas de los Salmos. Como una cruz en la tumba de un vampiro. La verdad es que no lo sé. Pero añado otra pieza al puzzle. El hijo retrasado creció lo suyo; solo es un poco más pequeño que el Empire State Building. Hace todo lo que le dice su hermano. Lo ayuda a hacer lo que hace. Y lo hacen todos los veranos, la última semana de agosto. Que probablemente coincida con la época del año en que se produjo el primer asesinato, el de la madre, y que, mira por dónde, le ofrece una oportunidad extraordinaria al hombre: es la

semana en que se celebra la Feria de la Zona Este, que él ayuda a promover.

—Hay que joderse —dijo Leonard.

—Ahora viene la pregunta del millón —intervino Hanson—. ¿Quién coño es?

—El tipo al que he ido a ver esta mañana —respondí—. El que asesinó a Illium Moon y habría intentado asesinar a Chester Pine si no la hubiese palmado antes. El hijo de un predicador. El hijo del predicador, que es a su vez predicador: el reverendo Fitzgerald, de la Primera Iglesia Baptista Primitiva.

36

Trajes espaciales a plena luz del día; gusanos rojos a la luz de la linterna, retorciéndose y serpenteando en la oscuridad; grasa hedionda...

Aquella noche, en la cama, me acordé de todo. Y no me ayudaba a conciliar el sueño.

Me levanté para ir a la cocina a por un vaso de agua y vi que Leonard no había convertido el sofá en cama. Estaba viendo la televisión, con la pantalla cubierta de ruidosa nieve.

La película en cuestión llegaba desde muy lejos y la antena de conejo barata no captaba bien la señal, aunque se veía lo suficiente para distinguir a los nobles pastores alemanes arrastrándose hacia unos alienígenas repugnantes. Reconocí la película: *Me casé con un monstruo del espacio exterior*. De niño me dio muchísimo miedo; ahora dudaba mucho que una película de monstruos lograra volver a asustarme.

Me olvidé del vaso de agua y me senté en el sofá con Leonard, que no me miró. Me percaté, con el reflejo de la luz de la televisión, de que estaba llorando.

Volví a mirar la pantalla. Los pastores alemanes les estaban dando para el pelo a los alienígenas, luchando codo con codo con esa buena gente estadounidense, que no iba a tolerar que unos extraterrestres tonteasen con sus mujeres.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien.

—¿Es por el tío Chester?

—Sí.

Seguimos ahí hasta que acabó esa película y empezó otra. En esta salía un

tipo afectado por alguna especie de radiación, que lo volvía gigante y lo obligaba a llevar un taparrabos.

—Y Florida y tú, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—¿Tan mal pinta?

—Quiere que seamos amigos. No sé cómo funcionaréis los bujarras, pero, si una mujer te propone que seas su amigo después de que te la hayas follado, por lo general significa que no quiere verte ni en pintura.

—Normalmente yo soy el que propone ser amigos. Antes buscaba una relación, pero, después de todas las mierdas que he vivido, el celibato me parece aceptable y preferible, salvo cuando se me pone dura. A diferencia de ti. Si aún queda algún hombre con ganas de casarse y tener dos hijos y un perro en el jardín, ese eres tú.

—Será que soy cristalino.

El grandullón de la peli empezó a pasarlas canutas con el Ejército estadounidense, que lo estaba cosiendo a balazos.

—¿Crees que hemos llevado bien esto de los asesinatos? —preguntó Leonard.

—Aún no ha acabado, pero creo que sí. Hanson dice que, si resuelve el caso, lo ascenderán. A él y a Charlie.

—Charlie no lo ve así. Me dijo que está echando currículums en hamburgueserías, dice que es un as de la cocina.

—Charlie es un cantamañanas, eso es lo que es.

—Hap, ¿y si nos equivocamos y no es Fitzgerald?

—Es él. Y su hermano, aunque no puede decirse que T. J. sepa lo que hace. Es como un puto gólem; se limita a hacer lo que le ordena.

—Hemos encontrado tantas pruebas indiciarias que Hanson podría pedir una orden y registrar la casa de Fitzgerald y la iglesia. Me parece un plan mejor que intentar pillar al reverendo en la feria con un niño de la mano. ¿Qué te apuestas a que, si Hanson pidiese una orden y buscara concienzudamente, encontraría la ropa interior de un niño muerto con manchas de lefa del reverendo?

—Pero imagínate que no encontrasen nada. El cabrón ya estaría prevenido y se andaría con mil ojos. Si Hanson juega las cartas a su manera, quizá lo

pille. Si Fitzgerald le pone las manos encima a un chiquillo, si lo secuestra, Hanson tendrá una base de la que partir, un motivo justificado para enchironar al cabronazo. Y luego, con un poco de suerte, lo demás saldrá a la luz.

—Esto ya no va con nosotros, ¿verdad?

—Pues tú veras.

—Hap, no es por ser pejiguero, pero ya te dije que el tío Chester no era el asesino.

—No debería haber dudado de ti.

—Tengo buen ojo para la gente.

—Y yo soy buena prueba de ello.

Leonard guardó silencio unos segundos.

—A ver, incluso yo puedo cagarla de vez en cuando.

La feria cien por cien negra llegó a la zona este una mañana calurosa que amenazaba tormenta. Las nubes aguardaban al oeste, oscuras como una bota militar, y en el cielo retumbaban truenos ominosos.

Nuestro mayor miedo era que la tormenta estallara y la feria se cancelase. En tal caso, el plan de Hanson se iría a tomar viento y el reverendo tendría que esperar otra noche; atacaría en un lugar insospechado.

Aquello ya no iba con Leonard y conmigo, pero esa mañana no resistimos la tentación de acercarnos con el coche a la explanada de la feria para ver a los camiones aparcar al otro lado de la alambrada y contemplar el montaje de aquellas máquinas de diversión: los coches de choque, las montañas rusas, el tirachinas y otras tantas atracciones que no sabría nombrar.

No dejaba de preguntarme cómo conseguiría Fitzgerald sacar a los niños de allí para asesinarlos. Era una cara conocida, la gente de la zona este sabía quién era y, de haberlo visto marcharse con un niño, sería improbable que se les olvidase. Sin embargo, quién sabe cómo, todos los años raptaba a un niño y lo llevaba a esa casa del terror.

¿Cómo elegía a su víctima? ¿Era un chaval al que observaba desde hacía un tiempo, que había participado en las actividades de la iglesia? ¿Era alguien que Fitzgerald sabía que iría a la feria? ¿Alguien con un hogar desastroso, o que no tuviese un hogar propiamente dicho? ¿Alguien con un pasado que hiciera sospechar que podría ocurrirle algo? ¿Alguien como el chiquillo

enterrado bajo la casa del tío Chester?

Intenté convencerme de que ya no era mi problema, sino de Hanson. Al cabo de un rato, volvimos a casa.

Hacia las dos de la tarde, Leonard y yo fuimos a casa de MeMaw y Hiram nos ayudó a acabar el porche. Apenas quedaba una hora de trabajo. Hacía un calor de perros y el cielo estaba despejado y azul, salvo al oeste. De aquellas nubes amenazantes llegaba un bochorno que era casi abrumador, y no podía dejar de pensar en esa noche, en la feria y en lo que podría pasar. En tres o cuatro ocasiones me di un martillazo en el dedo y, dejando caer los tablones de madera y los clavos, empezaba a soltar tacos hasta que Hiram me pedía que parase.

—No te lo tomes a mal, Hap —dijo Hiram—, pero yo no hablo así y no quiero que se digan palabrotas con mi madre por aquí. No me gustaría que te oyese.

Me disculpé, sinceramente avergonzado por haber incomodado a Hiram, confiando en que MeMaw no me hubiese oído.

Cuando clavamos el último clavo, Hiram dijo:

—Vamos dentro, mi madre querrá ofreceros un té helado.

—Lo necesito como agua de mayo —dije.

Leonard y yo le dijimos a Hiram que iríamos en cuanto recogiésemos los clavos y los tablones. Cuando Hiram entró en la casa, Leonard dijo:

—Me avergüenzas, cago en la hostia, siempre diciendo palabrotas.

—Ya, ya, vete a tomar por culo.

De pronto, Hiram nos gritó desde la casa.

—¡Hap! ¡Leonard! ¡Dios, venid, rápido!

Entramos a toda prisa. MeMaw se había desplomado en una silla de la cocina, a punto de caerse. Había un charco de orina en el asiento, que goteaba. Su andador estaba en el suelo, como si lo hubiera soltado al intentar levantarse.

El derrame cerebral fue rápido y sigiloso, letal como una mamba negra. Estaba viva, pero comatosa. La tumbamos en el suelo, le pusimos una almohada debajo de la cabeza y llamamos a la ambulancia. No tardó en llegar y se la llevaron al Memorial Hospital. Hiram la siguió en su furgoneta y Leonard y yo en mi camioneta.

Nos quedamos en la sala de espera haciendo compañía a Hiram mientras los médicos hacían lo que podían, que no era gran cosa: MeMaw estaba muy mayor y, esencialmente, aquello no tenía buena pinta. Lo único que podían hacer —que podíamos hacer— era esperar.

Cuando nos dieron permiso, Leonard y yo entramos en la UCI con Hiram para ver a MeMaw. Tenía más cables que un astronauta y parecía más pequeña y frágil de lo humanamente posible. Me recordaba un poco a esas momias mexicanas que se ven en fotos, exhumadas y expuestas porque sus parientes no pueden permitirse pagar la parcela del cementerio. Me percaté de las manchas hepáticas en sus manos. ¿Por qué no había reparado en ellas hasta entonces? Parecían centavos antiguos vistos a través de un café aguado.

Nos quedamos un rato más, hasta que Leonard dijo:

—Hiram, vamos a volver a casa. Si necesitas algo, avisa.

—Vale —respondió Hiram—, gracias. Joder, no me lo puedo creer. O sea, sí, porque estaba mayor y tal, pero aun así no me lo creo.

—Ya... —dijo Leonard.

—¿Quieres que llamemos a algún pariente? —pregunté.

—No —dijo Hiram—. Ya lo hago yo dentro de un rato.

Dejamos a Hiram sentado junto a la cama de MeMaw, agarrándola de la mano.

37

A última hora de la tarde, la tormenta del oeste se puso fea de verdad y las nubes, aún más oscuras, empezaron a acercarse. Estábamos en el balancín del porche, observándolas, cuando Hanson apareció en su coche.

Subió con el puro en la boca. Estaba apagado, pero se notaba que lo había encendido hacía poco. Llevaba un *blazer* barato lleno de ceniza.

—Pensaba que habías dejado de fumar —dije.

—Sí, lo dejé —respondió—, y acabo de volver a dejarlo. Nada, solo quería avisaros de que estamos en marcha. Os merecéis saberlo. Cuando termine, os diré cómo ha ido.

—Te lo agradecemos —dijo Leonard.

Hanson asintió, se dio media vuelta y miró a las nubes de tormenta.

—Joder —dijo.

—Va lenta —respondió Leonard—. Si no tarda en dar el golpe, aún podéis pillarlo.

—Ya veremos —dijo Hanson—. Hasta la vista.

Se dirigió a su coche, y lo vi encenderse el puro y volver a fumar antes de arrancar.

—Es buena gente —apuntó Leonard.

—Sí —respondí—. Lo que más me gusta de él es que me robó a la novia, y su afición a chupar un puro viejo y asqueroso. Vaya gilipollas.

Nos quedamos un rato más observando la tormenta, hasta que montamos en el coche de Leonard y nos acercamos a la Primera Iglesia Baptista Primitiva, repitiéndonos durante todo el camino que solo íbamos a echar un vistazo.

No aparcamos frente a la iglesia, sino una manzana más abajo. Desde allí no se veía gran cosa, pero, antes de parar, pasamos una vez con el coche frente

al edificio y comprobé que el minibús y el Chevrolet seguían en el jardín. También me percaté de que, una manzana más arriba, aparcado al otro lado de la calle, había un coche de policía de incógnito. No reconocí al blanco medio calvo al volante, pero tenía cara de poli y los ojos clavados en la iglesia. Me dije que era un alivio que Fitzgerald no se esperase nada, pues ese tipo era igual de discreto que un cerdo rosa vestido con un mono.

Pasamos frente a la iglesia, dimos la vuelta a la manzana y aparcamos. Desde nuestra posición se veían el edificio y el coche de incógnito, aunque cada vez los distinguíamos peor: empezaba a ponerse el sol, y las nubes de tormenta que llegaban del oeste oscurecían aún más la tarde.

Al cabo de un rato se encendió una luz en el interior de la iglesia, y luego fuera, iluminando el camino de acceso. Pasada una hora, empezaron a aparcar coches junto a la acera. Uno de ellos, un Volkswagen color tostado, se perdió en la parte trasera. De los coches bajaban hombres, mujeres y niños que se acercaban a la iglesia, la rodeaban por un lateral y desaparecían.

Al cabo de otros quince minutos, esos hombres y mujeres salieron de la iglesia sin sus hijos, se montaron en sus coches y se marcharon. Me quedé pensándolo. Los padres llevaban a sus hijos a un lugar seguro, la iglesia, y los dejaban en manos de alguien de confianza, el reverendo, con el corazón tranquilo y convencidos de que iban a pasárselo de fábula.

Y lo más probable es que fuera así. Los niños queridos no le interesaban al reverendo. ¿A qué estaba jugando exactamente? Intentar imaginármelo me daba dolor de cabeza.

Un par de minutos después, el minibús apareció de detrás de la iglesia con las luces encendidas. Distinguí al reverendo al volante, y las siluetas de los chiquillos al otro lado de las ventanas. El minibús giró a la izquierda, pasó junto al coche de incógnito y se alejó.

El poli arrancó *ipso facto*, dio la vuelta invadiendo el carril contrario y comenzó a seguir al minibús: Don Discreto. Ya solo le faltaba subirse a un cubo y cascársela mientras cantaba una canción.

Leonard se puso en marcha y los seguimos. En realidad, ni el poli ni nosotros teníamos por qué ser discretos, pues el minibús hizo lo que era de esperar: fue directo a la feria, frenó al llegar a la entrada y luego pasó a la explanada. Hasta el momento, todo iba según lo previsto.

Al no tener un pase especial, tanto el poli como nosotros aparcamos al

otro lado de la alambrada y nos dirigimos a la puerta. Al llegar a la cola, nos pusimos justo detrás del hombre. El portero, un tipo negro con la complexión del muñeco de Michelin y unas gafas negras con el puente pegado con cinta blanca, no dejaba pasar al poli porque no tenía un dólar. El agente, un tipo duro que llevaba uno de esos trajes informales de colorines que pasaron de moda y dejaron de fabricarse poco después de la desaparición de los libros de bolsillo a setenta y cinco centavos, quería enseñarle la placa y entrar.

—No te estoy pidiendo la placa —dijo el portero rollizo—, te estoy pidiendo un dólar.

—Mira, esto es cosa de la policía —dijo el agente.

—No me jodas... —respondió el portero—, ¿cómo que la feria es cosa de la policía?

—Toma —dije, dándole un dólar al portero—. Déjalo entrar, por Dios. Estás frenando la cola.

El portero cogió el dólar y el poli nos miró como miran los polis, nos dio las gracias como si no quisiera dárnoslas y entró.

—Joder —me dijo el portero—, dos blancos seguidos. Tiene que ser un buen presagio o algo, ¿no?

—Si hay dos blancos seguidos y uno lleva un traje más feo que pegarle a un padre, significa que va a llover —respondí.

—Es que no me lo creo —dijo el portero—. Ese poli no está de servicio. Estará acostumbrado a que lo inviten a comer y tal; a lo mejor le funciona en la otra parte de la ciudad, pero aquí, los cojones. ¿Dónde habrá comprado ese traje? ¿De qué puto color era?

—Naranja, óxido u oro sucio —respondió Leonard—, como prefieras.

Pagamos y, al entrar a la feria, vimos al poli acercarse al aparcamiento de los vehículos autorizados. Pasó de largo y se dirigió a una zona con gravilla; tras apoyarse en la alambrada, donde la luz era tenue, se sacó un cigarrillo, lo encendió e intentó hacer como que no estaba mirando al minibús. No se le daba nada bien.

La puerta del vehículo se abrió y Fitzgerald bajó en primer lugar, seguido de una fila de chavales alborotados y contentísimos; cerraba el grupo una mujer negra y atractiva. Supuse que era una de las madres, para ayudar al reverendo.

Los chiquillos, la mayoría de entre seis y diez años, se repartieron en un

grupo de niñas y otro de niños; no dejaban de dar saltitos, no paraban quietos en la fila, como una culebra sobre una piedra ardiendo. La mujer y el reverendo Fitzgerald charlaban amistosamente. Él sonreía, ella sonreía. El reverendo volvió al minibús y se asomó un momento al interior. Pensé que le habría dicho algo a alguien que había dentro. T. J., quizá. Desde nuestra posición no se veía a nadie, pero las ventanas de contrachapado podrían ocultarlo.

El reverendo volvió a sonreír a la mujer. Hablaron un poco más y luego la mitad de los niños se fueron con ella y la otra mitad con él. Don Colorines siguió al reverendo y su grupo. T. J., el eclipse andante, no apareció por ningún sitio.

Leonard y yo estábamos planteándonos cuál sería nuestro siguiente paso cuando Hanson apareció por sorpresa.

—¡Seréis gilipollas! —dijo. Nos dimos la vuelta y lo miramos. Tenía una expresión agradable, como de costumbre, pero ya no llevaba el puro. Supuse que lo tendría en el bolsillo; esperaba que se hubiese acordado de apagarlo antes de guardarlo—. ¿No nos hemos visto hace un rato, so capullos? Os he dicho que ya os avisaría.

—He de reconocer una cosa —dijo Leonard—: para ser un tipo corpulento, te mueves con pies ligeros.

—Tengo sangre india, no te jode. ¿Qué hacéis aquí? Os dije que esto no va con vosotros. Ya habéis hecho más de lo que deberíais.

—Y muy bien hecho, me permito añadir —dijo Leonard.

—Bueno, que no se os ponga demasiado dura —respondió Hanson—. Lo hicisteis bien, pero tuvisteis algo de suerte.

—Como tú —intervine yo— cuando aparecimos nosotros.

—Ni siquiera sabías con certeza si había caso hasta que llegamos —confirmó Leonard.

—Y sigo sin saber si hay caso —respondió Hanson.

—Los cojones —le solté.

—Vale, vale —dijo Hanson—, sois unos putos genios de la investigación. Pero ahora volved a vuestra casa o disfrutad de la feria. No os quiero en medio, lo digo en serio. Ya tengo hombres asignados, y hasta saben lo que hacen. Bueno, tienen una ligera idea.

Dejamos a Hanson y nos dimos un paseo por la feria, repleta de luces radiantes, de voces, del traqueteo de las atracciones y del estrépito de la música, probablemente concebida por oídos y tocada con instrumentos de hojalata. El aire estaba impregnado del olor a sudor de niños emocionados y adultos cansados, del aroma de las palomitas embadurnadas en mantequilla, de la dulzura pegajosa del algodón de azúcar y del hedor intenso de las plastas recién cagadas por los animalitos del zoo infantil.

Cuando nos acercamos al zoo, nos topamos con Hiram. Estaba con las manos en los bolsillos, con expresión abatida, como un hombre que acaba de tener una eyaculación precoz. Tenía los ojos clavados en una cabra moteada.

Nos pusimos a su lado y dije:

—Hola, Hiram.

Él se volvió y me miró, aunque tardó unos segundos en ser consciente de que estábamos ahí.

—Ah, hola —respondió.

—Qué sorpresa verte por aquí —dijo Leonard.

—Mi hermana ha venido al hospital y se ha quedado con mi madre.

—¿Cómo está McMaw? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Igual. El médico dice que puede tirarse así un tiempo: un día, seis meses...

—Lo lamento —dije.

—Yo también —añadió Leonard.

—Es que me apetecía salir a tomar el aire —dijo.

—Claro —respondí—. Es de lo más normal. Tampoco es que puedas hacer gran cosa.

—Necesitaba desconectar —continuó—, aunque haya sido para acabar mirando a una cabra.

Hiram volvió a fijarse en la cabra, y un chiquillo se acercó y empezó a acariciarla. Seguimos ahí un rato, en un silencio incómodo, hasta que nos despedimos y nos alejamos.

—Me sabe mal —dijo Leonard, mientras nos comprábamos dos algodones de azúcar—. McMaw y Hiram me caen bien.

—Ya —respondí—, pero ha tenido una vida plena. A todos nos llega la

hora.

—Lo que me jode no es la muerte, sino que se alargue. Creo que hemos avergonzado a Hiram.

—Sí, se siente culpable, como si debiera estar con ella... Pero velar a alguien en su lecho de muerte acaba desgastando a cualquiera.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Este algodón de azúcar me da ganas de vomitar.

Nos pasamos un par de horas deambulando por la feria. Vimos al reverendo y a los niños, seguidos de su sombra de colorines, unas cuantas veces, pero él no nos vio a nosotros. Vimos a Melton, alias el Mohicano, agarrado del brazo de una chica negra que habría dejado hacía poco las muñecas y su primer sujetador. Se metieron detrás de un puesto de perritos calientes y los perdimos de vista. También vimos a Hanson varias veces. Estaba más huraño que nunca, como si el mero hecho de vernos le encogiese las pelotillas.

Mientras caminábamos, un montón de negros se quedaban mirándome como si fuera un animal exótico, quizá escapado del zoo infantil. Supongo que, hasta cierto punto, sí que era exótico, al menos en aquel lugar y aquella noche. Solo había un puñado de blancos en la feria, y varios de ellos eran polis.

Pasó otra hora, y en el viento cálido de la noche ya se olía la tormenta, que se mezclaba con otros aromas y se convertía en un cóctel embriagador. Se palpaba la electricidad en el ambiente. Las atracciones daban vueltas y más vueltas, subiendo a los chiquillos hacia el cielo y bajándolos, zarandeándolos, y se oían los chirridos, quejidos, gemidos y chillidos de las máquinas, y los tornillos tintineantes en sus estructuras, que me ponían nerviosísimo. A lo lejos, entre las nubes oscuras que se amontonaban, se veía de cuando en cuando un relámpago, cual diapasón líquido recortándose contra el cielo.

Al poco tiempo de que empezaran los relámpagos, las atracciones pararon y se cancelaron los viajes. Solo quedaban el zoo infantil y las casetas para perder dinero intentando meter pelotas de sóftbol en cestas de mimbre o pelotas de béisbol por aros.

Una media hora después decidieron cerrar toda la feria, y los dueños de las atracciones, contrariados, se encaminaron hacia la puerta. Aún no habíamos salido cuando empezó a llover, antes y con más furia de lo que se

esperaba. A través de esa cortina de agua color aluminio, las luces de la feria recordaban a monedas doradas titilantes en el fondo de una fuente. Ahora solo se olía la lluvia, que estaba fría, y en cuestión de segundos Leonard y yo estábamos empapados.

Nos abrimos paso entre la multitud hasta llegar al coche y nos quedamos ahí sentados, observando a la gente meterse en sus vehículos a toda prisa y marcharse. Esperamos hasta que el minibús de la iglesia atravesó la salida y empezó a alejarse. Y lo seguimos.

Era un auténtico diluvio y el minibús avanzaba lentamente, como nosotros, y como don Colorines, que nos seguía. Al cabo de unos minutos, decidimos llegar a la iglesia antes que ellos y aparcar en nuestra posición. Mientras lo adelantábamos, Leonard dijo:

—Hap, el reverendo no va al volante. Es la mujer. A él no lo veo por ningún sitio.

Acabé de adelantar al minibús, salpicando agua con los neumáticos.

—Eso no quiere decir que no esté en el minibús. Yo no he visto a la mujer cuando han salido de la iglesia. A lo mejor va en la parte de atrás.

—Sí, pero... No sé, esto huele a chamusquina.

Dejamos atrás al minibús y aparcamos en el mismo sitio, apagamos las luces y esperamos, dando buena cuenta de una caja de M&M que Leonard había dejado en la guantera. Se habían derretido y eran un amasijo de colores, pero nos los comimos de todas formas. Estábamos chupándonos los dedos cuando el minibús llegó a la iglesia y se detuvo en el camino de acceso.

—Supongo que se han parado cerca de la calle para ayudar a los padres —dijo Leonard—. Los chiquillos ya irán calados hasta los huesos.

El as de la discreción se detuvo frente a la iglesia, al otro lado de la calle.

—El poli parece aún más tonto que antes —dijo Leonard—. Creo que ni siquiera se ha percatado de nosotros; no se ha dado cuenta de que lo hemos seguido y de que le hemos pagado la entrada a la feria. Don Colorines aún no ha visto la relación entre nosotros y el minibús.

—A medida que pasan las horas —dije—, el cerebro de un policía se va posando. Es como una especie de sedimento.

—Además, él no cuenta con la fuerza mágica de los M&M derretidos.

—Eso también es verdad.

—Los verdes se supone que son malos, ¿no? —preguntó Leonard—. Siempre se ha dicho que hay que llevar cuidado con los M&M verdes.

—Yo oí en algún sitio que el de la fábrica se corre en el colorante de los verdes.

—No —dijo Leonard—, ese es el de la mayonesa del McDonald's, o del Burger King, o algo así. Dicen que es un negro, por eso los clientes lechosos están cagados, porque los negros están conchabados con él, es como una conspiración, y evitan la mayonesa. En cambio, no todos los blancos están al tanto, así que algunos se la tragan. Ah, y el negro tiene el sida.

—¿No jodas?

—No jodo, no. Qué puto asco, ¿eh? Un negro sidoso pajeándose en la mayonesa de los pobres lechosos.

—Un negro maricón, claro está.

—Eso huelga decirlo. Y más feo que sus muertos.

38

Nos quedamos ahí hasta que el culo empezó a dolernos y se hizo uno con las fundas de los asientos. Entonces empezaron a llegar coches que aparcaron junto a la acera, con los parabrisas luchando contra la lluvia.

La lluvia dificultaba la visión, pero distinguimos a varios niños que bajaron del minibús y entraron corriendo en los coches, que se alejaron. Luego aparecieron más coches, y otra oleada de niños bajó del minibús, hasta que, al cabo de un rato, todos se marcharon y ya no llegó nadie. El minibús arrancó, encendió las luces y desapareció tras la iglesia.

—¿Y ahora qué? —preguntó Leonard.

Antes de que me diese tiempo a responder, el Volkswagen tostado, del que me había olvidado, salió de detrás de la iglesia y giró a la izquierda. Las luces del edificio me permitieron ver que al volante iba la mujer que conducía el minibús, acompañada de una niña. Mamá, tras cumplir con su cometido, volvía a casa con su hija.

—Tienes razón —dije—. Creo que el reverendo no iba en el minibús a la vuelta. Podría haberse bajado ahora, pero lo dudo. Creo que se quedó en la feria.

—Nos ha dado esquinazo sin pretenderlo —dijo Leonard—. No me explico cómo lo ha conseguido exactamente, pero Fitzgerald se ha puesto de acuerdo con la mujer. No quiero decir que esté implicada...

—Sé lo que quieres decir. Le pidió que trajese a los niños, pero tenía fichado a un chaval que no iba en el minibús.

—A uno que nadie echará en falta, al que no le han acercado sus padres. Y tenía pensada otra forma para marcharse de la feria.

—Si estamos en lo cierto —dije—, ¿eso qué implica?

—Que el tiempo corre —respondió Leonard.

Nos quedamos unos segundos en silencio hasta que, casi al unísono, dijimos:

—La casa de los Hampstead.

Leonard pasó con el coche junto al poli del traje de colorines. Seguía con los ojos clavados en la iglesia. Ni siquiera parpadeó a nuestro paso.

Nos dirigimos a la casa de los Hampstead desde casa del tío Chester, atravesando el bosque a pie. La lluvia no había remitido, y avanzábamos muy lento. Había empezado a soplar el viento, sorprendentemente frío, que nos lanzaba las gotas como si fuesen gravilla. El chicotazo de las ramas nos lastimaba la cara, y la linterna que llevábamos apenas conseguía abrir un agujero en la oscuridad. No nos habíamos demorado en buscar los chubasqueros, así que íbamos calados hasta los huesos. Me dije que deberíamos haber cogido las armas, pero ya era tarde: solo estábamos nosotros y la linterna de la guantera de Leonard.

Cuando llegamos a casa de los Hampstead, estábamos agotados. No queríamos que Fitzgerald y su hermano nos viesan, con lo que apagué la linterna justo antes de atravesar el límite del bosque y salir al claro.

Una vez fuera, sin la linterna, todo estaba oscuro como boca de lobo, pues no había luna ni estrellas, y las gotas de lluvia nos aporreaban como si fuesen rodamientos, con lo que solo podíamos guiarnos por nuestro instinto: avanzar resultaba arduo. Oímos el crujido de la madera de la antigua casa, rogándole al viento que la dejase en paz; nos agarramos del brazo y seguimos el ruido. Estrellé una espinilla contra el primer peldaño del porche y Leonard hizo lo propio. Subimos intentando ser lo más discretos posible, cosa difícil cuando la pierna te duele como si estuviese rota. Avanzamos a tientas hasta llegar a la ventana que, unas semanas antes, habíamos destrozado para entrar, y nos colamos sigilosamente.

La lluvia caía al interior de la casa por el agujero del techo y del tejado del piso de arriba. Dentro estaba tan oscuro que ni siquiera se veía la lluvia, aunque la oíamos y la sentíamos. Aguzamos los sentidos, intentando captar otros ruidos, movimientos, pero solo se oía el soplido del viento y los inevitables crujidos de la madera.

No nos quedó más remedio que encender la linterna para evitar los huecos

entre los tablones del suelo, pero la madera chirriaba bajo nuestros pies. Atravesamos la sala del antiguo chifonier y entramos en la cocina, que estaba seca. De pronto noté que empezaba a tranquilizarme. El golpeteo de la lluvia había sido una tortura, una auténtica gota malaya.

Pero, en cuanto estuvimos en la cocina, cuando ya no esperábamos encontrarnos a nadie, pues no habíamos oído movimientos ni habíamos visto luces, mi linterna alumbró una silueta a la izquierda que, al apuntar hacia ella, se abalanzó sobre mí. Me defendí con la linterna, se oyó un gruñido y una bombilla al romperse y la luz se apagó. Entonces sentí unas manos encima. Me revolví como pude y solté un codazo; de pronto una luz se encendió a mi derecha y, con el rabillo del ojo, vi a Leonard soltar una patada lateral en la barriga de un hombre. Sin dejar pasar un segundo, agarré el cuerpo de mi atacante herido y, haciendo una llave, lo lancé contra el suelo. Entonces una luz me apuntó desde el suelo y, desde detrás de la luz, la silueta dijo:

—Cago en la hostia, Hap.

Era Charlie.

El poli que se había llevado una patada de Leonard se apellidaba Gleason. Lo había visto el día que levantaron el suelo del tío Chester. Era el gordo con el peluquín horrendo al que el Mohicano había saludado por su nombre. No había adelgazado un gramo, y ahora llevaba empapado el peluquín, que, a la luz de su linterna y de la de Charlie, parecía una especie de casquete tribal.

La patada de Leonard había sido certera. Gleason tardó un buen rato en recuperar el aliento, pero el tipo tenía tanta grasa que no se le rompió ningún hueso. Charlie también estaba tocado; le había salido un chichón en la sien.

—Joder, cómo duelen los linternazos —dijo Charlie.

—Perdona —respondí.

—Cago en la hostia, sois rápidos, hijoputas.

—¿Cómo tienes la cabeza? —pregunté.

—¿Y tú que crees? Me duele —respondió Charlie, frotándose el chichón

—. Cago en la hostia.

—Perdona, Charlie. Si te sirve de consuelo, creo que has roto la linterna de Leonard.

—Pues que se compre otra. Yo solo tengo una cabeza. ¿Qué coño hacéis

aquí?

Se lo contamos.

—¿Creías que a Hanson se le iba a olvidar cubrir este sitio? —preguntó Charlie—. Dios, a lo mejor no somos unos sabuesos y unos lumbreras como vosotros, pero pensamos un poco las cosas. Hasta hemos traído la cena.

—Aunque a Charlie se le han olvidado las patatas fritas —apuntó Gleason—. El caso es que se lo he dicho dos veces, que se acordase de las patatas, pero nada. Un sándwich sin patatas fritas pierde la gracia.

—¿Quieres parar ya con las patatas, Gleason? —le dijo Charlie.

—Yo solo digo que se te han olvidado —respondió Gleason.

—Bueno, que se me hayan olvidado las patatas fritas de la cena es lo de menos —continuó Charlie—. La cuestión es que vosotros dos, so gilipollas, estáis jodiendo la marrana.

—Ya te he dicho que lo sentimos —insistí—. Coño, ¿qué queréis que hagamos, que nos peguemos un tiro?

—Podríais haber echado por la borda la investigación.

—Pues teniendo en cuenta que Fitzgerald aún no ha aparecido —dijo Leonard—, creo que la cosa ya está jodida.

—Macho, creo que este me ha roto algo —dijo Gleason.

Charlie lo iluminó con la linterna.

—No te pasa nada. Adelgaza un poco, hostias. Y quítate el peluquín ese de mierda que me llevas.

—Mejor que se lo deje —propuso Leonard—. Si los malos aparecen, puede asustarlos.

—Ya, vosotros reiros —dijo Gleason—, pero me lo hicieron a medida.

—¿A medida para qué? —preguntó Leonard—. ¿Para el poste de una cerca? Ahí veo más cabeza que pelo, macho. Tienes que cazar y destripar otro mocho.

—Habló Vidal Sassoon —dijo Gleason.

Entonces oímos a alguien llegar desde el bosque por la parte de atrás de la casa.

—Las linternas —dijo Charlie, apagando su luz; Gleason lo imitó.

Aguzamos el oído mientras los pasos se acercaban.

—Separaos —susurró Charlie—, aquí tenéis vuestra oportunidad de usar

esa mierda de kárate con gente que se lo merece.

Nos separamos. Yo me situé junto a la puerta que daba a la cocina. Sabía que Charlie estaba a mi izquierda, en algún sitio, y que Leonard y Gleason estaban al otro lado.

Aguardamos mientras los pasos rodeaban la casa y llegaban al porche delantero; oímos el crujir de la madera del porche y, poco después, aún más fuerte, el de los tablones de dentro. Los crujidos se dirigían hacia nosotros. Noté que el vello de la nuca se me erizaba; la entrepierna se me agarrotó y las tripas se me soltaron. De pronto, una luz entró desde la sala del chifonier, moviéndose arriba y abajo, seguida de un hombre. La linterna apuntó a la derecha y el haz iluminó de lleno a Gleason, que estaba ahí de pie como un oso de peluche, con el peluquín encaramado a la cabeza cual nutria a una roca.

«Eh», dijo el hombre de la linterna, sorprendido. Era la voz de Fitzgerald, y por un instante el tiempo se congeló. Cuando el tiempo se reanudó, a espaldas de Fitzgerald surgió una silueta monstruosa que entró en la cocina. Yo me moví, todos nos movimos, y caí en la cuenta de que alguien estaba huyendo de la sala del chifonier; alguien que iba con Fitzgerald y con su hermano y que se había cagado por la pata abajo.

Me dispuse a seguirlo, pero el reverendo me lo impedía, así que le lancé un derechazo cruzado a la mandíbula. Fitzgerald soltó la linterna y empezó a tambalearse, hasta que Gleason lo agarró. Con el golpe, la linterna cayó al suelo y se puso a girar, iluminando a Gleason y al reverendo, luego las sombras, luego la luz, hasta que se detuvo apuntando hacia ellos.

La silueta gigante era T. J., claro, y cuando vio que Gleason aferró a Fitzgerald, T. J. lo agarró a él de la cabeza con sus manos enormes, como si fuese un balón de baloncesto que estaba a punto de lanzar.

A juzgar por el ruido, la persona que había huido se coló por uno de los huecos del vestíbulo, y lo oí gruñir y volver a ponerse en pie. Entonces Gleason soltó a Fitzgerald, que se giró y le asestó un gancho en el estómago. Aunque yo ya estaba moviéndome, como los demás, todo ocurrió rapidísimo. T. J. tenía a Gleason bien agarrado, y le retorció el pescuezo como si girase la tapa de un tarro de encurtidos correoso. El peluquín infame de Gleason se elevó, saliendo del cono de luz de la linterna, y volvió a caer, cual platillo volante peludo, hasta posarse en el suelo. De fondo oímos el cuello de Gleason quebrarse como un palillo de cóctel.

—¡Páralos! —le gritó Fitzgerald a T. J. Charlie se abalanzó sobre el reverendo y Leonard surgió de la oscuridad y le soltó un patadón a T. J. en la entrepierna y un puñetazo en la mandíbula. El gigante gruñó e intentó agarrar a Leonard, que se escurrió entre las sombras.

Charlie cayó en mis brazos grogui, merced al gancho de izquierda de Fitzgerald. Lo dejé en el suelo y me enzarqué con él.

El sonido rítmico de nuestros puñetazos y de las patadas constantes de Leonard al cuerpo de T. J. invadió la cocina. Asesté un zurdazo a Fitzgerald y él me lanzó un gancho al cuerpo; noté que se me rompía una costilla, pero no era la primera vez. No sobresalía de la piel, así que el dolor se podía controlar. Volví a ponerme en guardia y solté otro zurdazo, seguido de un croché de derecha, pero Fitzgerald salió de la luna que creaba la linterna y golpeé el aire en vez de la carne. Se balanceó y me propinó otro golpe en las costillas, justo en el mismo sitio, que me dolió como si me hubiese clavado un cuchillo.

Sin embargo, yo disponía de algo de lo que Fitzgerald carecía: tracción total. Le solté un patadón en el lateral de la pierna, justo por encima de la rodilla, y se tambaleó hacia la luz; ahora que lo veía perfectamente, le propiné un derechazo en la cara y, con la pierna izquierda, una patada giratoria en las costillas. Volvió a perderse en la oscuridad y echó a correr.

Justo cuando me giré para mirar a Leonard, lo vi golpear con una patada frontal la cara interna de la rodilla de T. J., y luego le dio de lleno en la rótula con una patada lateral. El gigante se derrumbó, soltando un alarido, y cayó a plomo contra el suelo de madera. Rodó e intentó levantarse, gritando, pero la rodilla rota no aguantaba su peso.

Oí a Fitzgerald romper el marco y el cristal de una ventana y saltar al exterior de la casa. Agarré la linterna y salí corriendo detrás de él, con las costillas pulsando de dolor. Cuando llegué a la ventana y me disponía a salir, oí a Fitzgerald gritar como si le hubiesen metido un palo en el ojo; el grito se convirtió en un eco y, al fin, en un gimoteo quedo y desgarrador.

Salté al suelo y empecé a alumbrar a mi alrededor con la linterna. La lluvia seguía cayendo con fuerza, y aun con el haz de luz resultaba difícil ver algo. Sin embargo, se le oía: «Aunque ande en valle de sombra de muerte..., Dios mío, no me abandones así».

Me dirigí hacia la voz, que provenía del viejo pozo. Fitzgerald se había

caído por culpa de la oscuridad. Me acerqué con sumo cuidado al cúmulo de cascotes que otrora formasen el brocal del pozo, me incliné y alumbré el interior con la linterna.

Fitzgerald ya no decía nada, ya no emitía ningún sonido, pero aún estaba vivo: veía sus ojos parpadear con la lluvia. El pozo no era ancho, la caída había sido dura y abajo había toda clase de escombros: piedras del bordillo, ramas y maleza y agua estancada. Con el batacazo, la cintura y las piernas se le habían doblado con un ángulo que solo debería verse en los limpiapipas.

—Voy a sacarte —le dije.

Pero ya no me oía. La cabeza se inclinó hacia el pecho y el cuerpo destrozado se movió ligeramente; luego la barbilla se apoyó en sus rodillas, demasiado altas para todo el que no fuese un acróbata, y se quedó inmóvil. El cuerpo empezó a hundirse poco a poco en el agua, pero se enganchó en algún escombros.

No hacía falta ser médico para saber que el reverendo Fitzgerald había entrado en la oscuridad. Seguí alumbrándolo unos segundos con la linterna, viendo la lluvia caer sobre él, y me percaté de que, en esa posición, recordaba a un feto tranquilo, esperando su nacimiento.

Subí al porche y volví a entrar en la casa por la ventana. No se veía a nadie acechar en las sombras. Distinguí el hueco por el que se había colado la persona que había huido y, al mirar entre los listones, vi otra cosa: tumbado en la tierra, de costado, con una bolsa negra en la cabeza, las manos atadas a la espalda y los pies inmovilizados, había un niño.

Saqué al chiquillo del agujero y le quité la bolsa de la cabeza. Le habían puesto una mordaza y le habían metido algo en la boca; le costaba muchísimo respirar. Saqué lo que llevaba en la boca y vi que era un calcetín. Lo senté en el suelo, junto al hueco en la madera, con las piernas colgando. Se quedó mirándome. Estaba temblando.

—Por favor —dijo.

—Tranquilo, hijo. Yo no tengo nada que ver con ellos.

—Por favor.

Vi que había algo más en el agujero y bajé de nuevo para cogerlo. Era un trozo de tela grande, que envolvía un libro de los Salmos. Cubrí otra vez el libro con la tela, que era muy particular, tomé al niño en brazos y, evitando los huecos en la madera, lo llevé a la cocina. Estaba rígido y muerto de miedo. Lo

senté en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Al ver a T. J. desplomado, retorciéndose de dolor, empezó a forcejear, pero estaba atado de manos y pies, con lo que no podía moverse. Cayó al suelo y se quedó paralizado.

—Tranquilo —dije—. No va a pasarte nada.

Miré a Leonard y vi que había cogido las esposas de Charlie y se las estaba poniendo a T. J., que no dejaba de gritar: «Hermano, hermano».

Cuando Leonard esposó a T. J. con las manos a la espalda, se acercó cojeando a nosotros.

—Al corredor se le ha caído el testigo —dije, apoyando en el suelo la tela y el libro de los Salmos.

Leonard sacó su navaja y el niño se agarrotó, emitiendo un gemido de animal moribundo.

—Tranquilo —dijo Leonard, soltándole las manos y los pies—, les hemos dado su merecido.

Una vez libre, el niño se quedó tirado en el suelo, con las rodillas apretadas contra el pecho.

—¿Te han hecho algo? —le preguntó Leonard.

El chiquillo no respondió. Se quedó mirando fijamente a Leonard, que le acarició la cabeza.

—Ya está, no pasa nada.

Me acerqué a Gleason. No hizo falta examinarlo con detenimiento para saber que no había nada que hacer por él. Tenía el pescuezo retorcido de tal manera que hasta a mí me dolió el cuello al verlo. Busqué su peluquín y se lo puse como buenamente pude.

Luego me acerqué a Charlie para echarle un vistazo. Estaba tumbado bocarriba, consciente pero débil.

—¿Qué te duele? —le pregunté.

—La cabeza —respondió Charlie—. Joder, vaya hostia, todo me da vueltas. Casi prefiero que me des otro linternazo.

—Un gancho de izquierdas —le dije—. Tenía buena técnica. Ahora ya no tiene nada.

—¿Lo has matado?

—Ha sido el viejo pozo. —Le quité a Charlie la chaqueta, la doblé y se la

puse debajo de la cabeza—. Tienes que ir de compras, esta chaqueta está hecha un Cristo. Tiene todo el bolsillo desgarrado.

—Se le ha enganchado la mano —respondió Charlie—. ¿Crees que en el Kmart me dejarán devolverla?

—Hasta ellos tienen que poner un límite, macho.

—¿Y Gleason?

—Mal. Tú ahora descansa, quizá tengas una conmoción cerebral. Voy a avisar a alguien.

—Si Hanson no recibe noticias de nosotros en un rato, vendrá.

—No voy a esperar tanto, Charlie.

Volví con Leonard.

—Tengo un esguince de tobillo feo de cojones —dijo—, me he sentado y ya no puedo ni levantarme. Se me ha hinchado de todas las patadas que le he pegado a ese demonio gigante. Lo habré pillado mal. Me parece que voy a tener que rajar el zapato.

—Leonard, aún no ha acabado.

—Ya lo sé. Tienes que pillarlo, ¿eh? Por ti y por mí, y por el tío Chester.

—La duda ofende.

—Y por Hanson, ya de paso. Va a joderle lo que no está escrito.

—Así es como más me gusta: jodido... ¿Tú te las apañas?

—Ve a por él, Hap. Vete ya.

Envolví los Salmos en la tela y me marché.

Tardé en buen rato en volver de casa de los Hampstead a la del tío Chester, pero menos de lo que habíamos tardado en ir. Ya no tenía que moverme con sigilo y la lluvia había remitido. No dejé de darle vueltas a la cabeza durante todo el camino, pensando en lo tonto que había sido. Estaba tan cabreado que ni siquiera me dolían las costillas.

Cuando llegué a casa del tío Chester pasé de largo y crucé la calle, rumbo a casa de MeMaw. La luz del porche estaba encendida, y vi la furgoneta embarrada de Hiram aparcada en el camino de gravilla. De la pérgola del porche goteaba agua, como la lluvia que cae por la visera de una gorra. Subí los peldaños y llamé a la puerta. Pasó un minuto de reloj hasta que Hiram abrió. Llevaba una ropa distinta a la que le había visto en la feria. Tenía el

pelo mojado y la cara sofocada y sudorosa. Estaba jadeando un poco y tenía las llaves de la furgoneta en la mano.

—¿Cómo está McMaw? —pregunté.

—Igual —dijo—, voy para allá.

—¿Puedo entrar?

—No es por ser maleducado, macho, pero tengo que irme ya mismo. Me has pillado saliendo.

—Es un minuto nada más —dije, abriéndome paso de un empujón; él cerró la puerta a mi espalda.

Dentro reinaba el aroma tenue y agradable de la comida casera. Miré las fotografías de la pared, el cuadro de Jesús sobre los fuegos. Las cortinas baratas y amarillentas. La casa parecía mucho menos limpia que la última vez que la había visto, y más pequeña y oscura.

—Estás hecho unos zorros —dijo Hiram.

—He estado liado. Tú estabas a punto de salir por piernas, ¿eh?

—Como te decía, tengo que volver al hospital. Ahora mismo, de hecho, para sustituir a mi hermana.

—Pues a mí me parece que crees que el reverendo se va a ir de la lengua. Me parece que no vas al hospital; creo que ibas a huir como un puto ciervo.

Se quedó mirándome, intentando encontrar algo que decir.

—¿El reverendo? —preguntó.

—¿Sabías que tú y yo hemos estado a punto de vernos? —le dije.

—¿Y eso?

—Tengo una cosita para ti, ya verás como lo entiendes.

Me acerqué a la mesa de la cocina, saqué la tela que llevaba debajo del brazo y la zarandeeé hasta que cayó el libro de los Salmos. Entonces extendí en el aire la bandera estadounidense, que se posó lentamente sobre la mesa y el libro.

—Me parece que se te ha caído —le dije—. Por lo menos no era la bandera de Texas... Ibas a envolver el cadáver de un niño con ella, ¿verdad, Hiram? Ibas a meter una página de los Salmos en alguna de las revistas que tenéis allí escondidas. El otro día, cuando estábamos aquí, citaste un versículo de la Biblia. Era de los Salmos, ¿verdad? McMaw se encargó de que nunca faltaras a la iglesia.

—Hap...

—No sabías que estaba en la casa, Hiram. Creías que al reverendo lo habían pillado e iba a cantar y estabas a punto de largarte. Pues ¿sabes qué? Fitzgerald está muerto. Y el puto T. J. no se acordará de ti dentro de una hora, aunque tampoco habría importado. Sin embargo, te has cagado por la pata abajo, y eso te inculpa.

—Hap...

—Ah, pero hay alguien que sí se acordará de ti: también se te ha caído el niño. Ese al que estabas mirando en el zoo infantil. Seguro que él sí ha podido verte bien la cara, teniendo en cuenta que, si vuestro plan salía según lo previsto, habría dado exactamente igual. Un plan sencillo, ¿eh? Fitzgerald metía a todos los niños en el minibús, se quedaba por allí con cualquier excusa, diciendo que ya lo acercaría alguien, y lo ayudabas a pillar al chiquillo. O, mejor dicho, lo ayudabas a engañar al chiquillo. Fitzgerald conocía al crío de la iglesia, lo había acercado a la feria gratis; lo trataba como el padre que nunca tuvo. Y T. J. iba en el minibús, pero también se bajó a ayudar; ese haría lo que fuera por su hermano.

—Hap, tienes que entender que yo no empecé esto.

—No tengo que entender nada. Lo único que entiendo es que Fitzgerald, T. J. y tú asesinasteis a un niño cada año, los descuartizasteis y los enterrasteis debajo de esa casa. Eso es lo único que tengo que entender. El porqué me importa una mierda.

—Iba a parar. De verdad.

—No, no me lo creo. Pero es que me da igual.

Hiram se quedó pensativo unos segundos; de repente se giró y, tras agarrar una de las sillas de la cocina, se abalanzó sobre mí. Me asestó un sillazo en el costado y las costillas rotas estallaron de dolor, pero me lancé contra él justo a tiempo para reducir la fuerza del impacto. Le agarré la cara con las dos manos y estrellé la frente contra su nariz; el golpe lo hizo retroceder, chorreando sangre. Soltó la silla y se estrelló contra la cocina, haciendo temblar la pared. El cuadro de Jesús se balanceó en su clavo antes de soltarse y caer sobre los fuegos, con gran estrépito de cristales.

Volvió a abalanzarse sobre mí, pero lo esquivé y le lancé un derechazo al estómago, seguido de un gancho de izquierda a la cabeza. No fue un buen golpe; las costillas me dolían demasiado para ejecutar el movimiento

completo. Me dio un puñetazo encima del oído y, aunque no me pilló de lleno, todos los golpes que había recibido de Fitzgerald me pesaban como una losa. Sentí que las piernas se me hacían plastilina. Me protegí la cara con los brazos y los puños y encajé varios golpes. Seguía siendo un boxeador mediocre, un mero peleón, y tampoco sabía controlar la respiración. Los puñetazos picaban, pero Leonard me daba más duro cuando entrenábamos.

Tras varios golpes, Hiram empezó a jadear, tragando aire como una ballena traga plancton. Bajé la guardia, le asesté un gancho de derecha contundente que le quitó el poco aire que le quedaba y lo tumbé de un codazo. El último gesto hizo que mi costilla lesionada se moviese hacia donde no debía y sentí una puñalada interna en el costado. La condenada estaba rota, y ahora se había soltado. No pude evitar apoyarme en el fregadero, conteniendo a duras penas las ganas de vomitar, y, cuando me giré para mirar a Hiram, se había levantado. Sacó un cuchillo de carnicero del armario y arremetió contra mí, pero pelear con cuchillo se le daba igual de mal que el boxeo.

Desvié el ataque hacia afuera con el brazo y, agarrándolo de la muñeca, lo desequilibré y lo lancé contra la encimera del fregadero. Con el brazo libre le di un golpe en la nuca y lo estrellé contra el fregadero de porcelana. Su cabeza sonó como una jarra de barro al quebrarse, y ahí se quedó. Se habría desplomado de no ser porque tenía la barbilla apoyada en el fregadero. De una patada en los pies le quité el apoyo y cayó al suelo, bocarriba, con un hilo de sangre en la boca. Su mano se abrió lentamente, como una flor, y el cuchillo se quedó en la palma. Lo aparté de una patada y me quedé sobre él unos segundos, presa de una sensación indescriptible.

Al fin, me apoyé en el fregadero e intenté recuperar el aliento. Empezaba a costarme respirar y la cocina de McMaw daba vueltas como una atracción de Disney World. Abrí el grifo, dejé que el agua fría me cayese unos segundos en las manos y luego me salpiqué la cara y me froté el pelo. No sirvió de mucho. Coloqué la cabeza debajo del grifo, para que el chorro me cayese en la nuca y el codo. Al cabo de unos minutos, todo dejó de dar vueltas y la costilla empezó a doler de verdad.

Me dirigí lentamente al teléfono y llamé a la policía; les pedí que me pasaran con el subinspector Hanson y le dijese que su buen amigo Hap Collins estaba al teléfono vigilando a un asesino.

39

Cuatro noches después de que Hiram cayera, McMaw murió; pasados dos meses, seguía pensando en ella. Me alegraba que no hubiese vuelto a despertarse. Que nunca se enterara. Hiram había mentido: su hermana no estaba con McMaw; no había llamado a nadie. El impulso de matar fue tan fuerte que dejó el lecho de su madre moribunda para hacer lo que sentía que debía hacer. La mera idea me perseguía como un fantasma.

Seguía dándole vueltas una tarde calurosa y agradable, mientras Leonard y yo estábamos pescando en el lago, sin sacar nada, claro está, yendo a la deriva con el bote, desenredando musgo de los sedales y contemplando el vuelo de los pájaros.

Al menos, la mayoría de los mosquitos había decretado el cese de las hostilidades hasta el año siguiente. Aún hacía bastante calor para que algunos se aventurasen en misiones de reconocimiento, en busca de un sitio donde posarse y repostar, un sitio que, por lo general, solía estar en mi nuca, pero una colleja rápida de cuando en cuando resolvía el problema.

—Deja de pensar en eso —me dijo Leonard.

—¿Qué?

—Acabas de quitar el cebo del anzuelo y lo has vuelto a tirar al agua sin nada. Me apuesto el cuello a que estás pensando en Florida o en Hiram.

Había estado pensando en Florida unos minutos antes. Y en Hanson. Iban a casarse. Florida me había invitado a la boda. Por carta. Decía que esperaba que fuese. Charlie, que seguía comprando en el Kmart, decía que Hanson esperaba que me quedara en mi santa casa. Mi cabeza me decía que debería querer lo mejor para Florida y Hanson, alegrarme por ellos. Eso era lo que tocaba. Sin embargo, no podía evitar desear que Florida calculase mal y le

viniera la regla la noche de bodas: era lo mínimo que el destino podía hacer por mí.

—En Hiram —respondí—. En toda aquella historia.

Recogí el sedal, lentamente. Tenía las costillas mucho mejor, pero algunos gestos sencillos aún me dolían. El médico quiso ponerme una escayola en el tronco, pero no era la primera vez que se me rompía una costilla, así que, cuando me las recolocó, insistí en que se limitara a un vendaje compresivo, bien ceñido. Dentro de un mes, como mucho, podría poner un disco de Chubby Checker y bailar el *twist*. Leonard se había recuperado sin complicaciones: el esguince bajó en una semana.

—¿Sabes qué? —dije—. Hiram me caía bien, por así decirlo. Tenía un lado bueno, que me gustaba.

—Te gustaba su cháchara. No sirve de nada tener un lado bueno si tienes un lado malo como el suyo. Qué coño, ni siquiera sabes si tenía un lado bueno, macho. Tenía una buena fachada, eso sí. El cabrón tenía más caretas que una banda de críos en Halloween. Mira cómo se largó y dejó tirada a su madre para matar a un chiquillo.

—Ya, llevas razón. ¿Crees que le caerá cadena perpetua o un pinchazo?

—El pinchazo, espero. Me gustaría estar ahí y ser yo quien empujase el émbolo; o pasar del veneno y apuñalarlo con la jeringuilla.

—Lo que más me preocupa de ti, Leonard, es que te cuesta muchísimo conectar con tus verdaderos sentimientos.

—Sí, voy a ir al psicólogo, a ver si puede ayudarme. Y que ya de paso me diga por qué soy maricón. Les gustan los casos como el mío. Querrá saber si sueño con la polla de mi papá. Qué coño, a lo mejor cae la breva y el loquero es un semental rubio y maricón.

—La esperanza es lo último que se pierde.

—Macho, te preocupas demasiado por la faceta psicológica de las cosas, para mi gusto. Eso es vudú mental y poco más; no tiene ningún fuste. Si cogieras todos los títulos de psiquiatría y psicología del mundo y comparases esa cantidad de papel con la verdad, no te quedaría ni para limpiarle el culo a un bebé.

—Puede ser. Aunque con Fitzgerald encaja, si lo que dice Hiram era verdad, que creo que sí. Pero con Hiram, no sé...

—Quieres encontrarle explicación a todo, Hap, y eso es una gilipollez. Es

probable que lo que Hiram dijo sobre Fitzgerald sea verdad, y es probable que lo que dijo sobre sí mismo sean patrañas. Lo que pasa es que sigues culpándote por no haberlo descubierto antes.

—Tendría que haberlo visto. Cago en la puta, estaba delante de mis narices. Tenía la furgoneta llena de cajas con banderas y los cadáveres estaban envueltos en tela; y también había citado el versículo de los Salmos. A eso súmale que todos los años venía a la ciudad en la época de los asesinatos y que conocía al reverendo desde que eran pequeños. Por no hablar del vínculo religioso, y de la forma en que se comportó aquella noche cuando le dejé a Ivan, drogado y moribundo; por cómo lo miraba, era como si le entregase un regalo de Dios. El mero hecho de pensarlo, sabiendo lo que sé, me da escalofríos.

—A toro pasado es fácil decirlo. No es la primera vez que me cuentas todo esto, Hap, y estoy hasta la coronilla, si te digo la verdad. Mira, amigo mío, yo no me culpo, y tú no deberías culparte. Hiram era un tipo guay, y Fitzgerald tenía todas las putas papeletas y también era culpable. Nos centramos en él y no vimos todo el panorama. La mierda esa de la bandera, por ejemplo, ¿a quién coño se le habría ocurrido? Solo encaja porque pasó lo que pasó: encontraste la bandera y al niño juntos. Lo importante es que no murió otro chiquillo y que los pillamos a todos. Si me tengo que sentir mal por alguien, es por T. J., que se pudrirá en algún psiquiátrico penitenciario del estado. A ver, no digo que me gustaría que el cabronazo saliese a la calle, pero, en su caso, podría derramar un par de lágrimas.

—Pues yo no veo ninguna.

—Lloro por dentro. Y no hay día que no desee que el pobre infeliz se muera mientras duerme. No es absolutamente nada en este mundo. Joder, si Fitzgerald le hubiese dicho a T. J. que su polla era una serpiente, se lo habría creído. Si Fitzgerald se lo pidiese, se la arrancarían y harían un nudo con ella.

—No me cabe la menor duda.

—De hecho, lo que me alegra las noches es pensar en ese hijoputa cayendo por el pozo. Ojalá hubiera estado ahí para oír sus huesos partirse.

—Tu humanidad me abruma, Leonard.

—Olvídate de Hiram y de toda aquella historia. Prepara el anzuelo, anda. Yo, cuando ponga el próximo cebo, voy a imaginarme que estoy clavándole la aguja en el ojo a Hiram... Venga, macho, vamos a pescar un par de percas,

aunque sea. Me apetece cenar pescado.

—¿Sabes qué pasa, Leonard?

—No, pero me voy a enterar.

—Es que eran iguales y, al mismo tiempo, distintos.

—¿Hiram y Fitzgerald?

—Sí. A ver, Hiram dice que eran iguales, pero ¿tú qué crees?

—Pues creo lo mismo que ayer, que los dos estarían mejor muertos y que, cuando Hiram complete el dúo, voy a comprarme un sombrero de cumpleaños y una matraca. Pero, ya que te empeñas en hablar del tema, voy a darte mi opinión para zanjarlo, hermano. Si nos creemos lo que dice Hiram, y yo me lo creo, como tú, Fitzgerald fue el primero al que se le fue la pinza, ¿no? ¿Qué decías que era?

—Un psicótico.

—Vale. Y Hiram era un psicópata. Me da igual la historia que cuente para explicar por qué Fitzgerald y él se volvieron así. No me la trago. Por lo menos en el caso de Hiram.

Me acordaba de la historia que contó Hiram o, mejor dicho, de lo que Hanson me había contado que dijo. Hiram explicó a los agentes y a los psiquiatras que no podía evitarlo, que era su naturaleza. Dijo que, de pequeño, se juntaba con Fitz, y que el padre no solo violaba a su hijo, sino también a él. Ese fue el motivo, sostuvo, por el que el hombre mató a su mujer; no porque creyera que estaba acostándose con otros. Eso solo fue un embuste que me contó a mí para que no lo relacionase con Fitzgerald. La mujer pilló a Fitzgerald padre en el acto, con el reverendo y con él. Hiram explicó que lo vieron asesinarla y envolverla en una bandera de la iglesia. Luego los obligó a ayudarlo a cargarla en el coche, a ir a casa de los Hampstead y a ver cómo se deshacía del cadáver a la luz de una vela, mientras repetía, una y otra vez, que era la voluntad de Dios. Palabras confirmadas por la imagen de la pared, la mancha de humedad con la cara de Cristo.

Hiram explicó que el padre le dijo que, si se le ocurría contar algo, le haría lo mismo a MeMaw, así que guardó silencio durante muchos años. Sin embargo, el recuerdo era indeleble; se despertaba a mitad de la noche y veía la sangre empapar y rezumar a través de la bandera. Cuando visualizaba la mancha de humedad en la pared y recordaba el olor de la tierra fresca bajo la casa, la rabia se apoderaba de él. Empezó a sentir el impulso de encender

hogueras y hacer sufrir a pequeños animales. Todo a escondidas.

Cuando se hizo mayor, los animales ya no bastaban. Y Fitzgerald y él, marcados de por vida por el mismo crimen en el mismo momento, descubrieron un vínculo entre ambos. Y comenzaron a matar. Creían estar haciendo la voluntad de Dios al deshacerse de aquellos casos tristes, de aquellas advertencias. O al menos eso contó Hiram.

—Mira, macho —continuó Leonard—, Hiram miente. Él entendía perfectamente los motivos por los que Fitzgerald se comportaba así; lo sabía de sobra, y jamás se habría dejado llevar por ellos. Era Fitzgerald quien creía en lo que hacía, quien sufría brotes psicóticos y estaba convencido de cumplir con la voluntad de Dios, tal y como le enseñó su padre. Aunque eso tampoco lo exculpa, ojo. Fitzgerald tomó su decisión. Luego está la otra cuestión, macho: tenía las mismas revistas porno que Hiram. En cuanto al sexo con los niños, podrán decir que formaba parte del patrón y todo lo que quieras, pero a mí me suena a ansias de poder puras y duras. Pero, bueno, vamos a dejarle a Fitzgerald un poco de espacio y digamos que no es solo culpa suya. No demasiado espacio, pero el suficiente para girarnos y pasar a Hiram.

»Sin duda aquella experiencia también sería traumática para Hiram, pero, joder, no formaba parte de su entorno familiar. Se sobrepondría con el paso del tiempo, lo afrontaría, e incluso habría podido acabar contándolo, de haber querido. Pero a él le gustaba matar desde el principio; estaba en su ADN, nació con los cables cruzados, le faltaba un tornillo. Me apuesto el cuello a que ya se cargaba animales antes de que lo enculase Fitzgerald padre y fuera testigo del asesinato. Con Hiram se juntaron el hambre con las ganas de comer. Había nacido así, como cuando, de una misma camada, salen unos perros nobles y otros agresivos. McMaw era buena gente, pero, por hache o por be, los genes de Hiram se pervirtieron. Una mala combinación.

—Eso quiere decir que no podía evitarlo, ¿no? —afirmé.

—Los perros agresivos tampoco pueden evitar morderte. Los he visto nacer rabiosos y empeorar con el paso del tiempo, por muy bien que los tratase. Ellos no podían evitarlo, y yo tampoco pude evitar pegarles un tiro en la cabeza. Puedes morderme, o intentar morderme, una vez... Joder, Hap, hay cosas que son como son y punto. Hiram era un depredador de nacimiento y disfrutaba alimentando el frenesí religioso de Fitzgerald, para satisfacer a su vez sus necesidades. Acuérdate de lo que encontraron en Tyler.

Cuando registraron la casa de Hiram, la policía de Tyler encontró suvenires, más suvenires de los que habría podido sacar de los niños enterrados bajo la casa de los Hampstead. Al parecer, atacar una vez al año en LaBorde no le bastaba. La policía de Tyler estaba segura de que, con el tiempo, si seguía hablando, podrían aclarar muchas desapariciones de niños en la zona.

—Es imposible saber a cuántos niños se cargó Hiram —dijo Leonard—. Aquí, en Tyler o en sus viajes. Tenía el trabajo perfecto para su afición. Y habría seguido haciéndolo hasta que lo pillaran o la palmara.

—Ya lo sé —dije—. Es que, en mi fueron interno, una parte de mí aún cree que hubo un momento en el que todos se podían haber salvado. A lo mejor no habrían salido perfectos, pero tampoco se habrían convertido en monstruos.

—Hap, macho, existe el mal en el mundo. El auténtico mal. No se retuerce el bigote, ni se viste de negro, ni se mueve de manera furtiva, ni tiene un único color o sexo. A veces el mal nace del bien, como le ocurrió a MeMaw, y a veces puede llevar toda clase de fachadas preciosas y decir palabras bonitas, como cualquiera, pero es solo fachada y son solo palabras. El mal es auténtico, macho. Como el bien.

—¿Y T. J. qué? ¿Cómo cuadra en tu teoría?

—Me la suda que cuadre o no, Hap. Cállate la boca y pesca algo.

Cerré el pico y lancé el anzuelo, pero nunca dejé de darle vueltas. Seguía pensando en aquella historia, preguntándome si el chaval que salvamos tendría una oportunidad o volvería de cabeza a la calle, sin más. Me pregunté si, justo en ese momento, se estaría inyectando un chute de jaco en vena.

No pescamos ni un mísero pez. Leonard se cabreó, pues se había hecho a la idea de llevarse a la boca un aleteado amigo. De camino a casa paramos en Kroger's y entramos a comprar pescado para hacerlo a la plancha. Se les había terminado, con lo que acabamos optando por unas varitas de merluza y las hicimos al horno.

Ese mismo mes, en una noche fría de cielo negro y estrellas brillantes, me marché de casa del tío Chester. Habíamos acabado todas las reparaciones, solo faltaba pintar, y Leonard decidió que viviría allí al menos hasta primavera. Quedamos en que entonces volvería para ayudarlo a pintar y luego pondría la casa en venta.

Pero, por el momento, quería alejarme de allí, de los restos del fumadero de *crack*, de la casa de McMaw, del bosque y de la residencia de los Hampstead. Por las noches sentía que todo se abalanzaba sobre mí, como si las casas y los escombros de al lado fueran seres vivos que podían estirar el brazo y tocarme.

Teniendo en cuenta que una parte primitiva de mi cerebro pensaba así, debería haber creído que el árbol de las botellas del tío Chester me protegería. Sin embargo, ahora me resultaba más fácil creer en el mal que en el bien.

Aquella noche, Leonard y yo nos dimos un buen festín y, después de cenar, le estreché la mano, metí mis cosas en la parte trasera de la camioneta y nos quedamos un rato en el jardín, escuchando el soplo del viento en el árbol de las botellas. Era un viento fresco, hacía una noche agradable.

—Sigue siendo como eres, Hap.

—Que no te sorprenda si no llamo en una semana —dije.

—Vale.

—Que no te sorprenda si llamo mañana —dije.

Esbozó una sonrisa.

—Lleva cuidado en la carretera, macho.

Le di un abrazo y puse rumbo a casa. Pero, en lugar de ir directo, tomé la Autopista 7. Conduje hasta el mirador, subí la colina y aparqué. Tras bajar del coche, me tumbé en el capó de la camioneta, con la espalda apoyada en el parabrisas, mirando al cielo. Hacía una noche preciosa y las estrellas brillaban con la intensidad de los ojos de una joven. Preciosa, como cuando Florida y yo estuvimos ahí. Me costaba recordar exactamente cómo era entonces. Ahora me sentía más viejo y el mundo me parecía un lugar más triste; como si todo lo que sabía careciese, en última instancia, de sentido. La noche en que estuve ahí tumbado con Florida, hacía no mucho tiempo —y, a la vez, un millón de años—, me dijo que se podía ver la eternidad. Y la vimos. Aquella noche la eternidad era un lugar maravilloso, infinito, lleno de misterio y esperanza.

Esta noche seguía viéndose la eternidad, pero en la eternidad no había nada que ver.